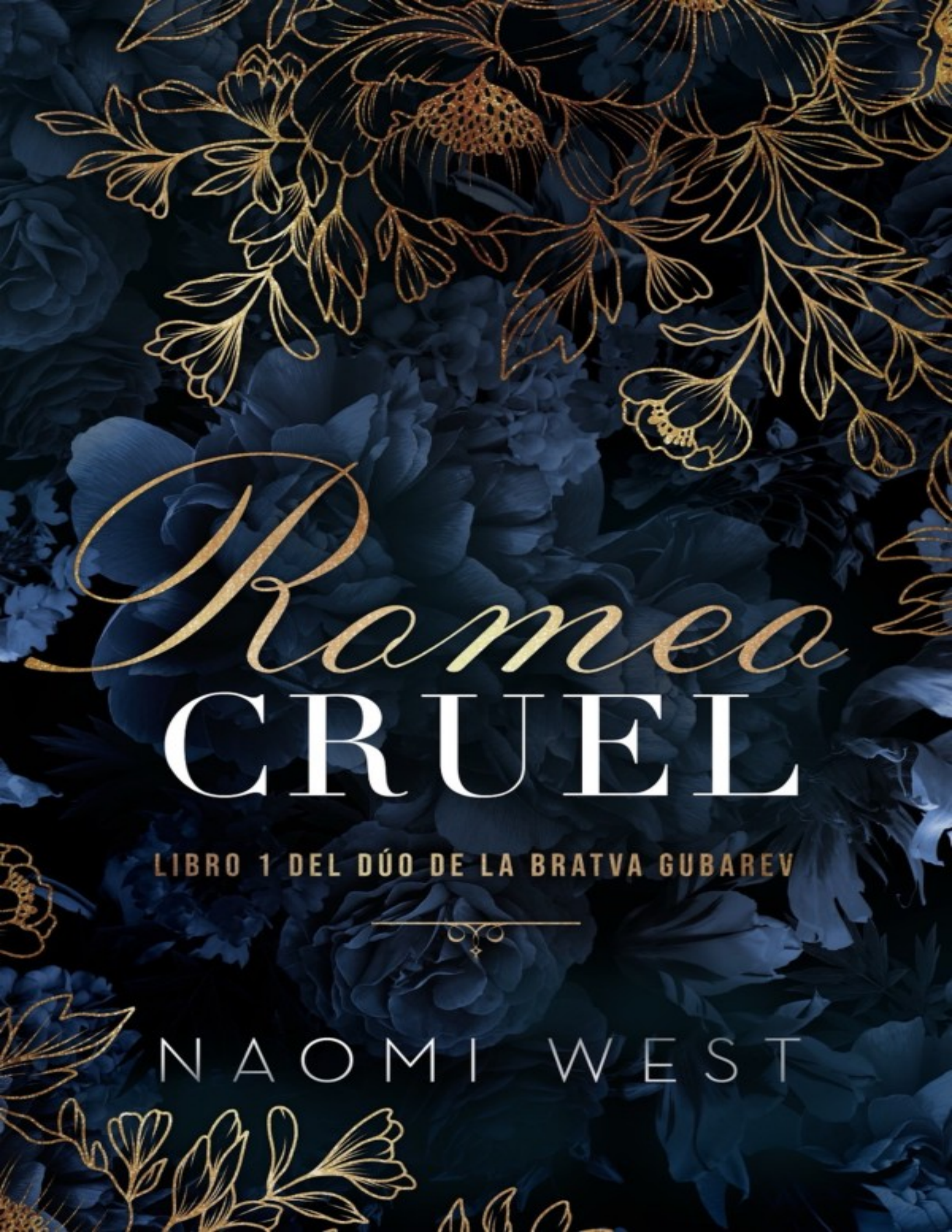

Romeo
CRUEL
LIBRO 1 DEL DÚO DE LA BRATVA GUBAREV
NAOMI WEST

ROMEO CRUEL

LA BRATVA GUBAREV

LIBRO 1

NAOMI WEST

ÍNDICE

Mi lista de correo
Otras Obras de Naomi West
Romeo Cruel

1. Sima
2. Sima
3. Petyr
4. Sima
5. Sima
6. Petyr
7. Sima
8. Sima
9. Sima
10. Petyr
11. Sima
12. Sima
13. Petyr
14. Sima
15. Petyr
16. Petyr
17. Sima
18. Sima
19. Sima
20. Petyr
21. Sima
22. Petyr
23. Sima
24. Petyr
25. Sima
26. Sima
27. Sima
28. Sima

29. Petyr
30. Sima
31. Petyr
32. Sima
33. Sima
34. Petyr
35. Petyr
36. Sima
37. Sima
38. Petyr
39. Sima
40. Sima
41. Petyr
42. Petyr
43. Sima
44. Sima
45. Sima
46. Petyr
47. Sima
48. Petyr
49. Petyr
50. Petyr
51. Sima
52. Sima
53. Petyr
54. Sima
55. Petyr
56. Sima
57. Petyr
58. Sima
59. Petyr
60. Sima
61. Petyr
62. Petyr
63. Petyr

64. Petyr
65. Sima
66. Petyr

Copyright © 2026 por Naomi West

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de este libro puede reproducirse de ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito del autor, excepto para el uso de citas breves en una reseña del libro.

MI LISTA DE CORREO

¡Suscríbete a mi lista de correo! Los nuevos suscriptores reciben GRATIS una apasionada novela romántica de chico malo.

Haz clic en el enlace para unirte.

OTRAS OBRAS DE NAOMI WEST

La Bratva Krayev

Tentación Tóxica

Salvación Tóxica

La Bratva Pavlov

Daño Ardiente

Penitencia Ardiente

La Bratva Adamov

Rey Marcado

Reina Marcada

La Bratva Chekhov

Resplandor Pecaminoso

Novia pecaminosa

La Bratva Kulikov

Pecados del Crepúsculo

Lágrimas del Crepúsculo

La Bratva Zakharov

Diablo de diamantes

Ángel de diamantes

La Bratva Zaitsev

Malicia Rubí

Misericordia Rubí

La Bratva Tasarov

Juramento de Medianoche

Mentiras de medianoche

La Bratva Nikolaev

Dmitry Nikolaev

Gavriil Nikolaev

Bastien Nikolaev

La Bratva Sorokin

Príncipe Arruinado

Novia arruinada

La Bratva Aminoff

Rosa Enjaulada

Espina Enjaulada

ROMEO CRUEL

Acabo de casarme con el peor enemigo de mi familia.

Pero mi marido no sabe quién soy en realidad.

¿Cuánto tiempo pasará hasta que lo descubra?

He pasado años ocultando mi pasado mafioso.

Entonces, entro por accidente en la habitación equivocada en el momento equivocado.

Y cruzo la mirada con Petyr Gubarev, el hombre que está a punto de convertirse en el pakhan del mayor rival de mi familia.

Huyo.

Obvio.

Pero Petyr necesita con urgencia una esposa para reclamar su trono.

Así que, cuando su prometida no aparece, es MI nombre el que gruñe en el micrófono.

Así, sin más, me arrastran al altar.

Y me arrancan de los labios un "Sí, acepto" muy a mi pesar.

Ahora estoy atrapada en la mansión de Petyr.

Compartiendo su cama.

Convirtiéndome en su todo.

Y, si Petyr se sale con la suya...

...por convertirme también en madre de su hijo.

CRUEL ROMEO es el libro 1 del dúo de la Bratva Gubarev. La historia continúa en el libro 2, CRUEL JULIETA.

1

SIMA

Quien haya dicho que los organizadores de bodas solo juegan con flores, claramente nunca ha tenido que sacar a un niño del estanque de carpas una hora antes de los votos.

El pequeño esmoquin del niño está empapado, le falta un zapato, su pajarita está en algún lugar entre los nenúfares o en el estómago de un koi hambriento, y estoy un noventa porciento segura de que sus gritos están provocando el eccema de la niña de las flores.

—No pasa nada, cariño —le digo con voz dulce, mientras le escurro la manga—. ¿Por qué no vamos a buscar a tu mamá?

Él llora aún más fuerte.

Detrás de nosotros, las carpas se alejan asustadas. Probablemente alguna le esté enviando un mensaje a su terapeuta para contárselo. Dios sabe que a mí me encantaría hablar con el mío.

Levanto la vista y veo a la madre. Es el ejemplo perfecto de mala crianza.

¿Copa de champán? Medio vacía.

¿Risas inapropiadas? A todo volumen.

¿Instinto maternal? Ni una pizca.

Lleva lentejuelas, una boa y una actitud que dice: *Que otro se encargue de esto.*

Sí. Esa persona soy yo.

—¿Señora? —le digo con una voz que parece estar a punto de quebrarse—. ¿Quiere venir a consolar a su hijo?

Me hace un gesto con la mano, como si le estuviera sugiriendo una inspección fiscal. —Oh, él *siempre* es así.

Fabuloso. Estoy metida hasta el cuello en una crisis y la única adulta con autoridad parental elige las burbujas francesas en lugar de ocuparse de su propio vástago.

—Está bien —murmuro entre dientes—. Tú lloras, yo me encargo de controlar los daños y las carpas crearán un grupo de apoyo.

Los llantos del niño empiezan a romper la barrera del sonido.

—¡Sammi! Qué bien, estás aquí —dice Jemma, apresurándose a llegar a mi lado. Es mi mejor amiga y mi asistente, pero en este momento no me alegro *nada* de verla. Esa mirada arrugada en su rostro es siempre lo último que veo antes de escuchar muy malas noticias—. Te he estado buscando por todas partes.

—Bueno, me has encontrado —Esbozo una sonrisa incómoda y hago un gesto aún más incómodo con los dedos, porque así es como está yendo el día—. Oye, ¿crees que deberíamos vallar el estanque? Porque creo que realmente vale la pena considerarlo...

—No hay tiempo —Da una palmada, como si eso fuera a hacer desaparecer todos nuestros problemas. Nunca funciona, pero Jemma está llena de esperanza y optimismo—. El catering ha metido la pata. Hay atún en las tartaletas veganas.

Mi mandíbula casi se une al zapato perdido del Niño Esmoquin en el fondo del estanque. —¿Que hay *qué?*

—Lo sé, ¿verdad? —Levanta los brazos—. Según ellos, no es carne roja, así que no pasa nada.

Mátenme. Esto es un desastre. La mitad de los invitados de la novia son veganos o casi veganos. La recepción empieza en *dos horas,* por el amor de Dios. —Por favor, dime que se han ceñido a las tartas de calabacín para el menú del almuerzo.

—Bueno, claro... si quieres que mienta.

Me tapo la cara con las manos. Entonces me doy cuenta de que todavía huelen a agua de estanque y me las limpio rápidamente en los pantalones, lo cual es genial, porque ahora huelo a pescado de la cabeza a los pies.

—Está bien —suspiro, aunque es evidente que *no* está bien—. No pasa nada. Solo es la boda más importante de la temporada.

Jemma suspira, con los brazos caídos en señal de derrota. —¿Yo llevo al niño empapado de vuelta con la Madre del Año y tú arreglas la comida?

Definitivamente me ha tocado la peor parte en el reparto de tareas. Pero si eso significa cinco minutos sin gritos, estoy dispuesta a quedarme con ambas partes. —Es todo tuyo —acepto, empujándolo hacia los brazos de Jemma—. Si no puedes localizar a su madre, siempre puedes llamar a los Servicios de Protección Infantil.

—Perfecto. Los tengo en marcación rápida desde la boda Kasparov.

Mi cuerpo se estremece involuntariamente. *Dios,* la boda de los Kasparov. Solo el recuerdo de ese día casi me hace reconsiderar el horrible historial de mi familia con las bodas.

Casi.

Me doy una palmada en las mejillas y me centro. Luego, repito el mantra que llevo años perfeccionado en mi mente.

No tengo familia.

Vengo de ninguna parte.

No soy *nadie.*

Funciona de maravilla.

En cuanto vuelvo a poner los pies en la tierra, llamo a Caterina, nuestra abuela italiana de confianza para casos de emergencia. Trabaja en su sótano, tiene una lista de infracciones de la OSHA más larga que sus años en la Tierra y siempre, *siempre* cumple.

—Hola, ¿Sra. Mancini? Sí, soy yo. Oiga, sé que es con *muy* poca antelación...

Después de diez minutos de regateo, consigo sacarle una lasaña vegana para doscientos miembros de PETA en dos horas. Sí, la pasta será precocinada; sí, el pesto será directamente de la lata; no, no me importa nada. Cuando te enfrentas a un montón de invitados hambrientos, la calidad pasa a un segundo plano.

De hecho, la calidad queda atada, amordazada y tirada en el maletero, sin nadie alrededor para escucharla gritar.

Organizo la recogida de la lasaña, cuelgo el teléfono y exhalo. Lo curioso es que ni siquiera estoy enfadada. Esto, el caos, la gestión de crisis, los contratiempos de alto riesgo, es lo que se me da *bien*. Lo llevo en la sangre.

Literalmente. Por mucho que haya intentado exorcizar esos demonios de mi interior.

Al fin y al cabo, no se puede escapar de los genes.

Me desplomo contra la fría pared de mármol del local. Se me ocurre, no por primera ni por millonésima vez, que no debería trabajar en bodas. Es el colmo de la ironía, la verdad, que esto sea lo que hago para ganarme la vida.

Y sin embargo aquí estoy. Sima Danilo, que en su día fue heredera de una vasta y sangrienta dinastía, ahora ha cambiado de nombre y

ha renacido como Sammi Banks, una extraordinaria organizadora de bodas sin ninguna conexión con el mundo del crimen.

Algunos días, casi no puedo creerlo. Haber aceptado alguna vez volver a poner un pie en un salón de recepciones, después de lo que le pasó a...

No pienses en eso. Respiro hondo y contengo las lágrimas. *No pienses en Lara. Ya no está. No puedes salvarla. Lo intentaste.*

Me sacudo con fuerza y trago el nudo que se me ha formado en la garganta. Dejar el sector de las bodas no me devolverá a mi hermana. Lo único que conseguirá es que me echen de mi apartamento de mierda, y eso no puedo permitirlo. No cuando estoy tan cerca de emanciparme por completo de mi pasado.

Y no voy a permitir que eso suceda. No puedes escapar de tus genes, no, pero sí puedes escapar de las personas con las que los compartes.

Cojo mi teléfono y consulto mi cuenta de ahorros. Hay 29.671 dólares, exactamente 5.329 dólares menos de lo que necesito para empezar una nueva vida. Por suerte, la boda del año viene acompañada de un suculento cheque de bonificación.

Entonces seré libre.

Cuando termine este día de pesadilla, por fin podré dejar la agencia. Podré enseñarle el dedo medio a mi jefe Bob, llevarme a Jemma conmigo y no tener que volver a inclinar la cabeza ante nadie nunca más.

Seré libre.

Después de hoy, seré *libre.*

Parece un sueño. Todas esas cenas de sopa instantánea, todos los inviernos envuelta en tres edredones porque no podía permitirme el lujo de gastar en cosas tan molestas como la calefacción... Por fin todo habrá valido la pena.

Mi mirada vuelve al niño esmoquin. Ahora que su madre por fin se ha dignado a dejar sus burbujas para besar su herida y que se le cure, ha dejado de gritar. No soy muy fan de los hijos de otras personas; la organización de eventos deja ese efecto, pero siempre he albergado la esperanza de que, algún día, tendría los míos propios.

Ahora no puedo permitírmelo, pero una vez que mi empresa esté en marcha... una vez que hayamos recuperado el capital inicial y nuestras cuentas estén llenas de dinero, dentro de unos años... ¿quién sabe?

Para eso necesitarías un marido, me recuerda la voz desagradable en mi cabeza. De alguna manera, suena exactamente como la de mi padre. *Podrías haber tenido uno si te hubieras quedado. Si hubieras cumplido con tu deber, como hizo tu hermana.*

Lara lo entendía. Lara sabía qué cargas tenía que soportar.

Aparto ese horrible pensamiento y me dirijo a grandes zancadas hacia la glorieta. Puede que me gane la vida ayudando a otros a vender su libertad al mejor postor, pero ni loca lo haría por mí misma. He visto el precio y nunca vale la pena.

El matrimonio no es para mí.

Estoy a mitad de coordinar mentalmente ensaladas de emergencia cuando veo la placa. No "una" placa, *la* placa.

La que lo cambia todo.

Está colocada justo fuera de las puertas de la capilla, toda de latón brillante y con una mala elección de tipografía. Porque nada dice "para siempre" como un grabado en letra serif de mal gusto. La miro por costumbre, solo para comprobar la ortografía, asegurándome de que nadie haya conmemorado accidentalmente la boda de "Kevyn con Y" con "Kayleeeigh con tres E".

Y entonces me detengo.

Sangre: fría.

Respiración: contenida.

Vida: jodidamente acabada.

Porque el nombre del novio es: ***Petyr Gubarev.***

Ese nombre no corresponde aquí. No en este lugar de cuento de hadas, no en este idílico rincón del norte del estado de Nueva York, no en ningún lugar cercano a la vida civil que he pasado años construyendo con cinta adhesiva.

Pero ahí está. Petyr Gubarev. El nuevo *pakhan* de la Bratva Gubarev desde la semana pasada.

El pánico me agarra por el cuello. Recuerdo la noticia que ha acaparado los titulares este mes: el famoso jefe mafioso ruso Vladimir Gubarev fue tiroteado a plena luz del día cuando se dirigía a la iglesia y murió en el acto. Dimitri Gubarev, su hijo mayor, también recibió un disparo. Se salvó de la muerte rápida que sufrió su padre, pero actualmente se encuentra en coma. El pronóstico es sombrío.

Entonces recuerdo las imágenes que siguieron: Petyr Gubarev, el segundo hijo de Vladimir, dando un discurso público para asegurar a los accionistas de la empresa que el negocio familiar estaba en buenas manos. Solo que sonaba más como una amenaza para cualquiera que se atreviera a apuntar con un arma a sus familiares.

Estoy bastante segura de que ese "cualquiera" era mi padre.

No puedo saberlo con certeza, pero estuve en esa vida el tiempo suficiente como para leer las señales. Recuerdo cómo actúa mi padre, hasta dónde es capaz de llegar para asegurar su poder.

Por lo general, prefiere hacerlo a través de matrimonios concertados.

Por otra parte, no le di muchas oportunidades para venderme.

He pasado años evitando el apellido Gubarev. Manteniendo un perfil bajo, escondiéndome tan bien que nunca se les ocurriría buscarme.

¿Y por qué iban a hacerlo? Tengo un nuevo nombre. Una nueva vida.

Ya no soy la princesa Bratva de doce años con coletas a la que llamaban "Sima".

Ahora solo soy Sammi.

Y así y todo no puedo evitar el sudor frío que recorre mi espalda. En el mundo Bratva, los rencores nunca desaparecen, solo se agravan. Y, cuando finalmente estallan, lo hacen *de forma desagradable*.

Lo que significa una cosa: *tengo que salir de aquí.*

Todos mis instintos me gritan que salga corriendo, ahora mismo. Si alguien me reconoce, me pedirán un rescate o me ejecutarán, y sinceramente, no sé qué sería peor para mi familia.

Pero no puedo dejar pasar este trabajo. No cuando todo mi plan de fuga depende del cheque de bonificación que se supone que recibiré al final de la noche.

Así que hago lo único que *puedo* hacer.

Miento.

—Creo que me estoy poniendo enferma —le digo a Jemma, agarrándome el estómago para darle énfasis—. Ya sabes, náuseas, escalofríos, un inquietante revuelo en mis partes bajas.

Ella me mira con recelo. —¿Se trata de que el portador del anillo se ha vuelto a comer la flor del ojal?

Por mi propia salud mental, finjo no haber oído nada. —¿Puedes ser la persona de contacto durante el resto del día? Estaré cerca, pero... menos visible. Como un hada de bodas.

Jemma pone los ojos en blanco, pero asiente. —Está bien. Pero si descubro que estás teniendo otra crisis nerviosa en el armario de las escobas, enviaré a la niña de las flores a sacarte de allí.

—Gracias —Resisto el impulso de abrazarla. Si lo hago, Jemma sabrá sin duda que algo pasa—. Me has salvado la vida.

—Quiero un aumento del cinco por ciento en mi futuro salario por esto —me grita—. ¡Y yo escogeré el nombre de tu primogénito!

Después de conceder a Jemma permiso para hacer lo que quiera con mis descendientes inexistentes, me dirijo a mi oficina, cojo el expediente del cliente y lo meto en mi bolso como si me estuviera preparando para el exilio. Luego, me dirijo al único lugar de todo el edificio donde realmente puedo estar sola: un pequeño almacén junto al pasillo de servicio.

Entro, cierro la puerta silenciosamente detrás de mí y, por fin, *por fin*, me permito exhalar.

A salvo. Ojos que no ven, corazón que no siente. Ese es el plan. Aquí nadie me conoce. Solo soy otra duendecilla de bodas con exceso de trabajo que sufre un ataque de pánico junto a una botella de trementina.

Hasta que lo veo.

Músculos. Cicatrices. Mandíbula afilada como el demonio, pero nariz tan torcida como para cometer fraude fiscal. Cabello castaño claro cortado corto a los lados y atrás, con rizos más gruesos en la parte superior. Ojos de un ámbar intenso, el color del buen whisky. Un mar de tatuajes que cubre toda la parte superior de su cuerpo, desde sus ridículamente esculpidos abdominales hasta las líneas de sus nudillos.

Sé quién es este hombre.

Es Petyr Gubarev.

Ese Petyr Gubarev. Es decir, el novio. El hombre al que vine específicamente a evitar.

Y está a dos metros de mí, vestido solo con unos calzoncillos.

2

SIMA

Dios, qué guapo es.

Es el peor pensamiento posible en el peor momento posible, pero ahí está. Innegable. Inmediato. Inevitable.

Es Petyr Gubarev y está jodidamente bueno.

Mi cerebro está en cortocircuito, enviando toda la energía disponible a mis ojos, mientras el resto de mi cuerpo simplemente... se queda ahí parado.

Sigo catalogando nuevos detalles. Pecho tatuado. Abdominales como piedras talladas. Venas. Cicatrices. El tipo de cuerpo que te hace olvidar de tu moral, de tu apellido y de cómo usar un pomo de puerta. Quiero apartar la mirada, juro que de verdad intento apartar la mirada, pero mis ojos siguen recorriendo cada centímetro de tinta y músculo como si se sintieran personalmente ofendidos por la idea de autocontrol.

Y entonces, habla.

—Llegas temprano —Lo dice con tanta seguridad que casi no me doy cuenta de lo incorrectas que son esas palabras—. Supongo que

tienes un nombre.

Mi boca se mueve antes de que mi cerebro se dé cuenta. —Sima.

Entonces me doy cuenta de lo que acabo de decir.

Mierda.

Parpadeo. Se me seca la garganta. Por dentro, lanzo un grito que podría romper todas las copas de cristal del salón de recepciones.

¡Mierda, mierda, mierda!

Le he dado mi nombre. *Mi* nombre. No Sammi Banks, la inofensiva organizadora de bodas, sino mi *verdadero* nombre. El que he estado protegiendo durante doce años. El secreto que nadie debe descubrir jamás.

Y ahora se me ha ido la olla y se lo he dado al *jodido* Petyr Gubarev. Es decir, el gran y malvado jefe de los enemigos acérrimos de mi familia. La única persona que tiene todas las razones para filetearme como si fuera un atún no del todo vegano.

Ojalá eso fuera todo.

Pero no lo es. Porque no solo le he dado la única información que nunca debería haber tenido en sus manos, sino que además lo he estado mirando como si fuera un banquete de cinco platos.

Pero este definitivamente tiene carne.

Dios mío. ¿Qué me *pasa*?

Por dentro, no dejo de gritar. Y gritar, y gritar, y romper las copas de cristal irremplazables del local.

Por fuera, pongo una sonrisa tan falsa que podría estar patrocinada por una marca de pasta de dientes y digo alegremente—: ¡Lo siento! No sabía que había alguien aquí.

Me dispongo a marcharme. Todo mi ser quiere salir corriendo. Estoy a dos segundos de lanzarme de cabeza por la puerta del armario de la ropa blanca y escapar por el conducto de la lavandería cuando él me detiene.

—Claro que lo sabías —Frunce el ceño como si se preguntara si estoy bien de la cabeza—. Estás aquí por mí.

¿Lo estoy? Por un segundo, me pregunto si tiene razón. Lo dice con tanta naturalidad que me parece grosero señalar que no tengo ni puta idea de lo que está hablando.

Aun así, siento un alivio breve. Su respuesta inmediata no ha sido convertirme en sashimi humano, lo que significa que no ha atado cabos. Al menos, no todavía.

Si consigo salir de aquí lo suficientemente rápido, ambos podremos fingir que esto nunca ha pasado.

—Creo que te equivocas de persona —Empiezo a retroceder lentamente—. Te vas a casar en unas dos horas, así que...

—Entonces no eres ella.

—¿Ella?

—Mi novia.

Novia. Pensaba que yo era su novia. Pero... vamos, hombre. Se casa hoy. Seguro que sabe cómo es su futura esposa...

¿...no?

Como si me leyera el pensamiento, se encoge de hombros y le resta importancia. —Nunca la he visto. Por lo que yo sabía, tú eras ella.

—¿Cómo puedes casarte sin saber quién es tu propia novia? —le pregunto incrédula, en contra de todo sentido común. En mi defensa, diré que es una auténtica locura.

Pero entonces recuerdo a mis hermanos. Anatoli, Maksim... incluso Féliks, el más joven. Recuerdo el día de sus bodas como si fuera ayer. La alegría forzada, la miseria interior. Los tres se casaron con mujeres que nunca habían visto antes. Si les hubiera pasado exactamente lo mismo, quizá habrían llegado a la misma conclusión que Petyr.

Estás aquí por mí. Las palabras se funden en mí como miel caliente. Por un segundo, me permito imaginar qué habría pasado si yo *hubiera* estado allí para él.

Se habría acercado más. Me habría empujado contra la puerta. Me habría acorralado con esas armas de destrucción masiva que él llama "bíceps" y...

¿Y qué? Me doy una bofetada mental. *¡Es el enemigo, tonta! ¡Es un Gubarev, y tú eres la princesa desaparecida de la Bratva Danilo! Preferiría apuñalarte con un cuchillo antes que apuñalarte con su...*

—Pareces molesta —Petyr se acerca, acechándome como en mis fantasías más obscenas—. Quizás, después de todo, estés aquí por mí.

Odio esto. No, lo odio *a él*. Odio que esté tocando todas las teclas que nunca supe que tenía, provocándome taquicardia, sequedad de boca y otros mil síntomas que suelen aparecer en la parte posterior de los envases de los medicamentos.

Sobre todo, odio que siga sin llevar prácticamente *nada* puesto. Unos calzoncillos endebles, algo que no podría ocultar sus virtudes o vicios aunque lo intentara. Lo cual no está haciendo, en absoluto.

—Yo, eh...

—¿Sí?

Él sigue desnudo en mi presencia. Yo sigo tartamudeando como una versión remix de mí misma.

—No lo estoy —logro murmurar—. Aquí. No estoy aquí por ti, quiero decir —No parece convencido, así que señalo mi etiqueta con mi nombre—. Esto, eh... Esta soy yo. Estoy con la agencia. Para la, eh... planificación. De la boda. *Tu* boda, quiero decir —*Dios, que alguien me dispare*—. Pero claro que lo sabías. Eres, como, el novio.

—Así es —Sus ojos dorados se fijan en mi etiqueta con mi nombre—. Señorita....

Entonces me doy cuenta de mi error.

Porque, aunque mi etiqueta con mi nombre dice "*Coordinadora de bodas*", un título que espero que aclare este absurdo malentendido, también tiene mi nombre. Obviamente.

¿El problema?

No es el nombre que le di.

Le dije a Petyr que me llamaba Sima. Pero ahora, cuando sus ojos color whisky y miel escudriñan lo que pone en la etiqueta, no es Sima lo que leen. Es *Sammi.*

Muy parecido, pero ni de lejos lo suficiente.

Y la mirada en sus ojos dice que sabe que le mentí.

Me apresuro a tapar la grieta en mi coartada antes de que me devore por completo. —¡No es que importe cómo me llame, porque no soy tu novia! Obviamente. Quiero decir, daría mala suerte, ¿no? ¿Ver a la novia antes de la boda? —Intento acercarme a la puerta para recuperar algo de espacio personal—. Mucha mala suerte. No te haría eso. Si fuera, eh... tu novia.

Ni siquiera pestañea. —Esa tontería se inventó cuando los matrimonios eran concertados. Por si el novio veía a su novia y decidía echarse atrás.

Da un paso más hacia mí. *No debe ser muy fan del espacio personal, después de todo,* concluyo con un miedo desgarrador.

Mi espalda choca con la puerta.

Da otro paso.

Y otro.

Y *otro más*.

De repente, puedo sentir todo. Y me refiero a todo. Como el hecho de que sus abdominales claramente no están pintados, que su V podría cortarme como mantequilla caliente, o que realmente espero que tenga un arma escondida en su ropa interior.

Porque la alternativa es mucho mejor y mucho, mucho peor.

Intento alejarme de nuevo, pero no tengo a dónde ir. Petyr avanza los últimos centímetros. Su voz se vuelve más baja, tranquila y lenta. —Sin embargo, si *fueras* mi novia —dice, con los ojos fijos en los míos—, no lo cancelaría. No después de verte.

Mi cerebro se bloquea por completo, como si apareciera un error 404.

Y aún así, una parte trastornada de mí quiere reír.

Si él supiera.

Si tuviera idea de quién soy. Si pudiera ver más allá de la chaqueta barata y la etiqueta con mi nombre, si atara cabos entre mi error y su enemistad mortal...

No hay forma de que me quisiera entonces.

—¿Segura que no nos conocemos? —pregunta, frunciendo ligeramente el ceño—. Me resultas... familiar.

Se me revuelve el estómago. —Segura —logro decir con voz débil—. Quiero decir, es obvio que nos movemos en círculos muy diferentes. Yo soy de clase trabajadora y tú, eh, no.

—No —admite—, no lo soy. Pero nunca olvido una cara.

El sudor brota de mi piel. Mis dedos se entumecen. Dejo caer mi bolso como si fuera una patata caliente y todas mis cosas se esparcen en todas direcciones.

En cualquier otra circunstancia, me avergonzaría ver tampones y brillos de labios rodando como canicas sueltas, pero estoy un poco preocupada por mi inminente desaparición. Juraría que puedo oír los latidos de mi corazón en los dientes.

Él lo sabe.

Lo sabe.

Abro la boca, sin saber qué excusa voy a soltar esta vez, cuando...

¡BANG!

La otra puerta se abre de golpe.

—Jefe —grita uno de sus hombres, entrando como si ni siquiera me viera—. Tenemos un problema.

Otro tipo le sigue, con un teléfono en la mano, sin molestarse siquiera en mirar en mi dirección.

Petyr gira la cabeza. Está distraído. Por primera vez desde que pisé este maldito almacén, *no* me está mirando.

Es la única oportunidad que voy a tener.

Giro el pomo de la puerta y salgo corriendo, con el corazón en un puño y las manos temblorosas. *Ojos que no ven, corazón que no siente,* me digo a mí misma. *Ojos que no ven, corazón que no siente.*

Me alejo de su vista y rezo a cualquier deidad que me escuche para que la emergencia de Petyr me aleje muy lejos de su mente.

Solo Dios sabe lo que pasará si me pone las manos encima.

3

PETYR

La gente siempre piensa, por cómo crecí, que soy un niño mimado. Que todo lo que no sepa a cuchara de plata no vale la pena.

Ahí va un chico Gubarev, podrido hasta la médula.

Tienen razón en que estoy podrido.

Pero se equivocan en cuanto al motivo. Están jodidamente equivocados.

Tengo esta hambre *porque* crecí teniendo todo. Que te den cosas es una cosa, pero ¿conservarlas? Eso es otra.

En mi mundo, las cosas más dulces que la vida tiene para ofrecer se ponen delante de tus narices. Pero una docena de manos esperan en las sombras para arrebatártelas. Quieren lo que es *tuyo.*

Aprendes rápido a empezar a cortar las garras codiciosas.

Y ahora, esta preciosidad ha caído directamente en mi regazo. Hay manos que se alargan hacia ella: las manos del destino, las manos de enemigos acechantes, las manos de esto y aquello y las malditas manos de los demás.

Las cortaré todas de raíz si se acercan demasiado.

Sima. Repito el nombre en mi lengua. Es inusual. Ruso, tal vez. El nombre "Simona" podría acortarse fácilmente a "Sima" en mi lengua materna. Últimamente, es cada vez más común que los padres de segunda o tercera generación no se molesten en usar la versión larga.

Pero no es la etimología lo que me llama la atención. Francamente, me importa un carajo de dónde viene su nombre.

Es que estoy seguro de haber oído ese nombre antes.

Recuerdo el momento en que señaló su etiqueta con el nombre. Quería que viera su función en el evento de hoy, asegurarme de que era imposible que nos hubiéramos conocido antes. *"No sé qué de Bodas",* decía. Coordinadora, tal vez.

Asentí, pero la verdad es que no me fijé mucho. No me molesto en leer cosas que no tengo que leer. La dislexia lo hace problemático

Y me dijo que se llamaba Sima. Eso me bastó.

Ahora, sin embargo, vuelvo a pensar en ello. Porque ella se escapó y porque sé que he visto esa cara antes. Puede que no se me dé bien leer libros, pero leer a las personas es otra cosa muy distinta. Y lo que le dije era cierto: nunca olvido una cara.

Flexiono la mandíbula, impaciente conmigo mismo. Detesto no saber las cosas. No me gusta que haya piezas sin resolver flotando en un día en el que todo lo demás tiene que estar bien cerrado.

Y ahora mismo, todo *tiene* que estar bien cerrado.

Es la única forma de salir con vida.

Aunque dudo que la deliciosa organizadora de bodas sea en secreto una espía enemiga. Si lo fuera, no habría parecido tan asustada. En cambio, no dejaba de balbucear, con sus suaves ojos marrones tan abiertos y asustados como los de una cierva. Sus labios, rojos y

brillantes, no dejaban de abrirse como si no pudiera respirar. Parecían llenos, jugosos. Jodidamente comestibles.

Si Lev y Luka no hubieran entrado, no sé qué habría pasado.

O tal vez sí lo sé, y ahí está el problema.

La habría empujado contra la pared. Habría visto si su boca tartamudeaba igual cuando no salían palabras, sino gemidos. Habría deslizado mis manos por sus caderas, le habría quitado la chaqueta de sus pequeños hombros, le habría bajado la cremallera, más y más.

Ella me habría suplicado.

Y yo le habría dado exactamente lo que me pedía.

Se esforzó mucho por mantener la profesionalidad. Por fingir que no estaba imaginando cómo sería tocarme. No quería desearme, y eso fue lo que lo hizo real.

La mayoría de las mujeres quieren algo de mí. En la única semana que llevo a cargo de la Bratva de mi familia, he visto a mujeres de la alta sociedad peleándose por mí, revoloteando a mi alrededor como buitres.

Poder, dinero, estatus: lo que sea, lo tengo. Y ellas lo quieren, desesperadamente.

Por otro lado, Sima solo quería *salir*.

La imagino contra la puerta. Cabello castaño oscuro, cortado justo por encima de los hombros. Práctico, pero encantador por la forma en que caía alrededor de su rostro en forma de corazón. Quienquiera que lo peinara, sabía que estaba enmarcando una obra de arte.

Ella fue suficiente para hacer que toda mi sangre se precipitara hacia el sur. Es una pena que la conociera precisamente el día de mi boda. Cualquiera que sea la hija que Boris Sidorov me haya endosado, no

puede ser ni la mitad de apetecible que esos bonitos labios rosados, o ese cuerpo firme y flexible.

Una pequeña pícara con una chaqueta corta y un elegante traje pantalón. Una maldita tentación con...

—¿Tyr? ¿Estás escuchando lo que te digo?

Las palabras de Lev me pasan por alto. Es la primera vez desde el accidente que algo me llama tanto la atención, y no quiero distraerme.

En cambio, me agacho para recoger el bolso que se le ha caído a Sima. —No —respondo secamente—. Y, a menos que sea una cuestión de vida o muerte, no me molestaré en repetirlo.

Luka se encoge en su sitio, aunque no le estaba hablando a él. Es un recluta recién salido de la calle, con solo su estatura de dos metros a su favor.

—Tu novia ruborizada sigue en la limusina —dice Lev con voz monótona—. Lleva quince minutos llorando. Ha arruinado todo el trabajo del maquillador.

—Qué pena.

—No quiere salir, Petyr —se coloca delante de mí, buscando mi mirada, que está ocupada escaneando las pertenencias que Sima ha dejado caer—. Dice que no puede seguir adelante. Dice que no se va a casar contigo.

Reviso sus cosas. Un brillo de labios barato. Una carpeta. Un burrito a medio comer.

—Parece que es su problema —comento—. No el mío.

—¡No me estás escuchando! —un paquete de pastillas para el aliento. Un cepillo de pelo de bolsillo. Otro paquete de pastillas para el aliento—. Se acabó, Petyr. La boda está cancelada.

Entonces, levanto la mirada. —No, no lo está.

—Sí, lo está —Lev parece tan exasperado como el día en que lo nombré mi padrino. Para ser justos, eso fue hace menos de una semana—. Por Dios, hermano. No me sorprende que tu futura esposa haya decidido convertirse en la futura señora de Nadie. Si esto es lo que le esperaba, quizá habría tenido más suerte con una maldita planta en maceta.

Probablemente debería ofenderme por el tono de Lev, pero no lo hago. Años de amistad me dicen que solo habla así porque se preocupa. Por mí. Y por *ellos.*

Mi padre. Dimitri.

Las dos personas a las que juré vengar.

El problema es que necesito una novia para eso.

Nunca he conocido a Polina Sidorov. Tampoco me he molestado en buscarla. Se rumorea que es blanda, mimada, el tipo de chica criada para ser más ornamental que útil.

No se lo reprocho. No es culpa suya que su padre decidiera lanzármela como una bandera blanca con un vestido blanco.

La Bratva Sidorov es un espectáculo secundario, pequeño y débil en el gran esquema de las cosas. Pero su papá quiere la protección que yo ofrezco, y yo necesito la legitimidad de un matrimonio para consolidar mi nueva posición.

Además, ambos tenemos problemas con la escoria Danilo que se está infiltrando en nuestro territorio. Ambos hemos perdido gente por su culpa. El año pasado, en particular, fue una masacre. Estoy cansado de jugar a la defensiva, y sé que Boris Sidorov también lo está.

Así que, cuando me ofreció una de sus hijas, acepté.

Si no fuera por esas razones, nunca habría hecho algo tan estúpido como casarme, y mucho menos comprometerme con un hijo. Pero era la voluntad de mi padre, tanto en sentido figurado como legal.

Quería que su sucesor se casara, que su linaje continuara. Tanto es así que lo puso por escrito el día que nació Dimitri.

Nunca fui yo quien debía llevar la corona. Continuar el legado de los Gubarev. Era Dmitri.

Pero ahora está medio muerto en una cama de hospital, respirando a través de un maldito tubo. Así que me toca a mí llevar adelante la familia.

Me importan un comino los legados. Lo único que me importa es lo que tengo que hacer a continuación: asegurar el trono y luego borrar el nombre de los Danilo del mapa por lo que le hicieron a mi familia.

De eso se trata toda esta farsa de la boda. No es una ilusión equivocada de afecto, sino *sangre*.

Honrar la mía.

Derramar la suya.

Así que no, no me importa que mi novia esté llorando a lágrima viva. Esto no es una historia de amor, es un maldito contrato.

Pero no puedo decir que esté muy decepcionado, ni avergonzado, ni que me arrepienta de ninguna manera de que mi novia decidiera no aparecer una hora antes de que diéramos nuestros votos.

Porque yo tampoco quería casarme con ella.

Sigo necesitando una novia. Pero, sinceramente, cualquiera me sirve. Por mí, Polina puede irse a la mierda.

Justo cuando pienso eso, mis dedos encuentran algo más que gominolas y aperitivos a medio comer dentro del bolso de Sima.

Su tarjeta de identificación plastificada.

La giro entre mis dedos y me concentro en las palabras estampadas en el anverso.

Banks, Samantha.

De repente, pienso en su etiqueta con el nombre. En las letras que nadaban ante mis ojos. Entonces no pude descifrar las palabras, demasiado ocupado concentrándome en otras cosas, pero ahora lo recuerdo.

Allí también decía *Samantha*.

Pero eso no es lo que ella me dijo. Cuando le pregunté su nombre, ella soltó: Sima. Eso no puede ser cierto. Es Samantha, Sam o Sammi, pero *¿Sima?* Ese es un nombre completamente diferente.

Lo cual solo puede significar una cosa.

—...Me mintió.

Lev frunce el ceño. —¿Quién, Polina?

—No. La organizadora de bodas.

Se tapa la cara con las manos. —¿Qué demonios tiene eso que ver?

—Tiene *mucho* que ver.

Como para confirmar mis sospechas, mi mirada se dirige rápidamente al año de nacimiento que figura en la identificación de Sima. Hago unos cálculos rápidos. Según esto, tiene treinta y tres años. Ni de coña. No aparenta más de veinticinco, como mucho. O está rejuveneciendo, o miente sobre algo más que su nombre.

Miro fijamente el documento de identidad, tratando de encajar las piezas. Mi mente repasa cada rostro, cada nombre que he archivado. No, no, no...

Espera. *Ahí.*

—Oh, mierda —Lev me mira entrecerrando los ojos, con preocupación—. ¿Por qué te ves tan feliz de repente?

Porque tengo una salida.

Poco a poco, mis labios se curvan en una sonrisa burlona. No suelo sonreír a menudo, pero, cuando lo hago, es porque huelo la victoria.

La puerta se abre con un chirrido. Mikhael entra como si fuera el dueño del lugar. Ya está sonriendo, lo que nunca es buena señal. Es un rasgo que compartimos. No en vano somos primos.

—Se ha ido —anuncia, intentando claramente, y sin conseguirlo, no parecer eufórico—. Polina. Cogió el coche de su tío y salió del aparcamiento como si fuera el maldito *Toreto*. Boris está teniendo una crisis nerviosa. Quiere que vayamos a buscarla.

Lev gruñe. —Dios. A estas alturas ya podría estar al otro lado de la ciudad.

Mantengo la mirada fija en la identificación de Sima durante un segundo más, luego la guardo en mi bolsillo y levanto la vista. Mikhael sigue sonriendo. Parece pensar que la audaz huida de Polina ha sido un regalo para él.

En parte tiene razón. Fue un regalo, pero no para él.

—Llama a Boris —digo con voz tranquila—. Dile que el trato se ha cancelado. No me voy a casar con su hija malcriada.

Lev se queda boquiabierto. —¿Hablas en serio?

—Se ha escapado, ¿no? —miro a Mikhael, que ahora se regodea abiertamente—. Mira, incluso Mik está de acuerdo.

—Aún necesitas una esposa —protesta Lev—. Aún necesitas...

—Y la conseguiré, pero no de Sidorov —lo miro fijamente—. Dile que no me sentiré ofendido. Me ofreció una novia y ella huyó. Hemos terminado. Tiene suerte de que no lo destripe por su falta de respeto.

Mikhael se ríe entre dientes. —Estás de buen humor para ser un hombre al que acaban de dejar plantado en el altar.

Me acerco lo suficiente como para que su sonrisa se le muera en la garganta. —Habrá boda —gruño, manteniendo la voz baja y tranquila—. Pero no la que habíamos planeado.

Mikhael se queda en silencio.

Lev se endereza. —¿De qué estás hablando?

No respondo de inmediato. En cambio, miro por la ventana hacia el pasillo de servicio. Hacia el camino que tomó cuando huyó. *Sima*, o cualquiera que sea el nombre tras el que se esconde ahora.

Si estoy en lo cierto, no quiere que la encuentren.

Y precisamente por eso voy a encontrarla.

—La boda sigue en pie —repito—. Solo vamos a hacer algunos cambios.

—¿Como cuáles?

Dejo que mi sonrisa burlona muestre mis dientes. —He encontrado una nueva novia.

4

SIMA

No dejo de correr hasta llegar a mi oficina.

Cierro la puerta de un portazo, giro la cerradura y apoyo la espalda contra la madera. Me duelen los pulmones y el pulso sigue latiendo con fuerza en mi garganta.

No es hasta que veo mi reflejo en el cristal de la vitrina al otro lado de la habitación, ojos muy abiertos, mejillas manchadas, pelo suelto alrededor de la cara, cuando me doy cuenta de lo cerca que he estado.

Le resulté familiar. Al *pakhan* Gubarev le resulté familiar.

Estoy jodida.

Aprieto los ojos y respiro hondo. Luego otra vez. No sirve de nada; mi corazón sigue golpeando contra mis costillas como si intentara encontrar una salida. Tengo las palmas húmedas, la boca seca y siento que estoy a punto de huir del país.

Pero no me reconoció.

Eso es lo que me repito a mí misma. Me miró, sí, y demasiado de cerca. Pero, si lo *supiera*, si hubiera descubierto quién soy

realmente, ya estaría muerta.

O algo peor.

Me acerco a la pequeña ventana y miro entre las persianas, buscando alguna señal de él. Nada. Ni pasos, ni sombras. Ningún hombre de la Bratva bajando por el pasillo para arrastrarme por el pelo.

Por ahora, al menos, estoy a salvo.

Ojos que no ven, corazón que no siente. Ese es el plan. Funcionó a las mil maravillas durante doce años. Si algo funciona, ¿para qué cambiarlo, verdad?

Me hundo en la silla de mi escritorio y me abrazo a mí misma. Todo mi cuerpo está tenso, como si cada músculo estuviera esperando la orden de volver a correr. Intento obligarme a pensar con lógica. He llegado hasta aquí manteniéndome invisible. Pasando desapercibida. He trabajado en bodas para gente como él antes, pero nunca *para él*.

Y, con suerte, nunca más tendré que hacerlo.

Aun así, las preguntas no dejan de dar vueltas en mi cabeza.

¿Y si reconoció mi nombre? ¿Y si me recuerda? ¿Y si uno de sus hombres se dio cuenta de quién era realmente?

¿Y si se lo cuentan a mi padre?

La idea me golpea como un camión. Si mi padre descubre dónde estoy, estoy acabada. Doce años escondiéndome, desperdiciados. Doce años luchando por alcanzar algo parecido a la seguridad, desaparecidos en un abrir y cerrar de ojos.

Me entregarán como hicieron con mi hermana Lara, obligándola a casarse con un hombre que le doblaba la edad, que olía a alcohol y pensaba que las mujeres eran ganado que se podía comprar.

Lara ni siquiera lloró cuando se la llevaron después de una boda que parecía más un funeral. Simplemente hizo las maletas y me dio un beso de despedida. Me dijo: *Huye, Sima. No dejes de correr.*

Y eso hice.

Desde entonces, he pasado cada año construyendo una vida que mi padre no reconocería. Esa es la mitad de la razón por la que me dediqué a la organización de bodas: porque es el último lugar en el que se le ocurriría buscarme.

Un solo desliz y ahora todo pende de un hilo.

¿Me recibiría con los brazos abiertos? Lo dudo. Mi padre no cree en las segundas oportunidades. No cree que las hijas tengan más valor que el que se les puede dar a cambio.

No. Si me encontrara, no sería *solo* por una boda. Haría todo lo que estuviera en su mano para hacerme daño. Mi pareja haría que el grotesco y masoquista marido de Lara pareciera Brad Pitt en comparación.

Me presiono las sienes con los dedos e intento respirar profundamente.

Concéntrate. Piensa.

No puedo irme todavía. Si me voy ahora, levantaré sospechas. Y las sospechas hacen que la gente haga preguntas que no puedo permitirme. Solo tengo que aguantar hasta que se vayan. Hasta que el último de los Gubarev desaparezca en su limusina y yo pueda fingir que este día nunca ha existido.

Solo unas horas más.

Entonces, volveré a estar a salvo.

—¿Sammi? —es Jemma—. No quiero aguar tu dolor de estómago imaginario, pero algo va mal.

Me arrastro hasta la puerta y la abro lo justo para ver su cara. Parece agotada, eso es malo. Jemma no es de las que se asustan a menos que el pastel esté literalmente en llamas.

—La boda aún no ha comenzado. Llevamos veinte minutos de retraso —dice, mirando por encima del hombro como si el pasillo fuera a explotar—. Y no hay ni rastro de la novia. Ninguno.

Parpadeo. —¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que se ha ido. Su familia no la encuentra. Y sus invitados están empezando a marcharse.

Perfecto. Justo lo que necesitaba. Una novia fugitiva y una sala llena de invitados Bratva al borde de un ataque de nervios.

Estoy medio tentada de meterle el portapapeles en las manos a Jemma y decirle que se encargue del resto del día. Dios sabe que podría hacerlo, ha manejado situaciones peores.

Pero realmente no quiero hacerle eso. Después de esto, se supone que nos convertiremos en un equipo independiente de verdad. ¿Qué pensará si le demuestro que no puede confiar en mí? ¿Que estoy dispuesta a dejar tirada a mi mejor amiga?

Una cosa es tomarse un descanso cuando el evento va sobre ruedas, pero otra muy distinta es desaparecer cuando todo está a punto de venirse abajo.

Perderé toda mi credibilidad, y no puedo permitirme eso. Si dejo que la boda de la temporada se vaya al traste, nadie volverá a contratarme. Me quedaré sin trabajo, y eso será el fin. Adiós, Sammi Banks; adiós, todo.

Suspiro, me echo el pelo hacia atrás y abro la puerta del todo. —Vale. Vamos a arreglar una boda. O a fingir hasta que se acabe el champán.

Jemma me mira. —¿Segura que estás bien? Estás muy pálida.

—Siempre estoy pálida.

—No así. Ahora mismo pareces Gasparín.

Pongo los ojos en blanco. —Vamos. Cuanto antes nos ocupemos de esto, mejor.

Y cuanto antes pueda volver a esconderme de Petyr Gubarev.

Pero al salir al pasillo, no puedo quitarme de encima el peso que siento en el pecho. Es como si estuviera entrando directamente en la boca del lobo.

Con Jemma a mi lado, me quedo justo fuera de las puertas de la capilla, tratando de encontrar a alguien, a cualquiera, que pueda decirme qué demonios está pasando. Una dama de honor, un familiar, la madre borracha de prosecco de antes... Realmente no me importa. Siempre y cuando puedan decirme dónde demonios está la novia y si la ceremonia realmente se va a celebrar.

Pero antes de que pueda abrir la boca para preguntar, lo oigo.

Petyr.

Está de pie junto al altar, golpeando el micrófono y aclarando la garganta. Ya no lleva ropa interior, debo añadir. Su traje de tres piezas le queda espectacular con esos abdominales, todo un glorioso negro medianoche sobre una camisa blanca deslumbrante. Está impecable, desde el gel que domina sus oscuros rizos hasta el brillo de sus zapatos de vestir.

—Disculpen el retraso —dice con voz tranquila y serena—. Ha habido un pequeño cambio en el programa. Pero no se preocupen, la boda sigue en pie.

Casi me derrumbo de alivio. *Gracias a Dios.* Parece que mi credibilidad está a salvo después de todo.

No estoy tan segura de mi dignidad, pero en un día tan agitado como este, estoy dispuesta a transigir.

—Al fin y al cabo, esto es una celebración —continúa—. Así que demos la bienvenida a la novia al altar.

Miro a mi alrededor en busca de un vestido blanco vaporoso, pero no veo ninguno.

Bueno, estamos en el siglo XXI. Quizá lleve ropa de colores. ¿Un traje pantalón elegante, tal vez?

Estoy a punto de susurrarle una pregunta al oído a Jemma, cuando Petyr vuelve a hablar.

—Señorita Samantha Banks —dice, helándome la sangre—, ¿podría acompañarme al frente?

El mundo se inclina hacia un lado.

Jemma me agarra del brazo. —Mierda. Se refiere a *ti*.

Abro la boca, pero no me sale nada. Me zumban los oídos, las rodillas me tiemblan y, ¿he mencionado que me estoy volviendo loca?

¿Qué demonios está pasando?

¿Qué demonios está pasando ahora mismo?

Espero que Petyr reconozca su error, pero no lo hace. En cambio, su mirada dorada permanece fija en la mía.

Y toda la capilla se vuelve para mirarme.

5

SIMA

Mis piernas dejan de funcionar.

Mi cerebro también. Es como tener la cabeza llena de papilla. Por no hablar de lo que le está pasando a mis pulmones, porque *esto...* Definitivamente no se puede clasificar como respirar.

Debí haberlo malinterpretado. Es la única posibilidad. Porque no hay forma de que lo haya oído bien, ¿verdad?

No puede ser que quiera que sea su...

Novia. Quiere que seas su novia.

Hablamos durante dos minutos. Apenas. E incluso entonces, salí corriendo de allí tan rápido como pude. ¿Por qué me llamaría al altar? ¿Por qué querría *casarse* conmigo?

¿Por qué me está haciendo esto?

Empiezo a retroceder, con la intención de salir por la puerta de la capilla y echar a correr, cuando una mano me agarra del codo.

—Ven, querida —dice un hombre con suavidad.

Levanto la vista, *muy* arriba, hacia el rostro curtido y rugoso de uno de los invitados de Petyr. Es mayor, viste con elegancia, tiene el pelo gris acero, y una cicatriz que le baja un lado de la boca. Me recuerda a una máscara de teatro, de esas que parecen medio sonrientes y llorosas, porque mientras la comisura derecha de sus labios se contrae en señal de simpatía, la izquierda está irremediablemente lastrada por esa vieja y descolorida herida.

Lo reconozco al instante.

Iván Gubarev. El tío de Petyr. El hermano menor del difunto *pakhan,* con un lugar privilegiado en la línea de sucesión, solo superado por Petyr y su hermano mayor en coma. Un hombre que debe la pérdida de casi toda su familia a la mía.

Oh, Dios.

Estoy perdida.

Poco a poco, dejo que este hombre me aleje del lugar en el que estoy clavada. Su agarre es firme, no cruel, pero está claro que no voy a salir de esto sin montar una escena.

Y ahora mismo, no estoy segura de querer arriesgarme a montarla.

Doy un paso tembloroso. Luego otro. Con cada paso que doy, la habitación gira un poco más rápido. Iván camina conmigo, con paso pausado pero seguro. Me guía por el pasillo como si fuera lo más natural del mundo, como si no fuera una completa desconocida a la que escoltan a una boda de la Bratva que nunca acepté.

Si no fuera por su mano en mi brazo, no estoy segura de que llegara al altar.

He pasado por muchas cosas en los últimos doce años huyendo. Sin hogar, con hambre, cincuenta sombras de pérdida y desesperación. Y, sin embargo, nunca he estado más triste que el día de la boda de Lara.

Sospecho que ella también lo estaba. Al menos, en ese momento. A estas alturas, seguro que ha acumulado innumerables recuerdos peores, pero si empiezo a pensar en eso ahora, perderé la puta cabeza.

Recuerdo haberla ayudado a prepararse. Qué pálida estaba. Más pálida incluso que su vestido blanco de princesa. Su maquillaje era impecable, pero, de alguna manera, no había podido ocultar la tristeza que rodeaba sus ojos.

El agarre de mi padre en su brazo le había dejado marcas rojas desde el codo hasta la muñeca. Aun así, ella no se resistió. No dijo ni una palabra. Simplemente caminó en silencio por el pasillo como si se dirigiera a su ejecución.

Yo tenía doce años. Demasiado joven para entenderlo todo, pero lo suficientemente mayor como para reconocer la expresión de pura miseria en el rostro de mi hermana.

Lo suficientemente mayor como para saber qué tipo de monstruo la esperaba al final de ese pasillo. Su sonrisa era demasiado amplia, su mirada demasiado hambrienta. Había visto esa mirada antes, en hombres de la calle a los que no les importaba que fuera una niña. O en los socios de mi padre, cuyas manos siempre se demoraban demasiado en mi cintura.

Y también de mis hermanos.

Mientras veía a Lara caminar hacia ese hombre, me prometí a mí misma que nunca dejaría que eso me pasara a mí. Nunca me tratarían como si fuera una propiedad. Nunca me venderían a cambio de poder.

Bueno, aquí estoy.

Mis dedos se aferran a la tela de mis pantalones. ¿Podría Petyr haberse dado cuenta? ¿Podría ser esto algún juego retorcido? ¿Algún tipo de castigo enfermizo?

No. Mis miedos son solo míos. Nunca los he compartido con nadie y, por muy poderoso que se rumorea que es Petyr Gubarev, ni siquiera él puede leer la mente.

Además, si lo supiera, se limitaría a matarme. Silencioso, eficiente. Una bala en la cabeza o una navaja entre las costillas. Así es como sería.

No *se casaría* conmigo.

A menos que...

No. Aparto ese pensamiento.

Petyr me observa desde el altar, con la mirada fija e indescifrable, aunque la leve sonrisa que se dibuja en sus labios me revuelve el estómago. Parece divertido. Seguro de sí mismo. Como si ya hubiera ganado algo y ahora solo estuviera esperando a ver cuánto tardo en darme cuenta.

Por un segundo, considero seriamente liberarme del agarre de Iván y salir corriendo. Correr a toda velocidad en dirección opuesta, aunque eso signifique atravesar los arreglos florales y enfadar a algunas carpas más en el proceso.

Pero los hombres de Petyr están apostados cerca de todas las salidas. Discretos, pero evidentes. Pura fuerza bruta de la Bratva. Nunca llegaría muy lejos.

Mi propia impotencia me ahoga. Odio esto. Odio estar en esta situación. Llevada por el pasillo como un cordero al matadero, atrapada a mi pesar. Solo me dan ganas de *gritar.*

Pero gritar no sería una buena idea. Lo último que necesito ahora mismo es llamar aún más la atención. Basta con que una sola persona me reconozca, una sola persona que recuerde a la chica que desapareció hace doce años.

Así que hago lo único que puedo.

Sigo caminando.

Quizás si sigo adelante, si lo supero lo más rápido y silenciosamente posible, pueda encontrar una salida más adelante. Me aferro a esa pequeña esperanza con todas mis fuerzas*. Volveré a desaparecer. Empezaré de nuevo. Como antes.*

Me llamó Samantha Banks. El nombre de mi identificación falsa. ¿Cómo puede ser legal este matrimonio?

Veo a Jemma entre la multitud. Está de pie cerca del fondo, con los ojos muy abiertos por el horror. Debe de haber deducido por mi expresión lo mucho que *no* quiero esto.

Sus labios articulan una sola palabra: *¿Policía?*

Niego con la cabeza enérgicamente. Ni hablar. Eso empeoraría las cosas. Lo único más peligroso que estar atrapada en una boda de la Bratva sería involucrar a las fuerzas del orden.

Nunca saldrían con vida. Yo tampoco.

Si queremos sobrevivir a esto, tendremos que portarnos bien. Todos nosotros.

Por muy doloroso que sea.

—Estás temblando —murmura Petyr cuando nos acercamos al altar. Se inclina lo justo para que nadie más pueda oírnos—. ¿Te han entrado dudas o es que estás tan emocionada por verme?

No lo miro. Mantengo la mirada fija en el pastor, en el mármol pulido bajo nuestros pies, en cualquier sitio menos en esa cara engreída.

—Estás loco —le susurro, moviendo apenas los labios—. Ni siquiera me conoces.

—Oh, te conozco lo suficiente.

Aprieto la mandíbula y lucho contra el impulso de darle un puñetazo. No mejoraría mi situación, pero sin duda sería muy satisfactorio.

Caería luchando, literalmente.

Cuando el pastor empieza a hablar, miro a mi alrededor. Busco, desesperadamente, una pista, un atisbo de una salida.

Pero no hay ninguno. No ahora mismo, no con tantos testigos.

Soy experta en correr. Sé mejor que nadie que el momento oportuno lo es todo. ¿Y esto? Es el peor momento posible.

Así que respiro hondo, me calmo y hago lo que hizo mi hermana.

Me caso con un desconocido.

No hay vestido blanco. No hay flores. No hay amigos ni familiares a mi lado, aparte de una horrorizada Jemma en un rincón.

Solo un traje pantalón, una etiqueta de plástico con mi nombre y una capilla llena de desconocidos que me matarían si supieran quién soy.

El sueño de toda niña, en realidad.

6

PETYR

En cuanto terminan los votos, entrelazo mis dedos con los suyos.

No es nada romántico. A juzgar por la mirada asesina de Sima, tampoco tengo que preocuparme de que malinterprete mis intenciones. Ella sabe tan bien como yo lo que significa: una correa alrededor de su mano en lugar de su cuello.

Salimos de la capilla cogidos de la mano, pasando entre filas de familiares y socios perplejos. La mitad de los invitados de los Sidorov ya se han marchado. El resto parece estar debatiendo si seguirles.

Que lo hagan. Me da igual. Vinieron aquí esperando una alianza política y lo que obtuvieron fue un recordatorio de que nunca deben meterse conmigo. La próxima vez que alguien pronuncie el nombre Gubarev en presencia de Boris Sidorov, quiero que se mee encima.

Tiene suerte de que lo único que haga sea cancelar el trato. Otros no serían tan indulgentes.

Mi padre no habría sido tan indulgente.

Estoy a punto de centrar mi atención en mi nuevo premio cuando Iván me alcanza cerca de las puertas traseras de la capilla. —¿Qué

coño ha sido eso? —pregunta en voz baja.

—Tendrás que ser más específico, tío.

—Ya sabes a qué me refiero. Acabas de casarte con la puta organizadora de bodas delante de toda la familia Sidorov. ¿Tienes idea de lo que estás haciendo?

Me detengo y me giro para mirarlo. Por alguna razón, no se me ocurre soltar la mano de Sima en el proceso.

—Por supuesto que sé lo que estoy haciendo. —Endurezco el tono—. Y deja de hablar de mi mujer como si no estuviera aquí.

No sé por qué dije eso último. Sima también parece sorprendida: un destello cruza sus bonitos ojos de cierva, y desaparece tan rápido como llegó.

Iván frunce el ceño, pero no dice nada más. —Por el bien de esta familia, espero que estés diciendo la verdad —Hace una breve reverencia a Sima—. Señora.

Luego, se aleja a zancadas.

Me doy vuelta hacia el salón de recepciones. La salida de los invitados continúa, para gran disgusto del personal, que se ve obligado a colocar platos llenos en los sitios vacíos.

—No hace falta que sigas cogido de mi mano —refunfuña Sima—. No voy a salir corriendo, si es eso lo que te preocupa.

—No me preocupa —Su actitud explosiva me hace esbozar una sonrisa—. Eres demasiado inteligente para eso.

Entonces, antes de que pueda soltar una réplica, llevo su mano a mis labios.

Me mira como si me hubiera salido una segunda cabeza. De todos modos, le doy un beso en los nudillos, lento y deliberado.

Se le pone la piel de gallina en el brazo. Intenta ocultar el escalofrío, pero lo siento, en algún lugar bajo la calidez de su piel cremosa y el ligero aroma de la loción barata.

Me recorre un impulso ardiente.

Es estúpido lo mucho que deseo ver qué más puedo sacarle. Lo rápido que podría hacerla temblar de nuevo, por razones completamente diferentes. Mi ansia se despierta con fuerza, y tengo que obligarme a no dejar que se note.

—No tienes que seguir interpretando ese papel —murmura después, y retira la mano—. Lo entendemos: soy tuya. No tienes que seguir marcando tu territorio.

Arqueo una ceja. —Eso es muy cínico por tu parte.

—Te acabas de casar con una desconocida para castigar a tu novia fugitiva —se burla en voz baja—. Perdóname si no creo que esta sea tu época romántica.

—Nunca he dicho nada sobre el romance.

—Entonces diría que cualquier comentario más sobre mi cuerpo está fuera de lugar.

Mi cara de póquer amenaza con romperse. Contengo mi sonrisa hasta convertirla en una mueca, pero no puedo evitarlo: me gusta cómo me responde. La mayoría de la gente no se atreve, desde luego no conmigo. Mantienen la cabeza gacha, la boca cerrada y hacen lo que se les dice.

Pero ella no.

—¿De verdad? —insisto con una mirada significativa a su rostro sonrojado—. Qué pena.

Su rubor se intensifica. Me pregunto si se sonrojará tan lindamente cuando la tenga desnuda. Cuando esté enterrado hasta el fondo dentro de ella.

Intenta alejarse de mí, pero no la dejo. Como he dicho, no suelo dejar escapar las cosas que caen en mi regazo. Quien lo encuentra se lo queda, y yo soy quien la ha encontrado. No mi padre, no mi hermano, *yo.*

Su mirada se dirige hacia la salida lateral. La sigo y veo cómo entrecierra los ojos mientras calcula la distancia. Cuán rápido cree que puede correr con sus sensatos tacones de trabajo.

—No lo hagas —le advierto.

Ella no me mira. —¿Qué no haga qué?

—No intentes huir. Acabamos de establecer que eres demasiado inteligente para eso, y no me gusta que me demuestren que estoy equivocado.

Su espalda se tensa. No esperaba que la leyera. Algo me dice que la Sra. Banks está acostumbrada a ser la persona más inteligente de la sala.

Y que no tiene ni idea de cómo manejar la situación cuando no lo es.

El desafío brilla en sus ojos. —¿O qué? —espeta, invadiendo mi espacio—. ¿Me perseguirás y me arrastrarás como un cavernícola?

—No hace falta —Me inclino lo suficiente para que sienta mi aliento en su oído—. Solo tendré que asegurarme de que no tengas la oportunidad de volver a huir.

Su rostro se palidece. Sin duda, está imaginando un millón de formas espantosas en las que podría cumplir esa promesa.

Sin pensarlo, extiendo la mano y le cojo un mechón de pelo entre los dedos. Suave, sedoso, con un aroma a cítricos y champú barato. Lo giro una vez, luego lo acerco a mi nariz y lo inhalo.

—Dondequiera que huyas, te encontraré —le digo—. En cualquier pueblo desconocido, en cualquier callejón del país.

—Entonces tendré que abandonar el país —replica ella.

Mi sonrisa se amplía. —Las identificaciones falsas pueden servirte para cruzar esta parte de la frontera, pero no para pasar por la TSA, *lisichka*. Y, a menos que planees cruzar el Atlántico a nado, no hay ningún lugar al que puedas ir sin que yo te siga.

Sima se queda sin aliento. No responde. Solo me mira, paralizada, con furia y miedo entremezclados en sus ojos.

—Así que no hagas ninguna tontería —le aconsejo—. Eres inteligente. Sigue siéndolo y no tendremos ningún problema.

Aparta la cara por un segundo, con la mandíbula apretada y el pecho elevándose como si estuviera esforzándose por mantener la compostura. Le doy un momento para que respire. Es mejor para ambos que no monte una escena.

Entonces, de repente, se controla. Endereza los hombros, fija su expresión. Se recompone como si nada hubiera pasado.

Se nota que lleva años practicando este juego.

—¿Y ahora qué? —pregunta con un hilo de voz, mirando a todas partes menos a mí.

—Me temo que tendrás que dar más detalles.

—¿Y ahora qué *pasa*? —pregunta ella, impaciente—. ¿Me exhibirás como si fuera un trofeo? ¿Me llevarás a tu recepción? ¿Dejarás que todo tu equipo brinde con un sincero discurso sobre cómo fue amor a primera vista?

—Es tentador. Pero no —Asiento a Lev, que ya está haciendo señas al coche—. Nos saltamos la fiesta. Ya he tenido suficientes discursos por hoy.

Ella arquea las cejas. —Eso es una tontería.

—¿Perdón?

—He puesto mi sangre, sudor y lágrimas en tu falsa boda. —Me señala con el dedo—. Mi amiga Jemma ha dormido tres horas en los últimos tres días para asegurarse de que los claveles coincidieran exactamente con el tono blanco roto del vestido de la novia. ¿Y ahora me dices que ni siquiera te vas a molestar en quedarte?

—Sí —Levanto una ceja—. ¿Hay algún problema?

Se muerde el labio. Puedo vislumbrar su conflicto interior: el orgullo de la organizadora de bodas frente al miedo de la rehén.

No necesito adivinar cuál de los dos ganará.



Cuando nos subimos a la limusina, está rígida como una tabla. Nunca había visto a nadie sentarse tan recto, ni esforzarse tanto por mirar fijamente a la nada. Ni siquiera se ha dado cuenta de que su bolso está en el asiento de delante.

Lo recojo y lo sostengo entre mis dedos. —Se te cayó antes.

Lo agarra sin dar las gracias. —¿A qué estás jugando? ¿Cuál es tu objetivo, Petyr?

Recuesto la cabeza contra el asiento y la miro. Su perfil se ve nítido bajo la luz tamizada, con los labios fruncidos y la mandíbula apretada. Parece absolutamente furiosa.

Y asustada.

—Eficiencia.

—¿*Eficiencia*? —se burla—. Una vez más, te acabas de casar con una completa desconocida.

—Te sorprendería saber cuántas veces ocurre eso en mi mundo.

Su garganta se mueve. Su mirada se vuelve aún más evasiva. Eso confirma aún más mis sospechas. Que, de hecho, *no está*

sorprendida.

Porque es perfectamente consciente de cómo funciona mi mundo.

Porque no es solo *mi* mundo.

También es su mundo.

Paciencia, me digo a mí mismo. No sería bueno asustarla ahora. No cuando ya parece dispuesta a salir corriendo.

—¿Por qué yo? —La voz de Sima es ahora un susurro—. No me conoces. Ni siquiera sabes mi verdadero... —se detiene, horrorizada por sus propias palabras.

Dejo que el silencio se prolongue, divertido. —¿Qué decías?

Entrecierra los ojos. —No has respondido a mi pregunta.

—Entonces te responderé —Miro por la ventana y veo pasar la ciudad—. Me casé contigo porque necesitaba una novia. La mía no estaba disponible. Tú sí. El resto, como dicen, es historia.

Su mirada se vuelve fulminante. —Esa no es una respuesta real.

—Tampoco lo era tu nombre.

Eso la calla.

—Sima —Dejo que el nombre salga de mi boca como chocolate fundido—. Un nombre precioso. Nada que ver con el nombre tan corriente que figura en tu documento de identidad.

—Es un apodo —dice rápidamente, demasiado rápido—. Me llamo Sammi. Pero mi hermano pequeño no podía pronunciarlo cuando era pequeño. En su lugar, siempre decía "Sima". Nos acostumbramos, así que...

Hago un murmullo. Finjo, por un segundo, que la creo. Luego me río. —Eres una mentirosa terrible, *Sammi*.

Ella aprieta la mandíbula. —Cree lo que quieras.

—Eso pienso hacer —entonces, antes de que pueda recuperarlo, meto la mano en su bolso y vuelvo a sacar su carné falso—. Treinta y tres. Vaya.

—Yo... —traga saliva con dificultad—. Tengo buenos genes.

—Más que buenos, diría yo —dejo que mi mirada se demore en su piel suave, en sus pecas juveniles. En todas partes, su mentira se vuelve evidente. Que nadie haya adivinado aún su verdadera identidad *es* el verdadero misterio—. ¿Te importaría compartir tu secreto?

—Crema hidratante, vida sana y evitar a los hombres malos.

—Claro. ¿Quién diría que el secreto de la eterna juventud era una crema facial de un dólar y ramen instantáneo?

Se sonroja intensamente. Está claro que pensó que no tendría tiempo de investigarla entre nuestro pequeño encuentro en el armario y el altar.

De repente, desvía la mirada. Ahora está mirando fijamente por la ventana, pero aún puedo verlo: cómo se mueve su garganta alrededor de una boca seca, el brillo del sudor en la línea del cabello. El más mínimo temblor en sus manos, como si estuviera sopesando los pros y los contras de abofetearme.

Me acerco y bajo la voz. —Dime en qué más me estás mintiendo, *Sammi*.

Ella abre la boca, probablemente para desviar la atención de nuevo, pero la interrumpo.

—Porque la cosa es así —recorro con la mirada la línea de su clavícula al descubierto, deleitándome con la piel de gallina que florece a mi paso—. Puedes hacerte la tonta, pero yo te *veo*. No puedes esconderte de mí.

Aprieta los puños en su regazo. —Me he escondido de mucha gente antes.

—Eso fue antes —le acaricio la barbilla con los nudillos e inclino su rostro hacia mí. Observo cómo sus labios carnosos se separan por sí solos—. Nuevo juego, nuevas reglas, *lisichka*.

Ella se aparta como si la hubiera quemado. —Que te jodan —escupe.

No, zorrita. Todavía no.

Pero pronto.

7

SIMA

Cuanto más nos alejamos de la ciudad, más se me revuelve el estómago.

Los rascacielos dan paso a los suburbios, y los suburbios a los árboles. En poco tiempo, lo único que veo son interminables hileras de pinos y alguna que otra señal de tráfico, medio cubierta por el musgo.

Cada kilómetro adicional se siente como un clavo más en el ataúd de mi plan de fuga.

Esto es lo que te pasa por negarte a ir a esa excursión de orientación en quinto curso. Fingiste estar enferma para evitar los mosquitos. ¿Te acuerdas? Ahora no sabes leer una brújula y *sigues atrapada en medio de la nada. Buen trabajo. Sobresaliente.*

—¿A dónde vamos? —me atrevo a preguntar por fin—. ¿A cazar a Pie Grande?

Petyr ni siquiera me mira. —A casa.

—Gracias —digo secamente—. Eso responde totalmente a mi pregunta.

Esta vez, sí que se vuelve hacia mí. La sonrisa burlona que me dedica me hace arrepentirme de haberme escapado de las clases de orientación *y* boxeo.

Ambas me habrían venido muy bien ahora mismo.

—Parece que tienes la impresión de que puedes hacer preguntas —se inclina ligeramente hacia mí. Mi espacio se llena inmediatamente con el aroma de su loción para después de afeitar. Algo parecido al pino, la nieve fresca y cantidades obscenas de dinero—. Déjame desengañarte de esa idea. No puedes.

Con un suspiro de frustración, vuelvo a apoyar la mejilla contra la ventana tintada. *A casa.* ¿De quién será esa casa? ¿De Petyr? ¿De su familia? ¿O es solo un código para referirse a algún calabozo de tortura donde me encerrarán y me someterán a torturas?

Me seco las palmas sudorosas en los pantalones y maldigo a mi yo de diez años por rechazar esas clases de boxeo.

Pero, sobre todo, maldigo a mi yo de hace dos horas.

Dios, ¿cómo pude ser tan descuidada? ¿Cómo pude soltar mi verdadero nombre? ¿Después de más de una década huyendo, *así* es como me atrapan? ¿En serio?

Es como si hubiera olvidado por completo mi tapadera. Como si volviera a tener doce años. Asustada, sola, desesperada por que alguien me viera tal y como era realmente.

Pero esa persona nunca debería haber sido *él*.

Repaso mentalmente las preguntas de Petyr. Sobre mi nombre real, mi edad real. Esa estúpida identificación de plástico guardada en mi bolso... Nunca debería haberla tenido en sus manos. Solo hizo falta un poco de matemáticas para descubrirme. Matemáticas y un estúpido desliz.

No estaba preguntando al azar. Cada pregunta era incisiva, indagadora. Deliberada, de una forma que me ponía los pelos de

punta. Durante unos instantes, pensé que estaba jugando conmigo. Que lo *sabía.*

Pero eso no podía ser. Si Petyr supiera quién era yo, no habría habido ninguna conversación, ni siquiera una tranquila situación de rehenes. En el mejor de los casos, ya habría llamado a mi padre. Habría fijado un rescate desorbitado, tal vez habría iniciado una guerra de pujas con todos los enemigos que se había granjeado y se habría sentado a disfrutar del baño de sangre.

En el peor de los casos, yo estaría nadando con los peces koi.

Pero no *se* habría *casado* conmigo. Simplemente no lo habría hecho. ¿Qué sentido tendría?

Me aferro a ese hilo de lógica deshilachado con todo mi corazón. Sí, él no puede saberlo. Estoy viva, así que no puede saberlo.

Y nunca, jamás, puedo permitir que lo descubra.

¡BZZZT!

Casi doy un salto cuando mi teléfono vibra en mi bolso.

Lo cojo antes de que lo haga el señor Manos Largas. Cuando veo las miles de llamadas perdidas de Jemma, se me encoge el corazón, pero eso no es todo.

Porque los mensajes son peores.

JEMMA: ***¿Estás bien? Ese ruso rico se ha casado contigo. ¿Lo conocías? ¿Qué demonios, Sammi?***

JEMMA: ***Sammi. Por favor, háblame.***

JEMMA: ***Amiga, contesta. Me estás asustando.***

JEMMA: ***Vale, ya basta. Voy a llamar a la policía.***

Ese último mensaje me hiela la sangre.

NO, respondo dramáticamente en mayúsculas. ***NO llames a la policía, Jem.***

Su respuesta es inmediata. ***¿Me das una buena razón para no hacerlo?***

Pongo los ojos en blanco, aunque siento un nudo en el pecho. Llevo dos horas en esta pesadilla y ya estoy haciendo daño a la única persona que me importa en mi nueva vida.

Por favor, confía en mí. Te prometo que estoy a salvo. Ahora no puedo hablar, pero te llamaré cuando pueda, ¿vale?

Cuando pulso *"Enviar",* mi boca se llena del sabor amargo de mis mentiras.

No más mentiras. Eso es lo que me prometí a mí misma después de empezar mi nueva vida. Mentiría sobre mi verdadera identidad, mi edad y cualquier cosa que pudiera ponerme en riesgo de ser descubierta. Pero no mentiría sobre nada más. Especialmente a mis amigos.

Otra promesa más que he roto hoy.

Después de un par de mensajes intermitentes, Jemma responde con un emoji de pulgar hacia arriba, pero puedo sentir la preocupación detrás de él.

No la culpo. Yo también estoy preocupada.

Porque no tengo ni idea de cómo diablos voy a volver a la ciudad.

Pero si consigo escapar del viejo Oscuro y Melancólico... entonces quizá necesite que Jemma venga a recoger los pedazos. Dios sabe que no tengo a nadie más.

Petyr me mira de reojo. —Enséñame tu teléfono.

—¿Perdón?

—Tu teléfono —extiende la palma de la mano—. Ahora.

Quiero resistirme, pero sé que no está bromeando. Su mandíbula está seria. Fría. A diferencia de otras veces en las que se ha burlado de mí.

Pongo los ojos en blanco y lo sostengo fuera de su alcance. Si quiere revisar mi teléfono, tendrá que arrebatármelo y quedar como un completo idiota. No es que crea que no lo haría, pero más vale prevenir que curar.

—Es solo Jemma —digo—. Mi asistente. Ya sabes, la miembro de nuestro equipo que *no* se dejó atrapar por la boda que estaba ayudando a organizar.

Entrecierra los ojos para mirar la pantalla, como si no viera bien. ¿Quizás es miope? ¿Demasiado genial para llevar gafas, demasiado cobarde para ponerse lentillas?

Después de un momento, baja la mano y se recuesta en su asiento. Intento no desplomarme visiblemente por el alivio. —Supongo que la dejaste plantada.

—¿De quién fue la culpa, otra vez?

No muerde el anzuelo. —Será mejor que lo apagues. En unos kilómetros, ya no tendrás cobertura. Mejor ahorra batería.

—Genial —digo con tono impasible—. Justo lo que todo rehén recién casado quiere oír.

Un viaje en coche por el bosque, sin cobertura y con un asesino profesional como compañía. ¿También tendré que estar atenta a si saca un hacha? ¿Estar pendiente de algún ruido de cadenas?

Petyr esboza una sonrisa. —¿Quién ha dicho que seas una rehén?

—El diccionario, por ejemplo —le lanzo una mirada fulminante—. Teniendo en cuenta que no me diste precisamente otra opción cuando me llamaste al altar.

—Tenías elección. Podías haber dicho que no.

—¿Podía, verdad?

—Sí —me clava su mirada ardiente. De repente, este coche empieza a parecerme demasiado pequeño, demasiado caluroso—. ¿Por qué no lo hiciste?

—¿Por qué no te casaste con tu *propia* novia?

Me lanza una mirada divertida. Está claro que no está acostumbrado a que lo presionen para que dé respuestas. —Como ya he dicho, ella no estaba disponible. Tú sí.

—Vaya. Supongo que el romanticismo no está muerto, después de todo.

—No he dicho que lo esté —se arregla los gemelos. Son de diamantes, a juzgar por su brillo deslumbrante—. Simplemente no me interesa.

Lo miro fijamente. De todas las cosas que ha dicho, esta es la primera que no me da ganas de pegarle un puñetazo. Curiosamente, porque, como su recién nombrada esposa, debería hacerlo.

Y, sin embargo, no me siento insultada. Sinceramente, lo entiendo. Yo tampoco soy precisamente la señorita "felices para siempre". Si no fuera por el trabajo, nunca habría vuelto a poner un pie en una capilla.

—Te toca —dice.

—¿Eh?

—No me has rechazado —su mirada dorada se desliza sobre mí—. ¿Por qué?

Vaya, *eso sí que es* gracioso. —No sabía que se podía decir que no cuando el *pakhan* lo pide.

Sus ojos se estrechan hasta convertirse en rendijas. —Qué curioso. No recuerdo haberte dicho que fuera *pakhan* de nada.

Mierda.

Siento cómo se me va la sangre de la cara. Me invade el frío. Me siento mareada, como si fuera a desmayarme en cualquier momento.

Sima Danilo creció en una familia Bratva. Tiene sentido que sepa quiénes son los principales actores y cómo funcionan las bodas en ese mundo. Pero Sammi Banks es una chica normal. No nació en el crimen organizado. Demonios, ni siquiera debería ser capaz de pronunciar la palabra *pakhan,* y mucho menos saber lo que significa o que Petyr es uno.

Piensa rápido. —Quiero decir —digo con una risa forzada que no engañaría ni a un niño pequeño—, vamos. La tuya no es la primera boda Bratva que me ha tocado. He visto lo suficiente como para saber quién es quién.

La mirada de Petyr me hace sentir desnuda. Expuesta y vulnerable como no me había sentido en años.

Abre la boca para responder, pero le interrumpo. —¡En fin! —digo con una risa nerviosa y me doy una bofetada mental. *¿Quién dice "en fin" hoy en día?*—. No pensé que fueras a llegar tan lejos. Supuse que solo necesitabas salvar las apariencias delante de tus invitados. Ya sabes, hacer que pareciera que todo había salido a la perfección. Y luego, discretamente, anular el matrimonio. Como en Las Vegas.

Su silencio se prolonga lo suficiente como para hacerme arrepentir de haber abierto la boca.

Luego dice, casi con demasiada naturalidad—: El testamento de mi padre exigía que me casara. Legalmente. Y que tuviera un heredero. Si quería conservar mi puesto.

Parpadeo. Una vez, dos veces. —Lo siento —digo, alzando la voz una octava más—, ¿un *heredero?*

—Sí.

—¿Como un bebé?

—Así es como suelen nacer los herederos —dice con toda tranquilidad—. Si quieres, te lo puedo dibujar.

—No. Lo entiendo —entonces me doy cuenta de que no lo entiendo, en *absoluto*—. Espera. A ver si lo entiendo. ¿Quieres que yo...?

—Espero un matrimonio —su mirada se cruza con la mía. Firme, sin vacilar—. Uno de verdad.

Me quedo paralizada.

¿Qué?

Mi respiración se entrecorta. Mi cerebro se detiene en seco. De repente, la limusina parece hermética, como si le hubieran succionado todo el oxígeno.

Claro, pensaba que era atractivo. Maldición, *es* atractivo. Objetivamente hablando, ese hombre es el pecado hecho traje de diseño. Y sí, quizá la idea de que me toque me hace sentir un cosquilleo en la piel que no tiene nada que ver con los mosquitos.

¿Pero tener sexo con él? ¿Como su esposa? ¿Con el objetivo de *tener hijos?*

Es una locura de cien sabores diferentes.

Intento recordar cómo respirar. Me pellizco mientras lo hago, nunca se sabe si estás en un sueño febril hasta que despiertas con la nariz taponada y la cabeza llena de algodón.

Pero la escena no cambia. Sigo en la limusina, Petyr sigue observándome como un halcón y aún no ha dicho "te engañé".

Él espera que siga casada con él.

Peor aún: espera que me quede *embarazada.*

Abro la boca. No me salen las palabras. Solo un leve traqueteo, como las bisagras oxidadas de la puerta de la muerte.

Me giro hacia la ventana y miro al exterior, esperando que mi rostro no delate el pánico absoluto que siento.

Pasamos por una larga valla de seguridad, coronada con alambre de púas. Unos segundos más tarde, la limusina reduce la velocidad y atraviesa con facilidad unas altas puertas de hierro con púas.

De alguna manera, no me veo capaz de trepar por ellas sin sufrir ningún daño.

Más allá de las puertas, aparece una mansión. Es enorme, como sacada de un cuento de hadas.

O de una película de terror. O de un documental sobre crímenes reales.

Lo peor es que sigo sin tener ni idea de dónde estamos. Solo sé que estamos oficialmente en territorio enemigo.

Y todavía no he descubierto cómo diablos voy a salir de aquí.

8

SIMA

Si Drácula dirigiera una tienda de muebles de estilo clásico, probablemente se parecería a este lugar.

Las paredes están revestidas de madera oscura y brillante, pulida hasta quedar casi como un espejo. En el vestíbulo se alzan pesados muebles antiguos: mesas de roble oscuro, sillas con patas en forma de garra, armarios tallados tan grandes que podrían servir como habitaciones del pánico.

Las cortinas son de terciopelo grueso de color rojo sangre. Lo mismo ocurre con las alfombras. Lo mismo ocurre con los cojines. Es el único toque de color en todo el lugar, y no le hace ningún favor al espacio. No ilumina las cosas. Solo absorbe la luz.

De alguna manera, hace que todo parezca más pesado.

Y más lúgubre.

Aun así, el olor a dinero es increíble. Intento no quedarme boquiabierta como una turista al entrar. Mis suelas chirrían contra el suelo reluciente, y el eco de la puerta principal cerrándose detrás de mí suena como las puertas del infierno cerrándose.

Petyr no parece inmutarse. Tira su abrigo sobre una mesita y señala un pasillo largo y oscuro. Al mirar hacia dentro, casi espero que Slenderman me devuelva la mirada.

—Ven. Te lo enseñaré todo.

Abro la boca para decir algo como*: No, gracias. Estoy bien.* O tal vez la típica pregunta: *¿Dónde está el baño?* Estoy bastante segura de que puedo averiguar dónde guarda las sábanas si me da una semana para explorar.

Pero no tengo oportunidad de decir nada.

Una mujer aparece al final del pasillo. Es alta y esbelta, con el pelo oscuro recogido en un elegante moño bajo y pómulos altos y marcados.

No es Slenderman, pienso para mis adentros.

Se acerca a nosotros. A medida que se acerca, me doy cuenta de que no parece mucho mayor que yo. Pero su expresión es totalmente diferente: fría, serena, indescifrable como un bloque de hielo.

—Petyr.

—Kira.

Intercambian un gesto con la cabeza. Sin sonrisas, sin cordialidad, sin saludos. No es que esperara que el Sr. Oscuro y Melancólico fuera de los que besan en ambas mejillas, pero esto es frío incluso para sus estándares.

—Esta es Sima —dice sin emoción, volviéndose hacia mí—. Mi esposa.

Kira levanta ligeramente una ceja. —Tu esposa —repite lentamente —. Interesante. Tenía entendido que te casarías con Polina Sidorov.

—Es una larga historia.

—Apuesto a que sí.

Se produce un momento de silencio, de esos que te ponen los pelos de punta.

—¿Cómo está Dimitri? —pregunta Petyr, ahora con un tono más suave.

La expresión de Kira cambia. No lo suficiente como para que la mayoría de la gente lo note, pero yo lo veo.

—Me ha parecido que hoy estaba más fuerte —responde ella. Su voz es ligera, pero no etérea. Lo etéreo flota. Sus palabras caen como plomo.

—Eso está bien.

De repente, siento como si hubiera entrado en medio de algo sagrado, o al menos privado, y estuviera pisando terreno peligroso.

Entonces, el teléfono de Petyr comienza a vibrar en el bolsillo de su chaqueta. Lo saca, mira la pantalla y maldice entre dientes.

—Tengo que contestar —se vuelve hacia Kira—. Enséñale la casa, ¿quieres?

La sonrisa de Kira es tenue y falsa. —Por supuesto.

Se aleja sin decir nada más. Me quedo con Kira, que se vuelve hacia mí con la misma expresión frágil.

—Bueno, pues —dice—. Empecemos.



La visita es exhaustiva, pero nada agradable.

—Esta es la sala de estar.

»Este es el comedor formal.

»Este es el comedor informal.

Hay tantas habitaciones que pierdo la cuenta. Todas están decoradas con el mismo estilo lúgubre y lujoso: madera oscura, terciopelo, penumbra.

Además, todos los espacios que visito están limpios hasta el punto de la obsesión. Ni una mota de polvo, ni una partícula. Es como si nadie *viviera* aquí. Cuando no encuentro ni un solo mando a distancia abandonado, empiezo a pensar que me están gastando una broma. O que me están mostrando una casa modelo, una réplica de la verdadera, algún castillo en lo profundo de las montañas de Transilvania.

Kira se detiene junto a una ventana que va del suelo al techo y da al jardín. Eso también parece falso. Pero las rosas están en plena floración, y falso no significa feo.

—Debes estar encantada —comenta con un tono sutilmente sarcástico—. La mayoría de las chicas no se casan con alguien con tanto poder.

La miro parpadeando. —¿Perdón?

Se vuelve hacia mí, cruzando los brazos. —Puedes dejar de fingir. Te casaste con él, ¿no? Estoy segura de que el dinero y el título ayudaron a suavizar el golpe.

Casi me echo a reír. —¿De verdad crees que lo hice por el dinero?

Su mirada no vacila. —¿No fue así?

Pienso en la capilla forrada de terciopelo. En Iván arrastrándome hasta el altar. En el peso de mil ojos fijos en mí mientras pronunciaba unos votos que no había elegido. En los pistoleros apostados en cada salida.

Pienso en lo cerca que estuve de huir. En lo mucho que sigo deseándolo.

—No —respondo secamente—. No lo hice.

Kira no responde. Simplemente me lleva por otro pasillo y se detiene frente a una puerta doble con intrincados grabados.

Las abre de par en par y me indica que entre.

—Esta es la habitación principal —dice—. La habitación de Petyr. Ahora tuya, supongo.

Entro. El aire huele a cedro y ropa limpia. La cama es enorme, supongo que necesita espacio tanto para Petyr como para su ego, con pesados postes de madera y sábanas rojo sangre a juego con el resto de la casa. Hay una chimenea, estanterías que llegan hasta el techo y un baño privado que puedo ver a través de la puerta abierta.

Oigo a Kira detrás de mí. —Ponte cómoda —su voz tiene un ligero tono burlón—. Aunque supongo que eso no será un problema, ¿verdad?

Antes de que pueda responder, se ha ido y la puerta se cierra con un suave pero definitivo *clic.*

Por primera vez en horas, vuelvo a estar sola.

Gracias a Dios.

Dejo escapar un suspiro. Una vez, dos veces, hasta que siento que mis pulmones vuelven a ser míos.

Entonces, observo la habitación. Su opulencia, su impecabilidad. Las paredes, altas y cubiertas de libros, parecen presionarme por todos lados. Mi pulso retumba en mis oídos y, por un segundo, juraría que el aire se inclina a mi alrededor.

Me acerco a la cama a trompicones y me siento lentamente, medio esperando que el colchón sea tan duro y siniestro como todo lo demás en este mausoleo de casa. En cambio, me hundo en algo suave. Lujoso. Las sábanas son como crema contra mis palmas, suaves y frescas al tacto.

El contraste me deja atónita. Todo en este lugar tiene esquinas afiladas y, sin embargo, la cama, *su* cama, es lo único que parece querer abrazarme.

Espero un matrimonio. Uno de verdad*.*

Un escalofrío me recorre la espalda. No sé si es por el frío, por el terror o por algo completamente diferente.

Lo único que sé es que sigo sin tener ni idea de cómo diablos voy a escapar de este lugar.

O sobrevivir.

9

SIMA

Sola en la gigantesca y victoriana pesadilla de Petyr, empiezo a dar vueltas como un tigre enjaulado. No puedo evitarlo: cada sombra parece dispuesta a abalanzarse sobre mí; cada rincón parece estar equipado con ojos que me observan. Teniendo en cuenta al propietario de esta habitación, no me extrañaría que la hubiera llenado de cámaras.

O una transmisión en directo. Ya sabes, para mostrar a toda su gente Bratva que está trabajando en esa tarea de encontrar un heredero.

Un sudor frío me recorre la espalda. Dijo que espera un matrimonio de verdad... pero seguro que no se refiere a empezar esta noche, ¿no?

Eso es lo que te pasa por saltarte la depilación brasileña, diría Jemma si estuviera aquí.

Pero ella no está aquí. Y desviar mi inminente fatalidad con humor no me va a acercar más a la ciudad.

Mis ojos se desvían hacia la cama de nuevo. Podría hacer una cuerda con las sábanas e intentar bajar por el enrejado, pero no.

Está oscureciendo, no soy James Bond, y aunque pudiera escapar de alguna manera al bosque, la primavera no es precisamente la mejor época para acampar en la costa este.

Además, por lo que sé, este tipo tiene una jauría en la propiedad a los que alimenta con una dieta de fugitivos frescos, todos ladrando y echando espuma por la boca por la oportunidad de perseguirme por el bosque y arrastrarme gritando por los tobillos.

Por otro lado, *podría* pasar la noche aquí. Con lo grande que es la cama, ni siquiera nos tocaríamos a menos que nadáramos a propósito a través de océanos de colchones para encontrarnos en el medio.

Y sin embargo...

Espero un matrimonio. Uno de verdad.

Se me eriza la piel de los brazos. Me abrazo a mí misma, pero no sirve para ahuyentar el frío. Un matrimonio de verdad implica muchas cosas. Una de ellas es la noche de bodas.

—Maldita sea —murmuro.

Me pongo delante del espejo de cuerpo entero. Mi reflejo me mira con ira. ¿Y cómo puedo culparlo? Me he fallado a mí misma. He roto la única promesa que juré mantener siempre.

Me he casado. Con el enemigo.

Y ahora, él espera que tenga sus hijos.

Me hundo en el colchón. Siento la desesperación devorándome el estómago, carcomiéndome por dentro.

Mi mente vuelve a mi madre.

Recuerdo primero sus manos. Siempre ocupadas, siempre escurriendo un trapo de cocina o alisando una arruga en su delantal, o cubriendo un moretón que creía que no notábamos. Mi padre tenía mucho dinero para contratar personal para la casa, y lo hizo, pero

nunca contrató a un chef. Decía que una esposa ocupada era una esposa feliz.

En aquel entonces, creía que bromeaba. Que la razón por la que mamá estaba todo el día en la cocina era porque le encantaba cocinar. Al principio, seguro que era así. Solía decir que era su lugar feliz cuando era más joven, un espacio para pasar tiempo con la abuela antes de que falleciera. Antes de casarse y formar su propia familia.

Cuando yo nací, ya se había convertido en su prisión.

Recuerdo sus canciones. Cuando era pequeña, solía tararear mientras cocinaba, pero luego la música se detuvo. Cuando crecí, todo quedó en silencio.

Tenía siete años cuando papá trajo a casa a su tercera amante.

La mujer entró en nuestra casa como si fuera suya. Un perfume nauseabundo, de alguna marca cara con la que se había empapado, la seguía como el humo. No tengo ninguna duda de que mi padre le compró ese perfume. Seguramente quería que mi madre lo supiera. Para que se sintiera aún más humillada por su presencia de lo que ya se sentía.

Bueno, funcionó.

Recuerdo cómo se quedó mamá allí, paralizada, con la espátula en la mano, la salsa burbujeando en la cocina detrás de ella. No dijo ni una palabra. Solo se volvió hacia la cocina, parpadeando rápidamente, con la boca en una fina línea.

Yo aún era una niña, pero entendí más de lo que debía. Cuando naces en el seno del crimen organizado, aprendes a crecer rápido.

Ese fue el día en que aprendí lo que significaba ser impotente.

Ella le dio cinco hijos. Tres hijos y dos hijas. Era una esposa leal, una amiga leal y una súbdita leal.

Y a cambio de eso, mi padre no le dio más que dolor.

Cuando yo tenía diez años, ya ni siquiera tenía la decencia de fingir. Simplemente seguía llegando cada noche a cenar con una mujer nueva del brazo, cada vez más joven y brillante. Como si cambiara de Rolex.

También obligaba a mamá a cocinar para ellas.

Nunca lo perdonaré por eso.

Cuando por fin cumplí doce años, ella era un fantasma en su propia casa. Dejó de mirar a la gente a los ojos y empezó a disculparse por cualquier cosa. Cosas que ni siquiera eran su culpa. Su comida se volvió más salada. Creo que por entonces lloraba todos los días. En la cocina, donde nadie podía oírla.

Pero hay un día en particular que recuerdo.

Mamá acababa de terminar de poner la mesa para una cena. Veinte cubiertos, copas de cristal, servilletas de lino. Estaba alisando el camino de mesa cuando papá entró con una chica que apenas había salido de la adolescencia. La presentó como "una amiga". La chica llevaba un vestido que podría haber sido una servilleta. Se burló con aire de suficiencia de mi madre durante toda la noche, criticando la comida, su edad, cualquier cosa que pudiera ocultar detrás de una sonrisa falsa y una risa educada.

Fue entonces cuando mi madre dejó de comer. A partir de esa noche, sus calorías provenían únicamente del vino.

Lara y yo lo intentamos todo para sacarla de su letargo. Para hacerle ver que todavía tenía gente que la quería, aunque nuestro padre no lo hiciera. Pero era demasiado tarde. Había entregado su vida a un hombre que no la merecía y ahora era justo lo que aquella rubia descarada había dicho de ella: *vieja.*

Demasiado vieja para empezar de nuevo. Demasiado vieja para huir.

Pero yo no era así.

Juré que nunca acabaría así. Y luego, cuando Lara se casó, juré que nunca me casaría. Nunca dejaría que un hombre me cortara pedazos hasta que no quedara nada más que una muñeca bonita y sin vida.

Y, sin embargo, aquí estoy. Casada con un *pakhan* de Bratva. Con el enemigo público número uno. El hombre que me miró, me eligió como si fuera una camisa en rebajas y decidió que yo le bastaba.

Ahora quiere que le dé un heredero.

Y no puedo decirle que no. Sé muy bien lo que les pasa a las mujeres que desagradan al *pakhan.* Diferente Bratva, mismas reglas. Tendré suerte si salgo con vida, si no con todos mis miembros.

Aprieto las sábanas hasta que mis nudillos se vuelven blancos como la leche alrededor de la tela rojo sangre.

¿Cómo lo hará? ¿Será delicado o será brusco? ¿Me lo preguntará primero? ¿Me dejará decir que no?

¿Le importará siquiera si lo hago?

Tiemblo. Me abrazo con más fuerza. La perspectiva de ser violada dentro de unas horas por un hombre que podría hacerme desaparecer con solo chasquear los dedos... Es más de lo que puedo soportar.

Pero lo peor es que no estoy segura de que diría que no.

Me siento asquerosa por admitirlo incluso ante mí misma. Pero no puedo ignorar el cosquilleo en mi pecho, el hormigueo en mi piel que no tiene nada que ver con el miedo. Una parte de mí, sospecho que la parte inferior, ni siquiera se resiste tanto a la idea.

Quiero culpar a la soledad, a los años y años de celibato autoimpuesto. Al hecho de que sigo siendo virgen a los veinticuatro años porque no podía confiar en nadie para eso. En ningún hombre, nunca.

Cierro los ojos y puedo verlo. Sus manos, su boca, sus ojos color ámbar líquido. Puedo oír su voz ronca en mi oído, un susurro bajo que raspa alguna parte primitiva de mí, hace que la capa se desprenda como yeso agrietado.

Me tocó como si fuera suya. Como si fuera un regalo de boda que planeaba desenvolver lentamente, centímetro a centímetro de piel.

Me doy una bofetada tan fuerte que rebota en las paredes.

Basta, me reprendo. *¡Esta no eres tú!*

Tengo que salir de aquí. Si no lo hago, quién sabe qué me convencerá mi traicionero cuerpo de hacer. Ya estoy lo suficientemente disgustada conmigo misma tal y como están las cosas.

Tengo que irme. Ahora mismo.

No espero. No me quedo a esperar a que Petyr, Kira o el tío It salgan de su escondite. Solo cojo mi bolso de la mesita de noche y me deslizo por el pasillo, caminando en silencio. Durante todo el trayecto, siento cómo me late el corazón en la garganta.

Por algún milagro, llego a la cocina sin cruzarme con nadie. Miro con nostalgia las superficies perfectas. A mamá le habría encantado este lugar. Antes de que mi padre le rompiera el corazón y el espíritu, le habría encantado hornear pasteles aquí, en medio del bosque, con el aire lleno del aroma de la vainilla y las risas de sus hijos.

Pero esa no voy a ser yo. Esa *nunca* voy a ser yo.

Me dirijo hacia la puerta trasera, cerca de la despensa. La vi antes, durante la visita impasible de Kira, y la apunté mentalmente en ese mismo instante.

Sin pensarlo dos veces, salgo corriendo a la fría noche. Sin un plan, sin un mapa, sin siquiera una chaqueta que me abrigue.

Pero hay una cosa que sí sé.

No voy a acabar como mi madre.

No importa lo que diga Petyr Gubarev.

10

PETYR

Treinta minutos después de empezar nuestra llamada telefónica, Iván sigue sin dejar de hablar sobre la rabieta de Boris Sidorov. Al parecer, el hombre está actuando como si *yo* hubiera huido con su hija, en lugar de que fuera ella quien huyera sin mí.

Jodidamente increíble.

Si mi padre estuviera aquí, el pez pequeño de Sidorov no se atrevería ni a abrir la boca. Quizás para disculparse. Para suplicar perdón, ofrecer otras tres hijas a cambio, prometer hacer otras nuevas si fuera necesario.

Si mi padre estuviera aquí, Polina no se habría atrevido a huir.

La diatriba parece no tener fin. Ya ni siquiera estoy seguro de si sigue hablando de Boris o si mi tío está dejando que se le escapen sus propias dudas sobre la situación.

Escucho con medio oído, distraído. A cualquier otra persona le habría mandado a la mierda hace veintinueve minutos. Pero se trata de mi tío y, por muy pesado que pueda ser, sé que tiene buenas intenciones. Demasiado buenas, a veces.

—Iván —lo interrumpo—. Polina robó un coche y desapareció. *Ella* ya ha roto el contrato. Boris solo está molesto porque no fui tras ella y la traje de vuelta agarrándola por la trenza.

—Aun así... —argumenta Iván. Siempre ha sido el diplomático de la familia, siempre dispuesto a salvar lo insalvable con un "aun así", un "pero" o un "sin embargo"—. Él quería la alianza. Ahora se ha quedado sin boda *y* sin ejército.

—Está más molesto por la presión de Danilo que por cualquier otra cosa —digo—. Queremos lo mismo. Volverá a la línea si sabe lo que le conviene. Por ahora, dejemos que se enfade.

—¿Y si no vuelve a entrar en razón?

—Entonces me ocuparé de él —Mi tono se vuelve severo—. Como me he ocupado de todos los demás.

Iván no está convencido. Pronto, la conversación vuelve a girar en torno a los Sidorov, la alianza y la necesidad de limar asperezas. Dejo de prestarle atención a los treinta segundos. En su lugar, abro mi portátil y abro el buscador del navegador.

Escribo el nombre: ***Sima Danilo.***

Los resultados tardan solo unos segundos en aparecer. Los reviso con desgana, abriendo varias pestañas para ir saltando de una a otra.

Algunos artículos antiguos. Una denuncia de persona desaparecida. Echo un vistazo al texto y me centro en una foto antigua del colegio, una que parece haber sido recogida por todos los medios de comunicación: una niña con dos coletas, mirando con el ceño fruncido a la cámara.

Pelo oscuro. Ojos de cierva, de un intenso color marrón roble. Se levantan en las comisuras, como si te interrogara solo con la mirada. Sus pómulos están medio ocultos tras la redondez de la infancia,

pero se nota que son altos y que se marcarán más con la pubertad. Y esas pecas en la nariz... inconfundibles.

Me recuesto en mi asiento y la miro fijamente. Es el mismo rostro que el suyo. La mujer con la que me casé. *Mi* Sima. Ahora es mayor, obviamente, pero es ella.

Mierda, lo sabía. No me extraña que me resultara familiar. Como he dicho, nunca olvido una cara.

Tenía doce años cuando desapareció de la faz de la Tierra. Nadie sabía qué le había pasado, ni siquiera si seguía viva.

Pero ahora *lo* sé.

Y no voy a dejar escapar un premio tan jugoso con una simple advertencia.

—Eso no es todo, Petyr —insiste Iván—. Tenemos que averiguar cómo...

Finalmente, mi paciencia se agota. Interrumpo el monólogo de Iván con un seco—: Encárgate de Boris. Te llamaré mañana.

Cuelgo el teléfono y me quedo sentado un segundo, dejando que todo se asiente. Mi nueva esposa es Sima Danilo. La hija desaparecida de Danilo. La que todos creían que había sido secuestrada o, peor aún, asesinada.

Esa foto... La recuerdo. La vi por todas partes cuando se publicó la noticia. Era imposible encender la televisión sin ser asaltado por la mirada oscura de esa niña, tan mayor para su edad.

Conozco la ira. He convivido íntimamente con ella toda mi vida. ¿Y esos ojos? Están llenos hasta los topes de ira. Rabia, furia, sed de venganza por cualquier medio posible.

Pero una niña pequeña no tiene medios. Así que hizo lo único que podía: escapar.

Incluso entonces, pensé que su desaparición era sospechosa. ¿Nikolai Danilo, perder a una hija? ¿Con el tipo de seguridad que tenía en su casa? No podía imaginar a nadie lo suficientemente audaz, o lo suficientemente estúpido, como para intentar secuestrarla, y mucho menos tener éxito. Francamente, habría tenido más sentido que él mismo la hubiera matado.

O vendido por partes.

Resulta que no estaba muerta en absoluto. Estaba huyendo. Aquí mismo, bajo nuestras narices, en lo más profundo del territorio Gubarev. *Mi* territorio.

Mis labios esbozan una sonrisa burlona.

Aún no sé qué voy a hacer con esta información. Tengo algunas ideas, pero ya pensaré en los detalles más adelante. Por ahora, cuanto menos sepa la gente, mejor.

Como si fuera una señal, la puerta se abre detrás de mí. Cierro mi portátil antes incluso de ver quién es. Kira.

Cruza los brazos y entrecierra los ojos. —Así que has traído a una extraña a mi casa. Seré sincera, hubiera preferido un perro callejero sarnoso. Aunque supongo que, en el fondo, es lo mismo.

Mi silla chirría cuando me levanto bruscamente. —Siempre te he respetado, Kira. Lo sabes tan bien como yo. Pero, si sigues hablando mal de mi mujer, vamos a tener un problema.

Da un respetuoso paso atrás y levanta las manos en un gesto conciliador. —Está bien. No mearé donde tú ya has dejado un charco. Pero sigue siendo una desconocida, Petyr.

—Es mi esposa.

—Eso no significa una mierda y lo sabes.

—No tuve tiempo para un compromiso largo. Puedes pedir té y conocerla mejor, si eso es lo que quieres.

Kira aprieta los labios hasta formar una línea fina. Tengo la sensación de que no hay nada que le apetezca menos que tomar té y charlar con mi nueva media naranja. No deben de haberse llevado bien durante la visita. —Sabes lo que significaba esta casa para Dimitri. Para *mí.* Se suponía que íbamos a vivir aquí. Formar una familia aquí. Ahora, todo eso se ha esfumado, y sé que no es culpa tuya, pero… —su voz se quiebra antes de recuperarse—. Es una falta de respeto, Petyr. Simplemente lo es.

Aprieto la mandíbula. —Yo no pedí nada de esto.

—No. Pero lo aceptaste —gira la cabeza hacia un lado, como para ocultar las lágrimas—. ¿Y ahora ella también? ¿En serio?

La miro. *La miro* de verdad. Está agotada, enfadada, afligida. Y tiene razón: esta no debía ser su vida. Mi padre siempre quiso que Dimitri ocupara el trono. Que se convirtiera en *pakhan.*

Yo no. Yo nunca.

Pero Dimitri está conectado a mil máquinas, tubos de respiración y tubos de alimentación, y su médico sabe qué más, y no pinta bien. No se espera que despierte.

Así que el peso de todo esto, la casa, el título, el legado, recae ahora sobre mis hombros. Sobre los de nadie más.

—No tienes que preocuparte por que te dejen de lado —le hago el favor de fingir que no veo sus lágrimas —Eres de la familia. Pase lo que pase, siempre serás de la familia. Puede que no sea capaz de darte lo que mi hermano tenía previsto, pero te cuidaré. Siempre. ¿Lo entiendes?

Kira solloza. Me lanza una mirada que no logro descifrar. Como si estuviera sopesando mis palabras, preguntándose si sería una tonta por creerlas.

Antes de que pueda decidirse, el sistema de seguridad se activa con un chirrido.

Vuelvo al portátil, lo abro de nuevo y abro la transmisión.

—*Blyat*.

—¿Qué? —pregunta Kira, acercándose.

Ambos vemos lo que ocurre en tiempo real. Mi nueva esposa, corriendo a toda velocidad por el camino de entrada...

...y directamente hacia la puerta.

11

SIMA

Corro tan rápido como me lo permiten mis piernas.

Me arden los pulmones, el corazón me late tan fuerte que ahoga todo lo demás. El aire frío de la noche me escuece en las mejillas, pero no me detengo. No puedo.

Solo hay un pensamiento en mi cabeza, y es*: Sal de aquí.*

Tienes que salir ahora mismo.

El camino de entrada se extiende hasta el infinito. Mis zapatos golpean la grava, resbaladiza y desigual, haciéndome tropezar cada pocos pasos. Para empeorar las cosas, no dejo de mirar por encima del hombro, medio esperando ver a Petyr salir corriendo de la casa en cualquier momento. Viniendo a arrastrarme de vuelta, a encadenarme a los postes de la cama, a hacerme cosas sucias.

Esa idea me provoca un extraño calor en la espalda. Solo es miedo, estoy segura.

No reduzco la velocidad hasta llegar a la verja.

Los barrotes de hierro se alzan altos, negros y macizos contra la luz de la luna. Me arde el pecho por el esfuerzo de mi maratón

improvisada. Si salgo viva de aquí, voy a coger un taxi para ir a todas partes durante el resto de mi vida.

Agarro los barrotes, pero la verja no se mueve. Mis dedos resbalan sobre el frío metal mientras intento encontrar la manera de abrirla.

Pero no hay pestillo. A pesar del aspecto anticuado de esta puerta, debe abrirse electrónicamente, y solo con el permiso del dueño de la casa.

Mierda.

Vuelvo a mirar detrás de mí. En cualquier momento, él podría darse cuenta de que me he ido. Antes de que eso suceda, tengo que estar mucho, mucho más lejos de lo que estoy ahora.

Escalar. Un sudor frío me recorre la espalda cuando me doy cuenta de lo que tengo que hacer. *Tengo que escalar.*

¿El único problema?

Tengo pánico a las alturas.

Miro fijamente la verja, con el corazón en un puño. No hay ningún punto de apoyo para subir, pero los barrotes se van ensanchando. Si consigo llegar más allá de la mitad, quizá pueda pasar. Quizá...

Me arremango, respiro hondo y empiezo a trepar.

En el momento en que me impulso, mi pie resbala. Resulta que mis sensatos tacones no son tan sensatos cuando se trata de atrevidas escapadas verticales.

Grito y luego me maldigo a mí misma porque es la segunda cosa más estúpida que podría haber hecho después de resbalar.

Aprieto los dientes y maldigo entre dientes. *Vale, está bien. Sin tacones. Descalza funciona muy bien para los chimpancés. También funcionará para mí.*

Lo intento de nuevo, apoyando el pie en un peldaño más bajo y tirando con todas mis fuerzas. Las palmas de mis manos ya me escuecen por el frío metal que me las raspa, pero no puedo parar. *No voy a* parar.

No voy a ser prisionera ni un segundo más.

Al mirar por encima del hombro, veo movimiento cerca de la casa. Mi corazón da un vuelco cuando me doy cuenta de quién es.

Mierda por partida doble.

Petyr está mirando a su alrededor, buscando algo. Si no desaparezco en los próximos cinco segundos, me verá. Y entonces...

Cadenas. Cabecero de la cama. Bebés.

Montones y montones de bebés cubiertos de pelusa, sacados de Playboy, con ojos que brillan en la oscuridad.

Ni hablar. Ni de coña.

Empiezo a trepar más rápido, pero es un error. Mi pie resbala de nuevo, rozando algo afilado, y esta vez la caída no es suave. Golpeo el suelo con fuerza, me golpeo los dientes y me lastimo las rodillas.

¡Mierda, mierda, mierda!

El dolor explota en mis piernas. En todo mi cuerpo, en realidad. El rasguño en mi pie es superficial, pero ¿de verdad quiero arriesgarme a contraer tétanos y trismo?

Miro hacia atrás. Esta vez, Petyr y yo cruzamos miradas.

Y entonces, él se acerca.

Me lanzo de nuevo hacia la puerta, sin preocuparme por las enfermedades infecciosas que pueda contener esta trampa de hierro. Si eso me saca de aquí, estoy más que dispuesta a gastarme el resto de mis ahorros en una visita a urgencias y un billete de autobús a ninguna parte.

Llego un poco más alto que antes, pero entonces mi mirada se desvía de nuevo por encima de mi hombro, y es entonces cuando mi agarre se cierra alrededor del aire vacío. Me golpeo contra el suelo, sin aliento.

Ahora está en el coche. Los faros se encienden de golpe y el motor ruge al arrancar. Si viene a por mí así, cinco segundos no serán suficientes.

Salto por última vez, desesperada. Mis palmas rozan el metal mientras me subo, pateando con las piernas para agarrarme. Pero esta vez, *por fin*, estoy subiendo, un peldaño tras otro, y de repente la luna está más cerca que el suelo.

Solo un paso más. Afianzo mi agarre en las barras, entrecierro los ojos para mirar el último peldaño negro que sellará mi camino hacia la libertad. *Uno más...*

Y entonces las manos de Petyr me agarran por los tobillos.

Pierdo el equilibrio. Para siempre. Caigo hacia atrás y esta vez sé que el suelo no va a ser amable conmigo, que me voy a romper algo. Probablemente todo.

Hasta que siento unos brazos fuertes que me agarran por la cintura.

Solo tengo un breve momento de alivio antes de recordar lo que acaba de pasar. *Quién* me ha cogido.

Y quién me arrastró al suelo en primer lugar.

—¡Suéltame! —grito, forcejeando en los brazos de Petyr.

Me baja. En cuanto lo hace, me giro y vuelvo a salir corriendo. Pero él me agarra con la misma rapidez, me levanta como si no pesara nada y esta vez no tiene la cortesía de responder a mis súplicas.

En cambio, me echa sobre sus hombros como si fuera un saco de patatas.

—¡Ayuda! —empiezo a gritar, aunque sé que las posibilidades de que alguien me oiga son mínimas—. ¡Que alguien me ayude! ¡Me han secuestrado! Que alguien...

—¿Quieres callarte de una vez? —me gruñe Petyr al oído.

Cuando sigo retorciéndome, me da una fuerte palmada en el trasero. El impacto me paraliza por un segundo y me deja sin aliento. Una extraña sensación de hormigueo se extiende por la nalga golpeada, algo cálido y silencioso y casi... indoloro.

Aprovecha mi distracción para empujarme al asiento del copiloto. Para cuando vuelvo a retorcerme y gritar, ya es inútil.

Me han atrapado.

La puerta del coche se cierra con un fuerte *golpe.* Miro al frente mientras él rodea el capó y se sienta al volante, con la furia y la humillación ardiendo detrás de mis párpados.

—Petyr, escúchame —empiezo a divagar en cuanto nos ponemos en marcha—. Esto es un error. Tú no quieres esto. No me quieres. Podemos arreglarlo. Podemos anular el matrimonio, nadie tiene por qué saberlo. ¡Podemos cancelarlo todo!

Él no responde.

—Soy una esposa horrible —sigo soltando lo primero que se me viene a la mente, desesperada por encontrar algo que funcione—. No sé cocinar. Odio limpiar. Ronco. ¡Y muy fuerte! Te arrepentirás, te lo prometo. Sea lo que sea lo que crees que estás haciendo, no vale la pena. ¿Aguantarme? ¡No se lo desearía ni a mi peor enemigo!

Sus manos permanecen firmes sobre el volante, tan tensas como su mandíbula. Ni siquiera me mira. Está pensando, lo veo, pero no es sobre lo que estoy diciendo.

De alguna manera, eso me aterroriza aún más.

Me hundo en el asiento, agarrando mi bolso como si fuera un salvavidas. La silueta oscura de la mansión vuelve a aparecer, cada vez más grande a medida que nos acercamos. Mi pulso se acelera.

Y entonces aparcamos, él sale, me agarra y me levanta y me echa al hombro otra vez. Subimos las escaleras. Entramos y nos envuelve de nuevo la oscuridad de la mansión Gubarev.

Entonces, la puerta principal se cierra detrás de nosotros con la irrevocabilidad de la muerte.

La cerradura hace *clic.*

Mi última esperanza se va con ella.

12

SIMA

Petyr no dice ni una palabra mientras me arrastra de vuelta al dormitorio. Su agarre es como hierro alrededor de mi muñeca. Mi pulso retumba en mis oídos, mi pecho se oprime con cada paso que doy por el interminable pasillo, pero no me resisto. Ya está lo suficientemente enfadado.

Empuja la puerta del dormitorio y la abre. —Entra.

Obedezco.

—Siéntate.

De nuevo, obedezco.

Me siento rígida en el borde de la cama. Mis puños agarran las sábanas, de color blanco lechoso contra el rojo sangre. Me siento como una niña traviesa a punto de ser castigada. Mi corazón late tan fuerte que estoy segura de que él puede oírlo.

Petyr se acerca. Es tan alto que me sobrepasa, tan corpulento que bloquea por completo la luz de la luna.

De repente, su mano se cierne sobre mi garganta.

Mi corazón se detiene. La presión no es aplastante, no hasta el punto de impedirme respirar si quisiera, pero Dios, *no* quiero hacerlo.

Me doy cuenta, con una lentitud casi cristalina, de lo que está a punto de suceder aquí.

Va a matarme, ¿verdad?

La cara de Petyr está ahora a pocos centímetros de la mía. Puedo ver cada poro, cada mota dorada de sus ojos color whisky. La forma en que sus fosas nasales se dilatan como las de un toro enfurecido, como si estuviera esforzándose por no perder el poco control que le queda.

Rezo para que lo haga rápido.

Su agarre se hace más fuerte. No tan fuerte como para hacerme daño, pero sí como para que comprenda lo mala idea que sería resistirme. Sin duda, eso es exactamente lo que quería dejar claro.

—Vuelve a intentar esa mierda —gruñe—, y te encerraré en esta habitación hasta que me des un heredero.

Su cálido aliento roza mi piel. Tiemblo antes de poder evitarlo. Lo peor es que no estoy segura de que sea solo por miedo.

Está tan cerca que puedo sentir el calor que irradia su cuerpo, el leve roce de sus dedos callosos contra la suave hendidura de mi garganta. Mi pulso se acelera, como el de una presa atrapada. Ojalá no tuviera que ver lo mucho que me afecta su cercanía, pero mi cuerpo me traiciona a cada momento.

Justo en ese momento, me sonrojo. Me odio por ello. Mi mente me grita que este hombre es peligroso, que debería estar aterrorizada. En cierto modo, lo estoy.

Pero algo en mi estómago se contrae de todos modos.

Siento un calor en las entrañas y mis pensamientos no se quedan quietos. Siguen divagando por donde no deberían. Mi mente se llena de imágenes de las manos ásperas de Petyr recorriendo mi cuerpo, rozando partes mucho más sensibles que mi cuello.

¿Cómo se sentiría? ¿Tener su boca presionada contra la mía, sus manos presionadas en otros lugares?

Inhalo bruscamente. No. *No* es momento de dejar que la sed se apodere de ti, Sima. Ese hombre te tiene literalmente agarrada por el cuello, ¿qué dice eso de ti?

¿Que hemos estado posponiendo la terapia durante demasiado tiempo?

De acuerdo, es justo. Pero aun así.

Mi silencio debe de estar irritando a Petyr. Vuelve a apretar el agarre y, esta vez, noto una ligera presión en la arteria carótida. Ya sabes, ¿por donde pasa la mayor parte del oxígeno? Mi respiración se vuelve rápida y superficial, pero mi rubor solo se intensifica.

Esto es lo que pasa cuando sigues rechazando las ofertas de Jemma para una cita doble a ciegas, me recuerda secamente mi conciencia. *O cuando no sales, en absoluto. O cuando sigues evitando a los hombres porque te aterroriza que, tras seis meses de una bonita relación, te vayan a echar un anillo de diamantes en la copa de champán.*

Aprieto los puños con más fuerza y bajo la mirada. Me niego a mirarle a los ojos así, débil y vulnerable y otras cien cosas que no suelo ser. Cosas que odio ser. En cambio, me muerdo el labio y me esfuerzo por devolver esos pensamientos al agujero del que han salido.

Pero sigo sintiendo sus dedos bailando en mi pulso, y sé que me perseguirán mucho después de que él se aleje.

Petyr debe de interpretar mi repentina docilidad como una señal de rendición, porque finalmente me suelta. Sin embargo, no se aleja mucho. Está claro que cree que aún no ha dejado las cosas del todo claras. —No tengo tiempo para tus malditas rabietas —espeta—. Tienes que aceptar lo que está pasando. No puedes evitarlo, Sima. Estamos casados. Más vale que lo aceptes en lugar de huir asustada.

Una oleada de ira se apodera de mí a pesar del miedo. —¿Aceptar qué, exactamente? ¿Que ahora soy tu prisionera? ¿Que me violarás hasta que me quede embarazada y te dé tu preciado heredero?

Los ojos de Petyr se endurecen. Pero su voz se mantiene tranquila, lo que me enfurece. —No tendré que violarte —dice—. Tú desearás todo lo que hagamos.

Suelto una carcajada. —Creo que sobreestimas enormemente tu atractivo sexual.

La comisura de su boca se contrae, pero no sé si es por diversión o por enfado. En cualquier caso, me mira como si le hubiera retado a demostrar que estoy equivocada. Lo cual no era mi intención. En absoluto. ¿Verdad?

Y, sin embargo, una pequeña parte de mí, una que desearía poder atar y amordazar, y no de una forma pervertida, no está tan segura de que se equivoque.

Como si fuera una señal, me levanta la barbilla. —Ya lo veremos, *lisichka.* Pero primero tenemos que establecer algunas reglas básicas.

Mi boca empieza a abrirse como la de un pez. —¿Qué, como el señor Grey? ¿Tengo que llamarte "amo" y ofrecerte mi trasero para que me des unos azotes cada vez que no me coma las verduras?

—Lo que tienes que hacer es dejar de decir tonterías. No puedo permitir que huyas cada vez que me doy vuelta. Preferiría no soltar a los perros.

Genial, así que sí *tiene perros. Espléndido. Jodidamente increíble.* —¿Ah, sí?

—Así es —por fin me suelta la barbilla—. Tengo demasiados enemigos para eso. Si caes en malas manos...

Me viene a la mente mi padre.

—¿Y entonces? —alardeo, ocultando mis manos temblorosas a la espalda—. ¿Y entonces qué hacemos?

—Hacemos un trato.

—Suena como algo que diría el diablo.

Me lanza una mirada divertida. Cinco minutos más a solas con este tipo y mi fascinante sentido del humor podría incluso hacerle reír. —Por suerte para ti, no me interesa tu alma.

—¿Solo mi útero, entonces?

Sus ojos se oscurecen. De alguna manera, no parece ira. —En parte. Después de todo, necesito un heredero.

—¿Y por qué debería actuar como una máquina de hacer bebés para ti? —pregunto a la defensiva—. ¿Qué podrías ofrecerme que valga la pena?

—Libertad.

La palabra queda suspendida en el aire. Lo hace a propósito. Como si supiera el efecto que tendrá en mí.

Que se joda; está funcionando. —¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que te pagaré generosamente por tus servicios —empieza a pasearse tranquilamente por la habitación, con los dedos entrelazados a la espalda. Sus ojos no se apartan de los míos ni un segundo—. Podrás tener una identidad nueva, una vida nueva lejos de aquí, donde nadie pueda encontrarte. Todo lo que tienes que

hacer es seguir casada conmigo, dar a luz a un hijo, y daré por cumplido nuestro contrato.

—¿Contrato?

—Por supuesto —dice—. Haré que redacten uno. Firmas en la línea punteada. Si no cumplo mi palabra, no dudes en llevarme a los tribunales.

Claro. Como si fuera posible. Pero sus palabras empiezan a sonar cada vez más atractivas. Dinero, libertad, una vida sin la sombra amenazante de mi pasado. Sinceramente, su oferta parece demasiado buena para ser verdad.

Excepto que...

—¿Y el niño? —me acaricio el vientre con gesto protector. Es una tontería, no hay nada ahí. Pero si lo hubiera... No estoy segura de poder renunciar a él tan fácilmente.

—Quédatelo —se encoge de hombros—. Renuncia a él. Sinceramente, no me importa.

Parpadeo. —¿Perdón?

—El testamento de mi padre dicta que me case y tenga un heredero. No dice nada sobre que yo lo críe.

Lo miro fijamente, luchando por procesar sus palabras. —Entonces, ¿simplemente... me dejarías quedármelo?

—Si eso es lo que quieres, entonces sí.

Por un segundo, me quedo aturdida. Todo lo que ha dicho me parece demasiado calculado, demasiado limpio. Y, sin embargo, también es la primera vez que me ofrece una salida. Un futuro que no incluye rejas en mi ventana ni rótulas rotas. Y, por muy loco que parezca... no me opongo totalmente.

Obtendría dinero. Obtendría mi libertad. Más que eso, tendría un bebé. Sin ataduras. No necesitaría casarme, compartir la custodia,

estar encadenada a nadie. Básicamente, me está ofreciendo ser mi donante de esperma *y* mi sugar daddy. Todo en un día de trabajo, o un año, como mucho. En cierto modo, Petyr me está ofreciendo todo lo que siempre he querido.

—¿Cuánto? —pregunto, buscando la trampa en la letra pequeña. Porque seguro que hay una. Su oferta no puede ser *tan* buena.

—Seis ceros —dice—. Puedes elegir la cifra que va antes.

Mierda, qué hoja de cálculo.

Hago un gran esfuerzo para evitar que mis pupilas se conviertan en signos de dólar. Seis ceros, eso es al *menos* un millón. Y por lo que parece, me dejaría llegar hasta nueve veces esa cantidad sin pestañear. Diría que nadie tiene ese tipo de dinero, pero siendo realistas, *él* sí. La familia Gubarev es una de las más ricas del país. Eso significa miles de millones.

Naturalmente, esta oferta también tiene sus inconvenientes. Algunos son obvios, como el hecho de que aceptarla significaría que tendría que pasar mucho tiempo con él. *Muchísimo tiempo.* ¿El riesgo de que me reconociera? Se multiplicaría por infinito.

Es cierto que hasta ahora no lo ha hecho, y si mantengo un perfil bajo, probablemente podría salir bien. Pero ¿estoy dispuesta a apostarlo todo por un "probablemente"?

Lo estás considerando. De verdad.

Sí. ¿Cómo no hacerlo?

Con el dinero de Petyr, podría salir del país. Podría montar mi propio negocio. Podría criar a un hijo como siempre he querido, vivir sin preocupaciones, sin tener que mirar atrás nunca más.

Podría ser *libre.*

Pero la libertad nunca es gratis. La idea se me queda grabada en el pecho.

Levanto la barbilla. —¿Cómo sé que no acabarás viniendo a por el niño?

Petyr arquea las cejas. —Porque te lo acabo de decir.

—Claro —hago un esfuerzo por no poner los ojos en blanco—. Pero la mayoría de las veces, el *pakhan quiere* criar a su heredero. Incluso lo necesita.

Él se encoge de hombros con indiferencia. —Yo no soy como mi padre. Sinceramente, no me preocupa mucho el legado. Tengo primos que estarían encantados de tomar el relevo cuando yo muera. Prepararé todos los documentos legales que necesites para concederte la custodia total.

—¿Y si cambias de opinión?

—Entonces, buscaré a otra mujer dispuesta a darme un hijo.

La idea de él con otras mujeres me deja fría, inestable. Hay que reconocer que no estaba preparada para ello. Es un acuerdo comercial, ¿por qué demonios voy a ponerme celosa?

Una mujer diferente cada noche. Un juguete diferente riendo en la mesa, cada vez más joven. Un desfile de muñecas y humillación.

La cara de mi padre aparece en mi mente. Mis labios se aprietan en una línea, mis puños se cierran a los lados.

No se trata de Petyr. Se trata de *mí*. Concretamente, de no acabar como mi madre. Casi me siento aliviada al darme cuenta, pero la amargura de lo que acaba de decir me persiste en la lengua. Las imágenes, las heridas que volverían a abrir...

—No.

Él inclina la cabeza. Solo un poco. Lo suficiente para que yo sepa que no está contento y que quiere darme la oportunidad de pensarlo de nuevo. —¿No?

—Ninguna otra mujer —a pesar de mis garantías de que esto no tiene nada que ver con Petyr ni con los celos, me sonrojo—. Prométeme que no estarás con nadie más mientras... hagas esto conmigo.

Mi tono es más frágil de lo que me gustaría. Demuestra debilidad. En cualquier momento, este hombre se aprovechará de ello.

Petyr me estudia durante un largo rato. Luego, en contra de toda lógica, asiente. —Está bien. Tienes mi palabra.

Espera, ¿qué?

—Tú... —carraspeo—. ¿Lo dices en serio?

—Sí.

La habitación da vueltas. Por fin caigo en la cuenta de que realmente voy a hacerlo. Acostarme con el enemigo, literalmente.

Pero es un pequeño precio que pagar por todo lo que siempre he querido.

Así que, en contra de mi mejor juicio, yo también asiento.

13

PETYR

Cuando Sima asiente, me invade una sensación de alivio.

Bien. No dejo que ella lo note, pero puedo sentir cómo la tensión finalmente se desliza de mis hombros. No es que tuviera ningún reparo con la opción B, pero un aliado dispuesto siempre es mejor que un prisionero renuente. Es menos complicado y mucho más útil.

Se acabó perseguir a mi nueva esposa por el camino de entrada en mitad de la noche.

Se acabaron las sirenas sonando en la casa.

No más riesgos de que caiga en malas manos porque está tan delirante como para creer que puede escapar de mí.

Esto hará que todo sea más fácil.

Aún no he decidido cómo la voy a utilizar. Por ahora, es mi vía de escape de las molestas condiciones de mi padre, pero cualquier mujer podría haber servido para ese propósito. No es por eso por lo que me casé *con ella.*

Sima Danilo. Dejarla embarazada y utilizar eso contra la familia Danilo sería la opción más obvia. Mataría dos pájaros de un tiro:

cumpliría la voluntad de mi padre y, de paso, volvería locos a Nikolai Danilo y a su psicótico hijo Anatoli.

Dicho esto, podría simplemente matarlos en lugar de irritarlos. Podría bañar las calles con la sangre de los Danilo y honrar mi trato con Sima al mismo tiempo.

No me daría la satisfacción de hacer bailar a mis enemigos en la palma de mi mano, pero sería práctico. Incluso honorable.

Ya cruzaré ese puente cuando llegue a él. Por ahora, el heredero tiene prioridad. Primero tengo que asegurar mi corona; echar a los demás de sus tronos puede esperar.

A estas alturas, he aprendido a ser paciente con la venganza. El momento adecuado siempre llega si esperas lo suficiente.

Y el hecho de que Sima ya no vaya a ir a ninguna parte me favorece.

Como si fuera una señal, ella elige ese momento para hablar. —Bueno, eh... ¿Por dónde empezamos?

Arqueo las cejas. —¿Con qué?

—El heredero —como no respondo de inmediato, resopla—. Está bien. Espera.

La veo recostarse torpemente en medio de la cama, rígida como una tabla. Tiene los brazos pegados al cuerpo y la mirada fija en el techo, como si estuviera esperando al pelotón de fusilamiento.

—Muy bien —dice con tono seco—. Estoy lista. Hagámoslo.

Parpadeo. Esta no es la seducción que había imaginado. Parece la última virgen en una orgía romana y yo el viejo senador sórdido que quiere tirársela. No es precisamente halagador.

—Eh... ¿me quito la ropa? ¿O me la quitas tú? —empieza a balbucear. Puedo oír el nerviosismo en su voz, la forma en que sus palabras se tropiezan entre sí—. ¿O quieres que te ayude a quitarte la tuya? ¿O... acaso *tenemos* que quitárnosla?

—Sima —me pellizco el puente de la nariz—. Relájate. Esto no es la consulta de tu ginecólogo.

—Lo sé —resopla, impaciente—. Y *estoy* relajada, muchas gracias.

—Ya lo veo.

—¡Lo digo en serio! —insiste—. Nunca he estado más relajada en mi vida. Esto es, como, el máximo nivel de relajación para mí. Totalmente informal. Sí.

Dios. Casi me echo a reír, pero eso arruinaría el ambiente. En lugar de eso, apoyo la mano en el colchón y me inclino sobre ella.

—Relájate —le susurro, tomándole la barbilla con la mano—. Yo me encargo.

Ella traga saliva, con los ojos muy abiertos, y asiente. Su cuerpo permanece rígido, pero sus mejillas están ahora sonrosadas, delatando cada gota de su expectación. Esa mirada inocente y nerviosa va directa a mi polla.

Es entonces cuando la beso.

Es lento, vacilante. Una suave presión de labios en lugar de la intensidad a la que estoy acostumbrado. Cuando quiero algo, lo devoro, pero Sima me parece demasiado frágil para eso. Un cordero llevado al matadero.

Lo que tengo que hacer ahora mismo es enseñarle a este corderito lo bien que puedo hacerla sentir.

El resto vendrá después.

Ella gime sorprendida durante el beso. Pero pronto siento cómo se separan sus labios y su cuerpo se rinde bajo el mío. Su mano se levanta y se enrosca en mi manga, y mierda, ese pequeño acto de contención es lo más excitante del mundo.

Salimos a tomar aire. Me embriago con el negro intenso de sus pupilas, el suave entrecerrar de sus párpados a la luz de la luna.

Precioso. Jodidamente precioso.

Cuando vuelvo a besarla, me sumerjo más profundamente. Ella me deja, desplegándose bajo mí. Su pequeño suspiro cuando mi lengua roza la suya casi me derrite.

—Buena chica —le susurro entre besos—. Así es como se hace.

Ella gime en silencio, pero no me impide volver a sus labios.

Y otra vez.

Y otra vez.

A medida que nuestros besos se vuelven más apasionados, mi mano se desliza por su costado, sobre la suave curva de su cadera. Ella tiembla bajo mi tacto, con el corazón latiendo a toda velocidad. Me pierdo en la tenue dulzura de su boca. Mi autocontrol se deshilacha, puesto a prueba como nunca.

Pronto, estoy besando todo su cuerpo. Chupando hasta dejar marcas en el hueco de su garganta, la línea de su clavícula, el contorno de sus pechos. Abro la blusa de Sima y tomo un pezón en mi boca. Cuando lo hago, todo su cuerpo se arquea, clavándome las uñas en la espalda de mi camisa.

Puedo sentir el contorno de su pantorrilla contra mi polla, el calor de su piel filtrándose en la mía. Si fuera cualquier otra persona, ya le habría dado la vuelta y la habría follado con fuerza contra el colchón.

Paciencia. Me recuerdo a mí mismo que aún no he terminado de mostrarle lo bien que puede sentirse. Le prometí que querría todo lo que hacemos. Es una promesa que pretendo cumplir.

Cuando mis dedos se deslizan bajo sus bragas, Sima jadea. —Oh. Eso es...

Su frase queda inconclusa.

Pero sé exactamente lo que quiere decir. La encuentro completamente empapada por mí. Húmeda, cálida, deseosa. Cuando

empiezo a frotar su clítoris con movimientos circulares, sus caderas se contraen hacia mi mano, buscando *más*.

—Petyr —gime—. Oh, Dios. Así, así.

El deseo me golpea como un tren de mercancías. He tenido mucho sexo antes, pero, de alguna manera, nunca me había sentido *así.*

Adictivo. Peligroso.

Ya me estoy volviendo codicioso.

Deslizo un dedo dentro. Empiezo a moverlo dentro y fuera mientras mantengo mi boca ocupada con los pechos de Sima, ahora magullados y rosados. Está tan jodidamente estrecha y caliente que casi pierdo el control.

—*Blyat* —La agarro con fuerza con mi mano libre—. Qué apretada estás. Ya me estás apretando —Añado un segundo dedo y siento cómo su resistencia se derrite como la cera de una vela—. ¿Me deseas tanto, eh?

—Yo... ¡ahh...! —jadea Sima cuando acelero el ritmo—. Quiero... Yo... necesito...

—Sé lo que necesitas, *lisichka* —le susurro al oído, levantándome para que volvamos a estar cara a cara—. Paciencia. Lo conseguirás.

Pero solo cuando yo lo diga.

Curvo los dedos en el punto que la hace gemir más fuerte. Funciona: pronto, Sima se contonea bajo mi tacto, inclinando las caderas para seguir el ritmo de mi mano.

Sin darme cuenta, empiezo a mover mis caderas contra las suyas. Mi polla sigue rozando su coño vestido, volviéndome loco.

Añado un tercer dedo. Dejo de ser tan delicado. Sima me agarra la espalda con tanta fuerza que me pregunto si me dejará moratones, pequeñas medias lunas por todas partes entre los omóplatos.

La idea me excita más de lo que debería.

Pronto, Sima empieza a temblar. Un estremecimiento que recorre todo su cuerpo, empezando por los dedos de los pies y subiendo, subiendo, *subiendo.* —Petyr —jadea, completamente perdida—, yo... oh, Dios, creo que voy a...

—Córrete —le digo con voz ronca—. Córrete para mí, zorrita. Déjame oír cómo te corres.

Con una última embestida, lo hace.

Sus paredes se contraen a mi alrededor. Puedo sentir la primera ola de su orgasmo succionando mis dedos hacia dentro, atrapándolos tan profundamente que no puedo evitar imaginar mi polla en su lugar. Qué bien se sentiría tener este pequeño y apretado coño exprimiéndome hasta dejarme seco.

—Eso es —le digo, llenándole la boca de besos—. Eso es, nena. Qué bueno. Qué jodidamente bonito es cuando te corres.

Ella gime en respuesta, como si se estuviera muriendo de placer y vergüenza. Pero sus caderas siguen moviéndose contra las mías, hambrientas, famélicas, y yo no soy tan malvado como para dejarla vacía. No hasta que esté completamente satisfecha.

Finalmente, después de lo que parece una eternidad, se desploma sobre el colchón. Sonrojada, jadeando, una maldita obra maestra. —Oh, Dios. Eso fue...

—¿Rápido? —la provoco.

—Cállate —refunfuña, golpeándome sin ganas—. No pude evitarlo. Era la primera vez que alguien... ya sabes...

Frunzo el ceño. —No, no lo sé.

Se sonroja furiosamente, frunciendo el ceño como si estuviera *tratando* de ofenderla. —Vamos. Quiero decir, yo lo había hecho sola, pero nadie más me había... tocado ahí —se da la vuelta,

sonrojándose aún más—. ¿Es eso lo suficientemente explícito para ti?

Mi cerebro se divide en dos. Una mitad, la que ahora mismo está enviando todo el riego sanguíneo a mi entrepierna, ya se está imaginando la escena que ella acaba de describirme. Los delicados dedos de Sima deslizándose tímidamente dentro de sus bragas. La mano de Sima alrededor de un juguete, introduciendo la cabeza de silicona dentro de su estrecho coño.

O tal vez no. Era demasiado estrecha para que nada más ancho que sus dedos hubiera estado allí. No me di cuenta en ese momento, pero...

Era obvio, ¿no? La timidez, la torpeza. Lo rápido que se mojaba. Lo rápido que se corría conmigo.

Ahí es cuando la otra mitad de mi cerebro se inunda de culpa.

Sima es virgen. Le doy vueltas a esas palabras en mi cabeza. *Maldición. Es virgen. Dulce, ingenua, inocente.*

Y yo acabo de mancillarla.

Una oleada de posesividad me atraviesa. Mi polla está tan dura que me duele, mierda. Nadie más la ha tenido. Nadie más la ha tocado donde yo lo hice. Nadie más la ha follado.

Nadie más.

No debería importarme. Normalmente, no me importaría. Pero la idea de que Sima sea tan completamente mía, lista para quedarse embarazada de mi hijo, para dejarme ser el primero en penetrarla... despierta algo primitivo en mi interior.

Lo deseo.

La deseo.

Y, sin embargo, no puedo permitirme tomarla. Ya la estoy utilizando al arrastrarla a mi guerra con los Danilos, ¿y ahora también voy a

utilizar su cuerpo?

¿Cuando es una maldita *virgen*?

Me incorporo antes de saber lo que estoy haciendo.

—¿Petyr? —Sima frunce el ceño con preocupación—. ¿Pasa algo? ¿He...?

—No. Yo... Madita sea.

La cara desconsolada de Sima no ayuda en nada.

Antes de que pueda cambiar de opinión, me alejo de ella. Me pongo de pie.

Apenas siento cómo me dirijo hacia la puerta. Apenas siento cómo mis dedos se cierran alrededor del pomo, aún pegajoso por su sabor.

Apenas oigo cómo se cierra la puerta detrás de mí, dejándola al otro lado.

Es mejor así.

Por un segundo, casi pierdo el control.

14

SIMA

Me quedo mirando la puerta mucho tiempo después de que se cierre de golpe tras la espalda de Petyr. Luego, cuando termino de compadecerme de mí misma, me recuesto sobre las almohadas.

Todavía estoy tratando de recuperar el aliento después de... bueno, *después.* Mi piel está demasiado caliente, demasiado hormigueante, mi cuerpo pesado y sin fuerzas. Soy cera derretida que gotea de una vela que arde demasiado.

Vale, quizá no pensemos en cosas que gotean de objetos fálicos, ¿no?

Hundo la cara entre las manos y gimo. Debería estar horrorizada por lo que acaba de pasar. Petyr Gubarev, el enemigo público número uno, acaba de llevarme al orgasmo con los dedos. Alguien debería ponerme unas esposas ahora mismo.

Sra. Danilo, queda detenida por traición sexual. Mantenga las manos donde pueda verlas. Y lo que es más importante, mantenga las piernas cerradas.

¿Qué demonios me pasa?

Te pasa de todo, me informa secamente mi conciencia. Y maldita sea, tiene razón. Porque no solo dejé que Petyr hiciera lo que hizo, sino que me gustó. Me gustó cómo me tocó, cómo me hicieron sentir sus manos. Su boca. La mirada de sus ojos agitados.

Dios, estoy jodida.

No debería sentirme así. Debería estar aterrorizada, luchando por escapar. Trepando por esa verja oxidada en lugar de trepar por mi carcelero como si fuera un árbol.

Pero no puedo mentirme a mí misma sobre la forma en que mi cuerpo respondió. Nunca en mi vida había tenido un orgasmo tan intenso, *nunca*.

Y él también lo quería. Sé que lo quería. Lo sentí, duro contra mi muslo, mientras sus dedos trabajaban dentro de mí. Estaba metido, estoy segura.

Entonces, ¿por qué no terminó? Ese era el objetivo, ¿no? ¿Hacer un bebé? Eso era lo que él decía que quería. Corrígeme si me equivoco, pero meter los dedos no crea un nuevo ser humano.

No necesitaba que hiciera la actuación de su vida, aunque con esos abdominales, no dudo de que podría haberlo hecho, pero al menos podría haber... No sé. Rellenado el pastel. No dejar a una chica en ascuas, por así decirlo.

A menos que...

A menos que estuviera mintiendo. Esa idea se me clava entre las costillas. ¿Y si no le interesa acostarse conmigo en absoluto? ¿Y si todo esto del heredero es solo una tapadera para otra cosa? ¿Algo peor?

¿Y si *hay* otra mujer, alguien con quien realmente quiere estar? ¿Alguien a quien fue a ver justo después de dejarme aquí, empapada y sola, para...?

Tiemblo y me abrazo a mí misma. Esa imagen me hace sentir frío por todo el cuerpo. Me lo prometió, ¿no? Me prometió que no estaría con nadie más mientras intentábamos tener un bebé.

Pero los hombres mienten. Tú lo sabes mejor que nadie.

No. Niego con la cabeza, lo descarto. No tiene sentido, ¿verdad? Si realmente está intentando dejarme embarazada, no tendría sentido malgastar el jugo para hacer bebés en otra persona. Lógicamente, lo sé.

Pero emocionalmente, su dramática salida todavía me duele, y lo odio. Odio sentir algo más que alivio.

Quizás realmente *había* una emergencia en el trabajo. Quizás realmente recordó algo importante en el último momento. Quizás mi coño es tan bueno que le trae recuerdos. No es que yo lo sepa, porque, como él insistió en hacerme repetir, nunca tuve la oportunidad de usarlo con otra persona. Quién sabe, ¿verdad?

Además, Petyr sigue siendo el *pakhan* de la Bratva Gubarev. Las intrigas y maquinaciones de su imperio de oscuridad no se detendrán en seco solo porque me corrí con sus dedos. Sea un coño mágico o no.

Suelto una risa sin humor. *Dios, ¿qué es mi vida?*

Me arrastro fuera de la cama y me dirijo al baño como una amante rechazada. Quitarme la ropa me parece lo primero inteligente que hago en todo el día. Dejo correr el agua caliente y me meto bajo el chorro, con la esperanza de que se lleve la confusión, el calor persistente entre mis piernas, el estúpido dolor que siento en el pecho y que no estoy preparada para nombrar.

Por desgracia, el agua no tiene la misma propiedad de alterar la memoria que mi encantadora vagina.

Sin embargo, ayuda. Más o menos. Un poco.

Entonces me doy cuenta de que no tengo nada para dormir. Ni ropa. Ni bolsa de viaje. Ni cepillo de dientes. Una gran pila de nada. Solo la práctica chaqueta y el traje pantalón que llevé a la boda y las cosas que aún quedan en mi bolso. Fantástico.

Me acerco a la cómoda, abro un cajón y saco una de las camisetas de Petyr. Espero que no le importe que la amante/esposa/madre de su hijo, a la que dejó llorando en sus sábanas de algodón egipcio, haya robado algo para abrigarse.

Me la pongo y, sorpresa, me queda *enorme*. Me queda grande, me llega hasta las rodillas. Si no tengo cuidado, se me pueden ver las tetas por el escote. Me la subo un poco más; las chicas ya han estado bastante expuestas hoy, muchas gracias.

El movimiento acerca el cuello a mi nariz. Entonces, antes de que pueda pensarlo mejor, lo huelo larga y profundamente.

La tela es suave, cálida y huele inconfundiblemente a él. Notas de pino e invierno, como una Navidad temprana, y algo más que no puedo nombrar pero que ya asocio con él. Una vez leí en alguna parte que la atracción física pasa por el olfato, que nos atraen las señales químicas inidentificables que el sistema inmunológico de la otra persona complementa al nuestro. Que es fuerte donde nosotros somos débiles, débil donde nosotros somos fuertes.

Intento no pensar en eso mientras me meto en la cama. Es demasiado confuso, demasiado aterrador.

Veo mi reflejo en el espejo al pasar: *¡He aquí la novia accidental más agotada del mundo!*

Me derrumbo sobre el colchón, pecaminosamente blando, me cubro hasta el pecho con las mantas y me quedo mirando al techo. Me resulta imposible dormir. Mi cerebro está corriendo una maratón mientras mi cuerpo aún se recupera de todo lo que acaba de pasar.

Tengo mucho que resolver.

Tendré que volver a mi apartamento en algún momento. Tengo que ocuparme del contrato de alquiler. Mi trabajo. Dios, ¿qué demonios le voy a decir a Jemma? *Hola, siento haber desaparecido es que tenía que asistir a una noche de bodas.* Ya puedo imaginar la cara de horror que pondrá mientras marca el 911 en silencio a sus espaldas.

Luego están mis clases en la universidad comunitaria, cursos de pequeña empresa para los que he estado reuniendo el dinero de la matrícula con horas extras en la fiesta posterior a la boda. Por fin empezaba a sentir que tenía un plan. Como si estuviera construyendo algo real. Algo *mío*.

¿Y ahora? Ahora, nada de eso importa ya.

Estoy interpretando el papel de esposa accidental en una mansión Bratva real, tratando de que no me descubran, tratando de averiguar si el hombre con el que me casé planea matarme, dejarme embarazada o ambas cosas.

Genial. Diez sobre diez. Sin comentarios.

Mis dedos se curvan alrededor del borde de la manta mientras respiro hondo. Yo no pedí nada de esto, pero también sé que no puedo derrumbarme.

Se me ocurrirá algo. Siempre lo hago.

Al final, el cansancio me invade. Se apodera de mí sigilosamente, envolviéndome como una espesa niebla.

Justo antes de quedarme dormida, me giro hacia un lado, con la mejilla apoyada en la almohada. El aroma de Petyr lo impregna todo.

Y, Dios mío, no creo que lo odie.

15

PETYR

Me reúno con mis hombres en el almacén del centro, el que mantenemos fuera de los libros. Huele a aceite y serrín. El aire está cargado de la tensión que se produce cuando todo el mundo sabe que las cosas se van a poner serias.

—Manos a la obra.

Miro alrededor de la mesa. Lev, mi segundo al mando; Luka, su recién nombrado brazo derecho; Mikhael, mi primo. Aparte de ellos, mis *vory*. Dada la volatilidad de la situación, prefiero que estas reuniones sean reducidas.

—Los Danilo se han pasado de la raya. Todos recuerdan el ataque a nuestros traficantes en Queens.

Lev se inclina hacia delante, con los brazos apoyados. —Lo recuerdo. Si no me equivoco, querías vengarte entonces.

—Así es —confirmo—. Con dureza y rapidez. Pero mi padre no estaba de acuerdo. Dijo que yo era demasiado impulsivo, que no valía la pena arriesgarse a una guerra por un par de tipos de bajo nivel.

Luka se mueve nervioso. Todavía no ha ganado la confianza necesaria para hablar en reuniones como estas, pero Lev lo ha estado animando. No me opongo. La jerarquía es importante, pero la iniciativa lo es más. Dios sabe que mis *vory* prefieren permanecer en silencio de todos modos, dejar que las conversaciones importantes se den a puerta cerrada, cuando yo no estoy presente.

—¿Y si solo nos estuvieran poniendo a prueba? ¿A ver hasta dónde podían llegar antes de que reaccionáramos?

Asiento, complacido con su intuición. —Precisamente por eso he dejado de esperar. En cuanto veamos a uno de sus soplones en nuestro territorio, dispararemos primero. No es momento para la diplomacia.

Lev sonríe. —Hace tiempo que no enviamos un mensaje.

—¡Entonces hagámoslo a lo grande! —Mikhael da un golpe en la mesa con la palma de la mano, lo que hace que un par de *vory* más viejos den un respingo—. ¿Quieren una guerra? ¡Les daremos lo que se merecen!

Por una vez, no estoy en desacuerdo. Mi padre debería haber manejado esto cuando esos *mudaki* empezaron a husmear.

En lugar de eso, convocó una maldita reunión.

Y luego él y Dimitri recibieron un disparo antes de poder llegar allí.

Ahora él está muerto, mi hermano está en coma y yo soy el único que queda con las llaves del reino. Así que no, me importa una mierda si esto no es lo que él quería. Si mis acciones van a ser tomadas como pretexto para una batalla que los Danilo claramente han estado esperando, bien.

¿Quieren guerra? Les daré un maldito baño de sangre.

Pero primero, necesito que todas las demás organizaciones de la zona vean que yo estoy al mando. No soy mi padre y no tengo la misma carga de conciencia y las mismas dudas que él tenía.

Tenemos un acuerdo de armas con los italianos, algo que he diseñado específicamente para cambiar el rumbo a mi favor. Si lo cerramos, enviará una señal clara: la Bratva Gubarev es más fuerte que nunca, repleta de aliados y recursos, y cualquiera que piense en cambiar de bando y unirse al enemigo, mejor que se lo piense dos veces.

—Aquí está el plan completo —extiendo los planos y las rutas de envío sobre la mesa—. Tiempo, logística, planes de contingencia. No se pasa nada por alto.

Lev examina el mapa y asiente. —¿Paramos aquí, soltamos el señuelo y trasladamos la carga real por Queens Boulevard?

—Exacto —respondo—. Si algo sale mal, nos ocultamos y pasamos al plan B. Recuerda: los Danilos *no pueden* fastidiarnos esto.

Una vez más, Luka duda antes de hablar. —¿Y si atacan el convoy antes de tiempo? Solo tenemos un equipo de refuerzo.

—Buena observación —Señalo la esquina del plano—. Por eso tenemos una segunda unidad preparada a dos manzanas. De una forma u otra, el trato se cerrará.

Los *vory* asienten. Algunos, milagrosamente, incluso hacen preguntas. Lo tomo como una señal de buena fe, una chispa de lealtad hacia mi liderazgo. Sean cuales sean sus recelos hacia mí como su nuevo *pakhan,* por ahora me están dando su confianza. Eso es todo lo que necesito.

Finalmente, Iván toma la palabra. —¿Y si los Danilos atacan el convoy? —pregunta—. ¿Qué pasará entonces?

—Los volamos en pedazos —respondo con tono severo—. Sin supervivientes.

—¿Incluso si aparece un pez gordo como Anatoli?

Intento que no se me note el gruñido en la cara. Cada vez que sale el nombre de ese psicópata, acabo mostrando los dientes, con ganas

de hincárselos en la garganta. Si esto fuera el reino animal, así es como acabaría: uno de nosotros con sangre en los colmillos y el otro abandonado como comida para los buitres.

Los humanos no somos diferentes. Solo nos gusta fingir que lo somos. Claro, usamos balas en lugar de nuestros cuerpos, pero esa es toda la diferencia. Al final, siempre se derrama sangre, y no es más bonita cubierta por el olor de la pólvora.

—Si Anatoli aparece —escupo—, lo eliminamos. Como a cualquier otra rata.

—Eso es atrevido —dice Iván juntando los dedos—. Demasiado atrevido, quizás.

—Es lo que hay que hacer —Sé que mi tío no pretende desafiarme públicamente, pero su habilidad para la diplomacia está desviando el objetivo de esta reunión—. No dudaron en disparar a mi padre. A Dimitri. Si no estamos dispuestos a mostrar la misma audacia, ya estamos perdidos.

Se oyen murmullos de asentimiento alrededor de la mesa. Bien. Anatoli Danilo siempre ha sido una espina clavada y, además, malo para los negocios. Si muere en este proceso, mucho mejor para todos nosotros.

Seguimos repasando los detalles del plan. Y, sin embargo, aunque mi única preocupación debería ser mi Bratva, no puedo evitar que mi mente vuelva a lo que ocurrió en mi dormitorio hace unas horas. A Sima.

No pude evitarlo. Era la primera vez. Nadie me había tocado allí nunca.

Una virgen. La hija de mi enemigo mortal... y una maldita *virgen*. Por un lado, no puedo dejar de imaginarla retorciéndose debajo de mí, sonrojada, jadeando.

Por otro lado, el nudo de culpa en mi pecho no parece que vaya a desaparecer pronto. No soy nuevo en esto de utilizar a la gente, pero es la primera vez que utilizo a una inocente de esta manera. Estoy a punto de meterla en una guerra de la que aún no se da cuenta de que forma parte, y joderla en el proceso.

Literalmente joderla, también.

Pero es demasiado tarde para arrepentirse. Necesito consolidar mi liderazgo. Cada vez que un jefe muere o dimite, el vacío de poder es inevitable. Y un vacío de poder en una Bratva es básicamente una invitación para que todos los cabrones ambiciosos con un arma intenten hacerse con un pedazo para ellos.

No puedo permitirme parecer débil, no ahora.

Tengo que seguir adelante. No puedo dudar. La duda es lo que te mata.

Mientras nos dispersamos, Mikhael se acerca a mí y me pone una mano en el hombro. —No podemos permitirnos parecer débiles, primo. Si la gente empieza a pensar que la Bratva Gubarev no tiene líder, empezaremos a perder aliados rápidamente.

Lo miro. Lo que está haciendo aquí no es sutil. Mikhael siempre ha tenido ambición. Y ahora, con el puesto aún caliente, está tanteando el terreno.

Nunca se suponía que yo fuera el que ocupara el trono. Ese era el camino de Dimitri. Mi padre lo preparó para ello, le dio la educación, la formación, las responsabilidades. Yo era la espada, no la corona. El arma que apuntaban cuando necesitaban eliminar a alguien.

Ahora aquí estoy, sosteniendo las riendas mientras la vieja guardia observa desde las sombras, esperando a ver si tropiezo.

Mikhael también está esperando.

—No somos débiles, *primo* —me giro para mirarlo y le quito la mano del hombro—. Nuestra Bratva es tan fuerte ahora como cuando tu

tío estaba vivo. Incluso más fuerte. No estoy limitado por sus restricciones.

Mikhael asiente, fingiendo que no sabe que acabo de amenazarlo. Pero sus ojos brillan. —Claro, primo. Lo que tú digas.

Tendré que vigilarlo de cerca. La línea entre la ambición y la traición es muy delgada, y no estoy de humor para sangrar.

Por eso necesito triunfar. Derrocaré a los Danilo de una vez por todas y luego aseguraré mi trono con sangre, acero y la pequeña princesa fugitiva en mi cama.

Después de eso, nadie volverá a desafiarme jamás.

16

PETYR

Llego a casa más tarde de lo previsto. Casi espero que Sima esté despierta, colgada de la ventana con una cuerda hecha con sábanas.

Pero cuando entro en mi habitación, las luces están apagadas y el único sonido es el suave y constante ritmo de su respiración.

Está acurrucada en mi cama. Lleva puesta una de mis camisetas.

Se me seca la boca.

La camiseta le cuelga de un hombro y el dobladillo arrugado apenas le cubre la parte superior de los muslos. Su cabello oscuro se extiende sobre mi almohada y sus piernas, largas, suaves y tonificadas, están completamente desnudas.

No sé qué tipo de instinto idiota me impidió reclamarla antes, pero ahora mismo, cada parte de mí quiere quitarle esa camiseta y mostrarle exactamente lo que ha aceptado.

Pero no lo hago.

En cambio, me acerco con cuidado para no despertarla. Sus pestañas se mueven una sola vez, como si me sintiera, pero no abre

los ojos del todo. Solo se mueve ligeramente y se baja la camiseta mientras duerme.

Como si la modestia aún existiera entre nosotros. Todavía puedo oír cómo gemía bajo mi mano, cómo sus caderas se movían con un ritmo perfecto, persiguiendo la presión como si fuera lo único que siempre había deseado.

Y la forma en que me miró después, con los ojos muy abiertos y las mejillas sonrosadas. Sorprendida, respirando con dificultad y tan inocente.

Dijo que era la primera vez que alguien la tocaba así.

Esa pequeña revelación se me ha quedado clavada en la mente como una astilla desde que la dijo. Me excita como nada más: la idea de que soy el único que la ha tenido así, el único al que ha dejado entrar.

Pero también me revuelve por dentro. Porque ella puede ser inocente, pero *yo* no. La estoy utilizando. Para tener un heredero, para tener influencia, para vengarme.

Me paso la mano por el pelo y retrocedo antes de hacer algo de lo que me arrepienta.

Podría dormir en el sofá. *Debería* dormir en el sofá.

En cambio, me dirijo al cuarto de baño, abro la ducha y me desnudo bajo las luces fluorescentes. El agua está hirviendo, pero no sirve para calmar el dolor de mi cuerpo.

Cierro los ojos.

La veo.

En mi cama, con el pelo extendido, los labios entreabiertos, sin aliento y suplicando.

Apoyo una mano contra la pared de la ducha, el agua golpea mi espalda y dejo que la fantasía me envuelva. La imagino exactamente

como la quiero: de rodillas frente a mí, con los labios hinchados, las mejillas sonrojadas, mirándome como si fuera lo único.

El agua me envuelve en vapor, pero mi piel arde aún más.

En mi mente, le agarro el pelo, le levanto la barbilla y le digo algo obsceno. Algo que la hace sonrojar. Su lengua se desliza para humedecer sus labios. Imagino su gemido, suave y dulce, mientras empujo dentro de su boca. Sus dedos se clavan en mis muslos. Mierda, estaría perfecta así. Jodidamente perfecta.

Aprieto más fuerte. La acaricio más fuerte, más rápido.

Entonces ella se inclina sobre mi escritorio, con las piernas abiertas, goteando para mí. Su culo rebota con cada embestida, su voz se quiebra mientras me suplica que no pare. La penetro una y otra vez, viendo cómo se derrumba por mí.

Mi mano libre se agarra al azulejo. Ahora respiro con dificultad. Mi cuerpo está en llamas. Todos los músculos tensos.

Imagino el momento exacto en que se derrumba a mi alrededor. La cabeza echada hacia atrás, los muslos temblando, gimiendo mi nombre.

Y pierdo el control.

Me corro con un jadeo gutural, el cuerpo sacudiéndose mientras me derramo con fuerza contra mi palma y el azulejo. La liberación es aguda, algo caliente y desesperado que sale de la base de mi columna vertebral.

Me inclino hacia delante, con la frente apoyada en la pared.

Y no siento alivio. La presión inmediata ha desaparecido, pero el deseo sigue ahí, peor que antes.

Me enjuago, me envuelvo una toalla alrededor de la cintura y me quedo de pie frente al espejo durante un largo rato.

Ella está en mi cama. Mi esposa. *Mía.*

Y cuanto más espero, más difícil me resulta mantener las manos quietas.

Una vez de vuelta en el dormitorio, me quedo quieto un rato, dejando que mis ojos se acostumbren de nuevo a la oscuridad. Sima apenas se ha movido, todavía medio desnuda por donde se me ha subido la camisa, con las sábanas tiradas por los aires.

Me meto en la cama, con cuidado de no molestarla.

Me quedo en mi lado. Dejo un amplio espacio entre nosotros.

Es extraño tener a alguien aquí. En mi cama, conmigo. No solo con el propósito de dormir juntos, es decir, tener sexo, sino *literalmente* dormir juntos. ¿Dejar que la gente entre en mi espacio así, sin ningún plan? Eso es diferente.

Nunca lo he hecho. No traigo mujeres aquí. Ni siquiera las traigo a mi casa en la ciudad. Y desde luego nunca las traería a esta casa, con toda la historia que tiene. Con las otras personas que viven en ella y lo terrible a lo que se enfrentan.

No me gustan las ataduras. Las expectativas. Dejarme ablandar. Pero aquí estoy, literalmente durmiendo con el enemigo.

Y lo que no deja de dar vueltas en mi cabeza es lo fácil que ha sido para Sima colarse en mi corazón. Todo ha sido tan jodidamente natural.

¿Qué haría ella si supiera la verdad? ¿Que la reconocí desde el principio? ¿Que, incluso ahora, estoy sopesando cómo sacarle el máximo partido? No solo para conseguir un heredero, sino para poner a su propia familia de rodillas.

Me pregunto si gritaría. Si huiría. Si me despertaría con un cuchillo en la garganta.

Si me despertaría siquiera.

Como si fuera una señal, se mueve en sueños y se acerca más a mí. Su muslo roza el mío. Cálido, desnudo. Su aliento sopla suavemente contra mi hombro. Su aroma se me clava, cítrico y vainilla y mi propia loción corporal amaderada.

Blyat'.

Parece que, después de todo, esta noche no voy a poder dormir.

17

SIMA

Me despierto con calor.

Abro los ojos y veo una luz tenue que se filtra por las cortinas y el peso de un brazo sobre mi cintura. Por un segundo, no recuerdo dónde estoy. Las sábanas son demasiado suaves, el colchón demasiado mullido.

Esta no es mi cama. Este no es mi apartamento. Y la criatura que me abraza por detrás definitivamente no es el gato entrometido del vecino.

Entonces todo encaja.

Ah.

Claro.

Ahora estoy casada.

Se me corta la respiración mientras me muevo ligeramente, tratando de liberarme del brazo de Petyr sin despertarlo. Pero él me agarra con más fuerza, rodeándome el estómago con el antebrazo y volviéndome a atraer hacia su cuerpo rígido. *Muy* rígido, a menos que haya venido a la cama con armas de fuego. Abro mucho los ojos

al sentir lo que parece ser una pistola presionada contra la curva de mi trasero.

No. No es una pistola. Definitivamente es un rifle, como mínimo.

Mi primer instinto es quedarme quieta.

El segundo es enfadarme porque, a pesar de toda la lógica y el instinto de supervivencia, mi cuerpo está muy de acuerdo con esta... situación que no es de pistola. El calor se acumula en la parte baja de mi vientre antes de que pueda evitarlo.

Genial. Jodidamente fantástico. Notas increíbles para mi futuro terapeuta.

Me retuerzo en los brazos de Petyr, pero entonces una voz grave y ronca me detiene. —¿Intentando escabullirte otra vez, *lisichka?*

Mi respiración se entrecorta. —En absoluto. Solo iba a ir a... hacer mi yoga matutino. Saludar al sol y esas cosas.

—Al sol.

—Sí —*No* sueno convincente—. No querría ser grosera.

—Hm —Está claro que Petyr no comparte mi preocupación por los modales, porque no afloja su agarre en absoluto.

Ahí es cuando lo siento.

Su mano, deslizándose sobre mi estómago.

Oh, no.

Oh, no, no, no...

—Aún no hemos tenido nuestra noche de bodas —murmura, rozando con los labios el lóbulo de mi oreja.

Debería decirle que pare. Debería apartarme, meterle un codazo entre las costillas, hacer *cualquier cosa.* En cambio, cuando sus

dedos se extienden posesivamente sobre mi vientre, me quedo exactamente donde estoy.

Lo mismo cuando bajan más.

Y más abajo.

Y más abajo.

—*Blyat* —maldice en mi oído. Sé exactamente qué le ha hecho recurrir al ruso: ha descubierto que no llevo bragas.

Lo cual, si lo piensas bien, es culpa suya. ¿Quién secuestra a una mujer sin proporcionarle siquiera ropa interior de recambio?

—Pequeña provocadora.

—Pensé que era una zorrita —logro soltar.

—Eso también.

Antes de que pueda pensar en una respuesta sarcástica, me sube el dobladillo de la camisa, *su* camisa, la que le robé para dormir, por encima de las caderas. Contengo el aliento cuando su mano se desliza hacia abajo, por mi muslo, y luego entre mis piernas.

—Ya estás muy mojada por mí —gime—. Qué jodidamente ansiosa.

—Cállate —susurro, pero me avergüenza mi respiración entrecortada.

Me voltea y se coloca entre mis piernas. Su boca sigue el rastro de calor: cuello, clavícula, esternón, el contorno de mis pechos. Gimo cuando sus labios se cierran alrededor de mi pezón. Su lengua se mueve y mis caderas se levantan solas para pedir más.

—Preciosa —murmura contra mi piel. Desliza la boca cada vez más abajo. Su aliento roza mi sensible muslo interior—. Jodidamente preciosa.

Mis manos se aferran a las sábanas.

Y entonces, su lengua está sobre mí, y juro que mi alma abandona mi cuerpo.

No se lo toma con calma. En cambio, se dedica a comerme, lamiendo un camino húmedo desde mi raja hasta mi clítoris. Mis mejillas se inundan de vergüenza. Es tan obsceno que mi mente racional me grita que lo empuje.

Pero el resto de mí grita otra cosa, y en este momento, esa parte es más fuerte.

Me echo hacia atrás sobre las almohadas. Mis caderas se retuercen en la boca de Petyr como si fuera el único lugar donde vale la pena estar. Pero cuanto más me muevo, más fuerte es su agarre, inmovilizándome en la cama, me guste o no.

Recordarme a mí misma que este hombre es un extraño, literalmente un enemigo, es inútil. Se siente demasiado bien como para preocuparme.

—Dios, Petyr... —jadeo, y enseguida me invade la vergüenza.

Él responde con un murmullo. La vibración me provoca otra oleada de sensaciones. Cada movimiento de su lengua me retuerce algo más profundo y apretado en mi interior. Mis muslos tiemblan, mis manos se aferran a las sábanas y no sé si estoy apartándome o suplicando por más.

Él no se detiene. No reduce la velocidad, ni siquiera un poco. Simplemente sigue adelante con una concentración implacable, me arrastra al límite y luego me mantiene allí, cruel.

Necesito que empuje, pero no sé cómo pedírselo. Nunca me he encontrado en una situación en la que tuviera que pedirlo.

—Petyr —suena tan vergonzoso, tan obsceno pronunciar su nombre así—. Por favor...

El gemido que deja escapar contra mi coño es casi animal.

Mi mano encuentra su cabello. Estoy tan más allá de la vergüenza que lo único que puedo hacer es hundir mis uñas en su cuero cabelludo y atraerlo hacia mí, mantenerlo donde lo necesito. Pensé que a Petyr le importaría, pero solo gime más profundamente dentro de mí, aferrándose a mi clítoris como si fuera lo único que quisiera saborear.

Luego, me raspa con los dientes y me derrito.

—¡Petyr! —grito su nombre mientras me derrumbo.

Todo mi cuerpo se tensa y luego se rompe. El placer me deja seca, jadeando y retorciéndome, cabalgando la cara de Petyr con descarado abandono. Cuanto más me dejo llevar, más fuerte me besa Petyr, caliente, resbaladizo y voraz.

Cuando el mundo finalmente vuelve a su sitio, me cubro la cara con las manos y gimo tímidamente—: Mierda.

Siento la sonrisa burlona de Petyr contra mi muslo. —Así no se dice "gracias".

—*Uf* —lo miro a través de mis dedos—. Me gustaba más cuando usabas la boca de otra manera.

—Qué coincidencia. A mí también.

Se levanta lentamente, lamiéndose los labios. Mi cara se enciende. No tengo ni idea de si este hombre ha cocinado el desayuno en su vida, pero ahora mismo, mis mejillas podrían servir como una placa calefactora perfecta para un par de huevos bien hechos.

Se inclina hacia mí. Le dejo hacerlo.

Es un beso profundo y obsceno. Puedo saborearme en su lengua y, Dios, eso no debería ser tan excitante como lo es. Me agarra la cara con ambas manos, la inclina justo lo necesario para hacer lo que quiera con ella, como si fuera suya para reordenarla y jugar con ella.

Cuando nos separamos, vuelvo a quedarme sin aliento. Puedo sentir el contorno duro de su polla a través de la tela de su camisa, presionada contra mi muslo.

Me humedezco los labios, preguntándome cómo se sentirá dentro de mí. Si me dolerá, o...

O, como resulta ser, nada.

Porque Petyr se levanta, dejándome atrás otra vez.

—Espera —me incorporo—. No te vas, ¿verdad?

Me mira, con una expresión indescifrable.

Claro. Por supuesto. No hay necesidad de comportarse como un bebé. De todos modos, ese no es el tipo de bebé que él quiere, ¿verdad? Aunque realmente tendrá que meterla en algún momento si...

—Relájate —Una mano grande y fuerte me levanta la barbilla—. Aún no he terminado contigo. Pero dijiste que nunca habías hecho esto antes, y no voy a romperte solo porque sea más rápido.

Oh. En realidad, eso es... ¿amable? ¿Dulce, en un sentido realmente jodido?

—No te ilusiones —añade—. Es por motivos prácticos. No debes esperar flores y bombones de mi parte.

Y ya lo ha arruinado todo.

—No iba a hacerlo —murmuro.

Aun así, la bola de incertidumbre en mi pecho se afloja un poco. Puede que Petyr sea un idiota arrogante y manipulador, pero quizá no sea el monstruo que imaginaba.

Supongo que un término medio entre el romanticismo y el trato de fábrica de bebés es mejor que nada.

Se queda un momento al borde de la cama, mirándome con una expresión difícil de descifrar. El calor vuelve a arder dentro de mí, en todos los lugares equivocados.

Luego, su mirada se posa en mi camiseta y sonríe con aire burlón. —Veo que te has servido de mi armario.

—Si no quieres que te saqueen los cajones, la próxima vez, pasa por Walmart de camino a secuestrar a una novia. —Tiro del dobladillo hasta la mitad del muslo—. Quédate tus flores y tus bombones, pero estaría bien que me regalases un par de bragas.

—¿Algo más?

—Ropa. Artículos de aseo. Dignidad humana básica. Ya sabes, el sueño de toda chica recién casada —Me levanto, todavía un poco temblorosa por *el trato* que me ha dado Petyr hace un rato—. Ahora que lo pienso, no te molestes en ir a Walmart. Pasaré por mi casa y prepararé una maleta.

—Tu casa —repite, como si acabara de decir algo tremendamente estúpido.

—Sí. Mi apartamento. Mi humilde morada. El lugar que uso como refugio a cambio de pagarle a un extraño. Estás familiarizado con el concepto de "renta", ¿verdad?

Su ceño fruncido me indica que, después de todo, quizá no lo esté. —Enviaré a alguien —dice.

Le lanzo una mirada. —Ni hablar. Lo último que necesito es que uno de tus matones rebusque en mis cajones de la ropa interior.

—¿Te refieres a lo que tú me hiciste a mí?

—Eso fue... Vale, está bien, mira, te devolveré tu estúpida camisa —cruzo los brazos, imitando su postura. Dos pueden jugar al juego de estar molestos—. En cuanto consiga una mía.

Él sostiene mi mirada durante un largo momento. —Está bien —dice finalmente—. Pero yo te llevaré. Y hazlo rápido.

No me gusta el tono molesto con el que lo dice, pero probablemente debería aprovechar esta oportunidad antes de que se esfume para siempre. —Trato hecho —digo—. Ahora, si no te importa, voy a robarte más ropa y a darme una ducha.

Eso devuelve una pizca de satisfacción a su rostro. —Adelante.

Abre de un golpe la puerta de su armario. Cuando paso junto a él para rebuscar entre su ropa, se inclina hacia mi oído y me susurra—: Por cierto, quédate la camisa. Te queda mejor a ti que a mí.

Y con eso, se marcha.

18

SIMA

Después de la ducha, bajo las escaleras. O más bien, el olor a mantequilla y a algo chisporroteando me atrae como a un personaje animado en un anuncio de cocina.

No espero gran cosa, ya que, como hemos visto, Petyr no parece un tipo muy dado a desayunar, pero entonces lo veo.

Un banquete. Un auténtico y genuino banquete de desayuno.

Pan tostado. Huevos revueltos suaves. Una cafetera de café negro humeante junto a un juego de tazas de porcelana a juego. Tocino, montones y montones de tocino, crujiente y con un olor dulce en una bandeja decorada.

Y, en medio de todo eso, hay una mujer a la que parece que le encantaría matarme.

—Buenos días, Anya —Petyr baja las escaleras detrás de mí, impecablemente aseado y vestido. Me lleva a preguntarme cuántos baños hay solo en la planta superior.

La mujer con la mirada asesina, Anya, supongo, inclina la cabeza respetuosamente. —Buenos días, señor Gubarev —Luego, inclina la

cabeza hacia mí, con mucha menos deferencia—. Señora Gubarev.

Ella es... bueno. No es precisamente anciana, pero parece saber moverse con soltura en una pista de tejo. De estatura media, blusa gris, falda negra, el pelo recogido en un moño tan apretado que parece capaz de romper huesos. Su boca está fruncida en una línea que quizá alguna vez supo sonreír, pero que abandonó en Cuaresma en algún momento de la década de 1990. Juraría que me escanea de arriba abajo en menos de un segundo.

Veredicto: *no la impresiono*.

—*Vy na ney zhenilis'?* —le pregunta en ruso, mientras se ocupa con naturalidad de servir dos tazas de café.

Supongo que debería callarme que entiendo perfectamente el idioma.

A la pregunta de Anya ("¿Te casaste *con ella*?"), Petyr responde con una mirada silenciosamente mordaz y un tranquilo —*Da. Est' problemy?*

Sí. ¿Algún problema?

Mantengo mi sonrisa congelada.

Anya no responde. Inteligente. Petyr no me parece del tipo que acepta críticas constructivas de los empleados.

—Hola —digo educadamente, fingiendo no haber entendido nada—. Soy Sammi.

Me entrega mi café con un gruñido y desaparece en la cocina.

Bueno, que te jodan, señora.

Petyr me acerca una silla. Un gesto sorprendentemente elegante, teniendo en cuenta que acaba de decirme que no debo esperar nada de él más que esperma y un sueldo. —Gracias.

—Por supuesto.

—Bueno, Anya —Intercambiamos miradas por encima de nuestras tazas—. ¿Estoy en lo cierto al suponer que no soy su persona favorita en el mundo?

—No te lo tomes como algo personal —Petyr se encoge de hombros y se sirve una tostada sin nada—. Nadie es su persona favorita en el mundo.

—Debe ser una cocinera espectacular.

—Lo es —confirma él—. Y era ama de llaves de mi padre.

Una ama de llaves heredada. Eso explica la seguridad laboral, a pesar de su actitud irritable. —Déjame adivinar: ¿ella cree que él no lo aprobaría?

—No.

Petyr no añade nada más. No lo adereza con una broma, ni con una media sonrisa, ni con nada que me haga entender que no está de acuerdo con su valoración.

Lo que solo puede significar una cosa.

Que está de acuerdo.

Comemos casi en silencio. El ruido de los cubiertos llena los silencios. Soy dolorosamente consciente de cada movimiento, de cada mirada de desprecio que Anya me lanza, de cada vez que Petyr me rellena la taza sin preguntar.

Casi sería agradable, incluso extrañamente doméstico, si no fuera por esa única palabra. *No.*

Me sacudo. *Contrólate. Eres su esposa falsa. ¿Qué te importa si su padre muerto lo hubiera aprobado o no?*

Después de nuestra comida silenciosa, Petyr me lleva de vuelta a la ciudad. Esta vez no en la limusina, sino en un Lamborghini negro azabache que no pasa precisamente desapercibido. Todo el trayecto

es tranquilo, lleno del suave zumbido del motor y los ocasionales cláxones del tráfico matutino de Nueva York.

Anoche, habría matado por una oportunidad de escapar así. Hoy soy una mujer nueva. Hice un trato. Aún no lo he firmado, pero cuando llegue el momento, no se me ocurre ninguna razón para no hacerlo.

Excepto que podría costarte la vida.

También podría matarte un estanque de carpas, me digo a mí misma mientras veo aparecer mi edificio de apartamentos a través de la ventana tintada.

Nos detenemos. Petyr sale primero del coche. Echa un vistazo rápido a nuestro alrededor y luego me abre la puerta.

De nuevo, extrañamente caballeroso.

Salgo. Es surrealista aparecer aquí en un maldito Lambo. Simplemente no encaja con la estética de este lugar viejo y destartalado, hecho de ladrillos desmoronados y ventanas que nunca se cierran del todo.

No es gran cosa. Pero ha sido mío desde que me fui de casa. Y la idea de que Petyr lo vea y lo juzgue me revuelve el estómago.

No dice nada, pero veo sus ojos recorrer el edificio, el callejón, el tipo desmayado frente a la bodega de al lado. El silencio es ensordecedor. Quiero encogerme en el asiento. Mejor aún, despertarme en mi vieja y destartalada cama y darme cuenta de que todo esto ha sido un extraño sueño febril.

Petyr levanta una ceja. —Vives aquí.

—Sí.

—Sola.

—Bueno, si no cuentas a Dorito —Cuando me mira con curiosidad, le doy más detalles—. El gato de la señora Lessing. No es muy fanático del espacio personal.

Petyr frunce aún más el ceño.

—Mira, es un alquiler controlado, ¿vale? —le explico—. Eso es prácticamente un unicornio en esta ciudad. Y Dorito es bastante simpático, una vez que aprendes a no dar vueltas mientras duermes.

No discute, pero aprieta los labios, lo que indica que está haciendo una lista mental de todas las razones por las que cree que este lugar es una trampa mortal. No sé por qué me importa, pero me importa.

Subimos por la estrecha escalera. La pintura descascarillada de la barandilla se desprende bajo mis dedos. Todo huele ligeramente a moho y a comida china vieja.

Petyr camina justo detrás de mí, en silencio pero alerta, como en esos videojuegos de terror con un millón de sustos. Como si esperara que algo malo sucediera en cualquier momento.

Resulta que su instinto no le falla.

Toco el pomo de la puerta de mi apartamento. Y... está abierta.

¿Por qué está abierta? Yo no la dejé abierta. Puede que no sea rica, pero no soy tonta. —Petyr, ¿tú...?

—Espera —Su susurro rompe el silencio. Pone su brazo delante de mí y da un paso adelante con su arma desenfundada.

Lo único que puedo hacer es seguir mirando la puerta. Entreabierta, un poco descentrada, con el marco astillado donde no debería estarlo. Mi pulso se acelera.

—Vámonos —susurro, tratando de tirar de Petyr hacia atrás. La sensación de vacío en mi estómago me dice que él tampoco debería entrar allí—. Tenías razón, deberíamos haber enviado a alguien. Así que volvamos y...

Demasiado tarde.

Petyr empuja la puerta para abrirla. Cruje, como en todas las películas de terror que me arrepiento de haber visto.

Entonces, lo veo.

Mi apartamento está destrozado.

Me hundo de rodillas en el suelo antes incluso de darme cuenta de lo que estoy haciendo. Mis preciados libros rescatados de una tienda de segunda mano, con las esquinas dobladas, están esparcidos en pedazos por el suelo. Mi pequeña mesa de Ikea está volcada y a una silla le falta una pata. El viejo sofá que conseguí gratis en la calle está destrozado, con el relleno esparcido como entrañas de algodón. Mi ropa, la poca que tengo, ha sido sacada de los cajones y amontonada o cortada en tiras. Es como si alguien hubiera ido a buscar un alijo de dinero y se hubiera enfadado al no encontrarlo.

Peor aún, como si quisiera que supiera *lo* enfadado que estaba.

Petyr me levanta y me empuja detrás de él otra vez. Su arma está apuntando recta y firme. No dudo ni por un segundo que, si disparara, daría en el blanco.

Lo veo moverse por el pequeño espacio de mi apartamento con fría eficiencia. Revisa la cocina, el baño, incluso el armario, antes de bajar finalmente su arma.

—No hay nadie aquí —declara.

Exhalo un suspiro. Sigo clavada en el umbral, entumecida. Esta es mi vida, o al menos lo era. Mis ojos se posan en un marco roto, la única foto que aún conservo con...

Lara.

—Déjalo —dice Petyr—. Lo reemplazaré todo.

Lo dice en serio, lo sé. Pero esa no es la cuestión. No se trata del dinero. O, al menos, no solo de eso.

Este era *mi* hogar. Mi vida. Mi refugio seguro. El único lugar donde me sentía libre. Trabajé duro para conseguirlo, trabajé aún más duro para conservarlo, porque, por una vez, no había condiciones.

Con mi familia, todo lo que poseía me recordaba constantemente que me lo habían dado. Y lo que se podía dar, también se podía quitar.

Pero nadie me dio esto. Me lo gané. Cada baratija de este apartamento, cada chuchería, la compré con el sudor de mi frente.

Y ver todo esto destrozado así... es más de lo que puedo soportar.

Saco la foto del marco roto y la guardo cuidadosamente en mi bolsillo. —Tengo que limpiarlo —digo con voz ronca, tratando de parecer más tranquila de lo que me siento. Pero la ansiedad es un nudo en mi garganta y no puedo decir una sola palabra sin que salga torcida y temblorosa—. No puedo dejarlo así. Mi casero se volverá loco.

—Yo me encargaré de tu casero —dice Petyr.

Niego con la cabeza. —No, no lo entiendes. Estoy atada al contrato de alquiler hasta finales de año. Tengo que cuidar este lugar, o si no...

O de lo contrario quedará demostrado que nunca lo merecí.

De repente, la mano de Petyr se posa sobre mi hombro. Fuerte, cálida. *Segura.*

—Yo me encargo —dice. Suena definitivo—. Te liberaré del contrato, llamaré a un equipo de limpieza y compraré todo lo que no se pueda salvar. Pero por ahora, necesito que me sigas fuera de aquí — Cuando no respondo, su tono se endurece—. Oye. Escúchame.

Lo entiendo. Lo que intenta decirme. Alguien ha entrado en mi casa y, por lo que parece, seguro que no ha sido al azar.

Pero aún así me rompe el corazón decir adiós.

—Está bien —susurro finalmente.

Mientras Petyr me empuja hacia fuera, echo una última mirada atrás. A las ruinas de mis libros, mi ropa, mi pequeño mundo

cuidadosamente construido. Me destroza darme cuenta de lo poco que me queda por proteger.

Si este golpe no fue al azar, entonces fue planeado. Si fue planeado, debe estar relacionado con mi otra vida. No con Sammi, sino con Sima.

Lo que significa que alguien debe haberme reconocido. Probablemente en la boda.

Y eso me deja con dos preguntas difíciles.

Una: quién.

Y dos...

¿Cuánto tiempo tardará Petyr en descubrirlo también?

19

SIMA

Petyr insiste en llevarme de compras para reemplazar todo lo que perdí. Y por "compras", no parece referirse a Walmart.

Se me cae la mandíbula cuando me arrastra a una boutique de lujo con un nombre italiano impronunciable.

Vitrinas de cristal. Suelos de mármol relucientes. Vendedores con auriculares que no dejan de mirarme como si fuera a robarles los muebles.

—Realmente no necesito marcas de diseño —susurro mientras nos llevan a una sala de exposición privada y nos sirven champán frío.

Ni siquiera pestañea. —Necesitas opciones.

—Necesito unos vaqueros y una camiseta.

—También tendrás eso —Mira a su alrededor, como si intentara asegurarse de que aquí no tienen nada de eso—. *Después* de comprarte algo que no te haga parecer que vas a limpiar la casa de otra persona.

—Eres muy grosero, ¿lo sabes?

—Sí —dice él—. Y tú eres mi mujer. Tendrás que vestirte como tal.

Acabo en un probador con una docena de perchas y un espejo de cuerpo entero.

El primer vestido es de seda. Seda auténtica, de la que se siente como agua corriendo sobre la piel. Solo con tocarlo con mis dedos de clase trabajadora siento que estoy reduciendo su valor de mercado en un cincuenta por ciento.

El segundo vestido tiene una abertura que llega hasta la cadera. Doy varias vueltas delante del espejo, intentando ver si es probable que se vea algo.

Respuesta: muy probable.

El tercero es una especie de híbrido entre blazer y vestido que me hace parecer una atractiva asesina corporativa. Finjo disparar pistolas frente al espejo, haciendo ruidos de "*piu-piu*" que dejan perpleja a la dependienta y a mi marido apretando los dientes.

El cuarto es una servilleta disfrazada de vestido. No hay otra forma de describirlo. Tengo que elegir entre taparme los pechos o el culo, pero no parece haber forma de hacer ambas. ¿Fallo de diseño? ¿Estilo? Estoy demasiado confundida para adivinarlo.

Mientras tanto, Petyr hace comentarios desde el sofá fuera del probador, como si estuviera juzgando un desfile de moda.

Demasiado corto.

Demasiado largo.

Demasiado ajustado.

Demasiado transparente.

Pongo los ojos en blanco cada vez. —Sí, mamá.

Al final, llegamos a un acuerdo. Me llevo cuatro vestidos, cinco faldas lápiz, unos cuantos vaqueros, media docena de blusas, tres

elegantes trajes pantalón y suficiente lencería como para sonrojarme cada vez que abro la bolsa.

—Sabes —le señalo mientras me entrega un último vestido servilleta para probar—, para ser un tipo al que no le interesa casarse, te gusta mucho vestir a tu esposa.

—Si tengo que verte todos los días, quiero que sea agradable.

Encantador. Este sí que es un auténtico Shakespeare.

Más tarde, mientras lucho con la cremallera de este vestido de cóctel ridículamente corto, grito—: ¿Me ayudas un poco?

Se abre la puerta.

Espero que sea la dependienta. La dependienta muy profesional y femenina.

No espero que mi marido entre y me vea medio desnuda *y* cierre la puerta tras de sí.

—¡Hombre! —le señalo mi estado de desnudez—. ¿Has oído hablar de tocar la puerta?

Su mirada recorre mi cuerpo como si yo fuera la que estuviera a la venta. De repente, el aire parece diez grados más caliente.

Si hace una broma sobre "tocar" algo para dejarme embarazada, juro por Dios que me ligaré las trompas.

Pero Petyr no parece estar de humor para bromas. Cada media sonrisa que he conseguido sacarle ha sido gracias a un minucioso trabajo de improvisación, pero ahora mismo no estoy segura de que haya mucho margen para ello. De hecho, no estoy segura de que haya mucho margen para nada. Está claro que este cubículo giratorio no fue diseñado pensando en dos personas.

—Puedes dejar de comerme con los ojos —le digo—*. Nunca* me voy a poner esto. ¡No tengo ningún sitio al que ir vestida así!

Su mirada se vuelve más oscura. Más ardiente, si es que eso es posible. —Llevarás lo que yo te diga que lleves.

—Vaya. Deberías decir eso delante de Gloria Steinem. Seguro que ganarías el premio al "Aliado feminista del año".

A pesar de mi sarcasmo, tengo la boca tan seca como el desierto. Sigo la mirada de Petyr por mi cuerpo, sus iris dorados y brillantes se detienen en cada curva. Este vestido no oculta nada, y a él no parece importarle. En absoluto.

Antes de que pueda cambiar de opinión, hago algo. Algo un poco atrevido y un poco estúpido. Vale, *muy* estúpido.

Dejo de luchar con la cremallera y dejo que el vestido caiga a mis pies.

Si antes las pupilas de Petyr estaban dilatadas, ahora no queda nada a su alrededor.

El espejo me devuelve una imagen de lo que él está viendo: yo misma, con unos tacones que me matan los pies y toda mi gloria casi desnuda, con solo un conjunto de lencería negra de encaje para cubrirme.

—*Blyat* —Se lame los labios—. Ven aquí.

Mis pies comienzan a moverse por sí solos. Un paso, luego dos, todo el espacio que había entre nosotros.

Cuando su mano me agarra por la nuca, ya sé lo que pasará, pero aun me quema.

El beso de Petyr es fuego líquido. Se derrama por mi garganta, lame mi boca, no me deja escapar. Me encuentro gimiendo, olvidándome por completo del dependiente que está justo fuera.

—Date la vuelta —me ordena.

Obedezco sin pensar. No sé cómo lo hace. Quizás sea algo en esa voz ronca suya. Cuando Petyr habla, es difícil no darle exactamente

lo que quiere.

Me empuja contra el espejo de la pared. Mis manos se apoyan en el cristal. Puedo ver cómo mi aliento lo empaña, pero no lo suficiente como para ocultar todo lo que está sucediendo delante de él.

Como Petyr deslizando una mano dentro de mis bragas.

Jadeo. —P-Petyr...

—No tienes ni idea, ¿verdad? —Me lame el cuello y me muerde el lóbulo de la oreja—. No tienes ni puta idea de lo que me haces.

Su mano libre me acaricia el pecho. El fino encaje realmente no me está haciendo ningún favor. Intento tragarme los gemidos, pero la boca de Petyr sigue mordisqueando cada punto sensible de mi cuello, y me resulta muy difícil permanecer en silencio.

—No hagas eso —ruge—. Déjame oírte.

—La gente de fuera...

—No harán una mierda —Me chupa el pulso hasta dejarme un moratón, arrancándome más gemidos—. Saben quién soy.

Sus dedos comienzan a moverse más rápido dentro de mis bragas. Me siento hipnotizada por ello. Nuestros reflejos en el espejo no ocultan nada.

—Mira —Me obliga a bajar la cabeza—. Mira lo mojada que estás por mí.

Por vergonzoso que sea, no se equivoca. Estas bragas están *arruinadas*. Pero me doy cuenta de que me importa cada vez menos cuanto más se deslizan dentro de mí los dedos ásperos de Petyr.

Estoy demasiado perdida como para preocuparme por nada.

—Petyr —jadeo, hipnotizada por los obscenos movimientos en el espejo—. Por favor...

—¿Por favor qué?

—Déjame correrme —gimo.

Su barba incipiente roza el lóbulo de mi oreja. —Te has corrido cada vez que hemos estado juntos. ¿Yo? Ni una sola vez. ¿Te parece justo?

—¡Es culpa tuya!

—Quizás —susurra mientras me besa lánguidamente el lado del cuello—, creo que es hora de que deje de mimarte tanto, *moya zhena*.

Mi esposa. Mi mano vuela hacia su brazo y le clavo las uñas.

Me lleva al límite. Puedo saborearlo, sentir cómo se tensan mis músculos con esa dulce, dulce presión antes de la liberación. Muevo las caderas, empujo contra su mano...

—¡Petyr...!

…y se detiene.

Abro los ojos de par en par. Miro fijamente el lugar donde antes estaba su mano, donde ya *no está*.

—Eres malvado —Apoyo la frente en el espejo y exhalo con tristeza —. Jodidamente malvado.

—Y tú eres codiciosa —Se lleva los dedos sucios a los labios y los lame hasta dejarlos limpios—. Quizás la próxima vez.

Odio lo mucho que deseo que *haya* una próxima vez.

Petyr me ayuda a ponerme un vestido. No me doy cuenta hasta que me lo sube hasta el cuello de que es el vestido de cóctel que acabo de decirle que nunca me pondría.

—Cabrón —murmuro.

Lo siguiente que sé es que el maldito vestido es mío. Petyr lo paga todo con un descuidado movimiento de su tarjeta negra, sin siquiera preguntar cuánto cuesta. Por las miradas que le he echado a las etiquetas de los precios, sospecho que acaba de pagar lo que vale un pequeño país europeo.

—Bueno —digo cuando estamos de vuelta en el coche—. ¿A dónde vamos ahora?

En mi mente, rezo para que diga la librería. Si haremos un agujero en las finanzas de la familia Gubarev, prefiero que sea con la colección completa de Ali Hazelwood.

Una vez más, Petyr destroza todas mis esperanzas y sueños. —Tenemos una reserva.

—¿Una reserva? —parpadeo—. ¿Para cenar?

—Así es como suelen ser las reservas.

Pongo los ojos en blanco. —¿Dónde?

—En Paganini's

Me quedo boquiabierta. —¿Perdón?

—¿No lo conoces?

—Yo... ¿Que si lo *conozco*? —Mis ojos se agrandan como sandías—. Sí, claro, puede que haya oído hablar de él. Es *el restaurante más exclusivo de la ciudad*.

Petyr se encoge de hombros como si le hubiera hablado del tiempo. —¿Y?

—i¿Y qué demonios vamos a hacer allí?! —Levanto las manos—. Sinceramente, estaría feliz de comer bagels. O falafels. O un buen kebab callejero grasiento con salsa picante extra.

—Qué pena, porque vas a ir a Paganini's —Me lanza una mirada divertida de reojo—. Dijiste que no tenías dónde ponerte tu vestido.

Ahora ya lo tienes.

Las preguntas se agolpan en mi mente. Por ejemplo: *¿Cómo ha conseguido una reserva tan rápido?* La reserva más próxima es en dos años.

Y también*: ¿Por qué yo?*

—Petyr, vamos —Me retuerzo las manos en el regazo, sintiéndome de repente cohibida—. Soy una chica de vaqueros y café. No hace falta mucho para impresionarme. Un buen café, dos terrones de azúcar, un chorrito de leche. No tienes que hacer todo lo posible solo porque técnicamente sea tu esposa.

—*Eres* mi esposa —me corrige—. Técnicamente o no, eso es lo que verá el mundo.

—Sí, pero en realidad no soy tu esposa. ¿Podemos simplemente ir a comer una hamburguesa o...?

—No —Se gira desde el asiento del conductor—. Esta noche, eres una chica de tacones y caviar. Así es estar casada conmigo, aunque sea por apariencias, así que acostúmbrate. No vas a tener nada menos.

Siento un calor que me recorre todo el cuerpo. No solo por su tono *autoritario*, que siempre parece debilitarme las rodillas, sino por lo que representa.

Nadie me ha invitado nunca a cenar, y mucho menos me ha llevado a un restaurante de cinco estrellas y me ha dicho que es "lo que me merezco".

Es extraño. Es antinatural.

Es...

Agradable. En realidad, es bastante agradable.

Supongo que iremos a Paganini's.

20

PETYR

Me detengo frente a Paganini's y le lanzo las llaves al aparcacoches, Tony. Las atrapa al vuelo, como siempre.

—Me alegro de volver a verlo, señor Gubarev —saluda.

Le saludo con la cabeza y le abro la puerta del coche a Sima.

En ese mismo instante, Marcello aparece en lo alto de las escaleras. —¡Petyr! —dice con cordialidad, bajando a saludarme. Me da una palmada en el hombro y un apretón firme y amistoso. Si cualquier otra persona intentara eso, tendría su mano disecada sobre la chimenea, pero estamos hablando de Marcello. Nos conocemos desde hace mucho tiempo—. Hace demasiado que no honras mi comedor con tu presencia.

—He estado ocupado —respondo.

—¿Cuándo no? —dice con una carcajada—. ¡Y esta debe de ser la nueva señora de la que tanto he oído hablar!

Me giro hacia Sima justo a tiempo para verla salir del coche. Coge la mano que le tiendo y se levanta, elegante como una ninfa, con su vestido de cóctel negro ceñido en todos los sitios adecuados. Su

cabello color caramelo refleja la luz cálida que se derrama desde la entrada, y sus pestañas se curvan suaves cuando inclina la cabeza para saludar.

Por un segundo, tengo que recordarme a mí mismo que no se trata de que yo disfrute de la vista.

Los ojos de Marcello se empapan de Sima. Nunca ha sido tímido a la hora de apreciar a las mujeres hermosas. Tiene suerte de que yo sepa lo devoto que es a su esposa; de lo contrario, tendría que recordarle enérgicamente que mantuviera las manos alejadas de las novias de los demás.

—*Incantato* —dice, inclinándose como para besarle la mano, pero sabiamente sin tocarla con los labios—. Veo que los rumores son ciertos.

—¿Rumores? —pregunta Sima.

—Que eres tan hermosa como una diosa.

—Está casada, Marcello —le recuerdo—. Al igual que tú.

—Entonces, ¿qué te parece si esta noche le doy a la feliz pareja un trato real? —Da una palmada—. ¡Vengan! Tengo preparada tu mesa favorita.

Engancho mi brazo al de Sima y la conduzco a través de las puertas.

Mientras cruzamos el comedor, sus ojos parecen a punto de salirse de sus órbitas. Las lámparas de cristal y los techos con frescos suelen tener ese efecto, pero Sima no parece estar simplemente apreciando el estatus. Más bien, parece estar bebiendo de la belleza del lugar, del arte.

Es la primera cita que traigo aquí que lo hace.

—No tenías por qué haberte tomado tantas molestias —murmura, deslumbrada—. Me habría bastado con un falafel.

—No dejes que Marcello te oiga decir eso. Le dará un infarto.

—Lo digo en serio —insiste—. Es demasiado.

—Nada es demasiado para mi esposa —digo sin pensar. Cuando vuelvo a mirar a Sima, sus mejillas tienen el mismo color que la alfombra—. Además, nos saltamos la cena de boda. No hubo recepción ni tarta. Considera esto mi forma de compensarlo.

—Está bien —dice finalmente con un bufido—. Pero no voy a comer caviar. No quiero acostumbrar mi paladar a disfrutar demasiado de las cosas buenas de la vida.

La razón queda entre nosotros. Tenemos una fecha límite, y ambos lo sabemos.

Dejo ese pensamiento a un lado y sigo a Marcello hasta nuestra mesa. —¡Ta-da! —dice teatralmente—. La mejor mesa del local, reservada para ti como siempre.

Es una mesa en una esquina con vistas a todo el restaurante por un lado y a Manhattan por el otro.

—¿"Reservada para ti"? —pregunta Sima en voz baja mientras Marcello trae dos menús—. ¿Como si *siempre* estuviera disponible? ¿Por si te entra el gusanillo de pronto?

Levanto una ceja. Sima lo toma como una respuesta y silba en voz baja. —Vaya. Quizás pida el caviar.

—Ya has oído a la señora —le digo a Marcello cuando vuelve—. Dos rondas de aperitivos de marisco y una botella de tu mejor vino blanco. ¿Cuál es la pasta del día?

—*Linguine allo scoglio* —responde, besándose la punta de los dedos con elegancia—. Con almejas recién sacadas del mar.

—Perfecto.

Una vez que se marcha, Sima me mira con curiosidad. —¿Acabas de pedir por mí?

—¿Te parece mal?

—No estoy segura —admite, frunciendo el ceño con expresión de desconcierto—. Siempre pensé que odiaría que un chico hiciera eso.

—¿Y te disgustó?

Abre la boca, pero no responde de inmediato. —Yo... —Se aclara la garganta, mirando a cualquier parte menos a mi cara. Un delicioso rubor tiñe sus mejillas—. Supongo que soy fanática de los linguinis. Así que te libras sin castigo... esta vez.

—Ya veo —De repente, pasta es lo último que me apetece—. Entonces tampoco te importará esto.

Le acerco la silla. Me mira como si fuera la primera vez que le pasa algo así. Supongo que lo es, teniendo en cuenta la confesión de anoche de que soy su primera vez.

Su primera vez. Cuanto más lo pienso, más hambre me entra.

Está a punto de aceptar mi gesto y sentarse, cuando...

—Petyr —Una voz masculina. No tan cálida como la de Marcello, pero cordial al fin y al cabo—. No esperaba verte aquí esta noche. Pensé que estarías de luna de miel.

Me giro para ver quién me ha hablado. —Serge —Inclino ligeramente la cabeza a modo de saludo—. El deber llama, incluso a los recién casados.

—Ya lo sé —Fija su mirada en Sima—. Siento no haber podido asistir a la boda. Como tú has dicho, el deber a menudo no se preocupa por el calendario de uno.

—Entonces, permíteme presentarte a mi esposa —*Sima,* casi digo antes de darme cuenta—... Sammi.

Pero cuando busco a Sima a mi lado, la encuentro medio escondida detrás de mí. No tanto como para que Serge lo note, pero sí lo suficiente como para que *yo* lo note.

—Es un placer —dice galantemente, con una ligera inclinación de cintura.

Sima asiente. —Igualmente.

—Les dejo seguir con su cena —Nos sonríe cortésmente a ambos—. Disfruten de la noche.

Una vez que se ha ido, me vuelvo hacia Sima con cara de escepticismo. —¿Qué ha sido eso?

—¿Qué? —espeta a la defensiva—. No soy una persona muy sociable. Me da vergüenza —Cruza los brazos—. ¿Es tan difícil de creer?

Sí, pienso, pero no lo digo. En cambio, le acerco la silla y la dejo sentarse.

Serge Markov, *pakhan* de la Bratva Markov. Sin embargo, no tengo constancia de ningún vínculo entre ellos y los Danilo. Probablemente, a Sima la asustó el simple hecho de que él fuera de la Bratva.

Porque sabe lo que es. Sin duda lo sabe.

Llegan nuestros aperitivos. Sima muerde una bruschetta de caviar y pone una cara como si por fin estuviera teniendo ese orgasmo que le negué hace una hora. —Oh, *Dios* mío. Nunca volveré a comer hamburguesas.

Me llevo un trozo de carpaccio de lubina a la boca y sonrío. —Si todavía tienes hambre, podemos pasar por Burger King después.

—Nunca —Chupa una ostra. La imagen es tan repugnante que tengo que cerrar el puño alrededor del mantel para contenerme—. ¿Comes así todos los días?

—No todos los días, no. Pero Dimitri y yo solíamos venir aquí todas las semanas.

—¿Dimitri?

—Mi hermano —El siguiente bocado se convierte en cenizas en mi lengua—. Él fue quien me trajo aquí. Decía que hacían el mejor marisco de la ciudad.

El rostro de Sima se ilumina. —¿Quizás pueda acompañarnos algún día?

La mía se vuelve sombría. —Lleva una semana en coma. Los médicos dudan de que vuelva a despertar.

Veo la boca de Sima volverse de piedra. Su sonrisa se agrieta y se desvanece. —Lo... lo siento mucho —balbucea, con sinceridad—. Lo siento... Es que no lo sabía.

—No *había* razón para que lo supieras —*Excepto que sí. Porque tu familia lo hizo*—. Ocurrió en el mismo accidente que mató a mi padre. Supongo que Dimitri tuvo más suerte. O peor, dependiendo de lo que pienses del coma.

Sima parece genuinamente molesta. Por alguna razón, me afecta como un puñetazo en el estómago.

Pero a eso le sigue la ira. ¿Cómo puedo creerle? Su propio padre dio la orden. Por lo que sé, su propio hermano psicópata apretó el gatillo.

Sin embargo, la expresión de su rostro no parece mentir. Y no desaparece, por mucho que la mire fijamente.

—Su coma... ¿es irreversible, entonces? —susurra.

—En teoría, no —Dejo el tenedor, sin apetito—. Pero cuanto más tiempo esté así, menos posibilidades tendrá.

—Lo siento —Sima se inclina sobre la mesa. Sus delicados dedos rozan los míos—. Parece que realmente te preocupas por él.

No sé por qué respondo con sinceridad. —Sí. Éramos muy amigos de pequeños.

—Debe de ser extraño no tenerlo cerca.

—Lo es —Me aclaro la garganta, tragándome el nudo que tengo atorado—. Siempre estaba ahí para mí.

—¿Lo echas de menos?

—Sí —Alargo la mano hacia el vino solo para tener una excusa para romper el contacto con ella—. Supongo que sí.

—No puedo imaginar cómo debe ser. Perder dos partes importantes de tu mundo en un solo día.

—Con mi padre fue diferente —No sé por qué estoy satisfaciendo su curiosidad. Pero las palabras parecen salir de mí, como si hubieran estado esperando a ser pronunciadas todo este tiempo—. Era un buen líder, pero no un buen padre. No podía salir de su papel de *pakhan* el tiempo suficiente para serlo.

—¿Amor duro?

—Algo "duro".

—Entiendo lo que quieres decir —Agita su copa de vino, con la mirada perdida—. Cuando era pequeña, mi padre tampoco era muy dado a los abrazos.

Entonces lo veo: una oportunidad. —¿Cómo era?

Ella deja caer el tenedor. —¿Eh?

—Tu padre. Dijiste que no es muy cariñoso —Me inclino ligeramente hacia delante, recuperando el control de la conversación—. ¿Cómo es entonces?

Durante unos segundos, Sima solo balbucea, abriendo y cerrando la boca para emitir sonidos aleatorios. —Mi padre, él... —Da un largo sorbo de vino. Cuando vuelve a hablar, su voz es de repente mucho más suave—. Murió en un accidente de coche cuando yo tenía doce años. Mi madre también.

Miente. Aunque no lo supiera con certeza, me daría cuenta enseguida. Su historia suena ensayada, como si hubiera pasado la

última década contándosela a sí misma ante el espejo. Sus expresiones faciales tampoco son correctas. No hay rastro de tristeza, ni de dolor.

No debería enfadarme, pero lo hace.

—¿Doce, has dicho?

—Así es.

—Eras muy joven para quedarte huérfana. ¿Entonces entraste en el sistema?

Ella niega con la cabeza con seguridad. —Mi abuela me acogió. Me cuidó durante un tiempo, pero murió el año en que cumplí dieciocho. Desde entonces, he estado sola.

Mentiras. Más jodidas mentiras.

—Debió de ser duro.

—Lo fue —Levanta ligeramente su copa, como si fuera a brindar en broma—. Pero todo eso me llevó hasta aquí, así que...

La irritación bulle bajo la superficie, pero la mantengo a raya. No tenía intención de compartir nada esta noche, pero cuando lo hice, fue real. Partes auténticas de mí, cosas que aún no le había contado a nadie.

Y aunque no espero que ella me abra su corazón y me lo cuente todo, que me mienta después de haber sido sincero con ella... Es jodidamente irritante.

Pero este es el juego al que estamos jugando, me recuerdo a mí mismo. Un juego de mentiras y engaños. Una carrera para ver quién se rompe primero.

Y seguro que no seré yo.

Levanto mi copa. —Por nosotros, entonces.

La sorpresa de Sima se transforma rápidamente en una sonrisa. Una sonrisa de actriz, solo labios y nada de dientes. —Por nosotros.

Brindamos por nuestras mentiras.

21

SIMA

Después de cenar, Petyr me lleva a su ático.

Me lleva a un elegante rascacielos. Nunca había estado en uno, pero soñar es gratis, y a menudo me he preguntado cómo sería ver el mundo desde aquí. Volver a casa a *esto.*

Resulta que es aún más increíble de lo que pensaba.

Las puertas del ascensor se abren directamente en el ático. Me quedo boquiabierta. —*¿Vives* aquí?

Recorro el espacio con los ojos bien abiertos. Los interiores están decorados de forma esencial, modernos hasta la médula. Paso junto a un elegante sofá modular de cuero, una reluciente mesa de centro, montones de cuadros abstractos con un aura vagamente amenazante.

—Vivo en la mansión —dice Petyr, como si de repente me hubiera vuelto estúpida—. Has estado allí.

—Pero ¿también eres dueño de esto? —Señalo con la mano las impresionantes paredes acristaladas al otro extremo del apartamento—. ¿Es *tuyo?*

—Sí. Siéntete libre de llevarte un cenicero.

Debería sentirme insultada, pero, sinceramente, estoy tentada. Jodidamente tentada. Podría pagar el alquiler de mi apartamento durante años con solo empeñar una de esas lámparas con patas en forma de garra.

Lo sigo hasta la cocina, todavía disfrutando de las líneas limpias del lugar, del cálido resplandor de la luz empotrada que rebota en los suelos pulidos. Hay una barra de cristal llena de licores cuyos nombres no sé pronunciar, y el aire huele ligeramente a pino.

Y a la nieve del invierno. A su *aroma.*

Me sorprende un pensamiento: este apartamento, con su ambiente aireado y su aspecto más ligero, se parece mucho más a él que esa mansión que visitamos. Esa casa parece una tumba, con toda esa madera oscura y esos revestimientos de terciopelo.

Pero este lugar... Le pega más. Parece más algo que él elegiría para sí mismo. Menos un museo y más un hogar.

—Quizá robe un cenicero —decido, metiendo la mano en el mueble bar y cogiendo una botella de aspecto caro—. Y esto. Sea lo que sea.

—Es whisky —me la arrebata con un movimiento fluido—. Y por si lo has olvidado, estamos intentando que te quedes embarazada.

El tono de Petyr agria mi entusiasmo. Desde la cena, ha estado callado. Más callado de lo habitual. Cuando me habla, lo hace con frases frías y bruscas. Nada que ver con las acaloradas bromas que intercambiábamos en la mansión.

Me pregunto si tendrá algo que ver con Serge Markov.

Un sudor frío recorre mi espalda. Serge es un viejo amigo de mi padre. Solía ir mucho a casa cuando yo era pequeña. Me pasaba caramelos a escondidas cuando papá no miraba.

Han pasado doce años. Dudo que me recuerde lo suficiente como para reconocerme, especialmente del brazo de Petyr, como su *esposa.*

Pero ¿y si me reconoció? ¿Y si le envió un mensaje a Petyr en mitad de la cena? Eso explicaría su cambio de actitud.

No. Si Serge le hubiera dicho a Petyr quién eras, no te habría dejado comer caviar. Te habría llevado a la parte de atrás y te habría dado una bala en su lugar.

Aun así, no puedo quitarme la inquietud de encima.

—¿Va todo bien? —pregunto, con el corazón en un puño.

La fría mirada que me lanza Petyr podría hacer nevar en el desierto. —Sí. ¿Por qué no iba a estarlo?

—No lo sé. Es que pareces... diferente —digo, cruzándome de brazos —. Más callado. Desde la cena.

Desde que conocimos a Serge, pienso, pero no lo digo.

Los ojos de Petyr se entrecierran ligeramente. Siento que mi pulso se acelera. —No pasa nada —dice.

Suena tan definitivo que no me atrevo a insistir. En cambio, suelto lo primero que se me ocurre. —¿De qué conoces a Serge?

Sus ojos se agrandan.

Mierda. En toda mi corta vida, soltar cosas sin pensar nunca me ha salido bien, pero está claro que aún no he aprendido la lección.

—Quiero decir —intento recuperarme—, ese hombre con el que hablabas en el restaurante. ¿Era Serge? ¿O Sergio o algo así?

—Serge —Su postura se relaja un poco—. Es alguien de mi mundo. Tenemos una cordial relación comercial.

—Tu mundo, ¿te refieres al mundo de la Bratva?

—No hay otro mundo para mí.

—Vale. Sí. Claro.

—¿Por qué lo preguntas? —dice, sorprendiéndome—. ¿Lo conoces?

—Eh, no —Rezo para que no note la mentira—. Solo siento curiosidad por tu vida, eso es todo.

Me estudia durante un instante más. No parece muy contento, pero por más que lo intento no consigo entender por qué. Luego se da la vuelta bruscamente y siento que el tema está oficialmente cerrado.

Me retuerzo las manos en el regazo, preguntándome qué pasará después. Si esta noche es la noche en la que nosotros...

Sus manos, recorriendo mi cuerpo. Su aliento, rozando mi piel. Su cuerpo, presionando contra el mío, empujando sin control, llenándome...

—Tengo que ocuparme de algo del trabajo —Las palabras de Petyr rompen esa ilusión al instante—. Pasarás la noche aquí.

—Oh —digo—. De acuerdo. ¿Debo esperar despierta o...?

—No —Coge su chaqueta y se arregla los gemelos—. Quédate aquí. Duerme. Y no intentes huir.

—No iba a hacerlo —murmuro.

—Y por si acaso cambias de opinión, hay un guardia en la puerta. Así que yo me lo pensaría dos veces antes de intentar nada.

Me dan ganas de encogerme. ¿Desde cuándo hemos dejado de ser socios en esto y hemos vuelto a ser carcelero y prisionera?

Aprieto los labios con fuerza. —Claro. Por supuesto.

Tras una última mirada glacial, sale por la puerta.

Entonces me quedo sola.

Miro alrededor del ático. Hay todo tipo de suministros, desde cuchillos hasta cuerdas, pasando por un montón de dinero para la huida metido en el fondo de un cajón.

Si quisiera irme, no podría ser más fácil que esta noche. Con guardia en mi puerta o sin él, ahora estoy de vuelta en territorio familiar. Tengo acceso a un teléfono fijo. Podría llamar a Jemma para que viniera a recogerme, activar el detector de humo para crear caos y escabullirme sin que nadie se diera cuenta. Incluso llamar a la policía.

La constatación de que no haré nada de eso me golpea más fuerte de lo que debería.

¿Qué demonios estoy haciendo?

Me cubro la cara con las manos. No debo caer en la complacencia. Debo esperar mi oportunidad, ¡que, *hola,* aquí está!, y largarme de aquí.

Pero la oferta de Petyr es demasiado buena como para rechazarla. Y aparte de eso...

Estoy preocupada.

Petyr está pasando por muchas cosas ahora mismo. La muerte de su padre, el coma de su hermano... ¿De verdad quiero añadir "novia fugitiva" a la lista?

¿Por qué te importa?

No sé cómo responder a eso.

Solo sé que, por alguna razón inexplicable, me importa.

22

PETYR

Aprieto el volante con tanta fuerza que se me ponen blancos los nudillos.

Esto es un puto desastre. El cuero cruje bajo mis manos mientras tomo la siguiente curva más bruscamente de lo necesario. Los neumáticos protestan contra el asfalto mojado, pero no me detengo, ni siquiera cuando los cláxones enfadados comienzan a perseguirme.

Le he estado mintiendo desde el momento en que nos conocimos. Le oculté el hecho de que la reconocí al instante, que siempre supe quién era. Que me casé con ella por poder y venganza.

No debería molestarme que ella también me haya estado mintiendo.

Y, sin embargo, me molesta.

Giro bruscamente a la izquierda, cortándole el paso a un taxi. Cuanto más se alarga esta historia con Sima, más se complica todo. Me he dado cuenta de cosas que no debería. Pequeñas cosas, como la forma en que se muerde el labio inferior cuando piensa, o cómo desvía la mirada justo antes de darme otra cucharada de mentiras.

No debería importarme una mierda. Nada de eso. Quién es, quién finge ser... No debería preocuparme en absoluto. Todo lo que necesito para que este juego funcione es su útero y su apellido. Su honestidad nunca formó parte del trato, ni de mis expectativas.

Entonces, ¿por qué quiero que lo sea?

No estoy acostumbrado a dar vueltas a las cosas. Me vuelve loco. Soy un hombre de acción, no de reflexión. Primero disparo, luego pregunto. Pero no puedo ignorar la piedra que se me ha clavado en el estómago desde que Sima me mintió durante la cena.

No tenía motivos para servirme un plato humeante de mentiras.

Pero lo hizo. Con mucho gusto, con una sonrisa en la cara.

Y eso me molesta muchísimo.

Deja de pensar en ello. Entro en el aparcamiento de mi destino tan rápido que las marcas de los neumáticos se graban en el asfalto a mi paso. *Deja de distraerte con ella. No tienes tiempo para eso.*

Ella es una ventaja. Un peón. Nada más.

Aunque me repita eso a mí mismo, no puedo borrar de mi mente el calor de su cuerpo. La calidez de su piel, los dulces gemidos que se escapaban de sus labios cuando la acaricié con los dedos en ese probador. Ella me deseaba entonces, lo sé.

Pero yo no debería desearla a cambio. No así. No con esta necesidad ardiente que me quema por dentro, justo debajo de la superficie.

En cuanto entro en el hospital, me asalta el olor acre del antiséptico. También la desesperanza, que emana de cada puerta abierta.

Solo he estado fuera unos días, pero cuando entro en la habitación de Dimitri, no tiene tan buen aspecto como la última vez que lo vi. Y no ha tenido buen aspecto desde el accidente, así que eso dice mucho.

Me siento junto a su cama. —Hola, Mitya. Tienes muy mal aspecto.

El apodo me molesta como las uñas en una pizarra. El Dimitri que conozco me respondería con una sonrisa, me llamaría "Petya" dándome una palmada en el hombro y me diría que yo tengo peor aspecto.

Pero este Dimitri sigue tan serio como una tumba.

Observo su piel grisácea, sus mejillas hundidas. Lleva una semana inconsciente, pero ya ha perdido mucho peso. Siempre le gustó hacer ejercicio y comer para mantener su corpulencia. Ahora se alimenta a través de un tubo.

Aprieto los puños en mi regazo. No debería estar aquí. Tengo un plan que llevar a cabo esta noche. Pero hablar de él con Sima me ha hecho echar de menos a mi hermano. Más de lo que quiero admitir.

Es una debilidad, demasiado humana para permitírmela. Pero, por otra parte, solo llevo una semana siendo *pakhan*. Mi padre aprendió a eliminar todas las debilidades durante su reinado. Todas las emociones.

Tarde o temprano, yo también lo conseguiré.

O me matarán antes.

—Mikhael se ha estado comportando como un imbécil —Ni siquiera sé por qué me molesto en hablar. No es como si Dimitri pudiera oírme—. No se habría atrevido contigo. Habría besado el anillo en cuanto hubieras entrado en la sala para anunciar tu sucesión.

El recuerdo de que no se suponía que yo ocupara el trono me quema el estómago. Al crecer, nunca le guardé rencor a Dimitri por ello. Él era el hijo mayor. Era su derecho por nacimiento gobernar. El mío era ser su guardián, la sombra armada a su lado.

Incluso cuando mi padre dejó claro quién era su favorito, nunca culpé a mi hermano.

No tienes la inteligencia necesaria para resolver problemas, Petyr. Ese es el trabajo de Dimitri. Tú eres el músculo. Golpeas cosas hasta

que dejan de ser un problema.

Yo le creía.

Ahora, aquí estoy, llevando una corona que nunca fue hecha para mi cabeza. Mi padre probablemente se esté revolviendo en su tumba.

Recuerdo una noche en particular. Tenía quince años y estaba de pie en el estudio mientras mi padre interrogaba a Dimitri sobre los detalles de un acuerdo armamentístico. Estúpidamente, intenté intervenir con una idea.

Mi padre ni siquiera me miró.

No te esfuerces demasiado, Petyr. Nadie quiere que se te derrita el cerebro.

Me envió al gimnasio a entrenar. Salí de allí con los nudillos ensangrentados por haberle hecho un agujero al saco de boxeo.

Ahora estoy sentado al lado de mi hermano, mirando fijamente su rostro inmóvil, con máquinas respirando por él. Verlo así, medio muerto, medio vivo, me da ganas de romper algo. Matar a alguien, ver la sangre en lugar del relleno de un saco de boxeo.

Me inclino hacia él y le digo en voz baja pero firme—: Los mataré, Mitya. A los dos. Nikolai, Anatoli... Haré que esos dos *mudaki* paguen por lo que te hicieron. Por lo que nos hicieron a todos.

La promesa arde en mi pecho, la rabia es bienvenida y familiar. Sé qué hacer con la rabia. Dónde ponerla, cómo usarla. Todo lo demás, no lo necesito.

Incluido cualquier interés equivocado por Sima.

Cuando me enderezo, miro hacia la puerta. No hay enfermeras ni seguridad. Ni siquiera es hora de visitas, pero he entrado sin que nadie me preguntara nada. Eso no está bien. Les facilita demasiado a los Danilo terminar lo que empezaron.

¿Dónde están sus guardias?

Mi teléfono vibra en mi bolsillo, sacándome de ese pensamiento. Es Lev.

—Ha habido un problema —dice sin preámbulos.

—Pues arréglalo.

—¿Te habría llamado si pudiera?

—Está bien —respondo bruscamente—. Dime dónde.

—El almacén.

Una fría sensación de aprensión se apodera de mí. No me gusta cómo va esto. Será mejor que vaya a ver de qué se trata. —Ahora mismo voy.

Parece que, después de todo, no le mentí a mi esposa sobre esa emergencia.

—Ah, ¿y Lev?

—¿Sí?

—Quiero que pongas nuevos guardias en la puerta de mi hermano. Que lo vigilen en todo momento. ¿Entendido?

—Entendido, jefe.

Cuelgo el teléfono, lo guardo en el bolsillo y echo un último vistazo a Dimitri.

Les haré pagar, hermano. A todos y cada uno de ellos.

23

SIMA

No debería estar decepcionada porque Petyr se haya ido.

En serio, ¿qué me pasa? Este es el momento perfecto para tomarme un respiro. Estar sola con mis pensamientos, planear mis retorcidas tramas. O incluso encender la televisión y dejar que algún reality show sin sentido borre los pensamientos de mi mente.

Y, sin embargo, mientras me tumbo en el lujoso colchón de su igualmente lujoso ático, mis pensamientos se niegan a divagar hacia cualquier otro lugar.

Es como si Petyr hubiera colonizado mi cerebro. Plantado una bandera directamente en mi hipocampo y lo hubiera reclamado para su reino malvado de Bratva.

Culpo a lo que pasó en el vestuario. Desde aquel pequeño juego de poder, me siento... necesitada. Dolorida. Desesperada, de una forma que hace que el feminismo se proyecte astralmente fuera de mi cuerpo.

Lo deseo. Mucho. No sirve de nada fingir lo contrario. Quiero las cosas que le hace a mi cuerpo, la forma en que me hace dejarme llevar y olvidar cómo pensar.

Besa como nadie, y no lo digo solo porque no tenga experiencia en besos. Ni en nada más. He visto a gente besándose en los bancos del parque al anochecer, y fuera lo que fuera lo que estaban haciendo, *no* era eso.

Mis piernas se mueven inquietas. El recuerdo de sus manos hace que me resulte imposible estar quieta. Es vergonzoso lo rápido que me afecta, lo fácil que le resulta derribar todas las barreras que he construido durante los últimos doce años huyendo. Lo único que quiero es deslizar mi mano bajo la cintura y aliviar la dolorosa presión que siento desde que me dejó plantada frente al espejo.

Pero no lo hago. Porque eso sería malo. Años de sexualidad reprimida y vagos recuerdos de confesar mis pecados a los sacerdotes ("Mentí a mis padres, robé una galleta de la cocina, pensé que Brad Pitt estaba guapo en esa nueva película") me han inculcado en la cabeza que no debo recurrir a masturbarme a menos que esté muy oscuro, muy tranquilo y muy a puerta cerrada.

La idea de que Petyr vuelva y me encuentre gimiendo su nombre también es un buen disuasivo.

Dejo caer mis inútiles manos a los lados. Sin él, el ático está en silencio. Demasiado silencio. Solo se oye el murmullo de la ciudad y nada más.

Me sorprendo mirando hacia la puerta como un ansioso golden retriever, esperando que Petyr regrese en cualquier momento. Odio que mi corazón se acelere al pensarlo. Se supone que debo mantener la guardia alta, no contar los minutos.

Levanto las rodillas y las rodeo con los brazos. Esto que hay entre nosotros no es nada. Solo química, pura y simple. En el mejor de los casos, algo físico. Un medio para alcanzar un fin millonario.

Tengo que recordar eso.

Porque en cuanto lo olvido, pasan cosas malas. Cosas como querer demasiado o soñar demasiado o decepcionar a la hermana Margaret

del colegio católico hace dieciocho años.

Además, él ni siquiera es tan atractivo. ¿Verdad?

Vale, me equivoco. Sí que *está* bueno. Y a pesar de llevar años desgastando mi ejemplar de segunda mano de *El segundo sexo,* mi cuerpo no parece muy interesado en dejar que mi mente opine al respecto. La lógica es para el cerebro superior. ¿El cerebro inferior? Otro conjunto de reglas completamente diferente.

Lo cual todavía estoy descubriendo, *porque soy una maldita virgen.*

Aunque supongo que esa definición ahora es discutible.

Pienso en nuestra cena. El vino caro, las lámparas de cristal. El sabor del caviar aún perdura en mi lengua, delicado y delicioso.

Me sorprendo preguntándome si así habría sido mi vida si nunca hubiera huido. Mi mente juega con la idea mientras mis dedos descalzos se curvan entre las sábanas de algodón egipcio y las luces de la ciudad parpadean a través del cristal.

Petyr no es lo que yo imaginaba que sería un marido de la Bratva. Es divertido, con esa astucia que te pilla por sorpresa, más perspicaz de lo que le di crédito al principio. Duro, pero más justo de lo que está obligado a ser. Y, a veces, sorprendentemente amable.

Pero ya he vivido en este mundo antes. Sé que no debo idealizarlo.

Toda mi familia me enseñó esa lección, un matrimonio triste tras otro.

Mi mirada se desvía hacia el oscuro horizonte. Pienso en todas las cosas que hacen los hombres como Petyr para mantener su lugar en la cima. He visto lo que se esconde bajo el encanto: los silencios calculados, la mirada fría cuando ya se ha tomado una decisión. La soledad que se filtra desde la corona y se extiende a todos los que la rodean.

Petyr Gubarev es peligroso. No puedo fingir que no. Ya vi su otra cara: el líder despiadado y decidido, dispuesto a hacer lo necesario para conseguir lo que quiere.

Todo esto empezó cuando me chantajeó para casarme con él y secuestrarme.

Siempre habrá sangre en sus manos. Por muy gentil que sea ahora su trato, esa verdad nunca cambiará.

Y sería una tonta si lo olvidara.

Aun así, ahora lo entiendo. El atractivo de la vida en la Bratva. Ser una esposa trofeo rodeada de lujos, sin más obligaciones que dar a luz hijos y mantener la cama caliente. Es tan sencillo en apariencia que cualquiera podría caer en la trampa.

Solo hay que rezar para que la superficie nunca se agriete.

Sin embargo, según mi experiencia, siempre lo hace.

Si las cosas fueran diferentes... Mis pensamientos se desvían hacia una fantasía. Una en la que no hay superficies agrietadas, ni secretos acechando debajo. Una en la que lo que Petyr y yo tenemos no es solo un acuerdo comercial, sino algo real.

No estoy tan segura de que hubiera sido infeliz con una vida así.

El recuerdo del día de la boda de Lara me devuelve a la realidad. La veo ante mis ojos, conteniendo las lágrimas mientras da sus primeros pasos temblorosos por el pasillo. Veo al anciano cruel al que la vendieron, que la hizo llorar apenas terminaron los votos.

Recuerdo la cruel indiferencia de mi padre hacia mi madre. Desfilaba a sus amantes ante sus narices como si fueran trofeos. Recuerdo a mi hermano Anatoli gritándole órdenes a su pobre esposa como si no fuera más que una sirvienta glorificada.

Mi madre, mi hermana, mi cuñada... todas tenían sus jaulas. Sin esperanza de una vida que les perteneciera. ¿Y si empiezo a desear

eso? Estaré traicionando todos sus recuerdos, todos y cada uno de ellos.

Me sacudo la fantasía de encima. Hice bien en huir. Hice bien en desaparecer. El matrimonio es una trampa mortal, ni más ni menos.

Y me aseguraré de no caer en esta.

Cuando me cambio para irme a la cama, decidida a dormir por fin, me quedo delante del armario durante unos treinta segundos. La ropa nueva que Petyr insistió en comprarme está cuidadosamente doblada en bolsas de la compra. Veo un pijama de seda que yo no elegí, tan suave al tacto que no puede ser mío.

No es tuyo, me recuerda mi parte racional. *Nada de esto es tuyo. En realidad, no.*

No sé por qué eso me lleva a sacar una de las camisetas de Petyr de la cesta de la ropa sucia, pero lo hace.

Me la pongo con facilidad. El algodón gastado me resulta familiar al contacto con mi piel desnuda, aunque en realidad no debería. Solo he dormido con la ropa de Petyr una vez, pero, de alguna manera, ya le he cogido cariño.

Es simplemente cómoda. Eso es todo.

Me digo eso a mí misma mientras me meto bajo las sábanas. Definitivamente no tiene nada que ver con el recuerdo del calor de sus ojos cuando me vio por última vez con algo suyo, ni con la satisfacción de saber que mañana por la mañana me mirará de la misma manera.

Ni con la forma en que su aroma me envuelve y me arrulla hasta dormirme.

24

PETYR

El almacén huele a aceite y óxido. Es un aroma familiar, con el que he crecido desde que tengo memoria. Ácido, metálico, punzante con cada respiración.

El lugar está en penumbra, salvo por unas pocas luces en el techo que proyectan largas sombras sobre las cajas apiladas. Mikhael camina de un lado a otro cerca del centro, con las botas resonando en el hormigón y la mandíbula tan apretada que parece que va a romperse. Iván se apoya en una caja con los brazos cruzados. Su mirada se fija en mí como si yo fuera la que tuviera las respuestas.

Lev se acerca cuando llego. —Mierda, menos mal que estás aquí.

Eso no ayuda mucho a mejorar mi estado de ánimo. —Póngame al corriente.

Es entonces cuando Mikhael deja de caminar. Se acerca pisando fuerte, con los ojos oscuros, y escupe—: El envío se ha perdido. *¿Qué* te parece la puta actualización?

Espero a que sonría, a que diga que está bromeando. Mikhael es famoso por su incapacidad para leer el ambiente.

Pero esta noche, su rostro permanece serio. —Se ha perdido —repito.

—Eso es lo que he dicho.

—Desaparecido, para ser más exactos —Iván se pone de pie, con tono monótono—. El camión, el conductor... nada. Como si se hubieran esfumado.

Siento cómo el calor se acumula en mi pecho, lento y peligroso. —Para que quede claro, estamos hablando de las armas para los italianos, ¿no?

—¿Por qué? ¿Hay algún otro envío importante que salga esta noche y que no nos hayas dicho? —pregunta Mikhael con sarcasmo.

Doy un paso deliberado hacia él. —Ya que te sientes tan jodidamente gracioso, explícame cómo ha sucedido esto.

—¿Perdón?

—Ha desaparecido un camión cargado de armas. Que yo sepa, las cosas no desaparecen solas —Lo miro fijamente—. Así que explícame cómo coño ha sucedido.

Sus ojos se agrandan. —*¿Me* estás echando la culpa a *mí?*

—Se lo estoy echando en cara a cualquiera que piense que es aceptable hacerme bromas sarcásticas al respecto —Mi mirada se vuelve gélida—. Porque está claro que no se tomaban su trabajo en serio.

Mikhail aprieta la mandíbula. Sé que quiere responderme. Mierda, estoy esperando a que lo haga. Ahora mismo me vendría bien un saco de boxeo, y la carne y los huesos siempre hacen sonidos mucho más satisfactorios que el cuero sin vida.

—Aún no lo sabemos.

Ambos nos volvemos hacia Iván. —¿No lo saben? —le pregunto, con un tono peligroso en mi voz.

—No hemos tenido noticias del conductor —dice Iván—. No hay comunicaciones en ninguno de los canales habituales. Simplemente se ha quedado en silencio.

Aprieto los puños. —¿Y el señuelo?

—No lo han tocado.

Blyat'. El envío más importante de mi reinado, desaparecido. Se ha esfumado de la faz de la maldita Tierra, así sin más.

Es exactamente el tipo de problema que no nos podemos permitir ahora mismo.

—Encuéntralo —gruño—. No me importa lo que tengas que hacer ni cuántos dedos tengas que romper. Lleva ese envío a su destino —Hago crujir los nudillos. El sonido resuena en las paredes desnudas —. Y tráeme al conductor.

—Petyr —interrumpe Iván—, quizá deberíamos...

—¡No! —espeto, golpeando la pared con el puño—. Quiero respuestas. Y como aquí nadie parece tener ni puta idea de lo que ha pasado, voy a ir directamente a la fuente.

—¿Te estás escuchando? —interviene Mikhael de nuevo—. ¿Quieres saber quién es el responsable de esto? ¿Qué tal si te miras en el puto espejo, primo?

Aprieto la mandíbula. —¿Perdón?

—No te hagas el tonto —Acorta la distancia entre nosotros, lo suficiente como para que pueda oler el tabaco en su aliento—. No estás actuando como un líder. Maldición, ni siquiera estás actuando como un sustituto medianamente decente. Estás demasiado ocupado jugando a las casitas con tu nuevo juguete brillante.

Se me corta la respiración. —Repite eso.

—Te lo diré tantas veces como necesites oírlo —Alza las manos—. Estás pensando con la maldita polla. Estás jodidamente dominado

por una mujer, si me preguntas.

No le digo que nadie le preguntó una mierda. Hasta ahora, he sido amable con Mikhael por lealtad familiar. Es el hijo de mi difunto tío Grigoriy, el antiguo heredero. En su lugar, yo también habría tenido la tentación de lanzar toda la mierda en mi cabeza. Es la única razón por la que aún no le he metido una bala en la cabeza por su insolencia.

Ahora, mi paciencia se está agotando.

Mikhael malinterpreta mi silencio. Sus labios se curvan en una fea mueca de desprecio. —Admítelo. Estás perdiendo tu ventaja. Todo el mundo lo ve. Solo que tienen demasiado miedo para decirlo.

—¿Eso piensas? —digo—. ¿Que no estoy lo suficientemente concentrado?

—Sé que no lo estás —escupe—. Estás en tu maldita fase de luna de miel. Dando de comer y beber a esa zorra de tu mujer en lugar de estar atento a...

Antes de darme cuenta, tengo sus solapas entre mis puños. —No —gruño—*, no* la llames así.

Un destello de miedo atraviesa sus ojos. Pero se recupera rápidamente y lo sustituye por arrogancia. —¿O qué? ¿Vas a mandar a otro de los nuestros a la tumba?

—Eso depende de ti —le gruño en la cara.

Todos mis instintos me gritan que lance a mi primo contra la pared. Que le rompa los dientes, que le recuerde lo que le pasa a cualquiera que se pase de la raya conmigo, sea de la familia o no.

Pero la parte racional de mí me susurra: *Tiene razón.*

Sí que bajé la guardia. Pasé el día mimando a Sima, llevándola de compras, invitándola a comer y a cenar en el restaurante más caro

de la ciudad. He estado tratando nuestro matrimonio como si fuera real, pero no lo es.

Es un medio para alcanzar un fin. Ni más ni menos.

Y tengo que grabarme eso en mi maldita cabeza.

Ella no es mía. No es real. No es más que una ventaja contra mis enemigos.

Y cuando llegue el momento, la utilizaré para arruinar a su propia familia.

Empujo a Mikhael contra la pared. Si tiene razón o no, no es lo importante aquí. Que me parta un rayo si dejo que este mocoso engreído me falte al respeto delante de mi círculo más cercano, sea familia o no.

—¿Quieres desafiarme, Mikh? Adelante. Pero hazlo con acero, como un maldito hombre. Porque si todo lo que tienes para mí son palabras, todo habrá terminado antes de que la primera salga de tus malditos labios.

Mikhail traga saliva. La bravuconería ya se le está escapando. —No quieres una guerra conmigo.

—No, *tú* no quieres una guerra *conmigo* —Lo aplasto con más fuerza contra la pared. Sus manos intentan agarrar las mías, pero no es tan fuerte como yo. Él no se ha entrenado toda su vida para ser el matón del *pakhan*. Yo sí—. Porque tienes razón: enviaré a otro de los nuestros a la tumba, si eso es lo que hace falta para asegurar el legado de mi padre. Ahora, dime que lo entiendes.

Sus labios se aprietan en una línea obstinada.

—Dime que lo entiendes.

—Lo entiendo —murmura finalmente.

Solo entonces lo suelto.

Cae al suelo como un saco de patatas. No aterriza con elegancia. Se le tuerce la pierna y grita. —¡Ay! Maldito...

Iván se interpone entre nosotros para silenciar a Mikhael antes de que diga más tonterías de las que se arrepentirá.

—Encuentra el camión —ordeno mientras Iván ayuda a Mikhael a levantarse—. No más excusas. Quiero esas armas, y las quiero para ayer.

—Sí, *pakhan* —dice Lev desde la puerta.

Es el único lo suficientemente inteligente como para mantenerse a diez metros de distancia del drama.

Salgo a zancadas y vuelvo a mi coche. Mientras el viento me azota la cara, me recuerdo a mí mismo lo que realmente importa: encontrar esas armas, asegurar mi posición y aplastar la ambición de advenedizos revoltosos como Mikhael.

En ninguna parte de la lista hay sitio para el nombre de Sima.

25

SIMA

Cuando me despierto, Petyr no está a mi lado.

Tardo un momento en darme cuenta. Palpo el otro lado de la cama, pero las sábanas están lisas. Frías, sin tocar. No debe de haber vuelto.

No sé por qué esa idea me produce un nudo en el estómago, pero así es.

Salgo de la cama y voy descalza al salón. Allí es donde finalmente lo encuentro.

Está de pie junto a las ventanas, completamente vestido para el día. Lleva las mangas remangadas hasta los antebrazos, dejando al descubierto sus músculos. El horizonte se extiende detrás de él, con sus ángulos pronunciados y su luz plateada, haciéndole parecer el rey del mundo.

Pero es su rostro lo que me atrae. Aún no me ha visto. Y su expresión cuando cree que nadie lo mira, real, sin defensas, parece...

Cansado. No solo físicamente, sino también mentalmente. Parece agotado, como si no hubiera dormido en una semana.

Pero entonces me ve y el hechizo se rompe. —Sima.

Le dedico una sonrisa despreocupada y somnolienta, fingiendo que acabo de entrar. —¿Siempre te levantas tan temprano? —le pregunto, apoyada en la encimera de la cocina—. ¿O es que por fin te has dado cuenta de que no mentía cuando te dije que ronco?

La comisura de sus labios se mueve. —Soy madrugador.

—Entonces Dios debe ayudarte constantemente —Examino las bolsas de comida para llevar que hay sobre la mesa y huelo lo que hay dentro—. ¿Has pedido el desayuno?

—Sándwiches de huevo y tocino —responde—. Nada especial.

Como si fuera una señal, mi estómago gruñe. *Bastante sofisticado para mis estándares,* parece decir.

—Tu café —dice Petyr, deslizando hacia mí una taza con tapa—. Un chorrito de leche, dos terrones de azúcar.

Abro la boca. —¿Cómo sabías cómo me gusta?

—Lo mencionaste —Se encoge de hombros como si no fuera nada—. Ayer.

Pero no es "nada". Sí, lo mencioné, pero solo una vez. De pasada. Como una broma. Incluso Jemma se confunde con mi pedido habitualmente, y llevamos años trabajando codo con codo. ¿El hecho de que Petyr escuchara una vez mi pedido de café preferido y lo grabara en su cerebro? Es...

Amable.

Le importa lo que me gusta.

Aparto ese pensamiento y me siento a comer.

Los sándwiches de huevo y tocino se ven deliciosos. Y *huelen* deliciosos también. No es un desayuno en la cama, pero es más de lo que nadie ha hecho nunca por mí.

Doy un sorbo agradecido a mi café. El calor me invade y poco a poco me devuelve a la vida. Nunca puedo funcionar sin mi taza de productividad líquida por la mañana.

Petyr se sienta frente a mí. No toca la comida, pero el café hirviendo desaparece por su garganta como si fuera agua fresca.

Me resulta extrañamente doméstico comer así. Como si nos conociéramos de toda la vida.

Entonces recuerdo la cena de anoche. Lo callado que se quedó después.

Me invade una sensación de inquietud. —Bueno —digo, más para romper el silencio que por otra cosa.

—Bueno.

—No volviste anoche.

—Tuve una emergencia en el trabajo.

—Sí. Ya me lo has dicho —Escondo la cara detrás del borde de la taza—. ¿Cómo te fue? ¿Salvaste el planeta o lo que sea que hacen los multimillonarios con coches de carreras en su tiempo libre?

Frunce el ceño. —Mi Lambo no es un coche de carreras.

—Perdona. Tu miniván larguísima y muy plana.

Veo cómo lucha por esbozar una sonrisa. Pero debe de costarle mucho, porque al poco rato, el rostro de Petyr vuelve a tener el mismo tono grisáceo de agotamiento que tenía hace unos instantes, solo que ahora está más cauteloso. —No se ha salvado ningún planeta. Pero hice lo que tenía que hacer.

—Eso es muy informativo.

—No sabía que buscabas información.

—No lo hago —me recupero lo mejor que puedo. Aunque realmente no estaba buscando nada, es mejor que no tenga motivos para sospechar de mí. Para indagar demasiado en mí—. Solo me preguntaba si habías dormido algo anoche.

Mi explicación parece relajarlo un poco. —Dormir es un lujo —gruñe con esa voz grave y barítona que me hace querer asentir tontamente a todo lo que dice.

—Y la vida que llevas aquí es sin duda la de un indigente.

Él se encoge de hombros. —En esta vida, aprendes a cambiar un lujo por otro. Es la única forma de conseguir lo que realmente quieres.

—¿Trueque?

—Sacrificio.

Y con esa alegre nota, volvemos a nuestro desayuno.

Pero el silencio me corroe. Y tengo una petición que hacerle a Petyr, así que más vale que la suelte mientras estoy en ello. —Me gusta estar aquí —digo—. El ático.

Levanta la vista de su sándwich a medio comer. —No está en venta.

—Gracias por tu voto de confianza —Pongo los ojos en blanco—. Para que lo sepas, me gusta tener mis dos riñones. Y no soy una cazafortunas. Como ya debería haber quedado claro por mi intento de fuga por tu oxidada verja.

Parece reflexionar sobre mis palabras. —No, no lo eres —admite.

—Genial —murmuro—. Me alegro de que hayamos aclarado eso.

—Entonces, ¿qué quieres con mi ático?

Claro. A la mierda.

—Nada —digo, con la voz un tono más alta de lo normal.

Petyr no parece convencido.

—Está bien —digo sin pensar—. No es nada importante. Solo pensaba que podríamos quedarnos aquí un tiempo.

Sus ojos se abren un poco más. —Quedarnos aquí —repite.

—Sí. Está más cerca de la ciudad. Me resulta más fácil ir a clase y al trabajo. Le ahorraría a tu chófer un montón de...

—No.

Parpadeo. —¿Perdón?

De repente, me doy cuenta de que Petyr ha apretado la mandíbula. —No nos quedaremos aquí —dice con frialdad—. Y tú no volverás a clase. Ni al trabajo.

Entrecierro los ojos. —¿Perdón?

—No es seguro —se levanta, con la taza arrugada en el puño—. Eres mi esposa. Eso te convierte en un objetivo.

—No soy una muñeca de porcelana —Yo también me levanto—. Puedo valerme por mí misma. Lo he hecho durante años, por si no te has dado cuenta.

—Créeme, nadie podría pasar por alto el agujero de mierda en el que vivías.

—Era mi hogar —digo, temblando de ira—. Ese supuesto "agujero de mierda" era mi primer y único hogar de verdad. Así que discúlpame si no está a la altura de esto —hago un gesto a nuestro alrededor—, pero al menos era malditamente *mío*.

—Sí. Tu puto ataúd, si alguno de los yonquis o traficantes de tu calle hubiera decidido ocuparlo y echarte.

—¡Eso es precisamente lo que quiero decir, Petyr! Viví allí durante años y me las arreglé. ¿Crees que nunca tuve yonquis intentando derribar mi puerta? ¿Locos intentando colarse por una rendija de la ventana? ¡Dormía con un bate de béisbol a mi lado! ¿Y ahora quieres hablarme de lo *seguro* o inseguro que es volver a mi trabajo y a mis clases?

Observo cómo se le mueve la garganta. No le gusta que le lleve la contraria. Pues mala suerte, porque lo voy a hacer.

—Eres mi mujer —repite, como si eso significara algo. Como si eso me convirtiera en su *propiedad*.

—Puede que sea así —admito—. Pero sigo siendo yo misma. Y en ningún lugar de nuestro acuerdo se dice que tenga que poner mi vida en suspenso indefinidamente por ti.

—¿Quieres echarte atrás? —Da un paso amenazador hacia mí—. ¿Es eso de lo que se trata?

—No, Petyr —Yo también doy un paso hasta quedar frente a él. Lo miro a los ojos—. Pero sí quiero mi libertad. Estoy dispuesta a hacer concesiones, pero no a perderlo todo. Así que, si quieres esto, tendrás que aprender a transigir también.

Sus fosas nasales se dilatan como las de un toro. Por un segundo, siento que va a golpear algo. A mí, posiblemente.

Pero entonces vuelve detrás del mostrador.

—Concesiones —repite.

—Sí —Suavizo el tono. Puede que tenga razón en esto, pero eso no significa que me guste añadirle más presión. Estresarlo más cuando ya está tan agotado—. Dijiste que te encargarías de mí económicamente, ¿verdad?

No se lo piensa dos veces. —Por supuesto.

—Entonces no tengo que volver al trabajo —Busco su mirada, intento demostrarle que hablo en serio. Soy honesta cuando digo que estoy de acuerdo—. Pero no voy a dejar las clases.

Parece pensarlo un momento. —¿Qué clases? —pregunta finalmente.

—De negocios —No puedo ocultar el orgullo en mi voz—. He cursado algunas en la Universidad de Nueva York. No es una titulación, pero es suficiente para enseñarme lo que tengo que hacer.

—¿Para qué?

—Mi agencia de organización de bodas —Me doy cuenta de que es la primera vez que se lo digo en voz alta a alguien que no sea Jemma —. Estoy cansada de trabajar para otros. Quiero construir algo propio.

Por un segundo, creo ver un destello de admiración en su rostro. Pero luego vuelve a fruncir el ceño. —¿Por qué bodas?

—¿Qué?

—Las odias. La institución del matrimonio, si no recuerdo mal.

—Bueno, sí —admito—. Pero no hace falta que me guste para ser buena en ello. Planificar una boda no tiene que ver con los sentimientos.

—¿Ah, no?

—No. Se trata principalmente de cuestiones prácticas. Organizar a los invitados, preparar el lugar de celebración. Es como planificar un evento, solo que con un presupuesto mucho mayor.

La comprensión se refleja en su rostro. —Te gusta porque es lucrativo.

—Sí —respondo—. No me avergüenzo de ello.

—No deberías.

Parpadeo. No esperaba que estuviera de acuerdo conmigo en eso. —Cierto —digo, algo temblorosa—. Y además, los negocios son los negocios. Si voy a montar uno, quiero que sea rentable. A ser posible, muy rentable.

Por fin, el rostro de Petyr se suaviza. No es exactamente una sonrisa, pero sí una tregua. —Parece que tienes cabeza para ello.

—Gracias —De repente, siento que se me enrojecen las mejillas—. Eres el primero que me dice eso.

—¿Porque no te gustan las bodas?

Me echo a reír. —Créeme, si tuvieras a mis padres, tú también odiarías las bodas. Su matrimonio fue un desastre total.

Petyr entrecierra los ojos. —¿Te refieres a antes del accidente?

Mierda.

—Sí —respondo demasiado rápido—. Antes del accidente.

—La mayoría de los huérfanos no dirían eso de sus padres.

No, claro que no.

Me obligo a mirarlo a los ojos. La sospecha de Petyr me calcina por dentro, haciéndome brotar sudor frío en la nuca. Tengo las palmas húmedas y la garganta seca.

—Los echo de menos —susurro finalmente. Por una vez, oigo la verdad en mi voz—. Eso no significa que fueran perfectos.

Petyr me estudia durante un momento más. Como si intentara detectar la mentira. Es como un sabueso cuando quiere. Si no dejo de meter la pata en su presencia, más me vale empezar a legar por escrito todas mis posesiones terrenales a Jemma.

Y sin embargo, a pesar de la urgencia del momento, me encuentro cerrando los ojos. Pensando en mis padres. La crueldad de mi padre, la sumisión de mi madre. Cómo la luz de sus ojos se fue apagando

poco a poco hasta que no quedó nada. Ni siquiera la voluntad de luchar por el futuro de su hija.

Puede que no hayan muerto en un accidente, pero para mí llevan muertos mucho tiempo.

Cuando vuelvo a abrir los ojos, no sé qué ve Petyr en mi rostro. Pero sea lo que sea, debe de ser suficiente.

—Vamos a volver a la finca —dice—. Pero puedes ir a tus clases.

Mi corazón da un vuelco. —Espera, ¿en serio?

—Sí —responde con dificultad, como si le costara esfuerzo—. Pero quiero que dos de mis hombres te acompañen en todo momento.

—Uno —replico—. Y que se quede fuera de la puerta.

Me mira como si no pudiera creer que siga discutiendo. Que no acepte la victoria.

Pero el cansancio en su rostro es profundo y, al poco tiempo, vuelve a asentir con la cabeza y deja escapar un suspiro entre sus labios. —Está bien. Uno. Pero estará armado.

—No esperaría menos.

Nos damos la mano. Su mano está sorprendentemente cálida. —Gracias —susurro—. Esto significa mucho para mí.

—Lo sé —Me mira de una forma que no logro descifrar—. Y no tienes que preocuparte por tu negocio. Cuando llegue el momento, te ayudaré.

Parpadeo. —¿De verdad?

—Soy un hombre de palabra, Sima. —Su mirada adquiere ese intenso tono dorado que me hace temblar las rodillas—. Tú cumple lo tuyo y yo cumpliré lo mío.

Un sabor amargo se extiende por mi lengua. *Cumplir mi palabra...* ¿Podré hacerlo, cuando le miento con cada palabra que digo? ¿Podré cumplir mi parte del trato y seguir protegiendo mi secreto?

Tienes que hacerlo.

No tienes otra opción.

Trago saliva y sigo a Petyr fuera de la habitación.

26

SIMA

Antes de regresar a la finca, hacemos una parada en el lugar del evento.

—¿Te importa esperar aquí? —le pregunto mientras me desabrocho el cinturón de seguridad.

Por la forma en que Petyr entrecierra los ojos, me doy cuenta inmediatamente de que, efectivamente, le importa.

—Será más rápido —me apresuro a añadir—. De lo contrario, no puedo prometerte que Jemma no intentará sacarte respuestas mediante ahogamiento simulado en el estanque de carpas.

Él arquea las cejas. —El estanque de carpas.

—Sí. Es todo un tema. La peor característica que hemos añadido, la verdad.

Parece que está tratando de recordarlo de su propia boda. *La nuestra*, técnicamente. Por la expresión de su rostro, no se molestó en explorar el lugar tan a fondo.

—Hazlo rápido —dice, con un tono sombrío. Como si pensara que podría escapar, que me secuestrarían o que me encontraría con un

abogado especializado en divorcios.

—Como usted diga, capitán —Le hago un saludo burlón que tiene nulo efecto en Petyr y me apresuro a entrar.

Cuando entro en el local, lo encuentro inquietantemente silencioso. Es extraño. Normalmente hay música, una lista de reproducción básica para bodas con un montón de Bruno Mars y cincuenta tonos de Ed Sheeran.

Pero hoy no.

En cuanto veo a Marc en la recepción, entiendo inmediatamente por qué. —Dios mío —exclamo—. ¿Qué te ha pasado en el ojo?

Marc levanta la cara y finalmente me ve. —¿Sammi? —dice, con un tono en su voz que suena sospechosamente a alivio—. ¿Eres tú?

—Claro que soy yo.

Pero entonces me acerco y me doy cuenta de por qué tuvo que preguntar. Su ojo no solo está morado, sino que está completamente hinchado y cerrado. Hay un feo hematoma morado alrededor de la cuenca. Debe ser imposible que se ponga las gafas.

—Dios mío —susurro—. ¿Te has peleado con el camión de la floristería?

No sonríe. Otro detalle extraño. Normalmente es el fan número uno de mis estúpidas bromas. —No es nada —dice rápidamente.

—¡Y una mierda no es nada! —Observo la costra de su labio cortado, la sombra oscura en su mandíbula—. Marc, ¿qué ha pasado?

No me mira. —Nada —repite—. Solo... un desacuerdo. Con un proveedor.

—¿Qué proveedor? —pregunto, incrédula—. Nos dedicamos a *las bodas,* Marc. Es cierto que a veces puede ser intenso, pero que yo sepa, no hemos empezado a hacer negocios con la maldita mafia.

Su rostro palidece al oír eso. —¿Qué necesitas, Sammi? —dice, con cara de estar a punto de vomitar—. Si has venido a ver a Bob, puedo llamarlo y...

—No. Definitivamente no vengo a ver a Bob. —Le prometí a Petyr que sería rápido. Si Bob empieza a gritarme por no avisarle, no saldré de aquí antes de que anochezca. O peor aún, Petyr podría decidir entrar y ocuparse él mismo de Bob—. He venido a entregar esto. Mi renuncia.

—Oh —dice Marc, con un tono un poco sorprendido.

—Sí —Me invade la tristeza. Puede que no sea fan de las bodas, ni de Bob, pero me gustaba mucho este trabajo—. ¿Puedes dársela unos cinco minutos después de que me haya ido? Solo para asegurarme de que no me persigue por la calle.

Coge la hoja. Veo un ligero temblor en sus dedos. —Veo que no son dos semanas.

—No. Lo siento.

Lo siento de verdad. No me gusta dejar mi trabajo con tan poco personal. Dios sabe que no somos suficientes para todo. Pero Petyr aceptó esta concesión y esto me pareció lo mínimo que podía hacer. Entre mis clases y el trabajo que iba a dejar de todos modos, las clases tienen prioridad.

Marc, sin embargo, no parece tan apenado como esperaba. —Entendido. Lo tramitaré enseguida. En cuanto te hayas ido, claro —Su mirada se mueve inquieta por la sala—. ¿Te quedarás mucho tiempo o...?

—Vaya —Cruzo los brazos—. No esperaba un pastel, pero eso es muy frío, amigote.

—¡No es eso! —Busca las palabras durante un minuto y luego exhala ruidosamente—. Es solo que... me alegro de que estés bien. Y de que sigas estando bien en un futuro previsible.

Llámame loca, pero es la despedida más extraña de mi vida. —¿Seguro *que estás* bien, Marc? —Como no responde, insisto—. Puedes hablar conmigo. Si algo va mal...

—¡Por todos los santos!

No tengo que girarme para saber a quién pertenece esa colorida exclamación. —Hola, Jem.

—¿"Hola"? —Sus ojos parecen a punto de salirse de sus órbitas—. ¡¿Desapareces de la faz de la Tierra durante dos días y lo único que se te ocurre decir es "hola"?

—Bueno... —digo con torpeza mientras le enseño mi alianza—. ¿También tengo esto?

Jemma acorta la distancia entre nosotras. Marc aprovecha la oportunidad para deslizarse silenciosamente hacia atrás. *Adiós a las respuestas.*

—Estaba a punto de denunciar tu *desaparición,* mujer. ¡Pensé que te había pasado algo horrible! ¡Como ser secuestrada por un señor de la guerra de la mafia!

Intento reírme, pero me sale forzado. Jemma siempre ha tenido un don para acercarse demasiado a la verdad. —Sí —digo—. Definitivamente no ha sido eso.

—¿Qué ha pasado?

Suspiro. —Es una larga historia.

—Tengo tiempo.

Tengo una bomba de relojería en forma de señor de la guerra de la mafia esperándome fuera. —No puedo quedarme —le digo—. Pero nos pondremos al día pronto, te lo prometo.

Jemma cruza los brazos. Sea lo que sea lo que le estoy vendiendo, no lo va a comprar sin un mejor argumento. —Todavía tengo a la

policía en marcación rápida. O empiezas a hablar o serán mi primera llamada después de que te vayas.

—¡No! —digo, con demasiada vehemencia—. Ejem. Quiero decir. Nada de policías, Jem. Por favor. Todo está... bien. Más que bien, de hecho.

Empieza a dar golpecitos con el pie.

—¡De verdad! Yo... —Sin saber qué hacer, doy vueltas con mi vestido nuevo, dejando que Jemma vea la etiqueta—. Ahora tengo marido. Sé que ha sido muy repentino, pero él quiere cuidar de mí. Económicamente, claro.

Jemma lo comprende. —Has venido a renunciar.

—Solo por ahora, lo prometo —cojo sus manos entre las mías. Si fingir ser una cazafortunas es lo que necesito para despistar a mi amiga, que es como un sabueso, entonces no hay nada que me parezca demasiado bajo—. Es muy rico, Jem. Nos vamos de luna de miel, pero una vez que nos hayamos instalado en nuestra nueva vida, él... quiere financiar mi negocio. *Nuestro* negocio.

Jemma abre mucho los ojos. —¡Oh!

—Sí. *Oh*.

—Bueno, ¿por qué demonios no lo dijiste antes? —Me abraza tan fuerte que temo que se me rompa la columna—. Bien por ti, chica. No tenía ni idea de que conocieras al novio. Te juro que a veces siento que vives una doble vida delante de mis narices.

—Ja ja ja —Empiezo a sudar—. Eso sería... difícil de llevar a cabo.

—Vi el ojo morado de Marc y pensé que de alguna manera tenía que ver contigo.

Se me hiela la sangre. —¿De verdad?

—Sí —Asiente hacia el escritorio vacío—. La mañana después de la boda, vino un tipo preguntando por ti. Yo no lo vi, pero sé de buena

fuente que fue él quien le dio una paliza a Marc.

Me invade el miedo. —¿Preguntó por mí?

—Sí. Pero se equivocaba constantemente con tu nombre. Por eso pensé que probablemente estaba buscando a otra persona.

—¿Lo pronunciaba mal?

—Ci-na o algo así.

No. No se equivocaba. Lo más probable es que lo estuviera haciendo muy, muy bien.

—¿Has preguntado cómo se llama? —le pregunto, intentando que no se note lo jodidamente aterrorizada que estoy.

—No tuve oportunidad. Pero era grande. Alto, corpulento, con corte de pelo militar. Tenía una cicatriz justo encima de la ceja. ¿De Europa del Este, tal vez? Se parecía un poco a ti, si fueras un espía ruso corpulento con un pene grande.

Anatoli.

Mi corazón se hunde. Lucho contra el impulso de llevarme las manos a la cara. La descripción de Jemma... No puede ser otra persona. Debió de fijarse en la nueva esposa de Petyr y darse cuenta de lo familiar que le resultaba.

Y si lo hizo... ¿Cuánto tiempo pasará hasta que Petyr también se entere?

—Gracias —Esbozo una sonrisa forzada—. Tengo que irme ya, Jem, pero...

—Ni lo digas —Me abraza con fuerza otra vez—. Estás haciendo la obra del Señor. Sácame pronto del yugo de Bob el Constructor, ¿vale?

—Haré todo lo posible.

Es lo primero que digo hoy que no es mentira.

—Y cuando vuelvas de tu luna de miel, quiero saberlo *todo* sobre ese misterioso marido tuyo.

—Claro —Las palabras *te lo podría contar, pero entonces tendría que matarte* casi salen de mi garganta—. Obvio que sí.

De alguna manera, consigo salir con dignidad.

Afuera, el aire sabe a rancio, el pánico se aferra al fondo de mi paladar. El coche de Petyr está al otro lado de la carretera, a solo un cruce de distancia. Si fuera por el otro lado, ni siquiera me vería. Tendría ventaja. Podría llamar a un taxi y huir, vender mi ropa nueva de diseño para conseguir dinero para escapar...

No. Algo dentro de mí me detiene. *No puedes huir. Has hecho un trato.*

Cierto. Eso es. Acabo de decirle a Petyr que tenemos que ser sinceros con las necesidades del otro. ¿Qué sentido tendría abandonar el barco ahora?

No mucho. Él tiene todo el dinero, ¿recuerdas?

Aprieto los puños. Necesito su dinero. Mucho. Acabo de prometerle a Jemma que estaba trabajando en nuestro negocio. Si huyo ahora, ¿qué será de eso?

Pero no puedo arriesgarme a que él se entere. No valdría la pena. ¿De qué sirve ser millonario si acabas flotando boca abajo en la bahía?

Podrías decirle la verdad. Mi conciencia apenas es un susurro, pero aún así la oigo. *Confiesa. Pídele refugio.*

Rechazo esa tentación de inmediato. Petyr nunca me creería. Que escapé de los Danilo, que no les soy leal. Si le contara mi secreto, estaría cavando mi propia tumba en el fondo del Hudson.

Nunca me perdonaría. No con lo que mi familia le hizo a la suya. Buscaría venganza, ¿y cómo podría culparlo por ello?

¿Cómo, cuando fueron mi padre y mi hermano quienes atacaron a la suya?

No. No puedo decírselo. No lo haré. Mantendré la boca cerrada, mantendré la cabeza gacha y terminaré lo que empecé.

¿Y si todo se va al garete?

Correré tan rápido como me lo permitan mis piernas.

27

SIMA

Cuando nos detenemos frente a la mansión, Kira ya está a medio salir por la puerta. Se detiene en seco en el porche en cuanto nos ve, y sus ojos pasan rápidamente de la cara de Petyr a las bolsas de la compra que se clavan en el hueco de mi brazo. Su mirada se detiene allí, haciendo un lento inventario, y sus bonitos labios se aplanan en una línea fina y sin sangre.

—Bonita compra —comenta finalmente, con una sonrisa azucarada que ni siquiera intenta llegar a sus ojos. —Supongo que casarse bien es rentable.

Parpadeo una vez. Dos veces.

¿Esta zorra acaba de llamarme cazafortunas en la cara?

Antes de que se me ocurra una réplica mordaz adecuada, Petyr da un paso adelante. —Kira —Su voz es baja, seca. La advertencia es inequívoca—. Ya basta.

La zorra al menos tiene la decencia de retroceder.

—Ahora es de la familia —continúa Petyr—. Espero que la trates como tal.

Los ojos de Kira se abren un poco, quizá por sorpresa o porque se da cuenta de que ha ido demasiado lejos, y luego baja la cabeza. —Por supuesto. Lo siento. No quise decir eso.

Pasa a mi lado rápidamente, pero no antes de que capte el destello de resentimiento en su expresión. Resisto el impulso de poner los ojos en blanco, pero por poco. Esa fue la disculpa más sincera que se puede fingir.

Petyr no dice nada más. Solo me pone una mano en la espalda y me guía a través de las grandes puertas de roble.

Miro por encima del hombro una vez, justo a tiempo para ver la silueta de Kira deslizarse dentro de su Bentley rojo cereza, con el motor ronroneando mientras desaparece por el camino de entrada.

—Realmente no le caigo bien —murmuro mientras cruzamos el umbral.

—No te lo tomes como algo personal —responde Petyr, aunque tampoco parece muy contento con ella—. No le gusta nadie.

Murmuro sin sentido, fingiendo creerle. Pero sé la mirada que me ha lanzado. La he visto antes: en los colegios privados, en las recaudaciones de fondos para niños, en las cenas en las que las amantes de mi padre sonreían demasiado y hacían que sus pullas sonaran como cumplidos. No estaba disparando al azar, era algo personal. Kira puede que sea de la familia, pero sigue viéndome como una extraña.

Sin embargo, no se equivoca. Aprieto mi bolso y me recuerdo a mí misma todas las mentiras que llevo conmigo a todas partes. No estoy aquí para quedarme. Ni como esposa de Petyr, ni como Sammi Banks. Y desde luego, tampoco como cuñada de Kira.

¿Es realmente tan grave que empiece a odiarme ahora en lugar de más adelante?

Aun así, no me gusta tener que vigilar mis espaldas por culpa de un enemigo más. Puede que Petyr tenga razón: Kira es brusca, pero inofensiva.

Pero si resulta que tiene garras, se llevará una decepción al ver que no es la única.

Dejo que Petyr suba las maletas y lo sigo sin decir nada más. Si Kira quiere jugar, pronto descubrirá que no sobreviví a mi familia por ser blanda. Que me subestime.

Todos los demás siempre lo han hecho.

Después de guardar mis cosas nuevas, vuelvo a bajar y encuentro a Petyr en la cocina. Anya nos ha dejado la cena: pollo asado, verduras salteadas y una especie de orzo al limón que huele tan bien que me hace rugir el estómago.

Nos acomodamos en el rincón informal junto a la cocina, con los platos entre nosotros. Petyr coge el mando a distancia, así que *sí que* tienen aquí, y empieza a cambiar de canal hasta que encuentra algo en lo que quedarse. Espero que sea deportes o las noticias, pero, curiosamente, es...

—¿Pompeya? —pregunto mientras mastico el espárrago más delicioso que probé en mi vida. Se puede decir lo que se quiera del temperamento de Anya, pero sabe cocinar muy bien—. Qué alegre. No sabía que te gustaran los documentales sobre gente muerta.

—No me gustan —Sigue comiendo mientras mira distraídamente la pantalla—. Pero la historia es fascinante. Mucho más clara que el presente.

A pesar de mis recelos, me siento atraída. Es cierto que hay muchos planos generales de reconstrucciones artificiales de nubes de ceniza, roca fundida y una ciudad entera convertida en piedra en medio de un grito. Cosas muy alegres.

Pero también es extrañamente cautivador. Quizás tenga que ver con la relajante voz de barítono y el acento británico del presentador, o con la forma en que Petyr parece relajarse ligeramente a medida que pasan las imágenes.

Me encuentro mirándolo tanto como a la pantalla.

—¿El grafiti sigue ahí? —pregunto con la boca entreabierta.

—¿Eh? —me lanza otra mirada distraída—. Ah, eso. Sí.

Después de cinco minutos más, estoy enganchada. Petyr sigue comiendo, mirando de vez en cuando la pantalla sin mucho entusiasmo, pero ¿yo? Estoy obsesionada. Completamente cautivada. Peor que cuando me vi toda una temporada de *Drag Race* en veinticuatro horas.

El tema cambia de planos generales a reliquias específicas de la ciudad. Muestran a una pareja, unida para siempre en un abrazo. Las cenizas se adhieren a sus formas, cuyos contornos siguen siendo visibles dos mil años después.

—¿Te imaginas? —digo antes de pensarlo mejor—. ¿Morir en los brazos de alguien así?

Petyr me mira, levantando las cejas. —Es un deseo morboso.

—Solo digo —Me encojo de hombros y picoteo mi comida—. Si el mundo se va a acabar, quizá estar con alguien a quien amas lo hace menos aterrador.

Él no responde de inmediato. Puedo sentir su mirada, pesada en el lado de mi cara. Pero mis propios pensamientos son demasiado fuertes.

Ni siquiera creo en ese tipo de amor. No realmente. No después de los ejemplos que he visto. ¿Mis padres? Tóxicos. ¿El marido de Lara? Un anciano controlador con crueldad en las venas. ¿Anatoli y mi cuñada? Dios ayude a esa pobre, pobre chica.

Toda mi familia siempre ha tratado el amor como una transacción o una correa, algo que oprime en lugar de liberar.

Entonces, ¿por qué me duele el pecho como si lo deseara de todos modos?

¿Como si quisiera lo que tuvieron estas dos personas, hace miles de años?

Debo de haber estado callada demasiado tiempo, porque la voz de Petyr interrumpe mis pensamientos. —Esto tiene que ver con tu trabajo.

—¿Eh? —parpadeo.

—Lo echas de menos —Me clava una mirada que no logro descifrar —. Sé que no fue fácil renunciar a él. Pero fue por tu seguridad, e hiciste lo correcto.

Sí. Vaya manera de no entender nada. —Oh —es todo lo que consigo decir.

—Aún tienes tus clases.

Esbozo una sonrisa forzada. —Sí. Lo sé.

Pero está completamente equivocado en todo. No estoy lamentando mi trabajo. Si acaso, estoy lamentando mi *vida*. Mi vida limpia y sencilla, en la que era una organizadora de bodas desconocida sin ninguna conexión con la familia Danilo.

Ahora, Anatoli me está buscando. Está tratando de localizarme y, si lo consigue, se desatará el infierno. Petyr descubrirá la verdad sobre mí. Se dará cuenta de que se casó con el enemigo, ¿y entonces qué? Dudo que se preocupe mucho por mi seguridad. Por si me estoy exponiendo al ir al trabajo o a clase o... a cualquier sitio.

Y tal vez también esté lamentando ese abrazo que vi en la pantalla. Ese abrazo sincero, amoroso y apasionado que nunca podré tener de verdad.

Porque ¿un amor así? No existe. Y si existiera...

Petyr Gubarev no sería quien me lo diera.

Comemos en silencio durante el resto del documental. Cuando empiezan a aparecer los créditos, Petyr se vuelve hacia mí. —Sube.

A pesar de todo, mi corazón sigue latiendo con fuerza. Hay calor en sus ojos, pero también hay algo más suave debajo. Algo inesperadamente amable.

Quizás debería aprovecharlo mientras pueda. Su amabilidad, su calidez.

Dios sabe que no durará para siempre.

Así que me levanto, sin aliento, y lo sigo arriba.

28

SIMA

Mientras subimos las escaleras, mantengo la mirada fija en la espalda de Petyr en todo momento. Su espalda ancha y firme, con los músculos asomando por el cuello de la camisa. Mientras pueda concentrarme en eso, los nervios se mantienen a raya.

Sin embargo, cuando llegamos al dormitorio, estoy hecha un desastre.

La puerta se cierra suavemente detrás de nosotros. De repente, el aire se vuelve más pesado. Más denso. Mi pulso late como un tambor en mis oídos y cada centímetro de mi piel está alerta, expectante.

Esto es todo. La noche en la que por fin... Eso.

Lo cual es una tontería por la que entrar en pánico. En serio. Hemos hecho literalmente todo lo demás, ¿no?

Pero esto no, me susurra la parte ansiosa de mí. La parte que ha pasado veinticuatro años siendo virgen, que no ha visto una polla en ningún sitio excepto en mensajes directos no solicitados y que no tiene ni idea de qué hacer con ella.

¿En la teoría? Todo bien.

¿Pero en la práctica? No tengo precisamente mucha experiencia en mi currículum.

¿Y si no se me da bien? ¿Y si lo agarro mal y lo rompo accidentalmente como si fuera una barra luminosa? ¿Y si me quedo paralizada y Petyr piensa que soy una de esas mujeres frías que escriben la lista de la compra en su mente mientras miran al techo? ¿*Empuja*, compra más pan, *empuja*, se nos ha acabado el zumo de naranja?

¿Y si gruño como un cerdo cuando me corro y él pierde el interés para siempre?

¿Por qué te importa? No se trata de placer. Es un acuerdo comercial. Cásate, quédate embarazada, vete. Si no le gusta la experiencia, siempre podemos sacar una jeringa para rociar pavos.

Exacto. Se trata de tener un bebé. No de sexo. O, mejor dicho, no de sexo *de verdad*. No de sexo con fines que la hermana Margaret desaprobaría. Se trata de un revolcón cien por cien aceptable para la Iglesia, impulsado por la procreación.

Pero tú lo deseas. Siento un calor repentino en todo el cuerpo. *Quieres que sea sexo* de verdad*. Quieres que te guste. Como todo lo demás te ha gustado hasta ahora.*

Soy una idiota. Puede que Petyr no tenga expectativas, pero ¿yo? Dejé de verlo como un mero negocio en el momento en que caí en sus redes. No tiene sentido mentirme a mí misma: lo *deseo*.

Lo deseo a él.

Y eso me aterroriza.

—Estás pensando.

—¿Eh? —La voz ronca de Petyr me saca de mi espiral de caos—. ¿Estoy...?

—Pensando —repite—. No hagas eso.

—¿Que no haga qué? ¿Pensar? —pregunto, divertida a pesar mío—. ¿Te preocupa que mi delicado cerebro femenino se sobrecaliente?

—Sí —Acorta la distancia entre nosotros con un paso suave. Sus grandes manos se posan en mis caderas—. Así que apágalo, o lo haré yo por ti.

Sé que va a besarme. Lo sé. Lo *sé*.

Pero cuando sus labios chocan con los míos, aún enciende cada uno de mis nervios.

Su lengua presiona para entrar. Caliente, áspera, exigente. Mis dudas se dispersan como mariposas. Pronto, no tengo capacidad para pensar en nada.

Cuando se retira, ya estoy sin aliento.

—Mucho mejor —dice, embriagándose con la visión de mi boca magullada por los besos.

Me acompaña hasta que mis rodillas tocan la cama. Caigo sobre el colchón, mirando hacia arriba con los ojos muy abiertos, mi mirada clavada en la suya. Sus pupilas, oscuras y dilatadas, no dejan de seguir mis movimientos ni un segundo.

—Sigues nerviosa —No me lo pregunta.

—Un poco —admito sin aliento.

—No pasa nada —Sus ojos se oscurecen—. No me importa ganarme tus elogios.

—Presuntuoso —resoplo antes de poder evitarlo.

—Seguro de mí mismo —me corrige. Me besa en la curva de la mandíbula, provocando un calor en lo más profundo de mi vientre—. Y pronto estaré muy, muy ocupado.

Mi risa se convierte en un jadeo cuando empieza a besarme el cuello. Puedo sentir el roce de su barba incipiente en cada centímetro de piel que besa. Áspero, delicioso. Mis manos se aferran a sus hombros, buscando desesperadamente un punto de apoyo. Su cuerpo es tan cálido y sólido contra el mío.

Me quita la camiseta lentamente, deliberadamente, como si quisiera que sintiera cada segundo. Y lo siento. Dios, lo siento.

Luego se retira un momento y me mira con ojos ardientes. —Eres jodidamente hermosa.

Me sonrojo y, por costumbre, le respondo con sarcasmo—: Qué adulador.

—No me van las adulaciones —Me agarra por la cintura—. Así que acepta el cumplido, *lisichka,* y todo lo demás que te dé.

Antes de que pueda balbucear una respuesta avergonzada, me besa de nuevo. Esta vez, no hay vacilación en mí cuando le devuelvo el beso. Solo un deseo puro y el ritmo lento y constante de Petyr que me atrae hacia él.

Me dejo llevar de buen grado.

Petyr no pierde el tiempo. Me quita el resto de la ropa como si estuviera desenvolviendo un regalo. Lento donde me hace estremecer, rápido donde me hace jadear.

Como no me gusta que me superen, empiezo a quitarle la ropa a él también.

Cuando por fin lo veo desnudo, olvido cómo respirar.

Mis ojos recorren su cuerpo: pecho ancho, abdomen esculpido, un corte en V que parece tallado por los dioses. Trago saliva con la boca seca, tratando de asimilar el hecho de que el padre de mi hijo aparentemente se parece a una estatua griega.

Y luego está el detalle obvio, no tan pequeño, debajo de la cintura.

—Santa hermana Margaret —murmuro.

—¿Qué has dicho?

—Nada.

Pero ahora ha captado mi mirada. Y esa pequeña media sonrisa que florece en la comisura de sus labios me hace querer soltar algo estúpido y claramente falso.

No es tan grande.

Esperaba más.

Podría meter dos de esos.

Zorra, ni siquiera cabe uno. Mi mente racional me da una bofetada para despertarme. Claro, tiene que caber. Si queremos un bebé, tiene que entrar, como, *dentro* de mí. Hasta el fondo.

Oh, Dios.

Debería estar asustada, ¿verdad?

No debería desearlo más que respirar, ¿verdad?

...

Mierda. Me arruinará para cualquier otra persona, ¿verdad?

La oscura mirada de Petyr se fija en mí. —Si sigues mirándome así —dice, con voz más ronca que antes—, no voy a poder tomármelo con calma.

—¿Quién dice que quiero que lo hagas?

Mi respuesta nos sorprende a ambos.

—*Blyat'* —De repente, se abalanza sobre mí y me empuja contra el colchón—. No digas que no te lo advertí, zorrita.

Luego, se sumerge entre mis pechos.

Echo la cabeza hacia atrás y agarro las sábanas con los puños.

La lengua de Petyr se mueve sin control de un pezón al otro. Siento cómo sus dientes se cierran alrededor de mi sensible piel, tirando, mordiendo y arrancándome los sonidos más vergonzosos.

Mientras tanto, sus manos recorren todo mi cuerpo. El vientre, las caderas, los muslos... Si puede alcanzarlo, lo toca. Mi atención se divide entre las maravillas que hace su boca y la presión de sus dedos en la parte interna de mis muslos, obligándome a abrir las piernas.

—Oh, Dios —jadeo, agarrándome a sus hombros.

Va a follarme. Me doy cuenta de repente cuando siento el roce de su polla dura por mi pierna. *Va a...*

Entonces, la cabeza de Petyr se mueve entre mis muslos y pierdo la capacidad de pensar.

Su lengua se desliza sobre mi clítoris. Lenta, caliente, enloquecedora. Ni siquiera me doy cuenta de que he envuelto mis piernas alrededor de su cuello hasta que le oigo gruñir. Solo la vibración me vuelve loca.

—Petyr —gimo—. Por favor.

—¿"Por favor" qué, *lisichka?* —Deja de besarme entre las piernas para hablar, y eso debería ser una violación de los derechos humanos—. Usa tus palabras.

—Hazme correrme —Mi vergüenza se esfuma por la ventana—. Por favor, necesito correrme, yo...

No llego a avergonzarme más. En cuanto la lengua de Petyr vuelve a tocarme, mis palabras se convierten en gritos irreconocibles.

Me come como si estuviera hambriento. Como si quisiera saborear cada sonido que hago. Mis muslos tiemblan, mis manos se enredan en su cabello mientras pierdo todo el autocontrol ante su boca.

Entonces su dedo empieza a presionarme.

—Jodidamente preciosa —me susurra Petyr al oído mientras empieza a bombear dentro y fuera de mí—. Todos estos años, esperando a que te follaran.

Sí, quiero gritar. *Te estaba esperando.*

No me importa si no es cierto. Ahora mismo, se siente tan real que olvido lo mucho que debería temerle.

Entonces lo recuerdo y, de alguna manera, eso lo hace mejor.

—No pares —le suplico—. Por favor, Dios, no pares.

Pero Petyr no tiene intención de parar. Añade un segundo dedo, los dobla justo en ese punto que me tiene al borde de las lágrimas. Con su boca chupando mi clítoris y sus dedos follándome, estoy tan cerca que puedo saborearlo.

Entonces añade un tercero y veo blanco.

—¡Petyr! —Mi orgasmo es fuerte y rápido. Grito su nombre mientras me corro, con los muslos temblando y las caderas balanceándose descaradamente contra su boca.

Cuando vuelvo a la realidad, él está besando mi cuerpo de nuevo. El estómago, los pechos, el cuello. Saboreo mi propio sabor en su lengua mientras me besa hasta dejarme sin sentido.

—Eso es —murmura entre besos—. Buena chica.

Su elogio me atraviesa. —Petyr —jadeo—. Por favor...

—¿Qué te he dicho? —su voz resuena en mí como un trueno—. Usa tus palabras.

—Fóllame —En este momento estoy prácticamente suplicando, pero no me importa—. Por favor, fóllame ya.

Él sisea en la curva de mi cuello. Su polla se contrae contra mi muslo.

Antes de que pueda pensarlo mejor, extiendo la mano para acariciarlo.

Los músculos de Petyr se tensan a mi alrededor. Por un momento, me aterroriza haber hecho algo mal. Haberlo agarrado con demasiada fuerza, demasiado rápido. —Maldita sea —susurra.

—¿Hice algo mal? —Empiezo a retirar la mano, pero los dedos de Petyr se cierran alrededor de mi muñeca como el acero.

—No —gruñe—. No lo has hecho.

Lo acaricio de nuevo. Una vez, dos veces, sintiendo su longitud y su grosor. Es tan grande que no puedo rodearlo completamente con la mano. ¿De verdad...?

—Cabrá —promete Petyr, como si me leyera el pensamiento—. Te lo meterás todo, zorrita. Te enseñaré cómo.

Mi mente se nubla. —Enséñame ahora —susurro.

Por una vez, Petyr no me hace suplicar.

Me coloca una pierna sobre sus hombros y luego alinea la punta con mi entrada. —Si es demasiado, dímelo —dice como si estuviera estableciendo una regla—. Si es demasiado rápido, dímelo. Si te duele en algún momento...

—Te lo diré —susurro—. Me portaré bien, lo prometo.

Maldita sea. ¿De dónde ha salido eso?

Antes de que pueda detenerme en el fetiche por los elogios que creo que estoy desarrollando, Petyr me agarra por las caderas. —Sé que lo harás —murmura con voz cálida y grave.

Luego se empuja contra mí y los pensamientos se convierten en un recuerdo lejano.

Contengo la respiración mientras siento cómo me penetra. Centímetro a centímetro, tan despacio que me dan ganas de llorar. Sé que me está dando tiempo para adaptarme, pero cuanto más lento va, más tiempo se demora en rozar mis paredes hipersensibles. ¿Tiene idea de lo desesperante que es eso? ¿De lo abrumador que se siente?

—Petyr... —gimo.

Sus caderas se detienen a mitad de camino dentro de mí. —Maldición. Eres el paraíso.

¡Pues fóllame ya!

Pero tengo la boca seca como el algodón. No puedo hablar, no puedo articular una frase coherente. Lo único que puedo hacer es mirar vagamente a Petyr, todo músculos, sudor y ojos negros, oscuros, y sentir cómo el placer me recorre el cuerpo.

—Más —suplico.

Las pupilas de Petyr devoran el oro bruñido de sus iris.

No me hace repetir la petición.

Se inclina sobre mí, apoyándose a ambos lados de mi cara. Una de sus manos se desliza lentamente hacia mi muslo doblado, abriéndolo. No tenía ni idea de que fuera posible estirarse tanto, estar tan llena.

Cuando finalmente se ha introducido por completo en mí, me sorprende lo poco que me ha dolido, si es que me ha dolido.

—Última oportunidad para echarte atrás, *lisichka* —Escupe esas palabras como si le costaran un esfuerzo.

Lo entiendo. Porque si se detuviera ahora mismo, yo también podría morir.

Pero no puedo decir nada, así que se lo muestro.

Muevo las caderas una vez, dos veces. A la tercera, los ojos de Petyr se vuelven completamente negros.

—Por favor —susurro.

No soy una experta, pero creo que eso es lo que lo rompe.

Empieza a moverse dentro de mí. Esta vez, sus movimientos son mucho menos mesurados que antes.

Se retira por completo y luego vuelve a entrar con fuerza. Pierdo la cuenta de cuántas veces. Estoy demasiado ocupada aferrándome a la vida, gimiendo en su hombro mientras él deja de jugar y empieza a follarme en serio.

—Petyr —jadeo, agarrándome a su espalda mientras me penetra. Más fuerte, más rápido, más profundo—. No pares. Dios, no pares.

—¿Te gusta? —Sus caderas aceleran el ritmo—. ¿Que te follen así? ¿Tener mi polla dentro de ti?

—¡Sí! —jadeo, demasiado perdida para negarlo. Cada terminación nerviosa parece encenderse desde dentro—. Sí, sí...

Sus labios rozan el lóbulo de mi oreja. —Entonces suplícamelo.

Y lo hago. Porque haría cualquier cosa por volver a derrumbarme bajo él.

Así que suplico. Le suplico que me folle, que me haga sentir bien otra vez. Suplico a mi enemigo que se corra dentro de mí, que ponga su bebé en mí, que me haga *suya.*

Y cuando me corro alrededor de su polla, apretándola con un sollozo ahogado, puedo sentir cómo él se rompe justo después de mí.

Él gime en mi cuello. No estoy segura, pero parece que dice mi nombre. Mi *verdadero* nombre.

Algo en eso me hace gemir más fuerte.

Siento el chorro caliente de su semen dentro de mí. Nunca pensé que algo así pudiera sentirse tan bien, pero mierda, ¿qué va a saber una virgen?

Aprieto mis piernas con más fuerza alrededor de él, lo absorbo todo. Lo mantengo ahí, como si fuera un pecado derramar una sola gota.

Lo cual tendría sentido si estuviera pensando en el bebé.

Pero lo único en lo que puedo pensar es en lo mucho que lo deseo otra vez.

Y pronto, vuelve a suceder. Pronto, Petyr vuelve a moverse, duro como una roca dentro de mí. —Maldición —gruñe—. Sima...

Pierdo la cuenta de cuántas veces me corro. Cuántas veces se corre *él*, llenándome hasta los topes, volviéndome loca.

Se puede decir que estoy arruinada para cualquier otro.

29

PETYR

Ella es suave contra mí. Cálida. Su respiración es lenta, constante. Como si estuviera sumida en un sueño del que no quiere salir. Mi mano se mueve para acariciar su cabello, pero me detengo a tiempo.

No debería arriesgarme a despertarla. Debería alejarme, darle espacio.

Más que eso, debería alejarme de ella.

Por muy bueno que haya sido el sexo, todo esto entre nosotros es un acuerdo comercial. Tengo que grabarme eso en la cabeza, recordar exactamente por qué estamos aquí ahora mismo.

Las exigencias de mi padre.

Una boda.

Un heredero.

Todo lo que tenía que hacer esta noche era satisfacerla, y lo hice. Repetidamente. Quedarme así, con mi brazo alrededor de su cintura, los dedos extendidos sobre su vientre, observando cómo se calma su respiración mientras duerme... eso no forma parte de nuestro

acuerdo. Tampoco lo es hundir mi nariz en su cabello, oliendo el leve aroma a champú que la envuelve. Tan dulce, tan limpio. Un aroma como ese no tiene cabida aquí, con un hombre como yo.

De repente, Sima se mueve en su sueño y se apoya contra mí. Es un gesto inconsciente, pero me hace apretar y aflojar el puño.

Ella se acurruca más contra mi calor. Un músculo de mi mandíbula se contrae.

No estoy acostumbrado a esto. Quedarme después de tener sexo nunca ha sido mi estilo. Me limpio, me visto y me voy. No me *quedo*.

Pero esta es mi habitación, así que eso no va a funcionar.

Tienes un sofá. Y varias habitaciones de invitados. Ve a dormir allí.

Pero no me muevo.

Recorro la curva de su cadera desnuda con la yema del dedo. Despacio, con suavidad, con demasiada suavidad como para despertarla. Está preciosa así, con la piel desnuda y la suavidad del sexo, todavía húmeda entre los muslos.

Mía.

El pensamiento surge sin ser invitado, afilado como una navaja en las costillas.

Sabes que no es así. La voz oscura y áspera del *pakhan* que hay en mí lucha con el hombre. *Ella es un medio para alcanzar un fin. Para ella, tú también lo eres.*

Pero cuando la miro, ese sentimiento posesivo no desaparece.

Está llena de secretos, mi zorrita. Sé que lo está. Joder, yo también. Pero sé todos sus sucios secretitos, las mentiras que acumula para enterrar su verdadera identidad. Ella es la que no tiene ni idea. De que lo he sabido todo este tiempo, de que la estoy usando.

Ahuyento la culpa como a una mosca.

Sima gime en su almohada. Se mueve de nuevo, dejando que las sábanas se deslicen por su cuerpo. Dejo que mis ojos recorran la curva redondeada de su trasero, la perfecta hendidura de su cintura. Su piel cremosa, lechosa a la luz de la luna.

Es fácil hablar de acuerdos. El testamento de mi padre es tinta y papel, negro sobre blanco, inequívoco en su interpretación. Pero esto... esto es carne y hueso. *Ella* es carne y hueso. Y cuando me permito verla así, de repente, ya no pienso en sobrevivir.

Eso es lo más peligroso de ella: su poder para hacerme olvidar.

Un zumbido llena la habitación. Mi teléfono está en la mesita de noche, conectado al cargador. Estoy tentado de ignorar la llamada, ni siquiera son las 4:00 a. m. Sea quien sea, puede esperar hasta mañana.

Pero el *pakhan* que hay en mí no me deja.

Con cuidado de no despertar a Sima, estiro la mano y me pongo al teléfono.

Se oye un chirrido estático antes de que Lev tosa. Su voz es tensa, apresurada. —Tenemos un problema.

—Claro que sí —murmuro mientras saco las piernas de la cama. El frío del suelo me roba el último rastro de calor del cuerpo de Sima contra el mío.

—Han encontrado al conductor —dice Lev—. Pero el cargamento ha desaparecido, hombre. Las armas, los cartuchos... todo.

Se me encoge el estómago. —Desaparecido.

—Desaparecido —confirma Lev—. Ni una puta huella. Como si lo supieran, Petyr.

Resisto el impulso de dar un puñetazo a la pared, aunque solo sea por el bien de Sima. —Ahora mismo voy.

Lev duda. Es esa maldita pausa de antes de decir más cosas que no me van a gustar, así que cuelgo antes. Sea lo que sea, puede esperar hasta que llegue allí.

Me pongo los pantalones y la camisa, luego la chaqueta, y cruzo la habitación descalzo para no despertar a Sima. No es por consideración, es por practicidad. Si se despierta, tendrá preguntas. Preguntas que no me apetece responder.

Esté en mi cama o no, sigue siendo una Danilo.

Y cuanto menos sepan los Danilo, mejor.

Una vez completamente vestido, me vuelvo hacia ella una vez más. Está acurrucada en el espacio que dejé, como si me hubiera estado buscando mientras dormía. Su mano descansa donde estaba la mía hace unos instantes.

La imagen se me clava como una astilla.

Las palabras de Lev fueron claras. Esto es una emergencia. Tengo que ir ya mismo y ocuparme. Pero la tentación de quedarme aquí es más fuerte de lo que había previsto.

Si dejara el teléfono, podría volver a la cama. Despertar a Sima con un beso. Sentir cómo su boca, suave por el sueño, se abre para mí, cómo su cuerpo cálido se envuelve alrededor del mío, hasta que gima como antes. Podría volver a penetrarla con una sola embestida. Apuesto a que todavía está húmeda de antes, pegajosa en todos los sitios adecuados. Podría ponerla aún más pegajosa. Sentir cómo se aprieta a mi alrededor mientras gime en mi boca, hacerla correrse sobre mi polla. Follarla hasta que me haga olvidar el peso de la llamada de Lev, las responsabilidades que me esperan al otro lado de esa puerta. Hasta que me haga olvidar que soy el *pakhan.*

Pero nunca podré olvidarlo. No por mucho tiempo.



CUANDO LLEGO AL ALMACÉN, todavía puedo ver la figura dormida de Sima en mi cabeza. Su piel desnuda, su cuerpo cálido, esa mirada de adoración que me dedicó anoche después de que la follara hasta dejarla sin sentido. Estar aquí, en medio del frío hedor a orina y tortura, es lo último que quiero.

Los hombres ya están allí. Lev está a un lado, hablando en voz baja con Mikhael. Esta vez no está Iván, sino un grupo de soldados de rango medio a los que recuerdo haber encargado la tarea de escoltar el camión hasta su destino.

El conductor está atado a una silla en medio de la habitación, con aspecto de estar a punto de orinarse encima. De nuevo, a juzgar por la mancha oscura en sus pantalones.

Me agacho frente a él. —Habla.

El conductor traga saliva con dificultad. —¡Juro que no sé nada!

—Jodida respuesta equivocada.

Mi puño impacta en su cara. El crujido de los huesos resuena con fuerza en el aire.

La silla se tambalea antes de volver a enderezarse. Sea lo que sea lo que le quedaba de orina, ya no lo retiene.

Ignoro el fuerte olor a amoníaco y lo agarro por la solapa. —Tenías un trabajo. Uno. Y ahora todo el cargamento ha desaparecido.

—No lo sé...

—Huiste —le gruño—. Eso significa que sabes algo.

—¡Me lo han robado! —exclama finalmente—. ¡Juro que es la verdad!

Eso me llama la atención. —¿Quiénes?

—¡No lo sé! —Empieza a sollozar como un niño pequeño—. Solo paré para mear y entonces vi que los faros se encendían de nuevo

detrás de mí. Había alguien dentro.

Lo miro fijamente. —Dejaste las llaves en el contacto —No es una pregunta.

—Lo siento —dice entre sollozos—. No pensé...

—No —Saco mi pistola—. No lo pensaste.

Entonces, le pongo una bala entre los ojos.

La silla se vuelca hacia atrás y golpea el suelo con fuerza. Los ojos sin vida del conductor siguen mirando fijamente a la nada.

Mikhael es el primero en hablar. —Esto es lo que pasa cuando pones a un puto idiota al mando —se burla, tan alto como para que solo Lev y yo lo oigamos. Escupe sobre el cadáver del conductor—. Otra victoria para ti, primo. Supongo que te tomaste lo de "ir sobre la marcha" muy al pie de la letra, ¿eh?

—Cuidado —le advierto.

En lugar de retroceder, me huele. —Dios. Podrías haberte duchado antes de venir aquí. Apestas a coño, *pakhan*.

Mi paciencia se agota.

En cuestión de segundos, tengo a Mikhael contra la pared, con mi pistola clavada en la cavidad de su garganta.

—Eh —dice—. ¡Espera, vamos! Solo estaba...

—¿Bromeando? —presiono con más fuerza. El metal aún está caliente por el disparo que hice, Mikhael no puede evitar hacer una mueca—. Vamos. Termina esa broma. Todos estamos esperando el remate.

El sudor perla en la sien de Mikhael. —No puedes —suelta—. Soy tu primo.

—E Iván no está aquí —gruño—. ¿Quién va a detenerme?

Observo cómo la garganta de Mikhael se mueve contra mi arma. Mira a su alrededor, pero nadie parece dispuesto a mover un dedo para ayudarlo. —Lo siento —balbucea—. Me he expresado mal.

—¿Qué has dicho?

—¡Lo siento! —grita. Su voz temblorosa resuena en las paredes—. Lo siento, *pakhan*.

Lo dejo ir con una burla. —Vete a la mierda. Ahora.

Por una vez en su vida, obedece.

Mikhael. Es más joven que yo, a pesar de que su padre es mayor que el mío. Cuando el tío Grigoriy fue asesinado por los Danilos, mi padre lo acogió. Lo crio con nosotros. Le enseñó a respetar a Dimitri como su próximo líder.

Sin embargo, nunca le enseñó a respetarme a mí.

Lo que significa que tendré que enseñarle esa lección yo mismo.

Alzo la voz. —Eso... —señalo el cadáver en el suelo—...es lo que pasa cuando me causas pérdidas. Y eso —repito, señalando la marca de la boca del arma quemada en la garganta de Mikhael—, es lo que pasa cuando me faltas al respeto. Ahora, vayan a buscar mi maldito envío o el próximo en mearse en esa silla será uno de ustedes.

Nadie dice nada. Bien.

—Pueden retirarse.

Todos empiezan a salir. Solo Lev se queda atrás.

Cuando solo quedamos él y yo, me desplomo contra la pared. —Jodido Mikh.

—Sí —coincide—. Jodido Mikh.

—Ese *mudak* va a hacer que le meta una bala en la cabeza.

—Desde luego, se está esforzando mucho para conseguirlo —Lev frunce el ceño—. ¿Por qué te estaba oliendo? —Mi mirada lo silencia —. No importa.

A pesar de todo, no puedo quitarme de la cabeza las palabras de Mikhael. Lleva un tiempo acusándome de estar distraído, de no tener en cuenta los intereses de nuestra Bratva.

El día que desapareció el envío, yo estaba con Sima.

Esta noche estaba con Sima.

Me guste o no, tiene toda la razón.

No puedo seguir dejando que Sima me distraiga de la meta. Conseguir un heredero es importante, pero si la dejo embarazada justo antes de que mis hombres se rebelen contra mí, ¿de qué me servirá?

Los herederos son cosa del mañana. ¿Esto? ¿Nuestro envío desaparecido, asegurar la alianza con los italianos, defendernos de los Danilo? Eso es cosa *de hoy,* joder.

Y no voy a perderlo. Por nada ni por nadie.

Y desde luego no por la maldita hija de Nikolai Danilo.

30

SIMA

Al día siguiente, no puedo dejar de sonrojarme.

Quiero actuar con naturalidad. Ser sofisticada al respecto. *Sí, un extraño/enemigo acérrimo de mi familia sacudió mi mundo anoche. ¿Y qué?*

Resulta que hay un montón de "y qué". Como el hecho de que mi cara de traidora no deja de delatarme. Cada vez que mi cerebro decide reproducir lo de anoche como si fuera un descarado resumen de lo más destacado, mi piel se calienta como una plancha. Y como las imágenes siguen apareciendo, mis mejillas ya parecen semáforos.

Me peino frente al espejo y me sorprendo sonriendo una y otra vez, como una adolescente estúpida después del baile de graduación.

Uf. Esto es ridículo. No tengo nueve años. No estoy garabateando su nombre en un cuaderno. Soy una mujer adulta en un matrimonio que existe gracias a un acuerdo, uno que nos beneficia a ambos.

Eso es todo. Eso es *todo.*

Aun así, mi mente sigue dando vueltas. Incluso mientras me visto para empezar el día, no puedo evitar obsesionarme con cuándo lo volveré a ver y cuánto tardaré en quedarme a solas con él cuando lo haga.

Por eso precisamente tengo que controlarme.

Remuevo mi café en el comedor, fingiendo que no estoy imaginando las manos de Petyr en mis caderas, su boca en mi cuello. Doy un sorbo, me quemo la lengua, maldigo entre dientes y miro con ira la taza como si fuera la responsable de hacerme recordar lo cálida que era su piel.

A mi lado, Anya está limpiando el polvo de la repisa de la chimenea con el ceño fruncido y una mirada crítica.

Esto no formaba parte del plan. Y no me refiero solo a que una anciana ama de llaves rusa me mire con malos ojos. *Casarme con él, sobrevivirle, salir de aquí*: ese era el plan. No *trepar por él, seguir pensando en trepar por él, mojarme en la mesa del desayuno preguntándome cuándo volveré a trepar por él.*

Y luego estaba esa mirada que me lanzó cuando estaba dentro de mí. Ese momento en el que perdió el control y sentí cómo me llenaba por primera vez. Juraría que entonces no me miraba como si fuera solo un medio para alcanzar un fin. Me miraba como si...

Como si importara.

Ese pensamiento se me queda grabado en la mente de forma incómoda. Dejo la taza en el fregadero y hago todo lo posible por aclararme la mente con ella.

Anya carraspea a mis espaldas.

Bien. No se permite limpiar.

Salgo de la casa y me digo a mí misma que hoy me voy a concentrar en mis estudios. En mi futuro. En cualquier cosa excepto en Petyr.

Aguanto unos tres minutos.

El hombre que me lleva hoy a clase se llama Luka, al parecer. Lo sé porque es lo único que consigo sacarle antes de que fije la mirada en la carretera y cierre el pico. Es tan cálido como una pared de ladrillos, lo que no ayuda precisamente a mantener mi mente alejada de otras cosas. No esperaba tener una charla íntima, pero quizá podríamos haber tenido una agradable conversación sobre el tiempo.

Cuando llegamos al campus, él se baja y me sigue, manteniéndose unos pasos detrás. El peso de su presencia me pone los pelos de punta. Me obligo a ignorarlo y sigo adelante. Esto también forma parte de mi trato con Petyr. Aunque es una parte mucho menos agradable que...

¡No! Mala Sima. Deja de pensar en trepar árboles.

Cuando empieza a seguirme al aula, me doy la vuelta. —Quédate ahí.

Luka se encoge y agacha la cabeza. ¿Me siento mal por hablarle como a un perro? Sí, un poco. Pero solo puedo aguantar hasta cierto punto antes de empezar a sentirme como si estuviera en algún tipo de programa de protección de testigos.

Y, sin embargo, aunque ahora estoy sentada en mi escritorio detrás de una puerta cerrada, sigo sin poder quitármelo de la cabeza. Esa sensación entre los omóplatos, la inquietante conciencia de que alguien me está mirando...

¿Tiene Luka visión de rayos X?

Niego con la cabeza e intento concentrarme en revisar mis apuntes de la clase anterior. Pero, a medida que la sala se va llenando, la sensación persiste. No dejo de mirar por encima del hombro, pero no hay nadie allí, o mejor dicho, nadie que no esté ocupado charlando con sus compañeros. En su mayoría son estudiantes de

primer año de universidad con los ojos hinchados y el olor a marihuana impregnado en la ropa.

Entonces, ¿por qué siento que estoy en peligro?

—¡Hola, hola! —me saluda Brittany con su sonrisa de un millón de vatios, acallando mi paranoia—. Pensé que estabas enferma. Ayer no apareciste en la fiesta y...

Su mirada se detiene en mi anillo.

Se queda boquiabierta.

Oh, mierda.

—¡¿TE HAS CASADO?!

Su grito rompe la barrera del sonido.

Todas las cabezas de la sala se giran hacia mí. Sí, incluso la de nuestro profesor, que me mira como si acabara de tirar su pececito dorado por el retrete y me hubiera reído maniáticamente mientras lo hacía.

Mi cara arde, el calor me sube hasta las orejas.

Agacho la cabeza sobre mi libro de texto, mortificada. —Sí —susurro lo más bajo que puedo—. El fin de semana.

Ella sonríe como si le acabaran de contar el chisme más jugoso de la ciudad. —Cuéntame todo. ¡Quiero *todos* los detalles!

Suspiro. Brittany es una de esas chicas sociables sin esfuerzo, el tipo de chica que siempre lleva un tampón extra en el bolso y que, de alguna manera, recuerda el cumpleaños de todo el mundo. Así es como nos hicimos amigas.

Pero, sobre todo, es una chismosa incurable.

Empieza la charla. Pero Brittany sigue mirándome con los ojos llenos de estrellas y no quiero que vuelva a romper la barrera del sonido.

—Fue... nuevo —susurro—. Y algo espontáneo.

Técnicamente, es la verdad. Solo estoy omitiendo algunos datos clave. Como que Petyr me obligó a hacerlo, que accedí a alquilar mi útero y que estoy mintiendo sobre quién soy en realidad. O que, si él supiera la verdad, es muy probable que dejara de respirar en cuestión de segundos.

Ese pensamiento me pesa, acabando con el calor que me queda de la noche anterior. Mis dedos se cierran alrededor del bolígrafo, los nudillos se me ponen blancos, mientras fijo la mirada en la parte delantera del aula.

La voz del profesor se convierte en ruido de fondo. Asiento cuando debo hacerlo, tomo notas a medias, pero mi mente está a kilómetros de distancia. Lejos de esta clase, de la sonrisa de Brittany, de la relativa seguridad de este campus.

La noche anterior parece haberle pasado a otra persona. El rubor de esta mañana finalmente se desvanece, sustituido por el agudo recordatorio de todo lo que tengo que perder.

Mi vida. Mi futuro. Yo misma.

Y no puedo permitir que eso suceda. Por nadie... y desde luego no por Petyr.

31

PETYR

Cuando llego a casa, estoy de muy mal humor.

Este maldito día. Una lista de problemas kilométrica y ni una sola solución. El envío perdido aún no ha sido localizado y no tenemos pistas sólidas. Solo un puñado de excusas de hombres que deberían tener mejor criterio. Cada vez que alguien jura que tiene una pista, resulta ser nada.

A media tarde, estoy dando vueltas por mi oficina, preguntándome si debería empezar a romper dedos hasta que alguien recuerde cómo ser útil.

Entonces aparece Lev, como el maldito pájaro de mal agüero que es, y sé que mi día va a empeorar.

—No te va a gustar esto.

—Dime algo que no sepa.

Me entrega una gruesa carpeta. —Nos están atacando, Petyr. Es lento, pero está empezando.

La abro. Dentro hay fotos, nombres, fechas. —Dime qué estoy viendo.

—Golpes —dice Lev simplemente—. Golpes de los Danilo.

—¿Cuál es el daño?

—Tres negocios distintos en territorio de Sidorov.

Contemplo los restos carbonizados de los edificios en las fotos. —Ese es problema de Sidorov —digo, recostándome en mi silla—. No mío.

—Por ahora —advierte Lev—. Pero se están acercando. Una manzana más y llamarán a nuestra puerta.

Entrecierro los ojos y sigo los círculos rojos en los mapas. Lev tiene razón: todos se están acercando a nuestra frontera.

—No son tan estúpidos como para cruzarla —digo—. Todavía no. Aquí estamos fortificados y Sidorov sigue siendo nuestro aliado.

—Quizás —dice Lev enigmáticamente—. Pero no le gustó cómo salió la boda. Y ya sabíamos que los Danilo iban a presionar. A tantear el terreno.

A tantearme *a mí.* Es lo que no dice Lev.

Pero yo lo oigo de todos modos. Los Danilo huelen la sangre Gubarev en el agua, la misma maldita sangre que ellos mismos derramaron, y no son de los que dejan pasar una buena oportunidad. No cuando han hecho todo lo que estaba en su maldito poder para crear esa oportunidad en primer lugar.

Este vacío de poder es obra suya.

Si Anatoli consigue hacerse con el territorio de Boris, eso le dará un punto de apoyo en mi territorio. Una vez que se haya afianzado, sacarlo será el doble de difícil y sangriento que mantenerlo alejado. Ya puedo ver cómo se desarrollará todo: alianzas, traiciones, acuerdos que no se mantendrán ante su crueldad.

Así que tengo que ser yo el despiadado.

Pero mi trono aún no está asegurado. Para hacer movimientos audaces hay que tener las espaldas cubiertas, y yo no las tengo, al menos todavía no. No cuando la mitad de mis *vory* están esperando al margen para ver cómo caen las fichas.

Algunos de ellos llevan ahí desde la época del tío Grigoriy, nunca quisieron verme al mando. A Vladimir lo podían tolerar. A Dimitri, quizás. Pero a mí nunca me educaron para ello, y Mikhael tiene un antiguo derecho de nacimiento que lo respalda. Para ellos, él es el heredero legítimo.

Y Mikhael lo sabe.

—Mantenme informado —le digo a Lev—. Y no descuides el envío.

—Sí, *pakhan*.

Cuando me pongo al volante para volver a casa, tengo un dolor de cabeza que me late en las sienes. Tengo la mandíbula tan apretada que siento como si se me fueran a romper los dientes. Entro en el camino de acceso con ambas manos agarradas al volante y los nudillos pálidos.

La casa está en silencio cuando entro. Demasiado silencio. En un día mejor, tal vez me tomaría un momento para apreciarlo. Esta noche, solo me parece inquietante.

—¿Sima? —llamo desde la entrada.

Durante un segundo, no hay respuesta. Mi mente empieza a imaginar diferentes escenarios: la han secuestrado cuando volvía de clase y el cuerpo sin vida de Luka se está pudriendo en alguna alcantarilla. O la han emboscado aquí y alguien la ha atado a una silla, esperando a que yo llegara a casa para poder *emboscarme.*

O...

—¡Aquí dentro! —responde la voz de Sima.

Aflojo los puños. *Estás muy nervioso, hombre. Contrólate.*

Entro en la sala de estar y allí está ella.

Está acurrucada en la alfombra, junto a la mesa de centro. Sobre la superficie de cristal hay una pila de libros y papeles sueltos, junto con un portátil estropeado que sin duda ha visto días mejores. Una taza medio vacía se balancea peligrosamente cerca del borde. Está garabateando algo en un cuaderno, golpeando con el bolígrafo en rápidas ráfagas cuando se detiene a pensar. Un mechón de pelo le cae sobre la cara y se lo coloca detrás de la oreja sin levantar la vista.

Cuando finalmente se da cuenta de mi presencia, se endereza y me dedica una pequeña sonrisa. —Ya he comido —explica disculpándose —. Pero hay sobras en la nevera. ¿Quieres que te caliente un plato?

—Más tarde —respondo, quitándome la chaqueta y tirándola sobre el respaldo de una silla.

Sima me observa durante un segundo. —¿Mal día? —pregunta, ofreciéndome una sonrisa de ánimo.

—Se podría decir que sí.

Me dejo caer en el sillón frente a ella. Sin pensarlo, cojo el mando a distancia. Empiezo a cambiar de canal sin mirar lo que hay, buscando un documental medianamente decente que me distraiga, pero nada me llama la atención.

Lo que me atrae es el chirrido de su bolígrafo.

Me giro. Sima garabatea más notas, concentrada en sus libros. El ritmo suave y regular de su escritura me tranquiliza y la tensión entre mis hombros se empieza a aliviar.

Debe de notar que la estoy mirando, porque levanta la vista rápidamente. —Ya casi termino —promete.

—No pares por mí —Me resulta extrañamente doméstico estar así. Yo viendo la televisión, ella estudiando, en presencia del otro sin segundas intenciones—. Los negocios son lo primero.

—El trabajo ha sido lo primero desde el amanecer —me informa con un suspiro de cansancio—. En cuanto termine este capítulo, pararé.

—Supongo que la clase no ha ido bien.

—Sí —dice, pero el ligero tono de su voz delata su mentira—. O supongo que ha ido tan bien como cabía esperar. No estaba... muy presente.

Una lenta sonrisa se dibuja en mis labios. —Estabas distraída.

—Cállate —Sus mejillas se sonrojan al instante—. No es eso.

—No he dicho nada.

—Bueno, sea lo que sea lo que estés pensando, te equivocas.

Mis ojos la recorren de arriba abajo. Puedo imaginar exactamente dónde estaba su mente esta mañana. En el mismo lugar en el que está la mía desde anoche. Arriba, en mi cama, lo perfectos que somos juntos. Lo bien que encajan nuestros cuerpos.

Pero entonces recuerdo lo que pasó después. El envío perdido, el conductor, el desafío de Mikhael.

No dejaré que me distraiga.

Me doy la vuelta y sintonizo el canal de Historia. Es un documental que ya he visto antes, sobre los guepardos en la sabana, nada demasiado apasionante.

Al poco tiempo, mi mirada vuelve a posarse en Sima. Me encuentro observándola trabajar, con el ceño fruncido por la concentración, los ojos fijos en las páginas de notas esparcidas a su alrededor.

Después de unos minutos, cierra el libro. —Muy bien. Ya he cocinado mi cerebro por esta noche. ¿Quieres que te caliente ese plato?

—No tengo hambre —le digo.

Pero la verdad es que es otra cosa lo que quisiera comer.

—Vale —Me lanza una mirada curiosa. Veo que sus ojos se detienen en mis hombros tensos, en las arrugas de mi frente—. Pareces... tenso. ¿Ha pasado algo en el trabajo?

—Pasan muchas cosas en el trabajo.

—Está bien —resopla—. Guárdate tus secretos. Pero aún así necesitas relajarte.

Decido centrarme en la última parte de su frase. —Relajarme —repito.

—Sí. Ya sabes, ¿eso que hace la gente después del trabajo? ¿Relajarse, poner los pies en alto, abrir una cerveza fría?

—Estás describiendo cerveza y deportes —Mi rostro permanece impasible—. Yo no bebo cerveza ni veo deportes.

—Y aunque te lo agradezco eternamente, no creo que los guepardítos tan tiernos que hay ahí sean suficientes —Señala con el pulgar la pantalla.

—¿Guepardítos?

—Ah, ya sabes, así se les dice a los cachorros de guepardo.

—Creo que David Attenborough no estaría de acuerdo.

—Vamos. Ayúdame. Resuelve este misterio por mí —Se sienta con las piernas cruzadas en la alfombra y abre los brazos—. ¿Hay algo que pueda hacer para que el gran Petyr Gubarev se relaje?

—Sí —respondo antes de poder evitarlo—. Pero llevas demasiada ropa para eso.

Espero que Sima se ofenda. Que se sonroje con ese bonito color rosa que hace que sus mejillas parezcan tan apetecibles y se marche enfadada. Mejor aún, que se ría como si fuera una broma, cosa que yo nunca hago.

En cambio, inclina ligeramente la cabeza, como un pequeño zorro curioso en la naturaleza, y deja el bolígrafo sobre la mesa.

Se pone de pie y, con un movimiento fluido, se quita el jersey por la cabeza.

Los vaqueros son los siguientes. Se los quita lentamente, los desliza hacia abajo y los dobla cuidadosamente sobre el sofá.

—¿Mejor? —pregunta con una sonrisa pícara, de pie allí con nada más que su ropa interior.

Agarro los reposabrazos con fuerza. —Ven aquí —le ordeno.

No me hace repetirlo dos veces.

Se acerca, contoneando las caderas lo justo para que me resulte imposible mirar a otra parte. Cuando se detiene entre mis rodillas, ya estoy excitado.

Mi sangre bombea ahora. No hay vuelta atrás, no puedo fingir que su presencia no me hace querer hacerle cosas indescriptibles cada segundo que estamos juntos.

Golpeo el suelo con la punta del pie. —Arrodíllate.

Sus mejillas se sonrojan con ese tono delicioso mientras se agacha entre mis muslos.

Los ojos de Sima se elevan hacia los míos. —Yo... nunca he hecho esto antes.

—Entonces tendré que enseñarte.

Coloco su mano sobre mi cinturón. Mi polla se nota bajo los pantalones, formando una tienda muy visible entre nosotros, pero ella no se deja distraer. Sé que quiere tocarla, acariciarla, pasar su boca por la tela y ver qué se siente.

—Desabrocha el cinturón.

Traga saliva y hace lo que le digo. Lentamente, sus delicados dedos desabrochan mi cinturón. Lo saca de las presillas de mis pantalones y lo deja caer al suelo.

—Sigue —le digo.

La cremallera. El sonido rompe el silencio de la habitación, llenándome de expectación.

Sus dedos rozan por encima de la tela de mis calzoncillos, tentativamente, y se me tensa la mandíbula.

Me mira. —¿Puedo...?

Le hago un gesto seco y autoritario con la cabeza.

Cuando Sima por fin saca mi polla, la mirada de sorpresa en su rostro es impresionante. No debió haberla visto de cerca anoche, y ahora disfruta de una vista privilegiada. Es preciosa desde este ángulo, con el pelo revuelto, los labios entreabiertos y brillantes, tan jodidamente tentadora que tengo que contenerme para no empujarla al suelo y follarla aquí y ahora.

Mis uñas se clavan en el reposabrazos de cuero. —Tócalo.

Los ojos de Sima se oscurecen y se cubren con un velo. Su delicada mano me envuelve, aunque no del todo. —¿Así? —pregunta.

—Más fuerte —le digo—. Usa la otra mano aquí —La guío hacia abajo para que me acaricie los testículos y le muestro exactamente la presión que me gusta.

Su mirada se clava en la mía mientras empieza a acariciar mi polla, observando mi reacción. No delato mucho, nunca lo hago, pero mierda, si no se siente increíble. De alguna manera, su inexperiencia es más excitante que cualquier otra cosa.

—Creo que quiero... —Se humedece los labios.

Mi mano se curva en la parte posterior de su cabeza. —Entonces hazlo.

Su primer lametón es vacilante, como el de un gatito. Prueba la punta y pone una cara como si estuviera tratando de decidir si lo odia o lo ama. —Es salado —murmura.

—Eso es todo gracias a ti —Acerco su cabeza—. Mira lo que me has hecho.

Ella reprime un gemido. —Petyr...

—Chúpalo —le ordeno.

Ella abre la boca y me mete dentro.

Al principio es lento. Solo la punta, luego un poco más. Su lengua sigue girando alrededor de mi miembro, humedeciéndolo para facilitar el acceso, y mierda, ella nació para esto. Nacida para tomar mi polla entre sus bonitos labios rosados, para dejarme follar su cara y correrme en su garganta.

—Mírame —le digo con voz ronca.

Sus ojos se dirigen hacia arriba. Su mirada se clava en la mía mientras se mueve arriba y abajo, tomándome cada vez más profundo.

—Buena chica —Le acaricio la cabeza y luego le agarro la mandíbula —. Ábrela más... Eso es. Despacio y con cuidado. ¿Sientes lo duro que me pones? ¿Cuánto deseo correrme en esa bonita boca tuya?

Ella gime alrededor de mi polla, fuerte y sin vergüenza. Sus labios se hunden más, tratando de tomarme más profundamente, hasta que golpeo la parte posterior de su garganta y ella tiene que retroceder un poco.

Nunca he estado tan duro en toda mi puta vida. —Maldición. Eso es, nena. Dios, deberías ver cómo te ves así. Tan bonita con mi polla en la boca.

Sima vuelve a gemir, con un tono desesperado. Sé que quiere tocarse, pero le mantengo las manos ocupadas. Una alrededor de

mis testículos, la otra cogiendo el resto de mi polla que su garganta no puede.

Todavía no, pienso para mis adentros. *Pero también le enseñaré eso.*

Sus manos se mueven con su boca, acariciando al unísono. Cuando sus mejillas se hunden, cuando empieza a chupar con ganas, casi me corro allí mismo.

—Ahora voy a follar tu boca —le advierto.

Sima no se aparta. Más bien al contrario, me chupa aún más profundamente.

Le agarro el pelo con más fuerza y la empujo hacia mi polla.

—Buena chica. Así es como se hace —Su reflejo nauseoso lucha un poco alrededor de la cabeza, pero la ayudo a superarlo. La mantengo firme todo el tiempo que puede aguantar y luego la vuelvo a empujar hacia atrás—. Tú puedes.

Las lágrimas se acumulan en las comisuras de sus ojos. Le doy un momento, a ver si quiere parar mientras aún me queda una célula cerebral en funcionamiento para sacarla, pero en cuanto recupera el aliento, vuelve a hundirse en mi longitud, con una mirada de pura determinación en su rostro.

Marco el ritmo, empujándola arriba y abajo por mi miembro. Luego, una vez que ella tiene la confianza suficiente para replicarlo por sí misma, empiezo a empujar dentro de su boca.

Sus gemidos se vuelven incontrolables.

—Maldita sea —gruño. Estoy tan cerca que puedo saborearlo. Pero entonces recuerdo que hay otro lugar en el que prefiero llenarla ahora mismo.

La aparto segundos antes de llegar al límite. —Ven aquí —le ordeno.

Se sienta a horcajadas sobre mi regazo. La contemplo: ojos vidriosos, labios magullados, garganta maltratada.

Preciosa. Jodidamente preciosa.

Agarro sus bragas y se las arranco.

—¡Ah! —jadea Sima, sorprendida. Entonces le sujeto las caderas, empujando dentro de ella sin previo aviso, y sus jadeos se vuelven entrecortados—. ¡Ah... *ahh...*!

—Ya estás tan mojada —le susurro al oído—. Ni siquiera te he tocado todavía y mira qué desastre eres. Jodidamente perfecta.

—Petyr —gime mientras la penetro.

—Ahora vas a montarme —le digo—. Y luego voy a dejarte embarazada.

Ella deja escapar un gemido obsceno al oír eso. —Sí —susurra mientras empieza a moverse—. Sí, sí, *sí*.

Se apoya en mis hombros. Levanta las caderas lo justo para mantener la punta dentro. Luego vuelve a bajar, con fuerza y avidez, haciéndonos gemir a ambos por el profundo y apretado ajuste.

La presión aumenta rápidamente. Pronto, vuelvo a follarla, siguiendo sus movimientos con un ritmo perfecto. —Petyr —balbucea—, voy a...

—Córrete para mí —Sonidos húmedos y obscenos llenan la habitación. Lamo sus pechos a través del encaje, muerdo los pezones mientras se endurecen—. Déjame oír esos bonitos ruidos.

Deslizo una mano entre nuestros cuerpos y ella se derrumba.

—Eso es —murmuro—. Siéntelo todo.

Ella pierde el ritmo, pero no me importa. Sigo follándola, haciéndola gritar hasta que alcanza el orgasmo. Entonces, cuando siento que estoy a punto de correrme, la empujo con fuerza hacia mí, hundiendo mi polla profundamente.

Me corro con un gemido grave, derramándome dentro de ella.

Sima se derrumba contra mí, jadeando. Recuperando el aliento incluso cuando el placer no la deja ir.

Bien. Yo tampoco tengo intención de dejarla ir.

—Buena chica —le susurro al oído—. Qué zorrita tan buena.

Es entonces cuando me doy cuenta de que, por primera vez en todo el día, la tensión ha desaparecido.

32

SIMA

Tres semanas pasan en un abrir y cerrar de ojos.

Nunca imaginé que sería así. Si alguien me hubiera dicho que el enemigo acérrimo de mi familia iba a secuestrarme, chantajearme para que me casara con él y sacudir mi mundo hasta dejarme embarazada, hasta el punto de no querer hacer nada más, le habría pedido un poco de lo que estuviera fumando.

Pero eso es exactamente lo que pasó. Tres semanas de pura felicidad conyugal.

He aprendido cómo le gusta el café (solo, pero se toma el mío si se lo pido, a pesar de la ridícula cantidad de azúcar y crema), cómo detectar el leve hoyuelo en su mejilla izquierda que significa que está conteniendo la risa, que es extremadamente exigente con el lado de la cama que *le* corresponde. Pequeñas cosas que me sorprenden cuando no presto atención, pero que me acercan a descubrir quién es mi marido.

Y luego están todas *las demás cosas* que suceden en su lado de la cama.

Petyr no solo es insaciable. También es atento, más de lo que jamás hubiera imaginado. Mi placer siempre va antes que el suyo, a menudo varias veces seguidas. Tiene un apetito que no creía posible. No solo me *desea*, sino que me hace *sentir* deseada.

He dejado de fingir que no siento lo mismo o que no pienso en las cosas que hacemos por la noche cada segundo del día.

Porque lo hago. Constantemente. Cuando tomo mi café matutino, cuando intento concentrarme en clase, cuando se supone que debería estar estudiando para un examen... solo pienso en Petyr.

Es casi suficiente para hacerme olvidar que estamos en contra reloj. Simplemente *trabajamos* juntos. La mayoría de las parejas reales nunca llegan a experimentar este nivel de química.

Lo sé, he visto muchas.

Por eso, el dolor sordo y agudo en el estómago cuando me despierto me hunde el corazón.

Aparto las mantas y me siento lentamente, parpadeando ante la luz que se cuela por las cortinas. La casa está en silencio, como siempre. Las ventajas de estar en medio de la puta nada, Nueva York.

Sin levantarme, sé que Petyr ya se ha ido a trabajar. Su lado de la cama está frío y las sábanas están cuidadosamente dobladas. ¿Quién hace la cama cuando alguien más todavía está durmiendo en ella?

Mi marido, él. Mi marido controlador y bestia sexual.

Lástima que, por primera vez en tres semanas, el sexo sea lo último en lo que pienso.

Me doy la vuelta y me presiono el abdomen con la palma de la mano. Es como si me hubiera despertado con un equipo de diminutos obreros encendiendo simultáneamente sus taladros eléctricos dentro de mi útero.

Lo que solo puede significar una cosa.

Me acaba de bajar la maldita regla.

Balanceo las piernas por el borde de la cama y corro hacia el baño. El suelo está frío bajo mis pies descalzos, pero no quiero perder tiempo buscando mis zapatillas. Mejor dejar un par de huellas que convertir los pulidos suelos de madera del mausoleo Gubarev en la escena del baile de graduación de Carrie.

Me muevo automáticamente, cogiendo lo que necesito del armario mientras me siento. Cuando veo la mancha roja en mis bragas, me llevo las manos a la cabeza y suspiro.

—Mierda.

No suelo enfadarme con la madre naturaleza por hacer su ingrato trabajo. Pero durante los últimos días, he tenido los pechos sensibles, cambios de humor y antojos totalmente descontrolados. Y aunque eso es típico del síndrome premenstrual, una pequeña parte traidora de mí se preguntaba si...

...Si tal vez ya estaba embarazada.

No me permití darle vueltas al tema. Sé que no debo dejarme llevar por los vapores tóxicos de la esperanza. Pero la idea seguía ahí, flotando, como un globo que no estaba segura de querer pinchar.

No estoy segura de cómo me siento ahora que, de hecho, ha *explotado*.

A Petyr no le va a gustar esto. Ese es el primer pensamiento que se me ocurre. Estoy segura de que se sentirá decepcionado. Ha trabajado muy duro para que me quedara embarazada. Y sí, es cierto que no creo que haya sido precisamente una experiencia desagradable para él, pero aun así. Todo este acuerdo depende de que yo me quede embarazada. Ese es el objetivo final, no las sesiones de sexo maratonianas, que hay que reconocer que son increíbles.

Entonces, ¿por qué también me siento *aliviada*?

Me doy una palmada en ambas mejillas. No pasa nada, ¿verdad? Si no estoy embarazada, eso significa que tendremos que volver a intentarlo el mes que viene. Significa más Petyr desnudo encima de mí, mirándome con esos ojos color miel que siempre parecen oscurecerse cuando estamos en la cama. Significa murmurar su nombre en la almohada y jadearlo entre besos.

Significa más de *nosotros.*

Porque, una vez que ese bebé esté finalmente dentro de mí, no habrá ninguna excusa real para seguir adelante. El trato se habrá cumplido. Por mi parte, al menos.

Y entonces, nueve meses después, haré las maletas para siempre.

—Reacciona —me digo a mí misma—. Sabías a lo que te enfrentabas. No puedes ponerte ahora a lamentarte.

Así que me ducho. Tiro mi ropa interior manchada de sangre en el cesto de la ropa sucia y me pongo un tampón. Después de todo el ejercicio que me ha hecho hacer Petyr, me resulta casi sin esfuerzo.

Me tomo un ibuprofeno y bajo a desayunar, con los libros bajo el brazo. Tengo que concentrarme en las clases. Tengo que sacarme a Petyr de la cabeza para siempre.

Durante el resto del día, eso es exactamente lo que hago.



Cuando regreso a Hill House, es última hora de la tarde. El sol pinta motas naranjas en los árboles de hoja perenne, haciendo que el bosque parezca casi tranquilo.

Dejo caer mi bolso en el sofá y me tumbo en él como un saco de patatas.

—Hola, compañera —dice una voz sarcástica.

Puta mierda, allá vamos.

Intento esbozar mi mejor sonrisa de tiburón. —Hola, Kira. ¿Me estabas esperando en la puerta o te escondiste detrás y te olvidaste de decir "bu"?

Arquea una ceja, como si no esperara que le echara en cara su evidente emboscada. Pero que se joda, no estoy embarazada, mi útero está siendo remodelado por un enjambre de avispas enfurecidas y acabo de pasar ocho horas seguidas con el culo pegado a una silla de plástico sacada directamente de la Inquisición española. Puede aguantar perfectamente mi actitud.

Hace girar su copa. El líquido oscuro que contiene parece caro. Vino, tal vez, o la sangre de vírgenes. —Así que no hay doble línea rosa este mes, ¿eh?

Me quedo petrificada. —¿Perdón?

Ella esboza una sonrisa triunfal, muy irritante. —Qué pena —dice con voz melosa, sin parecer en absoluto apenada—. Tenía tantas ganas de ser tía.

Sabe que no estoy embarazada. La constatación me quema por dentro. Es imposible que tenga esa información, cuando ni siquiera se lo he contado aún a Petyr.

Lo que significa que o bien ha estado rebuscando en mi ropa sucia y en la basura del baño, o tiene un olfato digno de un perro antidroga, pero para embriones.

O se lo ha contado Anya. Odio esa idea, pero no puedo quitármela de la cabeza. Esa mujer me odia desde el primer día. ¿Y si le ha estado pasando información a Kira todo este tiempo?

Sea como sea, es espeluznante. ¿Qué le importa a ella si Petyr me deja embarazada? ¿Por qué le interesa tanto lo que pasa dentro de mi útero? ¿Se presenta al Congreso o algo así?

Me invade una oleada de náuseas mezcladas con rabia. Por la invasión de mi privacidad, la absoluta falta de respeto y el placer venenoso que se refleja en su bonito rostro.

Atravieso la habitación y la miro fijamente. Su copa tintinea contra mi collar. Por un segundo, solo un segundo, se estremece, como si temiera que su salvaje cuñada, sacada de los barrios bajos, le arrancara los ojos.

Bien. Que lo piense.

—La próxima vez que me sangre la vagina, te lo notificaré sin demora —Le digo las palabras directamente a la cara—. Ahora, si no hay nada más, tengo que estudiar.

Veo un leve tic en el rabillo de su ojo. Nerviosismo, o tal vez miedo. Luego desaparece.

—Por supuesto —responde, dulce como la miel envenenada—. Deberías trabajar en tu plan B. Consigue ese título antes de que te echen de aquí sin un centavo.

—¿Crees que eso es lo que va a pasar?

—Sí —Sus caderas se balancean mientras se acerca aún más, aceptando mi desafío—. Las dos sabemos cómo funciona esto.

Me doy cuenta de que el olor a vino no proviene solo de la copa, sino también de *ella.* Está borracha.

—Ilústrame —le digo entre dientes.

—Un *pakhan* solo se casa por una razón —su sonrisa se vuelve cortante—. *Herederos*. Y, si no puedes darle eso a Petyr... Bueno, tendrá que buscarlo en otra parte.

Contengo una risa aguda. Dios, ¿lo dice en serio?

Cree que se trata de biología. Como si tuviera algún tipo de complejo sobre mis órganos reproductivos que ella pudiera alimentar. No tiene ni idea de que Petyr y yo ya hicimos ese trato, y

de que a los dos nos parece perfectamente bien que él busque en otra parte si yo no doy la talla.

¿Pero es así? Susurra una vocecita traicionera dentro de mí.

La aparto de un manotazo y esbozo una sonrisa. —Gracias por el consejo —murmuro—. Deberíamos hacer esto más a menudo. ¿Qué me dices? ¿Quieres abrir tu tercera botella de la noche y cotillear sobre chicos?

Entrecierra los ojos. —Ten cuidado, *sobachka.* No tengo por qué portarme bien.

—Bien —escupo—. Me gusta mucho más cuando la gente me llama zorra a la cara. ¿A ti no?

Con otro tic en la cara, se da la vuelta bruscamente y se marcha.

Me dejo caer en el sofá. Hoy ha sido un día agotador. Mis ganas de estudiar se han evaporado por completo.

Mientras subo las escaleras, las palabras de Kira siguen quemándome la cabeza. ¿Y si realmente no funciona? ¿Y si Petyr tiene que recurrir a otra persona para tener un heredero?

¿De verdad me parecería bien?

No tienes opción. Mi mente racional me pone en mi sitio. *Esto es un acuerdo comercial.*

Cierto. Eso es todo lo que es. No estoy aquí para quedarme. Nunca lo estuve.

Entonces, ¿por qué siento que una parte de mí quiere quedarse?

33

SIMA

Realmente no quiero decírselo.

Dios. Todo esto es culpa de Kira. Su pequeña actuación me ha afectado más de lo que quiero admitir. No quería demostrarlo delante de ella, no quería darle esa satisfacción, pero ahora que estoy sola, no puedo dejar de pensar en sus palabras.

Si no puedes darle a Petyr lo que necesita... Bueno. Tendrá que buscarlo en otra parte.

Ella lleva la cuenta. No tengo ni idea de por qué, pero lo hace. Y yo acabo de suspender la primera prueba: quedarme embarazada.

Quizás pensaba que *ya* estaría embarazada. Sería una explicación de por qué Petyr se casaría conmigo en lugar de con Polina Sidorov, o con alguna otra heredera bien educada de la Bratva.

A los ojos de Kira, no soy nadie. Peor aún: soy de clase trabajadora. Estoy segura de que la mitad de la razón por la que no me ha abofeteado es porque no quería ensuciarse la manicura.

La otra mitad es, por supuesto, Petyr.

Cuando oigo su coche en la entrada, sigo despierta, acurrucada en la cama con una manta alrededor y el portátil abierto. Debería estar haciendo mis tareas, pero en realidad solo estoy mirando cómo parpadea el cursor con aire crítico. Otra entidad más que está decepcionada conmigo.

Se abre la puerta principal. Puedo oírlo desde aquí. Las llaves de Petyr golpean el plato sobre la mesa y luego sus pasos comienzan a subir las escaleras.

Cuando entra, parece tan agotado como yo me siento. Lleva la corbata aflojada, la chaqueta colgada del brazo y profundas ojeras. Pero en cuanto posa su mirada en mí, parte de su severidad se desvanece.

—Estás despierta tarde —observa.

La culpa me ahoga. Culpa por no haber hecho lo único que prometí hacer, culpa por no estar siquiera segura de si quiero tener éxito, culpa por desear a este hombre de formas que no tienen nada que ver con lo que nos prometimos el uno al otro.

Díselo, me insta mi mente. *Díselo ahora.*

Si no lo haces tú, lo hará Kira.

Eso me hace cerrar de golpe mi portátil. —Quería hablar contigo —comienzo.

La expresión de Petyr se tensa. —Ha pasado algo.

—No es lo que piensas —me apresuro a decir—. O... en realidad, no sé lo que estás pensando, así que podría ser eso.

—Sima —Se acerca a mí y se sienta en el borde de la cama—. Cuéntame.

Trago saliva. —No estoy embarazada. Este mes, quiero decir.

Me preparo para... algo. Decepción. Frustración. La temida charla sobre el tiempo y la biología. Una amenaza de "buscar en otra

parte", como tan elocuentemente lo expresó Kira.

En cambio, Petyr solo asiente. —Está bien.

Parpadeo una vez. Dos veces. —¿Eso es todo? —pregunto cuando él no dice nada más—. ¿Solo "está bien"?

Se encoge de hombros. *Se encoge de hombros* sinceramente. —Ya llegará. Acabamos de empezar. No se pueden esperar resultados de la noche a la mañana.

No sé por qué de repente me siento tan desconcertada. Si es porque me estaba preparando para una explosión y en cambio recibí una palmada en la espalda, o porque de repente está hablando de resultados como si se tratara de un mal trimestre de la empresa.

Y, sin embargo, el nudo en mi pecho se afloja. —¿Entonces te parece bien? —murmuro—. ¿Que no esté embarazada, a pesar de...?

—Por supuesto. No tengo prisa —Una mirada pícara aparece en sus ojos—. Significa que tendremos que volver a intentarlo. Todas las veces que sea necesario.

Gimo contra la almohada. —No digas eso mientras tengo un enorme cartel de "Fuera de Servicio" ahí abajo.

—Entonces no lo diré.

Lo miro con ira. —¡Si sigues poniendo esa cara, es como si lo dijeras!

Se acuesta a mi lado. Ahora estamos uno frente al otro, yo con un puchero y él con una expresión que no logro descifrar.

—¿De verdad no estás enfadado? —susurro—. ¿De verdad?

Él frunce el ceño. —Esa es una expectativa muy del siglo XVIII.

—Ana Bolena vive gratis en mi mente.

—Siglo equivocado.

—Cierto. Olvidé que eres un aficionado a la historia.

—Y no fue por eso por lo que la mataron —Parece casi ofendido—. Era la madre de la reina más famosa de Inglaterra.

—Vale, ya hemos establecido que has tenido los mejores tutores del país. No hace falta que me lo restriegues.

—Pensé que era mi trabajo —dice, con los ojos repentinamente oscuros mientras me levanta la barbilla—. Restregártelo.

Santo Dios en el cielo. —¡Fuera de Servicio! —repito.

Pero la respuesta de Petyr se me clava. Lentamente, como una gota de miel. Fue una respuesta tan normal y razonable que no sé cómo tomármela.

Una vez más, siento esa extraña y peligrosa sensación en el pecho. Como si esto fuera un matrimonio real y fuéramos una pareja real que lo está intentando.

Es ridículo, porque tenemos un acuerdo. Le estoy mintiendo al menos de una docena de maneras diferentes y sabemos que lo que hay entre nosotros es temporal.

Entonces, ¿por qué siento que está cambiando?

Intento quitármelo de la cabeza con una media sonrisa. —Sabes, puede que todo esto sea una maldición.

—¿Eh?

—Me viste antes de la boda. Eso da mala suerte. Ahora estamos malditos, y por eso yo estoy sangrando y tú estás cachondo y no podemos hacer nada al respecto.

Por eso no podemos tener un bebé. Las palabras se me atascan en la garganta. Sería muy hipócrita tirar la toalla después de solo un mes. Hay tantas parejas que tienen problemas de fertilidad, y aquí estoy yo, deprimida porque no lo conseguí a la primera.

En mi defensa, diré que mi útero está dando volteretas dentro de mí y que esa zorra de Kira me ha hecho saltarme la cena, así que tengo hambre *y* estoy triste.

Petyr no llega a poner los ojos en blanco, pero casi. —Ya te dije de dónde viene esa superstición.

—Repítemelo.

—Para que el novio no se escapara al ver a la novia por primera vez —Sus labios se curvan ligeramente, con picardía—. Demasiados testigos en el altar.

Me echo a reír. —Y tú lo dices. Ni siquiera tenía vestido.

Se inclina hacia mí. Su mirada es cálida ahora, más cálida que mil soles poniéndose. —Me habría casado contigo sin importar nada —Nuestros labios están tan cerca que casi se rozan con cada palabra —. Con vestido o sin vestido. Al diablo con la mala suerte.

Algo cargado llena el aire. Un calor crepitante. Por un segundo, solo un segundo, me olvido por completo de nuestro trato. De cómo llegamos aquí, de toda la fealdad que lo provocó.

Por un segundo, me permito fingir que esto es real.

Entonces, la niebla se disipa.

—¿Has pensado en...? —Me aclaro la garganta y me aparto—... en lo que harás si tenemos una niña?

Petyr arquea las cejas, como si fuera una pregunta tonta. —Es poco probable. Yo soy uno de dos chicos. Mi padre era uno de tres. Mi abuelo era uno de cinco. No ha nacido ninguna niña en mi familia en tres generaciones.

—Bueno, quizá sea hora de cambiar la tendencia —digo, manteniendo un tono ligero. Sin pensar en absoluto en la chispa que ha saltado entre nosotros hace un momento, ni en lo cerca que han estado nuestros labios—. Podría ser tu Ana Bolena. Dar a luz a la

próxima gran reina Gubarev. Siempre y cuando me dejes la cabeza en su sitio.

—Me gusta tu cabeza tal y como está —Me acaricia el labio inferior, con un claro doble sentido. Por un momento, olvido cómo respirar—. ¿Y tú?

—¿Si *me* gusta mi cabeza donde está? Bueno, sí. Me gusta bastante todo el conjunto, más o menos.

Me lanza una mirada significativa. —Me refería a tu familia.

Mierda. Claro. —Un hermano y una hermana —recito automáticamente, tratando de disimular lo mucho que se me ha acelerado el pulso.

La mentira sale con demasiada facilidad. En realidad, tengo tres hermanos y una hermana, pero eso no es información que él necesite saber. No voy a darle las piezas del rompecabezas yo misma. Sería una locura. Autodestructivo.

La expresión de Petyr cambia. Es sutil, pero estamos demasiado cerca como para que no me dé cuenta. La calidez de sus ojos se enfría un poco, y su mandíbula se tensa donde antes estaba relajada.

—Debería hacer ejercicio —dice de repente, incorporándose.

El cambio es tan rápido que me deja parpadeando. —¿Ahora mismo?

—Sí. En el gimnasio del sótano —No me mira mientras se levanta y coge ropa práctica para hacer ejercicio—. No me esperes despierta.

Tampoco me mira cuando se marcha.

Me quedo allí sentada un momento, atónita, mirando el lugar que ha dejado vacío. Me duele el pecho de una forma que no estoy preparada para identificar.

Mi mente, por otro lado, comienza a dar vueltas de una manera muy familiar.

¿Y si ha oído algo, ha hablado con alguien? ¿Y si lo ha descubierto y todo esto era una trampa?

¿Y si lo sabe*?*

Pero no, eso no puede ser. No puede saberlo. Si lo supiera, yo no estaría aquí, mirándolo fijamente. Sería una mancha de sangre en el suelo. Estaría...

Muerta. Estaría muerta.

Cuanto más tiempo estoy aquí sentada, más fuerte se vuelve el miedo. Quizá no sea nada. Quizá solo quiera ponerse en forma. Quizá mis michelines le hayan recordado lo que pasa cuando te saltas el entrenamiento de piernas y haya decidido que él no va a ser así.

Pero no puedo evitar la sensación de que algo acaba de poner distancia entre nosotros.

Y no tengo ni idea de cómo cerrarla.

34

PETYR

Levanto pesas con más fuerza de la que debería.

El hierro resuena con tanta fuerza que el eco se propaga por todo el gimnasio del sótano. El sudor me escuece en los ojos; los músculos me arden. Lo saboreo todo. La sensación me invade, ahogando todo lo demás.

Eso es exactamente lo que quiero: una distracción. Si mantengo mi cuerpo lo suficientemente ocupado, mi cabeza no tendrá más remedio que dejar de repetir esa conversación con Sima.

Como aún no ha funcionado, tengo que entrenar más duro.

Pero mantener mi mente ocupada resulta más difícil de lo que había previsto.

Recuerdo la vacilación en su voz. La forma temerosa en que se trababa al hablar, como si temiera que la castigara por lo que estaba a punto de decirme.

No estoy embarazada. Este mes, quiero decir.

No me importa que aún no esté embarazada. Sea lo que sea lo que ella haya pensado, no estoy enfadado, ni siquiera decepcionado. Al

menos, no del todo.

La idea de que Sima esté embarazada de mi hijo... hace que algo oscuro y ardiente se agite dentro de mí. Pero también soy muy consciente de que estas cosas no se pueden forzar. O suceden, o no suceden.

Sin embargo, no es el mejor momento. Los Danilo están dando vueltas como buitres, probando los límites de mi territorio un poco más cada día que pasa. Y con mis propios hombres haciendo ruido sobre si soy lo suficientemente fuerte para liderar, gracias al maldito Mikhael, un heredero que asegurara mi posición habría sido bueno. Habría puesto fin a los rumores, demostrando que soy capaz de mantener la voluntad de mi padre.

Legado. Estabilidad. Permanencia. Eso es lo que mi Bratva ansía ahora mismo, y aún no están convencidos de que yo pueda proporcionárselo.

Dejo la barra y me dirijo al saco pesado. Mis puños golpean el cuero. Cada puñetazo aterriza con el mismo ritmo que Otets me inculcó cuando apenas tenía altura suficiente para alcanzarlo.

Otra vez.

Más fuerte.

No estás aquí para lucirte. Estás aquí para ganar.

Su voz, grave y aguda, sigue resonando a través de los años como si la tuviera en mi oído. En aquel entonces, odiaba los moretones, la forma en que mis nudillos sangraban después de cada sesión de entrenamiento despiadada.

Ahora, lo agradezco. El dolor y la resistencia van de la mano, y no voy a llegar muy lejos sin ninguno de los dos.

Otets nunca me entrenó para estar cómodo. Me entrenó para ser implacable. Para hacer lo que hay que hacer.

Y eso es exactamente lo que pienso hacer.

Cuanto antes consiga que Sima se quede embarazada, antes terminará esto entre nosotros y antes podré utilizarla como es debido. Así es como se supone que debe funcionar. Limpio, sencillo, transaccional. Ella es una poderosa moneda de cambio. Mostrársela a Nikolai podría poner fin a esta guerra en cuestión de segundos.

Pero cuanto más avanzamos, menos sencillo parece. Todo.

No solo la quiero, la *deseo*. Cuando estoy en el trabajo, cuando me ocupo de los asuntos de la Bratva, cuando me ducho para quitarme el sudor del día. Mi piel se eriza con la adicción que siento por ella. Es algo nuevo, para lo que no estoy preparado.

Pienso en cómo le cae el pelo sobre la cara cuando está debajo de mí. En los pequeños jadeos que da cuando la penetro en el momento justo. En lo hermosa que está sonrojada y sin aliento, como si la hubiera desmontado pieza a pieza y la hubiera vuelto a montar solo para mí.

He disfrutado demasiado cada segundo intentando dejarla embarazada, y lo sé. Se suponía que era un deber. Un medio para alcanzar un fin.

Pero soy codicioso con ella de una forma que no tiene nada que ver con los herederos.

Lanzo una combinación en la bolsa, con tanta fuerza que la cadena traquetea. La voz de mi padre sigue resonando en mi cabeza.

El deber es lo primero. El deber hacia tu familia, el deber hacia tu Bratva. Hacia tu pakhan.

Lástima que ahora yo sea el *pakhan*. Nadie puede decirme qué hacer o cuál es mi deber. Debería ser liberador, pero no lo es. La corona pesa mucho. Conlleva responsabilidades, lo que hace que mi trabajo sea estar atento cada segundo del día. Ahora no hay nadie más que lo haga por mí.

Nadie más que yo.

No te dejes distraer. El recuerdo de las palabras de mi padre me quema por dentro. *Te matarán más rápido que tus enemigos.*

Solía creerle completamente, al menos en esto. Ahora, no estoy tan seguro. Parece que no puedo evitarlo con Sima, por mucho que recite sus enseñanzas. Incluso cuando me recuerdo a mí mismo que dejarla entrar es un error, mis manos siguen buscándola.

Ella me hace preguntas y yo acabo contándole cosas. Mucho, mucho más de lo que había planeado. Sigo dándole pedazos de mí.

Pero ella mintió, otra vez. Sobre su familia. Siempre, siempre sobre su familia.

Un hermano, una hermana. Ni siquiera pestañeó cuando lo dijo. Sé que no es verdad, y me molesta no poder decírselo.

Quizás sea hipócrita por mi parte enfadarme. Dios sabe que yo soy el mayor mentiroso de los dos. Pero cada mentira que dice es como un picor bajo mi piel, uno que no puedo rascar para sacarlo.

Porque, en mi mundo, los secretos son una sentencia de muerte.

Me tumbo en la colchoneta para hacer flexiones. Cada repetición está marcada por la letanía de mis problemas.

Los Danilos se acercan poco a poco.

Mikhael dando vueltas como un tiburón.

El envío perdido.

Y ahora, una esposa que mantiene partes de sí misma encerradas como si yo fuera el enemigo.

Lo eres, me recuerda la parte más oscura de mí. La parte que se parece demasiado a mi padre. *Tú eres su enemigo. Y ella es la tuya.*

35

PETYR

Después de eso, evito a Sima todo el día.

Me levanto temprano, voy a trabajar antes de que ella se despierte y no vuelvo hasta bien entrada la noche. Pero la incertidumbre es una molestia constante, así que le pido a Luka que la vigile por mí. Me envía mensajes de texto cada hora con novedades.

Está en clase.

En el coche, de vuelta a casa.

Está estudiando en su habitación.

Sigue estudiando.

Acaba de irse a dormir.

Nunca había pasado un día pegado al teléfono como este. Ni siquiera cuando se suponía que iba a cerrarse el acuerdo sobre las armas con los italianos.

Esa idea me deja un sabor amargo en la boca. Esa era precisamente la crítica que me hacía Mikhael. Que no estaba lo suficientemente presente cuando mi Bratva me necesitaba.

Aparto ese pensamiento de mi mente y giro la llave en la puerta principal.

La casa está en silencio cuando entro. No es un silencio reconfortante. Últimamente, Sima ha traído un poco de vida a este lugar, pero ahora que se ha retirado a descansar, el silencio opresivo de la mansión se suma a la tensión que pesa sobre mis hombros.

La voz de Dimitri debería resonar por estos pasillos. Su carcajada atronadora, sus pasos pesados. Siempre supo cómo llenar una habitación. Nunca pensé que su ausencia dejaría el mundo tan vacío.

Por otra parte, nunca pensé que se iría.

Encuentro a Kira en la sala de estar. Está sentada en uno de los sillones, recostada, sin su elegancia y compostura habituales. Una botella de vino medio vacía descansa sobre la mesa a su lado y una copa cuelga entre sus dedos.

—Tu mujer ya se ha acostado —me informa. Su habla está arrastrada por el alcohol, tiene las mejillas sonrojadas y los ojos un poco demasiado brillantes—. Eso es lo que pasa cuando te casas con una estudiante universitaria. Tienen que levantarse temprano por la mañana. Jode todo el ambiente de la luna de miel.

Dejo las llaves sobre la mesa. —Probablemente deberías hacer lo mismo. Son casi las dos de la madrugada.

—Ja —Kira suelta una risa sin alegría—. Y yo que esperaba que este día de mierda terminara pronto.

—Técnicamente, ya ha terminado.

—No, no lo ha hecho —Mira con enfado por la ventana, como si la luna le hubiera hecho personalmente un flaco favor—. El sol aún no ha salido. Hasta entonces, es el mismo puto día. Quienquiera que haya decidido reiniciar el reloj a medianoche, está claro que nunca ha tenido que quedarse despierto hasta más tarde —Intenta servirse

otra copa, pero no lo consigue, y acaba bebiendo directamente de la botella—*. Pizdets.* Qué cabrón.

—Kira, es tarde —No me apetece entretener las reflexiones ebrias de mi cuñada borracha—. Te acompaño arriba.

—¿Para ver la cara de Dimitri detrás de mis ojos cada vez que los cierre? —bebe más vino—. No, gracias.

De repente, me doy cuenta de por qué está bebiendo tanto. —Fuiste a verlo hoy.

No responde. Solo se levanta del sillón con las piernas temblorosas, la mirada baja y los labios apretados en una línea blanca. Kira siempre ha sido de las que se quedan estancadas en la fase de ira del duelo. —Sí. Lo hice.

—¿Cómo está?

Traga saliva y, por un momento, creo que va a eludir la pregunta. En cambio, su voz tiembla. —Probablemente va a morir.

Mantengo una expresión neutra. No puedo permitirme el lujo de derrumbarme, y desde luego no lo haré delante de ella. No ayudaría a nadie, y menos aún a Dimitri.

—No digas eso —Le quito la botella de la mano y la vuelvo a dejar en la mesita auxiliar—. No lo sabemos.

Sus ojos se llenan de lágrimas. —Estás pensando lo mismo. Lo veo.

No respondo. No se equivoca, pero no necesita que se lo admita. En lugar de eso, la guío de vuelta a la silla y me agacho frente a ella. —Es fuerte, Kira. Si alguien puede salir adelante, es él.

Niega con la cabeza, mirando sin ver más allá de mí. Su rostro está marcado por el arrepentimiento. —Si le hubiera dado un heredero... quizá las cosas habrían sido diferentes.

—Los herederos no tienen nada que ver con esto.

—Podría haber sido más cuidadoso —murmura—. Habría pensado más en el futuro. En *nosotros*.

—Lo que le pasó a Dimitri no fue culpa suya —Aprieto los puños y me obligo a respirar. Tengo que recordarme a mí mismo que Kira está borracha, desconsolada y hablando desde lo más profundo de su dolor—. No fue culpa de nadie más que de las personas que le dispararon. Y pagarán por ello.

Sus labios se curvan ligeramente. —Eso me sirve de mucho. Seguiré siendo la esposa sin hijos de un *pakhan* muerto.

—Pensabas que tenías más tiempo —Abro el puño sobre el reposabrazos—. Los dos pensaban que tendrían toda la vida para formar una familia. Nadie podía haberlo previsto.

—Yo debería haberlo hecho —Se muerde el labio inferior y frunce el ceño con rabia hacia sí misma—. Yo era su esposa. Debería haber visto las señales. ¿No es eso lo que hace una buena *pakhansha*? ¿Comprobar las amenazas antes de que se conviertan en un problema?

No le digo que nadie espera nada de la *pakhansha* más que tener hijos. Dudo que sea lo que necesita oír. —No tienes nada por lo que castigarte, Kira.

—¿Importa eso? —la sonrisa no llega a sus ojos—. En cuanto Dimitri se vaya, me quedaré en la calle.

—No, eso no pasará.

—¿Por qué no?

Sus ojos buscan los míos, como si buscara algún tipo de promesa.

No puedo dársela. Las promesas no valen nada. Son vínculos que esperan ser rotos. En mi vida, no puedo permitirme comprometerme demasiado. Ser *pakhan* ya ocupa todo ese espacio. Mantener mi Bratva en funcionamiento, cumplir la voluntad de mi padre,

continuar el legado de mi hermano... eso es todo lo que puedo abarcar.

Pero aún así le doy la única seguridad que tengo. —Siempre te cuidaré, Kira. Eres de la familia.

—Soy una carga.

—No, no lo eres —Le aprieto la mano una vez—. Y me aseguraré de que estés bien. Te doy mi palabra.

Los ojos de Kira se vuelven más brumosos. Confusos, por el vino y por el dolor. Antes de que me dé cuenta de lo que está haciendo, se inclina hacia mí, su mano roza mi brazo, sus labios...

—Kira —La agarro con firmeza por los hombros y evito que me bese —. Para.

—No me digas que no quieres esto —Su voz se vuelve desesperada, jadeante.

Pero la mía se endurece. —No lo quiero. Y tú tampoco.

—No te creo.

—Estás borracha.

—Podría ser tu esposa.

La empujo y me levanto. —Ya tengo esposa.

Su rostro se vuelve pétreo, el dolor que destellan sus ojos es rápidamente sustituido por algo defensivo. —Claro —escupe—. La esposa perfecta. Quizás no te importaría tanto si fuera yo quien te diera un heredero —Se burla—. No es que ella lo esté haciendo muy bien.

—Cuidado, Kira. Estoy dispuesto a ser indulgente contigo, pero si vas a insultarla...

—No hace falta que me amenaces —Agita la mano borracha en el aire—. Me voy. Siento haberte molestado.

—No me has molestado —Algo incómodo se retuerce en mi estómago. La sensación de haberle fallado a mi hermano, otra vez, por poder—. Pero no vuelvas a intentarlo.

—Lo entiendo, soy patética. No hace falta que me lo restriegues.

—No lo estoy haciendo —le digo, esta vez con firmeza—. Pero esta no es la forma de afrontarlo. Has bebido demasiado y estás sufriendo. Eso es todo.

Desvía la mirada. Sin decir nada más, agarra la botella y se la lleva arriba, tambaleándose.

Espero a que sus pasos se desvanezcan y luego me dirijo a mi ala de la mansión. Mientras subo, ya estoy racionalizando lo que acaba de pasar. Kira estaba dolida, desconsolada e insegura sobre su posición en esta casa. Y, sobre todo, estaba borracha como una cuba.

No voy a cometer la descortesía de tomarme en serio nada de lo que acaba de pasar.

Cuando entro en el dormitorio, veo a Sima acurrucada en la cama. Sus libros están esparcidos a su alrededor; debe de haber intentado esperarme despierta.

Sigo enfadado por sus mentiras. Pero después de lo que acaba de pasar abajo, el nudo entre mis hombros ha empezado a aflojarse.

Ella tampoco está en una posición fácil. Si estoy dispuesto a ser indulgente con Kira, al menos debería concederle a Sima el beneficio de la duda.

Por ahora.

Recojo los libros, me desnudo y me meto en la cama. Sima me busca inmediatamente en su sueño. La sensación de su cuerpo, su

aspecto... todo ello contribuye a que ese nudo se afloje cada vez más.

Ni siquiera me doy cuenta de que me estoy quedando dormido hasta que siento que me sumerjo en el sueño.

36

SIMA

Ha pasado otra semana y me estoy volviendo loca.

No me malinterpretes, me encanta la escuela. Pero cuando la única vez que salgo de casa es para encerrarme en otra habitación polvorienta llena de olores extraños y demasiados muebles, es cuando empiezo a desear una bolsa de papel para respirar.

Necesito salir. Ya, inmediatamente.

La casa es sofocante sin Petyr. Y Petyr nunca está aquí, literalmente. Entiendo que tiene importantes obligaciones como *pakhan*, además de una empresa falsa que dirigir, pero sin él cerca, las opciones disponibles para la interacción humana son escasas. O bien una viuda en ciernes malhumorada con problemas de alcoholismo o una ama de llaves octogenaria que no deja de mirarme con malicia, como si cada paso que doy dejara huellas de barro en sus suelos de madera. No es precisamente el ambiente más ameno.

Así que, sí, me estoy inquietando un poco aquí. Un poquito loca. A un barrido de escoba de romper a cantar una canción de Broadway solo para entretenerme. Demándame.

—Quiero salir.

Petyr deja de abrocharse su impecable camisa blanca. Dios, sus abdominales deberían estar prohibidos. —¿Del contrato?

—¡No! —digo demasiado rápido para el tono informal que quería darle—. Solo salir de la casa. Por un día.

Los ojos de Petyr se entrecierran al instante. —No sabía que tu agenda estuviera tan llena.

—En realidad, es todo lo contrario —Me siento con las piernas cruzadas en un mar de libros esparcidos y sábanas arrugadas—. No tengo nada que hacer. Nada de nada, cero, nada.

—Tienes el colegio. Eso te saca de casa.

—El colegio no cuenta. El colegio son deberes, luces fluorescentes y compañeros de clase que aún no han aprendido que hay que ponerse desodorante para que sea efectivo. Yo hablo de salir fuera.

—Fuera —repite él.

—Sí, fuera. Donde está la gente —Empiezo a gesticular—. ¡Cafeterías! ¡Parques! ¡Librerías! Lugares donde la luz del sol ilumina algo. Preferiblemente sin la sombra de Luka robándosela toda.

Petyr se gira y me mira un momento. —Estás diciendo que estás aburrida.

Me dejo caer dramáticamente sobre la cama. —"Aburrida" es quedarse corto. Estoy desarrollando síntomas reales. Piernas inquietas. Claustrofobia. Dramatismo precoz.

La boca de Petyr se contrae, lo más parecido a una sonrisa que se le ve. Se encoge de hombros y se pone la chaqueta, pero en lugar de coger el teléfono como suele hacer para consultar sus miles de mensajes matutinos, se sienta en el borde de la cama. —Bueno, no podemos permitir eso.

—¿No podemos?

—No, no podemos —Me frota un poco la espalda—. Así que supongo que hoy llamaré para decir que estoy enfermo.

Me incorporo tan rápido que la habitación da vueltas. —¿Puedes... puedes hacer eso? ¿Simplemente llamar a la mafia para decir que estás enfermo?

—No —Mi ánimo decae un poco hasta que él dice—: Pero lo voy a hacer de todos modos.

Por tonto que sea, eso hace que mi corazón se acelere. Pero al mismo tiempo me doy cuenta de lo infantil que estoy siendo, lo que me hace gemir contra la almohada.

—No tienes por qué hacerlo —murmuro a pesar mío—. Lo siento. No debería habértelo pedido.

—Entonces, menos mal que no lo has hecho —Su mano se posa en mi trasero. No me enorgullece decir lo fuerte que grito—. Vamos. Vámonos.

Lo miro fijamente. Esperaba una negativa educada o tal vez una promesa de que lo pensaría. No... esto. —Espera. ¿Hablas en serio? ¿No estás bromeando?

—Nunca bromeo.

—Vale, entiendo. Pero tienes cosas que hacer, ¿no? En tu trabajo falso *y en* tu trabajo real.

Petyr no se inmuta. —Dijiste que corrías un alto riesgo de sufrir complicaciones por aburrimiento si no salías. No sería un buen marido si no cuidara de la salud de mi esposa.

La palabra "marido" hace que un enjambre de mariposas revolotee en mi parte inferior.

Y así, sin más, salimos juntos.



Cuando el coche se detiene media hora más tarde, espero... No sé qué espero. Un restaurante, tal vez. Un lugar elegante y exclusivo con una lista de espera de diez meses.

No espero...

—¿El Museo Americano de Historia Natural?

—Si no te gusta, podemos ir a otro sitio.

Engancho mi brazo al de Petyr. —No —digo, esbozando una sonrisa —. Tú lo has elegido, así que me gusta.

Me permitirá conocerte mejor, pienso, pero no lo digo. *Y me permitirá ver lo que te gusta. Y comprarme asientos en primera fila para ver tu lado friki.*

En poco tiempo, estamos dentro, sin tener que hacer cola.

—Hay una exposición temporal —me susurra Petyr al oído con aire conspirador mientras nos abrimos paso entre la escasa multitud. Es martes por la mañana, así que no hay mucha gente—. Justo al otro lado de esas puertas.

Entorno los ojos para ver el cartel. —¿Vikingos?

—Sí —Me lanza una mirada divertida—. Siento que no sea Pompeya.

Me encojo de hombros exageradamente. —Seguro que me enseñarás todos los lugares de interés en nuestra luna de miel, cariño.

Todo el museo no se parece en nada a lo que me había imaginado. Cuando Petyr dijo que me llevaría a dar un paseo esta mañana, me preparé para algo ridículo. Quizás un jet y una excursión de un día a Hokkaido para probar el auténtico ramen. O un restaurante con estrella Michelin, con manteles blancos y camareros que se inclinan tanto que casi besan el suelo.

En cambio, estoy delante de chatarra procedente del Atlántico Norte, mientras Petyr me da una charla como si estuviera aspirando a una

beca en una universidad de élite.

—Atacaron rápido —dice, señalando un hacha oxidada—. Las aldeas no pudieron organizarse para defenderse. El miedo se extendió antes que ellos. Hizo que la gente se rindiera incluso antes de ver un barco.

—Miedo, ¿eh?

—El arma más subestimada.

Los recuerdos de mi vida familiar pasan ante mis ojos. —Sí —digo con voz entrecortada—. Así es.

Cuando llegamos a la siguiente vitrina, que contiene cascos abollados de varios tamaños, Petyr se inclina hacia delante, con la mirada aguda y la postura llena de energía. Está serio, como si canalizara al mismísimo Ragnar Lothbrok o algo así.

Por primera vez, me doy cuenta de que quizá él ha querido salir tanto como yo. Para tener un día libre lejos de todo.

—Cuéntame más sobre estos vikingos —le insisto.

—Se expandieron por el sur de Italia —dice—. Según los hallazgos arqueológicos, llegaron incluso a Norteamérica. Dominaron todos los lugares a los que fueron.

—Claro —Finjo saber de lo que está hablando, como alguien que definitivamente no abandonó los estudios en mitad de séptimo curso. Pero también es fascinante escucharlo, así que no tengo que esforzarme mucho. Su pasión es contagiosa—. Entonces... básicamente, ¿eran las Bratva originales?

Me lanza una mirada divertida. —Es una perspectiva interesante.

—Bueno, tenían una marca aterradora. Llevaban a cabo campañas de intimidación. De vez en cuando saqueaban a sus vecinos. Lo tenían todo, en realidad.

—¿Esa es tu opinión experta?

—Esa es, efectivamente, mi opinión experta —digo con aire de suficiencia antes de recordar que se supone que no soy una experta en asuntos de la Bratva—. Como esposa de un *pakhan,* quiero decir.

—Por supuesto.

—Por cierto, deberías conseguir uno de esos sombreros con cuernos. Póntelo en tu próxima reunión. Estoy segura de que a los chicos les encantará.

La boca de Petyr se contrae. Entonces, milagro de milagros, suelta una breve carcajada. Ni siquiera una risa aterradora de supervillano, solo... una risa. Pura, sencilla. Una risa profunda y cálida que sale del corazón.

Le queda tan bien que no puedo evitar que se me derrita el corazón.

Le doy un codazo en el brazo. —Eres un poco nerd, ¿sabes?

—¿Lo soy?

—Sí. Con todos esos tatuajes y esa mirada severa, pero en el fondo eres como el canal History Channel After Dark.

Él niega con la cabeza, con una sonrisa burlona aún en los labios. —Lo dices como si fuera algo malo.

—No lo es —le prometo—. Me gustan los nerds —Mi cerebro finalmente se pone en marcha, entra en pánico y añado—: No es que quiera quitarte unas gafas de pasta y besarte hasta dejarte sin aliento, solo... como... —Le hago un gesto vago con la mano—. Es interesante verte así.

Él arquea las cejas. —¿Cómo?

—Como persona —digo antes de poder detenerme. —Quiero decir... como *tú.* El verdadero tú. No solo el aterrador jefe de la mafia que hace sudar a los hombres en sus trajes de Armani.

La sonrisa se desvanece. Pero no es preocupante. En cambio, Petyr me estudia. Sus ojos son pesados, intensos, como si estuviera

viendo a través de mí. Me arden las mejillas, pero me niego a retroceder. Mantengo su mirada como si no estuviera a dos segundos de entrar en combustión espontánea en una habitación llena de reliquias de valor incalculable.

—Deberíamos ver el resto de la exposición —digo cuando la tensión se vuelve insoportable, tirando de él para que siga adelante—. Antes de que entre más gente.

Por una vez, Petyr deja pasar mi mierda. Simplemente me deja guiarle, con la mirada clavada en mí todo el tiempo.

Sin embargo, es una mirada agradable. Cálida, no abrasadora.

Durante una serie de latidos lentos y delirantes, siento que somos una pareja más. Una pareja normal, pasando un día tranquilo en el museo. Una cita bonita. Sin imperios criminales, sin acuerdos de reproducción a la vista.

Un pensamiento peligroso se cuela en mi mente. Que tal vez, el Petyr al que siempre he temido desde lejos y el Petyr que veo ahora mismo *no son* dos personas diferentes. Tal vez sean solo las dos caras de la misma moneda. El frío y despiadado capo que me obligó a casarme y el nerd de la historia que se emociona con las espadas oxidadas.

Y en lugar de salir corriendo y gritando hacia la salida, me siento cada vez más atraída. Porque nadie más puede ver este lado de él. Solo yo.

Lo cual es una estupidez por la que emocionarse, cuando mi supervivencia depende de que mi campaña de mentiras continúe.

Pero aún así me hace sentir especial.

Entonces veo a sus guardaespaldas siguiéndonos. Sombras humanas con abrigos negros y pistolas asomando por sus pantalones.

Y así, de repente, la burbuja estalla.

Así es él. Me obligo a mirarlo bien, para recordar lo que está en juego. *Así es la persona con la que me he involucrado. Alguien peligroso. Alguien que no se detendrá ante nada para salirse con la suya.*

Un vikingo, dispuesto a quemar todo a su paso.

Tengo que dejar de actuar como si no lo supiera ya.

37

SIMA

Pasamos el resto del día en el museo. Comemos algo en la cafetería y volvemos a sumergirnos en las exposiciones. Nunca pensé que tantas horas entre vitrinas pudieran ser interesantes, pero de alguna manera, Petyr consigue que sea divertido. Podría escucharle durante días.

—¿Y bien? —le pregunto con sarcasmo mientras volvemos al coche —. ¿A dónde vamos ahora? ¿Asaltamos un restaurante? ¿Saqueamos el carrito de café?

Petyr esboza una sonrisa, pero no se ríe como antes. Ahora hay algo diferente en sus ojos, una oscuridad que no estaba ahí hace unos momentos.

Justo cuando me pregunto cómo abordar el tema, él rompe el silencio. —Quiero presentarte a alguien.

La forma en que lo dice me hace sentarme más erguida. Estoy acostumbrada a oírle hablar con todo tipo de mal humor. ¿Enojado? Claro. ¿Molesto? Todos los días. Pero esto no se parece en nada a eso. Esto es...

Tristeza. De repente, me doy cuenta de todo. *Está triste por algo.*

Reconsidero la expresión de su rostro. De repente, parece mucho más humano.

—De acuerdo —respondo lentamente—. ¿Alguien como... tu madre? ¿O se trata de algo así como "te presento a los chicos"? Porque, te lo advierto, no se me da bien romper el hielo. Ni los deportes. Dios, no me preguntarán sobre deportes, ¿verdad?

—Ya lo verás —dice simplemente.

Me quedo en silencio, mirando por la ventana mientras la ciudad pasa como una mancha borrosa de luces y neones. Mi reflejo me devuelve la mirada, con los labios apretados, inquieto. Ver a Petyr así me perturba más de lo que quiero admitir.

Esto no forma parte del trato. Preocuparme por su bienestar, inquietarme por él... Pero es lo que siento. No debería importarme, pero, Dios mío, creo que me importa. En contra de mi mejor juicio, en contra de todos mis instintos de supervivencia, me *importa.*

Eso no es bueno.

El trayecto en coche se prolonga en un pesado silencio, solo roto por el suave zumbido del motor. Echo miradas furtivas a Petyr. Él mira al frente, con la mandíbula apretada y las manos firmes sobre el volante. No me mira. Me pregunto qué dice de mí el hecho de que quiera que lo haga.

Aprovecho esta oportunidad perfecta para recordarme las reglas. *No te encariñes. No confundas este acuerdo con nada más. No imagines cómo sería si las cosas fueran diferentes.*

Porque él no lo hará.

Porque no lo son.

Pero cuanto más intento reprimir estos pensamientos, más insistentes se vuelven.

Cuando nos detenemos, echo un vistazo al edificio y se me hace un nudo en el estómago.

El hospital.

¿Por qué estamos aquí? Siento una sensación de vacío en el estómago, de esas que suelen significar que es mejor salir corriendo en dirección contraria. Una parte de mí ya debe saber lo que me espera al otro lado de esas puertas. Que no me va a gustar.

Pero Petyr me mira expectante, así que me trago el nudo y lo sigo al interior.

Las luces fluorescentes hacen que todo parezca mil veces más sombrío. Una escena del crimen o los primeros cinco minutos de una película postapocalíptica de zombis.

Petyr llega a la recepción y nos registra. La enfermera solo levanta la vista una vez, ve que es él y no dice nada. Solo le hace una reverencia respetuosa y familiar con la cabeza y le deja continuar.

Caminamos por el pasillo estéril. Puedo oír el leve zumbido de las máquinas detrás de las puertas cerradas. Tengo la garganta seca, como si estuviera cubierta de tiza. Odio los hospitales. Odio el olor a lejía que enmascara la descomposición.

Pero Petyr sigue caminando, así que yo también lo hago.

Finalmente, se detiene frente a una habitación. Dos guardaespaldas vestidos de negro están apostados fuera. Ambos inclinan la cabeza y murmuran —*Pakhan* —a modo de saludo.

Él abre la puerta.

Entramos.

Y entonces lo veo.

Un hombre yace en la cama, pálido como las sábanas. Tubos y cables lo mantienen conectado a la vida. Su pecho sube y baja solo

porque las máquinas lo hacen subir y bajar. No parece vivo, en absoluto. Casi no lo reconozco.

Pero entonces las piezas encajan.

—Te presento a Dimitri —susurra Petyr en voz baja—. Mi hermano.

Siento un nudo en el estómago. Pongo cara de indiferencia, pero por dentro estoy destrozada.

Es su hermano. El hombre al que mi *familia mató a tiros.*

El único superviviente del ataque que mató al padre de Petyr.

Sin embargo, llamarlo "superviviente" me parece exagerado.

Petyr se pone rígido a mi lado, aprieta la mandíbula y flexiona las manos una vez antes de inmovilizarlas. Por primera vez, puedo ver las grietas en su armadura. Se limita a mirar a Dimitri en silencio, como si la visión de su hermano en esa cama le resultara insoportable e imposible de apartar la mirada.

Me recuerda a Lara. La forma en que se veía el día de su boda, ya medio perdida.

Mis dedos se crispan. Casi alcanzo a Petyr. Quiero consolarlo, decirle que todo saldrá bien, aunque ambos sabemos que no es así. Aunque solo sería una mentira más entre nosotros.

Pero entonces dejo caer el brazo a un lado.

No tengo derecho a consolarlo. No estoy aquí para quedarme, y mentir sobre eso, incluso con un simple gesto como este, sería demasiado injusto. Peor aún, sería cruel.

Así que me limito a observar, sufriendo con él en silencio, y me acerco para quedarme a su lado.

El dolor es lo que más me asusta. Porque es otro recordatorio más de que estoy rompiendo mi primera regla: me estoy *involucrando*.

—Lo siento —susurro. Es lo único que se me ocurre decir.

Petyr asiente. No parece reprocharme mi falta de elocuencia. —No tienes nada de qué sentirte apenada. Tú no hiciste esto.

Pero sí lo hice. La verdad me revuelve el estómago. Puede que yo no haya apretado el gatillo, puede que no supiera que esto iba a pasar, pero fue mi familia quien lo hizo. *Mi* padre, *mi* hermano. *Mi* sangre.

—¿Volverá a despertar? —Me doy cuenta de que la pregunta es insensible segundos después de haberla formulado.

Una vez más, Petyr no me lo echa en cara. —No —Niega con la cabeza una vez, con la mirada fija en el rostro ceniciento de Dimitri —. Los médicos dicen que haría falta un milagro. Y yo no creo en los milagros.

Yo tampoco. Me lo guardo para mí, pero mi silencio lo dice todo.

Es lo único sobre lo que no puedo mentir: la esperanza. Cuando perdí toda esperanza por Lara, lo peor que alguien podría haber hecho era decirme que todo iba a salir bien. Que ella iba a volver conmigo, igual que siempre.

Los cuentos de hadas no se hacen realidad. Ni en este mundo, ni en el siguiente.

Petyr aparta un mechón rebelde de la frente de su hermano. Luego se inclina hacia él y le susurra algo en ruso. El tono de mi lengua materna me resulta familiar, pero sigo sin entender las palabras.

Me pregunto si le está diciendo a su hermano lo mismo que me dijo a mí.

Hermano... te presento a mi esposa.

Pero eso sería ridículo, así que lo aparto de mi mente.

Yo no soy importante. Dimitri sí lo es. Es familia, está aquí, es real. Y si se pudieran intercambiar vidas, yo sería la primera en decir que debería hacerlo. Cambiarme por el hermano que perdió.

De nuevo, cuentos de hadas.

—¿Crees que te oye? —susurro antes de poder evitarlo—. ¿Que sabe que estás aquí?

—No lo sé. —Cuando se endereza de nuevo, lo veo volver a colocarse su máscara de hielo. Verlo reconstruir sus muros delante de mí me oprime el pecho dolorosamente—. Hay estudios. Pero me gustaría pensar que, si me oyera, me respondería.

—Debes de echarlo de menos —digo finalmente—. Tal y como era — Es lo único que conozco por experiencia: el dolor de perder a un hermano por una crueldad sin sentido.

No creo que me responda. Pero las paredes reconstruidas de Petyr aún no deben de haber llegado al cielo, porque murmura—: Todos los días.

Odio lo débil que me hace sentir eso. Me hace querer acercarme a él. Consolarlo, cuando no debería querer nada en absoluto.

Sin decir nada, deslizo mis dedos entre los suyos.

Al principio, el agarre de Petyr es flojo. Pero luego siento que sus dedos se aprietan alrededor de los míos, con un ligero toque de presión.

En ese momento entra Kira, rompiendo el momento.

Levanto la mirada hacia ella. Por un segundo, nuestros ojos se encuentran. Veo que los suyos están hinchados, enrojecidos por el llanto. Observo su maquillaje corrido, la forma en que sus delgados brazos abrazan su cuerpo en busca de un calor que no llegará.

No puedo evitarlo: siento lástima por ella. Ella también ha perdido a Dimitri. Ha perdido a su marido, su posición social, su futuro. Y ahora, aquí está, atrapada en una vida a medias, atada a un hombre que probablemente nunca volverá a abrir los ojos.

Las ganas de consolarla me queman bajo la piel. Puede que hayamos empezado con mal pie, pero ser mezquina ante una tragedia no está en mi naturaleza. Estoy a punto de acercarme, de decir algo...

...y entonces los dedos de Kira rozan coquetamente el brazo de Petyr.

Mi compasión se agria como la leche podrida.

Su sonrisa es empalagosa. Petyr mira brevemente su mano, pero no da un paso atrás. Solo se mueve para que vuelva a caer a su lado.

—Kira. Pensaba que estarías descansando.

—No podía dormir —Le dedica una triste media sonrisa que parece absolutamente perfecta. Me hace preguntarme si debería llamar a la Academia y decirles que traigan una estatuilla de oro. Quizás para golpearle la cabeza con ella—. Pero me alegro de haberte encontrado. Quería comentarte algunas cosas. Sobre Dimitri y... —Hace una pausa que parece intencionada—. Otros asuntos.

Llámame loca, pero no me gusta cómo mira a Petyr. Es demasiado familiar. He visto esa mirada en los rostros de todas y cada una de las amantes de mi padre cuando se dejan exhibir ante mi madre, imaginándose ya en su lugar como la nueva y mejorada señora Danilo.

Es la mirada de la ambición.

Siento un agudo y amargo celo en mi lengua. Quiero alejarla de él, intervenir, reclamar algo que técnicamente ni siquiera me pertenece. Quiero recordarle que él es mío, aunque no lo sea.

Es tu marido, protesta mi corazón.

En ningún sentido que importe, responde mi cabeza.

Así que me quedo ahí parada, mordiéndome las uñas, fingiendo indiferencia mientras hiervo por dentro. No tengo derecho a montar

una escena. Se supone que soy temporal, un medio para alcanzar un fin. Tan pronto como se cumpla nuestro acuerdo, me iré.

Y, sin embargo, verla intentar aferrarse a su brazo de nuevo me hace sentir un dolor en el pecho como si ya hubiera perdido algo que nunca fue mío.

—Luego —Petyr da un paso atrás y se arregla los gemelos. No parecen gustarle las insinuaciones de Kira, pero sea lo que sea lo que acabo de ver, él no se ha dado cuenta. De lo contrario, no estaría reaccionando con tanta calma—. Vete a casa. Descansa.

—¿Y tú? —insiste ella—. ¿Te vas a casa?

—Sí —responde Petyr—*. Nosotros*.

Luego levanta nuestros dedos entrelazados para mostrárselos.

No me esperaba ese gesto. Es... dulce, de una forma extraña.

Kira pone cara de disgusto. —Entonces me quedaré. No podemos dejar que Dimitri se despierte en una habitación vacía, ¿verdad?

La acusación es tan injustificada que las ganas de abofetearla me hacen cosquillear la palma de la mano.

Pero Petyr solo inclina la cabeza en señal de asentimiento. —Como desees.

Entonces salimos de allí.

Mientras nos alejamos, echo un vistazo por encima del hombro. Los ojos hinchados de Kira se encuentran de nuevo con los míos, pero esta vez el enrojecimiento parece haberse desplazado a otra parte. Tiene las mejillas encendidas. Por alguna razón, no creo que sea por vergüenza.

Más bien parece furia.

38

PETYR

La cena es tranquila al principio. Nos sentamos uno frente al otro en un restaurante sin nombre que nos recomendó Sima. La comida es tan grasienta que empiezo a preocuparme por sufrir un infarto con solo dar un bocado.

Pero a Sima parece encantarle, así que me obligo a comer.

—Ahhh —murmura como si estuviera en el cielo—. Pollo frito y gofres. El desayuno de los campeones.

—Estamos cenando.

—Es lo mismo —Desestima mi protesta con un gesto y fija la mirada en mi tenedor—. Siempre parece que estás negociando una tregua con la comida.

Arqueo una ceja. —¿Nadie te ha dicho nunca que es de mala educación mirar fijamente a la gente mientras come?

—No —Me dedica una sonrisa descarada y grasienta—. Además, es difícil no hacerlo.

—¿De verdad?

—Sí —Se lleva a la boca otro bocado indescriptiblemente grasiento —. Especialmente cuando te sientas ahí mirando fijamente ese trozo de pollo frito como si te debiera dinero.

—Puede que sí.

Ella pone los ojos en blanco, pero sus labios se curvan. —Pobre pollo. Acosado por el gran y malvado jefe de la Bratva.

Niego con la cabeza, pero el sonido que se me escapa se parece más a una risa que a un suspiro. Ella es la única que puede salirse con la suya con cosas como esta. A cualquier otra persona la habría ensartado con el tenedor.

Pero con Sima, no me parece una falta de respeto. Simplemente me parece... normal. Fácil.

Comemos un poco más en un silencio agradable. La veo beber lo que parece medio galón de refresco azucarado. No entiendo cómo mantiene esa figura esbelta.

—Sabes —dice después de terminar—, para ser un capo del crimen, tienes unos modales en la mesa sorprendentemente decentes. Esperaba más eructos y, ya sabes, gestos con el cuchillo.

—¿Gestos con el cuchillo? —repito, incrédulo.

—Sí. Como apuñalar el aire para enfatizar algo mientras citas algún proverbio aterrador que sin duda te has inventado. ¿No es eso parte del trabajo?

—Me estás confundiendo con *El Padrino*.

—Quizás. O quizás has estado ocultando tu verdadero yo dramático. ¿Debería preocuparme que vayas a soltar un monólogo con el postre?

—Depende del postre —respondo con total seriedad—. Pero si es algo frito o azucarado, tendré que pedirle a mi abogado que intervenga.

Ella se echa a reír, con una risa plena y cálida. Por un segundo, la tensión del día se desvanece de mis hombros. Nunca me importaron las cenas con mujeres. Nunca me importó ampliar mi relación con ellas más allá del dormitorio.

¿Pero esto? ¿Sentado aquí, escuchándola bromear, sintiendo sus ojos brillantes sobre mí como si realmente me estuviera viendo a mí en lugar de al *pakhan* Gubarev? Es refrescante. Podría acostumbrarme a ello.

Me doy cuenta de que esa debía de ser precisamente su intención: animarme después de la visita al hospital.

No debería haber llevado a Sima allí. Ella me pidió un día libre. En cambio, la encerré en un museo durante horas y luego la llevé a ver a mi hermano moribundo. No es precisamente un plan ideal para una cita.

Pero ver todas esas reliquias me recordó a la persona que me inculcó mi pasión por la historia. Dimitri solía escucharme durante horas, siempre interesado en lo que tenía que decir. No estoy orgulloso de ese momento de debilidad, pero tampoco puedo arrepentirme del todo de haberle mostrado a Sima a la persona más importante de mi vida.

Puede que sea falso, pero Dimitri habría querido conocer a la mujer con la que me casé.

Le habría encantado. Ese pensamiento me quita las ganas de tomar postre. *Podrían haber pasado horas bromeando a mi costa.*

Cuando recogen los platos, nos dirigimos al coche. El trayecto a casa debería parecer rutinario, pero no lo es.

Me doy cuenta de que lleva un rato en silencio.

—Sima.

—¿Sí?

—Tienes algo en mente.

Ella mira por la ventana, su reflejo se ve difuminado en el cristal. —No es nada.

—Sima.

Suspira y finalmente gira la cabeza hacia mí. —Es solo que... —Niega con la cabeza, frustrada porque no le salen las palabras—. Llevas una vida muy peligrosa.

Arqueo las cejas. —Ya lo sabías.

—Yo también lo creía. Pero ver a Dimitri así... —Se retuerce las manos en el regazo—. Me ha afectado, supongo. No puedo dejar de pensar: ¿y si hubieras sido tú?

—Habría facilitado mucho las cosas —digo con un tono amargo en mi voz—. Para todos los involucrados.

—Para mí no.

—Tú no *estarías* involucrada. Solo estás aquí porque yo te obligué.

Pero ella vuelve a negar con la cabeza. —Eso no me importa. Simplemente no me gusta pensar en la posibilidad de verte en esa cama, conectado a máquinas. Me da miedo.

Deberías *tener miedo. No del mundo hipotético en el que yo acabé en ese hospital en lugar de mi hermano, sino del real. El mundo en el que te atraparé y te haré mía.*

Aprieto el volante con más fuerza, sin saber qué hacer con la calidez y el dolor que me invaden. Porque a Sima le importa, y eso nunca formó parte del plan.

—Sabes lo que hago —le digo en voz baja—. Conoces los riesgos.

—Lo sé —Ella asiente, con la mirada fija en sus manos—. Pero eso no significa que tenga que gustarme.

Mi pecho palpita, no por ira o sospecha, sino por algo mucho más peligroso. Debería recordarle, recordarme a mí mismo, que esto no es real. Ella solo está aquí porque la descubrí y la chantajeé para que se comprometiera. Porque mi padre me dejó un imperio que dirigir y un testamento que cumplir, y no podía hacer lo primero sin ocuparme primero de lo segundo.

Pero lo único que consigo decir es un áspero y silencioso —Te molesta.

Ella me mira. —Bueno, sí. Por supuesto que me molesta. Acuerdo o no, sigues siendo tú. Eres mi marido.

El coche vuelve a quedar en silencio, pero no es el mismo silencio de antes. Este está cargado de todo lo que no se ha dicho.

Tú eres tú. Eres mi marido. Tú importas.

Ella también importa. A pesar de todos mis intentos por mantenerla a distancia, ella importa.

Y estoy cansado de fingir que no es así.



En cuanto la puerta principal se cierra detrás de nosotros, la empujo contra la pared y la beso.

—Petyr...

—Calla —Le pongo el dedo en los labios—. No hables más.

Sus ojos se llenan de lágrimas y ella asiente una vez.

La beso una y otra vez, y otra vez. El resto del mundo desaparece con cada roce de nuestros labios. La Bratva, Mikhael, Kira, incluso los malditos Danilos... todo se desvanece en el ruido de fondo. Solo está ella, de pie allí, en la penumbra, mirándome con esos ojos

oscuros e inteligentes que me hacen olvidar todo lo que alguna vez importó.

La levanto en brazos y la llevo arriba. Ella se retuerce contra mí, su cuerpo rozándose contra el mío con cada paso.

En cuanto cruzamos el umbral del dormitorio, la tumbo en el colchón y empiezo a quitarle la ropa.

Me tomo mi tiempo para desnudarla. No porque quiera provocarla, aunque lo hago, sino porque lo necesito. Necesito saborear cada segundo de esto, de ella.

Le quito el jersey por la cabeza, dejando al descubierto la suave curva de sus hombros. Luego le bajo los vaqueros por las caderas, muy, muy despacio. Mi boca la sigue, rozando cada centímetro de piel que descubro, arrancándole suspiros que me recorren la espalda.

Para cuando la tengo desnuda ante mí, mi control ya pende de un hilo.

La tumbo en la cama, besándole el interior de los muslos hasta que se retuerce, suplicando.

Me vuelve malditamente loco, el olor, el sabor. Lo mojada que está por mí. Finalmente, sus muslos se cierran alrededor de mi cabeza, sus manos se enredan en mi pelo.

—Petyr —gime—. Por favor.

Levanto la cabeza, con la barbilla mojada por sus fluidos. —Todavía no —murmuro—. No he terminado de provocarte, *lisichka*.

Ella gime, con una mezcla de frustración y necesidad. Eso hace que la sangre me bombee con fuerza. Saber que puedo desarmarla así, hacerla olvidar todo pensamiento excepto a mí, es jodidamente embriagador.

Le doy un beso lento que la deja sin aliento. Puede saborearse a sí misma en mi lengua, y solo pensar en ello me golpea entre las piernas. Su cuerpo tiembla, suplicando en silencio por más.

Cuando finalmente me coloco entre sus piernas, la penetro lentamente, centímetro a centímetro, saboreando su calor. Sus ojos se agrandan, sus labios se separan en un suave gemido.

Cierra los ojos, pero le sujeto la barbilla con la mano. —No —gruño —. Quédate conmigo.

Sus pestañas se levantan. Cuando su mirada se cruza con la mía, algo se rompe dentro de mí. Esto no es lujuria. Bueno, no exclusivamente. Sea lo que sea esta cosa explosiva que hay entre nosotros, es mucho más peligrosa que eso.

Mantengo su mirada mientras empiezo a moverme. Sus uñas arañan mi espalda, su rostro se retuerce de placer mientras empuja sus caderas hacia las mías.

Empiezo a follarla más fuerte, más rápido, más profundo. —Me siento tan bien contigo —le susurro al oído—. Me aprietas tanto.

Puedo sentir cómo se acerca, cómo se tensa su cuerpo, cómo se acelera su respiración. Empiezo a perder el control. Se supone que yo debo llevar las riendas, pero cada sonido que ella emite me acerca más al límite.

—Dilo —le ordeno, empujando profundamente dentro de ella—. Di que eres mía.

—Sí —jadea, aferrándose a mí—. Soy tuya.

Presiono mi frente contra la suya, mezclando nuestro sudor. —Eso es —murmuro, con voz baja y obscena—. Córrete para mí. Quiero verte derrumbarte por mí. Solo por mí.

—Sí, sí, sí —canta, demasiado lejos para sentir vergüenza—. Solo por ti.

Un par de embestidas más y su cuerpo se aprieta a mi alrededor. Sima se derrumba en mis brazos, y verla desmoronarse mientras me mira "*solo a* mí" es lo que me hace llegar al límite. La penetro con fuerza, gimiendo mientras me derramo dentro de ella.

Durante un largo momento, no me muevo. Me quedo dentro de ella, abrazándola con fuerza, con mi respiración entrecortada contra su cuello. Su corazón late con fuerza contra mi pecho, rápido y salvaje, y yo no puedo apartar la mirada de su rostro sonrojado, de sus labios hinchados. Sus ojos, aún nublados por el placer.

Y en ese momento, me permito imaginarlo: *Sima, llena de mi hijo, atada a mí para siempre.*

Esa idea debería asustarme. Debería hacerme detener todo esto y buscar otra candidata, una que no se haya adentrado tan profundamente en mí.

Pero ni siquiera puedo considerar esa idea. En cambio, la caída parece inevitable. Parece lo único que tiene sentido.

Ella es *mía*. Y no voy a dejarla ir.

Ni siquiera si eso me destroza.

39

SIMA

Estoy tumbada en los brazos de Petyr, todavía temblando. Mi cuerpo se siente sin huesos, pesado, como si intentara fundirse con él.

Debería estar pensando en límites. En planes de escape. En recordarme a mí misma que esto es temporal.

En cambio, lo único en lo que puedo pensar es: *Dios, ayúdame, no quiero moverme nunca.*

Será mejor que me quede embarazada pronto. Ese pensamiento es tan frío como el agua helada, pero es cierto. Porque cuanto más tiempo permanezca en esta cama con él, y cuanto más a menudo lo hagamos, más difícil será marcharme.

Y tendré que irme. Ese fue siempre el trato.

Excepto que, ahora mismo, con su corazón latiendo con fuerza bajo mi oído y su brazo rodeándome con seguridad, la idea de irme me parece menos un plan y más una amputación.

Se aparta de mí. Me apoyo en un codo y lo observo mientras cruza la habitación: desnudo, sin prisas, completamente a gusto consigo mismo.

Dios, parece una estatua. Una deidad griega esculpida en mármol. ¿Es posible seguir teniendo tanta sed después de tres orgasmos seguidos? Al parecer, mi excitación no conoce límites.

Desaparece en el baño y vuelve con una toalla caliente. Se me corta la respiración porque es un detalle tan pequeño, tan considerado, que no me lo esperaba.

No dice nada, solo me lo aplica con suavidad, con cuidado y deliberadamente. Mis mejillas se enrojecen con una vergüenza que no sabría definir, pero dejo que me ayude. De alguna manera, esa íntima tranquilidad me perturba más que el sexo.

—Gracias —murmuro.

Él solo asiente, tira la toalla y apaga la lámpara. La habitación se sumerge en la oscuridad, solo rota por la tenue luz que se filtra a través de las cortinas. Se desliza de nuevo en la cama, cálida y sólida, y me atrae hacia él como si fuera lo más natural del mundo.

Cierro los ojos. Pero mi mente no deja de dar vueltas.

Cuando me preguntó antes qué me pasaba, no fui del todo sincera. Sí, ver a Dimitri conectado a máquinas me destrozó, y sí, la idea de perder a Petyr me aterroriza más de lo que quiero admitir.

Pero lo que no dije, lo que no pude decir, es lo mucho que me molestó ver a Kira con él. La forma en que se acercó a él, como si tuviera algún derecho. La forma en que él se apartó, lo que debería haberme tranquilizado, pero en cambio solo hizo sonar las alarmas de esposa celosa en mi cabeza.

Esposa celosa. En eso me he convertido. Es ridículo, porque se supone que no soy nada suyo. Soy una sustituta, un recipiente, un arreglo temporal con fecha de caducidad. Entonces, ¿por qué se me revuelve el estómago al pensar que otra persona lo toca?

Acurruco mi cara contra su pecho, inhalando su aroma limpio y masculino. Mis labios casi rozan su piel, y las palabras casi se me

escapan: una queja medio en broma, medio en serio, sobre él coleccionando admiradoras como si fueran gemelos de repuesto.

Pero me las trago. Porque no puedo dejar que sepa que me importa. No puedo dejar que sepa cuánto espacio ocupa en mi cabeza.

En cambio, dejo que recorra con la yema del dedo perezosos patrones por mi espina dorsal. Cada caricia hace que mis párpados se vuelvan más pesados.

Al cabo de un rato, me dice—: Estás muy callada. Eso es peligroso.

Suelto una risita. —Quizás solo estoy disfrutando del masaje gratis.

—¿Así lo llamas? —se burla, deslizando lentamente la yema de su dedo desde la parte superior de mi columna hasta la parte baja de mi espalda—. Tienes unos estándares muy bajos.

—Gratis es gratis. Si quieres añadir piedras calientes, no me quejaré.

Él se ríe entre dientes. —Haré que las traigan.

—Perfecto. Nada es más romántico que unos servicios de spa financiados por la mafia.

Su dedo se detiene en la base de mi columna vertebral y siento cómo exhala. —Siempre tienes una respuesta inteligente, ¿verdad?

—Riesgos laborales —murmuro contra su pecho—. Si paro, sospecharás.

Su pecho se estremece ligeramente con otra risa, pero no insiste. Solo sigue trazando esas líneas enloquecedoras sobre mi espalda, y yo sigo fingiendo que no me están desmoronando centímetro a centímetro.

Poco a poco, el cansancio del día me va venciendo. Pero cada vez que estoy a punto de quedarme dormida, mi ansiedad me devuelve a la cruel realidad, llenando mi mente de imágenes desagradables.

Kira, con sus manos cuidadas sobre el brazo de Petyr.

Kira, con sus labios pintados en la oreja de Petyr.

Kira, reclamando a Petyr para ella ante mis propios ojos.

Finalmente, no puedo soportarlo más. —¿Sigues despierto? —susurro en la oscuridad.

Un suspiro de resignación. —No.

Pongo los ojos en blanco. Luego, solo para molestar aún más, me incorporo y vuelvo a encender la lámpara.

Petyr entrecierra los ojos inmediatamente y se tapa la cara con un brazo. —Mujer cruel —se queja.

—Sobrevivirás —digo, cruzando las piernas—. Quería preguntarte algo.

—Eso suena problemático —Baja el brazo lo suficiente como para mirarme, entrecerrando los ojos contra la luz—. Adelante.

Dudo, mordiéndome el labio. —¿Kira está... bien? Parece... muy unida a ti.

Exhala, con un sonido más cansado que irritado. —Es insegura. Con Dimitri en el estado en que se encuentra, está asustada. Teme lo que le sucederá si él no despierta.

Me invade una punzada de culpa, aunque me alivia que no me pida que le dé más detalles. Entonces él también se dio cuenta. —Porque se suponía que iba a ser la esposa del *pakhan* —digo en voz baja.

Él asiente. —Eso es lo que ambos pensaban. Creían que tenían más tiempo para formar una familia. Pero ahora mi padre ha fallecido. No se espera que Dimitri sobreviva. Y ella se ha quedado en medio, sin saber dónde pertenece.

Observo su perfil a la cálida luz de la lámpara. No hay suavidad en él, ni indulgencia, pero tampoco crueldad. Solo realidad. La responsabilidad le pesa, como siempre le ocurre.

—Teme que la cases —murmuro—, o que la envíes de vuelta con su familia.

Él niega con la cabeza, firme. —No lo haré. No es lo que Dimitri hubiera querido.

Retuerzo el borde de la sábana entre mis dedos. La culpa me corroe por pensar mal de Kira y, sin embargo, no puedo evitar la sensación de que hay algo más. Algo más de lo que Petyr ve.

Quizá sea un cliché anticuado, pero las mujeres realmente tienen un sexto sentido para estas cosas. He visto lo suficiente como para saberlo. Especialmente en casa.

Y no quiero acabar como mi madre.

—¿Eran íntimos? —pregunto, tratando de obtener más información sobre la mujer que puede estar o no tramando mi perdición bajo mi propio techo—. ¿Kira y Dimitri?

Petyr se encoge de hombros. —No lo sé. Dimitri y yo no hablamos de eso.

—¿"Eso" como en matrimonio?

Él asiente. —O los sentimientos.

—Claro. Los sentimientos son para cobardes.

Sus labios se curvan. Sin previo aviso, me empuja sobre el colchón y de repente se encuentra encima de mí. —Vuelve a decir esa palabra delante de mí —susurra con voz grave y ronca—, y no me haré responsable de mis actos.

Tengo tantas ganas de volver a decirla. Ser como una niña de cinco años, soltar una palabra vulgar una y otra vez y ver qué consigo.

Pero es tarde y mi cuerpo todavía está recuperándose del maratón sexual al que me acaba de someter este hombre. Puede que esté hambrienta de él, pero no puedo atiborrarme así todas las noches.

Petyr debe de sentir lo mismo, porque se tumba de lado, mirándome. —Ella cambiará de opinión —dice—. Una vez que se dé cuenta de que no eres una amenaza para ella —La vacilación perdura en su mirada, algo poco habitual—. Ambos hemos perdido una parte de nosotros. Volver a estar completos... Llevará tiempo.

Asiento. Hay algo triste en eso, algo que me hace doler el pecho, aunque no sea mi dolor el que tengo que soportar.

Quiero creerle. De verdad que quiero. Pero cuando me acurruco contra su pecho y apago la lámpara, no puedo quitarme el escalofrío del estómago.

Esa sensación me dice, sin lugar a duda, que debo dejar mis zapatillas de correr debajo de la cama, listas para ponérmelas en cualquier momento.

40

SIMA

Al día siguiente, lo afronto de la única manera que puedo: echando a Anya de la cocina y cocinando para un ejército.

Aunque "echar" es un poco fuerte. Lo único que hice fue darle el día libre y sugerirle que lo aprovechara para comprarse algo bonito. La mirada asesina que me lanzó fue suficiente para hacerme sentir un escalofrío literalmente por la espalda. Probablemente tendré que revisar mi comida en busca de veneno todos los días durante un mes.

Pero vale la pena, porque mientras remuevo la salsa especial de mi madre en la sartén, mi cabeza por fin se calma un poco.

Mamá. El aroma del ajo y el tomate hace que su rostro aparezca en mi mente. Sin pensar, empiezo a tararear una melodía en voz baja, una canción que solía cantar cuando Lara y yo éramos pequeñas.

Su canto siempre hacía que la casa se sintiera más cálida. Durante mucho tiempo, fue lo único que mantuvo viva la llama. Nosotras aún no lo sabíamos, éramos demasiado pequeñas para entenderlo.

Cuando lo comprendimos, ya era demasiado tarde. El silencio permanente se había instalado, como el moho negro que carcome

las paredes.

Pero antes de que eso sucediera, antes de que la perdiéramos por el dolor y la impotencia, cocinar era su refugio. Durante un tiempo, pensé que había heredado su pasión. Pero mi padre la apagó en mí, como hacía con la mayoría de las cosas que no encajaban con su idea de una novia Bratva bien educada, así que nunca me permitía cocinar cuando él estaba presente.

Por suerte, él no estaba mucho por casa, así que mamá me enseñó.

Ahora, el acto de cortar y remover, de crear algo de la nada, me devuelve a la realidad. Al igual que mi madre, encuentro consuelo en ello. Mantiene mis manos ocupadas, mi mente concentrada y evita que mi corazón se adelante demasiado a la realidad.

Y además, todo esto, yo en la cocina, preparando la cena para mi marido, se parece peligrosamente a lo que haría una pareja normal. Me permite disfrutar de la ilusión de una forma más inofensiva que la mayoría, si no la más saludable.

Mi teléfono vibra sobre la encimera. Me seco las manos con una toalla y lo miro: Jemma.

¿Estás viva?

Se me hace un nudo en la garganta. He estado tan absorta aquí, en esta jaula dorada, que he olvidado que el mundo exterior sigue existiendo. Le respondo rápidamente: ***¡Todo bien! Ocupada con la luna de miel. Almorcemos pronto, cuando esté en la ciudad, ¿vale?*** Una pequeña promesa que no estoy segura de poder cumplir, pero al menos le debo eso.

La respuesta de Jemma llega enseguida. ***¡Quedamos así!***

En ese momento, la puerta principal se abre con un clic y el sonido de unos tacones sobre el suelo de madera me hace tensar los hombros.

Genial. Aquí viene la zorra rica.

Un momento después, Kira entra en la cocina, elegante y pulcra incluso después de pasar horas en el hospital. Sus ojos se posan en mí, que estoy junto a la cocina, y sus labios se curvan.

—Bueno —dice—, desde luego te has puesto cómoda en mi casa.

Aprieto la cuchara con más fuerza. —La cena —digo con ligereza, señalando la sartén—. Pensé en cocinar esta noche.

Entonces me invade la culpa. Recuerdo las palabras de Petyr de la noche anterior, sobre todo lo que ha pasado Kira. Sobre sus inseguridades.

—Puedes unirte a nosotros —añado, en tono más suave.

Al parecer, no es lo más adecuado. Su rostro se endurece y entrecierra los ojos. *—¿A nosotros?* —escupe—. No actúes como si este fuera tu hogar. Me lo has robado todo y ¿se supone que tengo que conformarme con las sobras de tu cena?

—No estoy tratando de robar nada. Petyr mencionó que has estado bajo mucho estrés. Pensé que tal vez, si querías, podríamos compartir una comida. Eso es todo.

Pero ella no me escucha. Su voz se eleva, aguda y áspera. —Esa iba a ser *mi* vida. Mi marido. Mi familia. ¿Crees que puedes colarte y quedarte con lo que era para mí?

Se me oprime el pecho, pero me obligo a sostener su mirada. Quiero recordarle que nada de esto fue idea mía, que no fui yo quien se casó con un miembro de la Bratva.

Pero ¿de qué serviría eso? Ella no está enfadada *conmigo*... bueno, sí lo está, pero yo solo soy el blanco más cercano a su dolor y su miedo. Daño colateral.

—Siento que te sientas así —digo finalmente, aunque mi pulso late con fuerza en mi garganta.

Sus fosas nasales se dilatan y, por un segundo, creo que podría llegar a golpearme la cuchara de la mano. En cambio, da media vuelta y sale furiosa de la cocina, haciendo sonar furiosamente los tacones.

El silencio que deja tras de sí es denso y amargo. Miro la salsa que hierve a fuego lento en la sartén. Pensé que invitarla a entrar podría ayudar, pero lo único que hice fue avivar su ira. Y ahora, en lugar de paz, solo hay la incómoda certeza de que he empeorado las cosas.

Realmente necesito un respiro de todo esto.

Cuando Petyr llegue a casa, le sugeriré que nos quedemos en la ciudad unos días. Dios sabe que a los dos nos vendría bien un descanso, y tal vez un poco de distancia de Kira evite que las paredes se nos echen encima. Puedo usar la comida con Jemma como la excusa perfecta, cobrar esa promesa que le envié por mensaje antes. Un poco de normalidad con mi mejor amiga, un poco de espacio lejos de esta casa asfixiante, y tal vez me sienta menos como si me estuvieran midiendo, observando y encontrando deficiencias constantemente.

Ya me imagino cómo se lo diré: con naturalidad, como si no fuera gran cosa. *Oye, Petyr, ¿no sería divertido pasar un par de noches en la ciudad? De todos modos, los hoteles tienen mejores sábanas.* Algo ligero, quizá con una sonrisa para que no note la desesperación que hay detrás.

Porque *es* desesperación: empiezo a sentir que si no salgo pronto, aunque sea solo por unos días, podría llegar a gritar. Esta vez, un museo tampoco será suficiente.

Camino de la cocina a la encimera y viceversa, secándome las palmas de las manos inútilmente con el paño de cocina. Me duele el estómago por los nervios.

¿Estará de acuerdo? Es difícil de decir. Le gusta controlar, tenerme a salvo donde pueda vigilarme. Pero hoy ya me ha demostrado que si

pido lo que quiero, si lo planteo de la manera adecuada, a veces me sorprende. Quizá incluso le guste la idea de un cambio de aires.

Y si no... Bueno, tendré que recordarle que una esposa inquieta y agitada no es precisamente el mejor entorno para concebir un heredero.

La idea de una pequeña escapada sola hace que mis hombros se relajen un poco, aunque no dura mucho. Remuevo la salsa, pero mi mano tiembla, traicionándome.

Cada vez que repito las palabras de Kira, me duelen más. Me miró como si le hubiera quitado su sitio en la mesa, como si le hubiera robado la silla antes de que pudiera sentarse.

¿Lo peor? Una pequeña voz culpable dentro de mí está de acuerdo con ella.

Yo no pedí esta vida, pero soy yo quien está aquí, removiendo la cena en su cocina, llevando el anillo de su cuñado.

Quizás eso me convierte en una ladrona después de todo.

41

PETYR

El nombre de Lev aparece en mi teléfono y deslizo el dedo para responder. —¿Qué?

—Los tenemos —dice Lev con voz enérgica—. A los que atacaron el camión. Acaban de traerlos. Están en el almacén sur.

Me enderezo en la silla y se me cae el bolígrafo de la mano. —¿Vivos?

—Por ahora.

Eso es todo lo que necesito saber. —Estaré allí en veinte minutos —Cuelgo antes de que pueda decir nada más.

El trayecto por la ciudad es lo suficientemente largo como para dar vueltas a mis propios pensamientos. Contemplo las luces borrosas de los faros, el rugido del motor contrasta con el silencio que hay dentro de mí.

Debería sentirme satisfecho. Por fin tenemos a los cabrones que me robaron. Pero lo que siento no es satisfacción. Es *rabia*, enroscada, porque se atrevieron a cruzarse en mi camino. Porque mis hombres

fueron tan descuidados como para permitir que eso sucediera. Porque Mikhael sin duda tendrá algo que decir al respecto.

Cuando entro en el almacén, Lev e Iván están esperando, y, por supuesto, Mikhael está apoyado contra una viga de acero con esa mirada en su rostro. Como si ya hubiera escrito el final de esta historia y yo estuviera demasiado ciego para verlo.

—Estaban escondidos en un viejo garaje a las afueras de la ciudad —explica Lev—. No opusieron mucha resistencia.

—Idiotas —gruñe Iván—. Los trajimos rápidamente. Nadie los vio.

—Rápido, claro —dice Mikhael con sarcasmo—. Si llamas "rápido" a semanas corriendo como pollos sin cabeza, entonces sí, por supuesto.

—Déjalo ya, Mikh —gruño—. No estoy de humor.

Parece que quiere seguir con sus sarcasmos, pero lo piensa mejor. En cambio, cambia de tema con suavidad—: Anatoli se enterará de todos modos. Las noticias vuelan. Te hará quedar como un descuidado por haber dejado que las cosas llegaran tan lejos.

Aprieto la mandíbula. —Oirá lo que yo quiera que oiga.

Mikhael sonríe con poca convicción, pero lo ignoro y me vuelvo hacia los dos hombres atados a sillas en el centro de la habitación. Uno ya está sangrando por el trabajo inicial de Lev, con el labio partido y los ojos hinchados. El otro parece demasiado joven para que su vida termine aquí.

Pero ese no es mi problema.

Ambos eligieron su bando en esta guerra. No es culpa mía que eligieran mal.

Me quito la chaqueta. La cuelgo cuidadosamente en un gancho. Me remango las mangas. Camino despacio, deliberadamente, dejando que me vean, dejando que el miedo se apodere de ellos.

—Bueno —digo en voz baja—. ¿De quién fue la idea?

Permanecen en silencio. Me agacho frente al que tiene el labio sangrando. —¿Fue una orden de Anatoli? ¿O se sentían valientes?

Escupe sangre sobre mis botas.

Sonrío sin humor. —Respuesta incorrecta.

Cojo la palanca del banco de trabajo, siento su peso en la mano y se la clavo en la espinilla. El crujido es seco, su grito aún más.

No me inmuto. El sonido ya no me repugna. Después de las primeras cien veces, empiezas a perder la noción de cómo suena un humano moribundo. Todo lo que me recuerda el dolor de este hombre es lo que significa tener el control.

—El siguiente —suspiro, pasando al otro. Ya está temblando—. Tú. Dime quién dio la orden.

Este no parece tener un corazón de león. Por eso lo dejé para el final. Por eso dejé que observara.

—¡Anatoli! —exclama, como era de esperar, sacudiendo la cabeza con tanta fuerza que creo que se le va a caer—. Fue Anatoli, dijo... dijo...

—Gracias. Eso es todo —Dejo caer la palanca con un ruido metálico. La verdad ha salido a la luz. No necesito más—. Es hora de tu recompensa.

Saco mi pistola. Sin dudarlo. Un disparo, luego otro, y otro más. Los dos hombres se desploman hacia delante, con la cabeza colgando. Los ecos se desvanecen, dejando solo el silencio ensordecedor de la muerte.

—Limpien esto —ordeno—. Y envíen sus cabezas a Anatoli. Que vea cómo respondo cuando alguien pone las manos en lo que es mío.

Nadie discute. Ni siquiera Mikhael. Por una vez, se queda en silencio.

Pero el silencio no es sinónimo de victoria. Porque en lo más profundo de mi ser, sé que Anatoli no se asustará tan fácilmente. Ha visto mucha violencia. No se asustará porque le haya enviado dos matones de baja categoría en una caja de regalo.

Justo en ese momento, Iván carraspea. —No estoy seguro de que sea una buena idea, Petyr.

—Tomo nota de tu objeción.

—Al menos consigue algunos aliados —insiste—. Los Sidorov todavía te necesitan. No pueden valerse por sí mismos. Si se rinden, el poder de Anatoli se duplicará de la noche a la mañana. Necesitamos una alianza fuerte tanto como ellos.

Tiene razón, aunque no quiera oírlo. A pesar del desastre que supuso mi boda, no me arrepiento de no haberme casado con la malcriada hija de Boris. Si acaso, le doy gracias al destino por haberme dado a Sima en su lugar.

Pero la guerra con los Danilo es ahora inevitable. ¿Y entonces qué? ¿Me perdonará por lo que estoy a punto de hacerle a su familia? ¿Se quedará cuando vea que voy a acabar con cualquiera que sea tan tonto como para enfrentarse a mí, sean o no parientes?

¿Y debería importarme algo de eso?

Quiero decir que no. Pero en el fondo, ya sé la respuesta. Sé que no me corresponde a mí decidirlo.

Porque ya lo hago.

Tengo demasiado que proteger. Demasiado que no puedo permitirme perder.

Pienso en Kira. Su risa frágil, sus ojos vacíos mientras Dimitri se consume en esa cama de hospital. ¿Qué le pasará a Sima si caigo como mi hermano? Mikhael se haría con la corona del *pakhan* sin pensárselo dos veces, y que Dios la ayude si alguna vez se da cuenta de quién es ella en realidad.

La idea se me revuelve en el estómago. No. No puedo permitir que eso suceda. Ella necesita protección. Yo necesito la victoria. Y para ganar esta guerra, necesitaré aliados, me guste o no.

Me dirijo a Iván con voz firme. —Concierta una reunión con Boris. Es hora de recordar a todos de quién es esta ciudad.

42

PETYR

El viaje a casa es un infierno. No puedo sacarla de mi cabeza. Ni la forma en que se ríe de mí cuando estoy demasiado serio, ni la forma en que me mira cuando está debajo de mí, sonrojada y temblorosa, ni los momentos de silencio en los que se olvida de protegerse. Todo ello se revuelve en mi pecho como ácido.

Se irá. Ese es el trato. Mi brillante idea. Un día, saldrá de mi casa, de mi cama, y se supone que debo dejarla ir. Como si eso no fuera a destrozarme.

—¡Maldita sea!

Mi puño golpea el volante. La bocina suena y un par de transeúntes se vuelven con miradas interrogantes, pero no les presto ninguna atención.

El semáforo se pone en verde. Las calles se difuminan, las luces se funden unas con otras. La veo en cada reflejo, en cada sombra. Ella con otro hombre. Algún cabrón sin rostro que le pone la mano encima, haciéndola sonreír como me sonríe a mí. Aprieto la mandíbula con tanta fuerza que me duele. Solo con pensarlo, me invade una rabia que no puedo controlar.

Me paso la mano por la cara, forzando el aire a entrar en mis pulmones, pero no me calma. Solo me recuerda lo jodido que estoy. Esto no debía pasar. Ella no debía importarme.

¿Y ahora? Ella es en lo único en lo que pienso.

Cuando llego a la casa, siento que la sangre me hierve. Abro la puerta de un empujón antes de que el coche se detenga y subo los escalones con paso firme. Cada zancada es tensa, controlada, como si decidiera detenerme entonces explotaría.

La puerta del dormitorio está entreabierta. Una franja de suave luz de lámpara se derrama en el pasillo.

La empujo para abrirla.

Y ahí está ella. Acurrucada bajo las sábanas, con el pelo esparcido por la almohada, los labios entreabiertos. Durmiendo como si el mundo no pudiera tocarla. Se me oprime el pecho y aprieto los puños a los lados.

Tan pequeña. Tan frágil. Y es *mía*.

Lo sepa o no.

Mientras estoy allí de pie, la furia que siento en mi interior muta en algo más pesado. Le prometí libertad. Se supone que algún día debo dejarla marchar. Pero al verla respirar, tan cerca que podría estirar la mano y tocarle la columna vertebral, sé la verdad.

No creo que sea capaz de dejarla marchar jamás.

Retiro las sábanas y el calor de su piel me atrae como una droga. No la despierto con suavidad; la reclamo, con mi boca caliente e insistente contra la suya hasta que se mueve con un sonido de sorpresa. Sus ojos se abren, confusos, y no le doy la oportunidad de preguntar por qué. La necesito demasiado.

—¿Petyr...?

Mis manos vagan, urgentes, despojándola de las finas capas que lleva como barreras. La tela cae, inútil, hasta que queda desnuda ante mí, con todas sus suaves curvas y líneas vulnerables.

La volteo con facilidad, presionándola contra el colchón antes de tirar de sus caderas hacia atrás, con dedos posesivos clavándose en su piel.

Jadea. El sonido alimenta el fuego que me ha estado consumiendo toda la noche. Le abro las piernas, libero mi polla a través de la cremallera y la penetro con una fuerza que no deja lugar a dudas. Su respiración se entrecorta y luego se convierte en un gemido cuando me recibe con el mismo deseo, como si necesitara la rudeza tanto como yo.

—Petyr —gime, con la voz amortiguada contra la almohada, las manos agarradas a las sábanas como si fueran lo único que la mantiene sujeta.

—Más fuerte —le ordeno, empujando con más fuerza, deslizando mi mano por su espalda hasta poder agarrarle el pelo y echarle la cabeza hacia atrás—. Quiero oírte.

Su grito llena la habitación, agudo e indefenso, y eso solo me excita más. Mi pulgar se desliza entre sus nalgas, presionando contra el estrecho anillo que hay allí. Ella se tensa al instante, y un jadeo entrecortado se escapa de sus labios.

—Relájate —le digo con voz ronca—. Cada parte de ti me pertenece.

—Dios... —se estremece, mordiéndose el labio hasta que le vuelvo a tirar del pelo, obligándola a abrir la boca—. Sí. Tuya. Solo... No pares.

La forma en que lo dice, desesperada y destrozada, me oprime el pecho. Presiono mi pulgar con más fuerza, haciendo círculos lentos hasta que siento que empieza a abrirse para mí.

—Eso es —gruño—. Llévame a todas partes, *lisichka*. Eres mía hasta la médula.

Ella asiente frenéticamente, empujándome hacia atrás, el sonido de sus gritos mezclándose con el golpe de la piel. Me inclino hacia atrás lo suficiente para coger el lubricante de la mesita de noche, manteniendo una mano en su cadera para que no pueda escabullirse.

—No te muevas —le advierto—. Si me desobedeces, volveré a empezar. ¿Entendido?

—Sí —susurra, temblando, pero obediente.

La confianza en su voz, frágil pero real, me desgarra por dentro, incluso cuando la lujuria se intensifica. Me unto los dedos, deslizo uno lento y deliberadamente contra su pequeño y apretado ano, todo ello mientras me mantengo profundamente enterrado dentro de ella.

Ella solloza, retorciéndose, pero yo la mantengo firme, besándole la parte posterior del hombro.

—Buena chica —le susurro, más suave esta vez, pero no menos posesivo—. Lo aguantarás por mí. Me lo darás todo.

Le doy un beso entre los omóplatos, respirando con dificultad, tratando de controlar la ferocidad que quiere desgarrarme. A pesar de la necesidad desesperada que me araña por dentro de poseerla por completo, me obligo a ir más despacio, a tener cuidado.

Mis dedos trabajan metódicamente, untados con lubricante, girando en círculos, abriéndola poco a poco. Ella gime, agarrándose a las sábanas, y cada sonido me atraviesa el cuerpo.

—Respira para mí —le susurro, con la voz cargada de contención—. Te tengo.

Su cuerpo cede gradualmente y, cuando finalmente la penetro por detrás, aprieto los dientes para contener la intensa emoción. Está

estrecha, caliente, me envuelve de una forma que casi me hace perder el control allí mismo. Me quedo quieto, luchando por mantener el control, dándole el tiempo que necesita para adaptarse. Mis palmas acarician sus costados, estabilizándola.

Ella se inclina hacia mí con un pequeño gemido desesperado. —Petyr...

Eso es todo lo que hace falta. Empiezo a moverme, lento al principio, deliberadamente. Cada embestida me empuja más profundamente, su cuerpo moldeándose a mi alrededor hasta que llora en la almohada, temblando bajo la presión. Aumento el ritmo, mis caderas se mueven con más fuerza, más rápido, *más.*

Sus gemidos aumentan y aumentan. Me inclino hacia delante, deslizando una mano entre sus muslos para encontrar su clítoris.

La reacción es instantánea. Su espalda se arquea, un grito ahogado se escapa de su garganta mientras la trabajo con precisión despiadada.

—Córrete para mí —gruño, la orden entrecortada por mi propio desmoronamiento—. Ahora. Quiero sentirte.

Ella se derrumba. La sensación me arrastra al límite con ella, y empujo profundamente una última vez mientras todo dentro de mí se desata. El mundo se reduce al latido de ella, al agarre de su cuerpo, al sonido de sus gritos debajo de mí.

Me derrumbo hacia delante, con el pecho presionado contra su espalda, ambos temblando, sudorosos y en carne viva. Mi mano permanece en su cadera, sin querer soltarla, incluso cuando las réplicas me dejan sin aliento.

Dentro de ella, a su alrededor, me siento completo de una manera que no puedo expresar con palabras.

Y sé, con brutal certeza, que nunca querré dejar de reclamarla así.

43

SIMA

El día de mi cita para almorzar con Jemma, estoy muy nerviosa.

Mi nerviosismo comienza incluso antes de salir por la puerta. El ático me parece un refugio seguro, uno del que no estoy segura de estar preparada para salir sola. Aunque no estaré sola, Luka también estará allí.

Pero Petyr no estará.

Intento silenciar esa voz en mi cabeza. Me alegro de ver por fin a Jemma. Solo de pensarlo, siento un gran alivio en el pecho. Una parte de mi antigua vida, una parte de *mí,* esperando en nuestra mesa favorita de la cafetería como si nada de esto hubiera pasado.

Pero sigo sintiendo un nudo en el estómago. En parte es por la emoción, pero el resto... aún no quiero nombrarlo.

No me siento preparada. La ausencia de Petyr me atormenta en los momentos más inesperados, haciéndome añorarlo incluso cuando no hay motivo para quererlo allí.

¿Echando una siesta? Quiero a Petyr.

¿Tomando una taza de té? Quiero a Petyr.

¿Veo History Channel After Dark en un intento desesperado por mantenerme despierta durante las ridículas horas de oficina de Petyr? *Quiero a Petyr.*

Nunca he sido una persona dependiente, pero Dios, si no me estoy convirtiendo en la adolescente que nunca pude ser.

Solo estoy cansada. Eso es lo que me repito a mí misma mientras me meto en el coche. Hacer bebés es un trabajo duro. Por eso mi cuerpo se siente tan pesado, como si mis huesos estuvieran hechos de sacos de arena. Simplemente no he dormido lo suficiente.

Luka me lleva al otro lado de la ciudad sin decir una palabra. Ya estoy acostumbrada, así que no espero que lo haga. Pero por el tamborileo de sus dedos sobre el volante, me doy cuenta de que mi sola presencia probablemente le esté causando una úlcera por estrés. Cuando todo esto termine, pagaré discretamente sus facturas del hospital.

La idea de que todo termine me sumerge de nuevo en la melancolía. Estoy deseando quedarme embarazada, pero, en cierto modo, también me da miedo.

Porque significará que estoy mucho más cerca de la meta.

Y no estoy tan segura de querer cruzarla.

Por fin, Luka se detiene frente a la cafetería. Es curioso cómo los lugares de aparcamiento parecen liberarse por sí solos cada vez que llega un coche de la Bratva, incluso en plena hora punta. ¿Debería investigar eso el canal History Channel? ¿Pirámides voladoras, Pie Grande y ahora misteriosos lugares de aparcamiento libres?

Entonces Luka también empieza a salir y mi pánico se intensifica. —¿Vienes?

—¿Tengo… que hacerlo? —responde, de alguna manera más confundido que yo.

Junto las manos en señal de súplica. —Por favor, Luka. Por favor, por favor, tómate tu hora de almuerzo. Lo último que necesito es que Jemma te vea en la puerta y piense que tengo un guardaespaldas siguiéndome.

—Tú *sí* tienes un guardaespaldas siguiéndote —dice frunciendo el ceño—. Y yo no tengo hora de almuerzo.

—Entonces te conseguiré un contacto en el sindicato. Pero primero, ¿por favoooor? —Le pongo mi mejor mirada de cachorro abandonado—. No quiero que Jemma piense que soy la esposa de un mafioso.

—Pero *eres* la...

—¡No necesita saberlo! —Miro a mi alrededor con pánico para ver si Jemma está cerca. Lo último que necesito es que escuche alguna información crucial que la ponga en una situación incómoda en su próxima recepción de boda—. ¿Por favor? ¿Por mí?

Algo cambia en la expresión de Luka. Me gustaría decir que es amabilidad, pero parece más bien el comienzo de un ataque de pánico. En cualquier caso, aceptaré lo que me dé.

—Está bien. Estaré en el coche.

¡Sí! ¡Victoria!

—Que Dios te bendiga —susurro—. Te traeré un bollo danés.

—En realidad soy celíaco...

Pero ya estoy demasiado lejos para oírlo.

La luz dentro de la cafetería es mucho más cálida que fuera. Veo a Jemma en nuestra mesa habitual, estirando el cuello y haciéndome señas para que me acerque, como si llevara esperando una década y media.

Se me encoge el pecho. *Dios, la echaba de menos.*

Cuando llego a la mesa, se levanta de la silla antes de que pueda pestañear. —¡SAMMI!

Su abrazo es un estrangulamiento de familiaridad, el aroma del café y la vainilla se aferra a su cabello. Por un segundo, casi lloro.

—Chica —dice, apartándome para mirarme a la cara—, estaba literalmente a dos pasos de enviar un informe de personas desaparecidas. Otra vez.

Me río, demasiado aguda y nerviosa para engañarla. —No pasa nada. Solo llegué tarde. Por favor, borra el 911 de la marcación rápida.

Entrecierra los ojos como si no se lo creyera, pero me deja sentarme en la mesa frente a ella. —Solo si empiezas a contarlo todo. La verdad, no esa versión edulcorada que me contaste en la oficina.

—¿Podemos pedir té de verdad primero? ¿O café? ¿O cualquier cosa con una cantidad exagerada de azúcar?

Llama a un camarero. —No hace falta que me lo repitas.

Hacemos nuestros pedidos. Ella pide un chai sucio, su bebida favorita. Yo opto por mi café habitual, pero con tres terrones de azúcar y doble ración de nata. Jemma me mira con curiosidad, pero no insiste.

Y como estoy demasiado nerviosa para recordar la historia que se me ocurrió para encubrirme, cambio de tema. —Empieza tú —le digo con una confianza que es cien por cien falsa—. Siento como si no te hubiera visto en mucho tiempo. ¿Qué tal te va la vida?

Sus ojos se iluminan. —Bueno, no te vas a creer esta mierda...

Se lanza a contar una historia tras otra. La increíble idiotez de Bob en el trabajo, una cita que salió tan mal que parece el argumento de una comedia de los 90, el gato de su vecino que se cuela en su armario para hacer pis.

Durante unos minutos, me dejo llevar, arrullada por la ilusión de que vuelvo a ser yo misma. Sin un pasado secreto, sin un marido de la Bratva, sin mentiras asfixiantes.

Y entonces llega, tan inevitable como la factura. Se inclina hacia mí, con los ojos agudos y brillantes, como si acabara de oler oro. —Bueno, ¿qué tal la vida de casada?

Me obligo a reír, removiendo lo que queda de mi café. —Está... bien.

—¿Solo "bien"? —Las cejas de Jemma se mueven como si volviera a estar en décimo curso—. Tienes que darme más, chica. Si no, voy a empezar a inventarme canciones.

—Por favor, nada de canciones.

—Sammi y Petyr, sentados en un árbol, B-E-S-A…

—¡Bien, bien! —Levanto las manos en señal de rendición—. Está bien, hablaré.

Se apoya en los codos, esperando.

Y espera.

Y espera...

Intento pensar en algo, cualquier cosa lo suficientemente inofensiva como para contárselo. Algo verdadero y seguro al mismo tiempo, aunque esas dos palabras casi nunca han estado juntas en una misma frase para mí.

Pero mi cerebro me traiciona, desplegando imágenes de Petyr en situaciones totalmente *inseguras*.

Su boca, caliente contra mi piel.

Sus ojos, que me taladran.

La forma en que me sujetó hace unas noches, con rudeza y exigencia, hasta que me derrumbé bajo él.

Siento un calor repentino en el cuello. Agacho la cabeza, deseando que la mesa me trague por completo. Pero el daño ya está hecho: Jemma lo ha visto. Como un sabueso, se fija en su rastro.

—*Dios* mío —exclama, señalándome—. Te estás sonrojando. De verdad te estás sonrojando.

Me atraganto con el sorbo y toso. —*No* es verdad.

—Sí que lo estás.

¿Qué tienes, doce años? Quiero decir, pero solo puedo pensar en esa noche. Me sorprendió, pero... no de mala manera. Definitivamente, no de mala manera.

Quiero volver a hacerlo. El pensamiento me pilla desprevenida. Es cierto que no es la forma más eficaz de concebir, pero...

Me encantó.

Jemma también debe de darse cuenta, porque no ceja en su empeño. —Estás *tan* enamorada, chica.

—¿Qué? —me enderezo—. No, no lo estoy.

—Mm. Sigue diciéndote eso.

—Lo digo en serio —insisto, pero mi voz se quiebra, traicionándome.

—Ajá —dice Jemma, sin impresionarse—. Y, sin embargo, aquí estás, con aspecto de alguien que acaba de bajar cojeando a desayunar desde su suite de luna de miel. No me discutas. Estás radiante.

Gruño, cubriéndome la cara con las manos. —Eres imposible.

—Y tú tienes la cara como una plancha caliente, así que ¿quién es peor?

Yo. Definitivamente yo.

Jemma se recuesta, sonriendo maliciosamente. —Sabes, siempre has sido la persona menos romántica que he conocido. La

organizadora de bodas que juró que nunca se casaría. Hicimos una porra en la oficina. Yo tenía la mirada puesta en un romance tardío, pero tú tenías que ir y encontrarte un marido guapo y rico al que, al parecer, realmente amas.

—Yo no...

—No es cursi admitir que amas a tu marido, Sam. Te casaste con él. De la forma más dramática posible, debo añadir.

Pongo los ojos en blanco y escondo la cara detrás de una taza vacía. —No fue *tan* dramático —murmuro.

—Oh, por favor. Si hubiera habido fuegos artificiales, palomas y una obertura de Broadway, aún así no habría estado por encima de ti.

—Jem.

—Aunque tu marido aparentemente vive encima de...

—¡JEM!

Jemma empieza a reírse como una loca. Me tapo la cara con las manos, preguntándome si Luka usará su arma de servicio para dispararme si se lo pido muy amablemente.

Me doy cuenta de que mi corazón está acelerado. *No puedo parar, no voy a parar,* es lo que dice.

Entonces me asalta una horrible duda. ¿Podría Jemma tener... *razón?*

¿Estoy realmente enamorada de Petyr?

No puedo estar enamorada de él. Es el *pakhan* de la Bratva Gubarev, los enemigos acérrimos de mi familia. Me secuestró y me chantajeó, y solo llegó a un acuerdo mutuamente beneficioso porque no quería que siguiera intentando escapar de su espeluznante mansión de los horrores.

Pero luego pienso en su otra faceta. El hombre amable, cariñoso y, en ocasiones, nerd que he llegado a conocer durante estas largas semanas juntos. Pienso en cómo se me expande el pecho al recordar su rara risa, la calidez que se apodera de mi cuerpo cuando recuerdo sus manos sobre mí. La extraña seguridad que siento en sus brazos, una sensación que nunca había experimentado. Ni en la casa de mi familia, ni una sola vez en los doce años que llevo huyendo.

Jemma debe de ver algo en mi rostro, porque gruñe y me señala con la cuchara. —No me digas que te he sumido en una crisis existencial.

—Quizás un poco —murmuro, intentando sonreír.

—Vamos. No hace falta que te hagas la dura —Se inclina y me coge la mano—. Te casaste y te gustó. ¿Y qué? Yo no te lo voy a reprochar. Nadie lo hará. Bueno, quizá Bob.

—Sin duda Bob.

—Sí, se enfadó mucho cuando vio tu renuncia. He oído que fue a tu casa e intentó derribar la puerta para exigirte las dos semanas de preaviso, pero no te encontró por ninguna parte.

—Vaya.

—Sí. En fin —Me mira fijamente a los ojos—. No estás atada a tu pasado, Sammi. Quienquiera que fueras, no tienes por qué seguir siendo así el resto de tu vida. Tienes derecho a cambiar.

Se me llenan los ojos de lágrimas. No tiene ni idea de lo mucho que significan esas palabras para mí. Jemma no sabe nada de mi pasado, pero todo lo que acaba de decir me llega al alma. La chica que solía ser y la mujer que soy hoy son muy diferentes. A veces, pensar en ello me produce un shock.

Sima Danilo. Sammi Banks. Dos mitades de mi vida que he intentado por todos los medios mantener separadas.

¿Y si las fusionara en alguien nuevo? ¿Una persona de la que realmente pueda estar orgullosa?

¿Una persona que pueda *ser?*

Pero entonces recuerdo a Dimitri, conectado a todas esas máquinas. Recuerdo que Petyr ahora no tiene padre por culpa de lo que hizo el mío.

No hay forma de que pueda reconciliarme con eso.

De ninguna manera podría enamorarme de él.

Ese pensamiento me persigue durante toda nuestra segunda ronda de copas. A través de la charla de Jemma, a través de cada sonrisa falsa que esbozo. Cuando me levanto para ir al baño, mis nervios están a punto de estallar en cualquier momento.

Me echo agua fría en la cara, agarrándome al lavabo como si pudiera anclarme a algo estable, algo real.

Pero no sirve de nada. Mi reflejo se ve pálido, con los ojos muy abiertos, desgastado hasta la transparencia por el peso de sus propias mentiras.

No estoy enamorada de Petyr. Repito las palabras en silencio para mí misma, esperando que la repetición las convierta en realidad. *No estoy enamorada de Petyr. No estoy enamorada de Petyr.*

No lo estoy...

El olor de mis propias mentiras me sigue de vuelta a la mesa.

Jemma y yo seguimos hablando. Esta vez, dirijo la conversación hacia los negocios. Nuestros planes para el futuro, lo único real con lo que puedo contar.

Cuando nos despedimos con un abrazo, parece que fuéramos dos soldados que regresan a frentes opuestos. Dramático, sin duda, pero ¿cuándo no lo somos?

—Prométeme que volveremos a hacerlo —dice Jemma entre sollozos —. Pero no como la gente que dice "deberíamos volver a hacerlo" y luego nunca llama por teléfono. Nosotras lo haremos de verdad. ¿De acuerdo?

—Vale —susurro con los ojos llorosos—. A mí también me gustaría.

Cuando por fin salgo al pasillo, el perfume de Jemma sigue impregnando mis fosas nasales.

Y entonces se me corta la respiración.

Cabello rubio. Ojos azules. Una cicatriz en la mejilla derecha, fina pero visible.

Es Maksim.

Mi hermano menor.

44

SIMA

El tiempo se detiene.

Maksim está en la puerta, con aspecto perdido. Su rostro juvenil es ahora más afilado, mucho más viejo de lo que recuerdo, pero el brillo de sus ojos es el mismo. La cicatriz en la mejilla también, inconfundible.

Innumerables preguntas se agolpan en mi mente mientras miro al hombre que una vez fue mi hermano pequeño.

¿Qué hace Maksim aquí? ¿Cómo ha encontrado este pequeño y remoto café, tan lejos del territorio de nuestra familia? ¿Por qué nos encontramos hoy, después de doce años sin vernos?

¿Por qué aquí? ¿Por qué ahora?

Está aquí por ti, me susurra una vocecita en la cabeza. Quiero ignorarla, pero después de años viviendo con miedo y paranoia, me cuesta pensar que algo así sea una coincidencia.

Verlo me produce una sacudida, a partes iguales de reconocimiento y temor. Por un instante, vuelvo a tener doce años, robando barritas de caramelo y riéndome hasta que me duele el estómago.

Entonces la realidad me golpea: mi hermano pequeño está aquí, en el territorio de Petyr, un adulto con un traje planchado y un evidente bulto de pistola en el costado, y nada de esto es ya inocente.

Nuestras miradas se cruzan.

Yo lo veo.

Él me ve.

No puedo apartar la mirada. Como si fuera un accidente de tren, soy incapaz de detener lo que está a punto de suceder.

—¿...Sima?

El pánico me invade como una ola helada. Me roba el aliento y paraliza mi cuerpo. No puedo moverme, no puedo pensar. El pasillo de la cafetería se encoge a mi alrededor, atrapándome entre el pasado que creía haber enterrado y el presente del que no puedo escapar.

Pero todos mis instintos me dicen que corra, así que lo hago.

Al menos, lo intento. Me giro para alejarme, pero él es más rápido. Su mano se extiende y me agarra con fuerza del brazo. No con crueldad, pero con la firmeza suficiente para inmovilizarme.

—Sima —su voz es un susurro ronco de incredulidad—. *Eres* tú.

—Maksim... —Mi garganta se cierra al pronunciar su nombre. No debería decirlo en voz alta, ni siquiera debería permitirme saborear las sílabas, pero ya es demasiado tarde.

Estúpida.

Estúpida, estúpida, estúpida.

Debería haber fingido ignorancia. Haber fingido que no tenía ni idea de quién era, ni de lo que significaba el nombre "Sima". Haber respondido en francés, *en cualquier idioma.*

En cambio, como una idiota, pronuncié su nombre.

Y ahora lo sabe.

—Yo... yo pasaba por aquí —Sus ojos escudriñan mi rostro como si intentara relacionarlo con la chica que conocía. Me parte el corazón verlo. Ver cómo las consecuencias de mis actos retuercen el rostro de mi hermano con dolor—. Te vi en la ventana y pensé... pensé: "No puede ser".

—Maks, por favor.

Pero él sigue hablando, como en trance. —Te enterramos. Mamá y papá creen que estás muerta.

—Bien —respondo secamente—. Que sigan creyéndolo.

El rostro de mi hermano cambia. La sorpresa sustituye al alivio. —¿De qué demonios estás hablando?

Mi mirada se dispara a mi alrededor. La gente empieza a mirar. —Maks, por favor, vamos a otro sitio.

—Estoy de acuerdo —Aprieta la mandíbula—. Te vienes a casa.

Empieza a arrastrarme hacia la salida, pero de alguna manera me resisto. —¿Quieres parar un segundo y *escucharme?*

—¿Escuchar qué? —Sus ojos se vuelven duros—. Estás viva. Y ahora me dices que no quieres que nuestros padres lo sepan. Llevan más de una década llorando tu pérdida, Sim. ¿Tienes idea de lo que eso les ha hecho pasar? ¿Y a mí?

La culpa me invade. He vivido con esa culpa toda mi vida, pero oírlo todo expuesto ante mí de esta manera... No puedo soportarlo. No ahora, con tanto en juego.

—No era mi intención que eso sucediera —digo con sinceridad.

—¡Entonces, ¿por qué coño huiste?

De repente, me doy cuenta de que estamos justo frente a la ventana. El coche de Petyr está aparcado justo afuera, con Luka al volante.

Si ve a Maksim, lo reconocerá al instante. No verá más que una amenaza. Y entonces...

Le hará a mi hermano lo que mi familia le hizo a la de Petyr.

No. No puedo permitir que eso suceda. No puedo ver cómo disparan a Maksim delante de mí. Sea Bratva o no, sigue siendo mi hermano pequeño.

Y tengo que protegerlo.

—Olvídame, Maks. —Mi voz tiembla a pesar de mis intentos por mantenerla firme—. Haz como si esto nunca hubiera pasado.

—No puedo hacerlo, Sim. —Su agarre se endurece ligeramente—. Solo vuelve a casa. Explícame lo que ha pasado y te ayudaré a contárselo a mamá y papá...

—No quiero decírselo a papá —digo—. No puedo, Maks. Por favor, no me obligues.

No tengo ni idea de lo que Maksim entiende por esas palabras, pero mencionar a nuestro padre nunca es algo neutro en nuestra familia. Siempre significa algo cuando se le incluye en una conversación.

Mi corazón late tan fuerte que juraría que puedo sentirlo a través de la manga. Si Maksim decide usar la fuerza, puede que Luka no sea suficiente para salvarme. Volveré a estar bajo ese techo, con mi madre, que es solo una sombra de lo que fue, y mi padre, que es un monstruo, y me casarán en menos de una semana.

—Por favor —repito, mirando fijamente a Maksim, deseando que me entienda—. Vete. Ahora mismo. Si alguna vez te importé, fingirás que nunca me has visto.

Me mira como si lo hubiera abofeteado. Abre y cierra la boca sin poder articular palabra.

Interpreto esa vacilación como piedad y libero mi brazo. Mis piernas se mueven antes de que mi cerebro se dé cuenta, llevándome por el pasillo y fuera de la puerta.

El aire frío me golpea cuando salgo a la calle. Veo a Luka inmediatamente, sentado detrás del parabrisas tintado. Se endereza cuando me ve y guarda el teléfono.

Abro la puerta trasera de un tirón y me deslizo en el asiento trasero. —Vamos.

—¿Todo bien, señora? —Luka entrecierra los ojos—. No tienes muy buen aspecto.

—Sí —miento. No es mi mentira más convincente hasta ahora, pero en el estado en que me encuentro, tendrá que bastar—. Es solo que no me encuentro bien. Necesito tumbarme un rato. Llévame a casa, por favor.

Luka me estudia durante un largo rato, como si intentara despegar mi piel y ver lo que hay debajo. Sin embargo, no parece gustarle más que a mí.

—Problemas de mujeres —añado, abrazándome el vientre—. Calambres. Muy fuertes.

De repente, las mejillas de Luka se tiñen de un intenso color carmesí. Desvía la mirada de la mía como si fuera una patata caliente del espejo retrovisor. —Entendido —murmura, y arranca el motor.

Giro la cara hacia la ventana, deseando que las lágrimas que me pican en los ojos no caigan. Si Luka las ve, empezará a hacerme preguntas otra vez, preguntas que nunca podré responder.

Una vez que se incorpora al tráfico, veo a Maks desde la ventana, cada vez más pequeño en la acera. Rezo para que no haya anotado

la matrícula. Espero con todas mis fuerzas que nunca descubra quién es el propietario del coche que acaba de llevarse a su hermana.

Porque si lo hace, significará la guerra.

45

SIMA

De vuelta en el ático, camino de un lado a otro por el dormitorio.

Mi respiración es superficial y entrecortada, como si acabara de subir corriendo todos los tramos de escaleras del ridículo rascacielos de Petyr. Mi corazón no se calma, demasiado ocupado latiendo con fuerza contra mi caja torácica como si quisiera liberarse. Presiono una mano contra él, pero el estruendo no cesa.

Solo me recuerda la verdad: Maksim me ha visto.

Ahora sabe que estoy viva.

La idea da vueltas y vueltas en mi cabeza. Maksim, mi hermano pequeño, el único en quien he confiado, lo sabe. Y si él lo sabe, es solo cuestión de tiempo que Anatoli lo sepa, que mi padre lo sepa.

Siento un nudo en el pecho, una banda de pánico que me oprime hasta impedirme respirar profundamente.

Me detengo junto a la ventana, agarro la cortina con el puño y contemplo la brillante ciudad que se extiende a mis pies. Durante doce años, he vivido como un fantasma para evitar este momento.

Construí muros, adopté nuevos nombres, enterré a la chica que solía ser tan profundamente que nunca la encontrarían.

Pero Maksim me encontró. Una sola mirada y toda la frágil mentira se derrumbó.

Aprieto los ojos y presiono la frente contra el cristal frío. *Él no se lo diría.* Intento desesperadamente convencerme de eso.

Maksim y yo nos queríamos cuando éramos niños. Yo le pasaba dulces a escondidas cuando papá no miraba, y él me defendía cuando mis otros hermanos se ponían demasiado duros conmigo. Siempre fue mi hermanito pequeño, el único puro en una camada de lobos.

Pero todo eso es pasado. Ya no somos niños. Ahora se ha convertido en uno de *ellos*. El traje, los tatuajes, la pistola... todo en él lo confirma. Y la lealtad a la familia es lo primero, siempre.

Se lo contará a Anatoli. O peor aún, se lo contará directamente a nuestro padre.

Y entonces lo pagaremos caro.

Un temblor me recorre el cuerpo. Clavo las uñas en las palmas de las manos y me apoyo en la pared acristalada para mantenerme en pie.

No es que me aterrorice que mis otros hermanos lo sepan. Por extraño que parezca, ni siquiera es que mi padre lo sepa.

Es que *Petyr* lo descubra así.

¿Qué pensará de mí cuando descubra quién soy? ¿Que la mujer que arrastró a su cama, la mujer que reclamó con tanta vehemencia, lleva la sangre del mayor enemigo de su familia?

Me odiará. Me despreciará. Quizás algo peor.

Las lágrimas calientes me pican en los ojos, pero las contengo y vuelvo a caminar, esta vez más rápido. No puedo permitir que eso

suceda. Tengo que actuar antes.

Tengo que huir.

Pero mi mirada se desvía hacia la cama, desordenada desde esta mañana. Su lado de las sábanas sigue arrugado con la forma de su cuerpo.

Me siento en el borde y toco el espacio donde estaba él. Todos mis instintos me gritan que huya, que desaparezca antes de que la red se cierre. Y, sin embargo, la idea de dejarlo me produce un dolor diferente en el pecho.

Echo la cabeza hacia atrás y susurro en el silencio—: ¿Qué voy a hacer?

Antes de que pueda siquiera pensar en una respuesta, se abre la puerta principal.

El corazón se me sube a la garganta y me pongo de pie de un salto. No estoy preparada para que me vea así. No tengo fuerzas para explicarle nada. O peor aún, para mentir lo suficientemente bien como para convencerlo de que no pasa nada.

La puerta del dormitorio se abre y ahí está él, imponente en el umbral, su presencia llenando el espacio incluso antes de entrar. Su mirada me encuentra al instante. La preocupación agudiza los rasgos de su expresión, suavizando su habitual dureza.

—Luka me ha dicho que no te encontrabas bien. —Su voz es tranquila, pero hay un tono de acero en ella, como si ya se estuviera preparando para luchar contra lo que sea que me haya puesto en este estado.

Respiro hondo para tranquilizarme. Si vacilo aunque sea un segundo, todo saldrá a la luz. La verdad, el miedo, la fea maraña de culpa y anhelo que me atormenta.

Trago saliva y susurro—: Migraña —El sonido es ronco, débil, pero sale—. Yo... tengo migraña.

Se acerca. Sus ojos recorren mi rostro, captando cada espasmo, cada temblor que no puedo ocultar. Tengo las palmas húmedas y apretadas en puños a los lados.

—Una migraña —repite en voz baja. No me llama mentirosa, aunque puedo ver la sospecha acechando detrás de su mirada. En cambio, extiende la mano y me acaricia la sien con los nudillos, con una ligereza como una pluma—. Entonces deberías acostarte.

Las lágrimas amenazan con brotar ante ese suave contacto. Me muerdo con fuerza el interior de la mejilla para contenerlas y asiento, retrocediendo torpemente hacia la cama. Él me observa como un halcón a cada paso que doy.

Cuando me siento en el borde del colchón, se arrodilla frente a mí y pone sus cálidas manos sobre mis piernas. Su cercanía me dificulta respirar y, al mismo tiempo, me lo facilita.

—Yo te cuidaré —dice con firmeza—. Solo dime lo que necesitas.

Lo que necesito es que el pasado no vuelva a invadir mi vida. Que Maksim no me haya visto. Que la verdad permanezca enterrada.

Pero nada de eso es posible, así que asiento en silencio y susurro—: Solo... quédate.

Se levanta para reunirse conmigo y nos acurrucamos en la cama; su brazo rodea mi cintura con firmeza, me atrae hacia su pecho hasta que puedo sentir el ritmo constante de su respiración. Su calor se filtra en mí, me ancla incluso mientras mi mente sigue dando vueltas, con nubes de tormenta chocando en los rincones de mis pensamientos.

—¿Qué quieres ver? —me susurra al oído.

La sencilla pregunta me pilla por sorpresa. Casi siempre elige él, algún documental sangriento, algún episodio brutal de la historia, y yo casi siempre le dejo.

Pero esta noche, con los nervios destrozados y el corazón aún acelerado, quiero algo diferente. Algo más ligero. Algo seguro.

—¿Qué tal... *El joven Frankenstein*?

Petyr se queda quieto un momento. —¿Mel Brooks? ¿En serio?

Esbozo una pequeña sonrisa, fingiendo indiferencia. —Oye, no lo descartes hasta que lo hayas probado.

De repente, quiero contarle más. Quiero contarle cómo Lara y yo solíamos ver todas las películas de Mel Brooks que encontrábamos, cómo nos llevábamos a escondidas los viejos DVD a nuestra habitación y ahogábamos nuestras risas con almohadas, aterrorizadas por si nos descubrían. Quiero contarle que fue una de las últimas cosas que me hicieron sentir normal, a salvo, antes de que ella se casara y yo me quedara sola.

El recuerdo flota en el borde de mis labios, ansioso por salir. Por primera vez, *quiero* compartirlo con él.

Pero entonces la cara de Maksim aparece en mi mente. Su mano agarrándome el brazo, su voz llamándome como si el tiempo no hubiera pasado. El pánico se enrosca caliente y agudo en mi estómago.

Si le cuento a Petyr sobre Lara, sobre lo que solíamos hacer juntas, eso me acercaría demasiado a la verdad que he enterrado. La verdad que podría desentrañar todo.

Así que me trago las palabras, obligándolas a volver al lugar al que pertenecen.

Petyr me estudia, como si supiera que estoy ocultando algo, pero no insiste. Quizás ve las ojeras bajo mis ojos. Quizás simplemente sabe que necesito que lo deje pasar.

Sin decir nada más, busca hasta encontrarlo, pulsa el botón de reproducción y la pantalla se ilumina con ese familiar blanco y negro.

Me abraza con más fuerza, sosteniéndome como si supiera que lo necesito.

La obertura recorre la habitación, arrastrándome brevemente a otra vida. Por un momento, no soy Sima, la novia renuente, ni la hija fugitiva de una familia maldita. Solo soy una chica acurrucada en el sofá con un chico, riendo hasta que nos duele el costado por la brillantez maníaca de Gene Wilder.

Cuando aparece Igor, con su joroba cambiando de lado, Petyr suelta una risa por la nariz. —Eso es absurdo —murmura, pero su boca se curva a pesar suyo.

Sonrío contra su pecho. —¿Qué esperabas? ¿Sutileza?

Más tarde, cuando el nombre de Frau Blücher hace que los caballos relinchen fuera de pantalla, él se ríe en voz alta, sacudiendo la cabeza. —¿En serio? ¿Esa es la broma?

—Sí —digo, sonriendo a pesar del temor que aún se enrosca en mi estómago—. Y es *perfecto*.

Para cuando Gene Wilder grita —¡Está vivo! —con un triunfo exagerado, Petyr ha dicho "Esto es ridículo" no menos de veinticinco veces, pero puedo sentir la risa retumbando en su pecho de todos modos.

Me empapo de esa vibración contra mi espalda, grave y cálida, y mi pecho me duele de una forma que no puedo describir.

Cierro los ojos y dejo que ese sonido me envuelva. El calor de su cuerpo y la presión de su brazo me hacen sentir, aunque solo sea por este pequeño y robado instante, que pertenezco a este lugar. Mientras tenga eso, estoy a salvo.

Así que me aferro a esa ilusión. Me aferro a ella como si pudiera hacer que dure.

Porque en el fondo sé que no puede ser así. Tarde o temprano, esta burbuja estallará. La verdad nos alcanzará.

Pero no ahora. Todavía no. No aquí. No así.

Al menos esta noche estoy a salvo.

46

PETYR

Sima se queda dormida a mi lado, pero yo estoy completamente despierto. Mi brazo permanece rodeando su cintura, mi mano presionada bajo sus costillas para poder sentir cada ligero movimiento de su pecho.

Normalmente, ella lucha contra el sueño y habla hasta que sus palabras se vuelven confusas, lanzando comentarios sarcásticos incluso con los ojos entrecerrados. ¿Esta noche? Nada. Ni una palabra. Solo silencio.

Algo va mal. Lo sé, igual que sé cuándo un trato está a punto de salir mal o cuándo un hombre al otro lado de la mesa miente descaradamente. Mi instinto no miente. Y ahora mismo me está gritando, cada vez más fuerte con cada minuto que paso aquí sentado, escuchando su respiración mientras mis pensamientos se agitan.

Dijo que tenía migraña, pero la he visto soportar dolores de cabeza, agotamiento, todo. Sima no es frágil. No se queda callada así. No se encierra en sí misma y me excluye. El hecho de que no me diga lo que realmente la preocupa es exasperante. Pensé que a estas alturas me había ganado al menos eso.

Excepto que no es así. Ella nunca te dice toda la verdad, ¿recuerdas?

Quiero silenciar esa horrible voz dentro de mí, pero por una vez, no puedo hacer que el mundo haga lo que yo quiero. Porque es la verdad, ¿no? Sima miente. A mí, a sus amigos, a todo el mundo. Miente sobre su pasado, su nombre, quién es.

En algún momento, me dije a mí mismo que eso no importaba. Que yo la veía tal y como era realmente, aunque ella no confiara en mí lo suficiente como para contármelo. Que *eso* era suficiente por el momento.

Ahora, apretando los dientes en la oscuridad de nuestro dormitorio del ático, ya no estoy tan seguro. Porque si ella no quiere compartirlo conmigo, entonces no puedo saber qué pasa ni quién lo ha provocado.

Lo que significa que no puedo castigarlos.

No soy de los que piensan demasiado. En todo caso, soy el menos reflexivo de la familia. Otets nunca dejaba de comentarlo. Soy puro instinto con traje.

Y ahora mismo, ese instinto me dice que alguien ha hecho daño a mi mujer.

¿Fue su amiga? ¿Dijo algo durante el almuerzo? Jemma, así se llama. Sé que Sima confía en ella. Quizás demasiado. Si descubrió la verdad y le dijo a Sima que está metida en un lío, que debería cortar por lo sano y huir, eso explicaría su mal humor.

O tal vez esto no tenga nada que ver con Jemma. Tal vez Sima se esté alejando por su cuenta. Porque no puede olvidar quién soy, *qué* soy. Todo lo que he hecho y todo lo que seguiré haciendo.

Una guerra con su familia ya no es una posibilidad lejana. Es una tormenta que ya se está gestando, y Sima es lo suficientemente inteligente como para oír los truenos antes que nadie.

De repente, mi teléfono vibra contra la mesita de noche. La pantalla se ilumina: tío Iván. Aprieto los dientes, con cuidado de no despertar a Sima, mientras deslizo mi brazo por debajo de ella y me siento.

Respondo en voz baja—: ¿Qué pasa?

La voz ronca de Iván se oye al otro lado de la línea. —He concertado una reunión con Boris. Mañana por la noche. Está desesperado por conseguir apoyo.

Me paso la mano por la cara. —Mañana por la noche —Echo un vistazo a Sima, que duerme con el pelo esparcido sobre la almohada como un halo oscuro—. De acuerdo. No quiero retrasos, Iván. Nos encargamos de ello y se acabó.

—Boris está perdiendo hombres —me recuerda Iván—. Los Danilo los están eliminando. Si no intervenimos, se derrumbará. Y eso nos perjudicará a todos. Ya teme haber perdido el control de sus calles.

Me pellizco el puente de la nariz. Mi pierna no deja de golpear el suelo. —Lo sé. Pero Sima... —Me detengo, apretando la mandíbula. No necesita oír esta parte. Mis preocupaciones por ella no tienen cabida en esta conversación, aunque me estén destrozando por dentro.

Iván espera un momento, como si pudiera oír la vacilación que estoy reprimiendo. —¿Estarás allí?

Exhalo. —Estaré allí. Dile a Lev y a Mikhael que despejen sus agendas. Los quiero conmigo.

—Entendido. —La voz de Iván es seca, eficiente, ya pasando a otra cosa—. Nos veremos en el almacén. Te enviaré los detalles.

—Bien —Cuelgo antes de que pueda decir nada más, antes de que pueda oír el tono de mi voz que delata demasiado.

Miro fijamente el teléfono en mi mano durante un largo momento, luego lo vuelvo a dejar como si pesara más que hace un minuto.

Aprieto los puños contra mis muslos. No quiero dejarla. Pero no tengo el lujo de elegir.

Expulsar a los Danilo de mi territorio es la única forma de garantizar su seguridad. Y si eso significa destrozarlos con mis propias manos, lo haré con mucho gusto.

Si su familia supiera que la tengo, que ahora es mía, intentarían quitármela. Solo pensarlo me hace hervir la sangre, y la furia hierve a fuego lento y constante.

Nadie me quita lo que es mío.

Ni su familia.

Nadie.

47

SIMA

Me despierto sintiéndome como si me hubiera atropellado un camión.

Tengo la cabeza pesada, el estómago revuelto y siento como si todos los huesos de mi cuerpo estuvieran llenos de arena. Normalmente, oigo a Petyr moverse, el sonido de sus zapatos en el suelo, el grifo del baño abierto. O, si no, al menos me despierto cuando me da un beso de despedida.

Pero hoy no. Ya se ha ido, y eso solo me dice lo mal que debo estar.

Me levanto de la cama y arrastro mi cuerpo hasta el baño. El espejo me recibe con un rostro pálido, el pelo revuelto y unos ojos que parecen no haber dormido en días. Atractivo. Justo lo que todo marido mafioso sueña con encontrar al llegar a casa.

Abro la ducha y me meto bajo el chorro caliente, con la esperanza de que me quite el letargo. El calor afloja el nudo de mis hombros, pero no hace nada por el dolor de mi pecho ni por las revueltas de mi estómago.

Me quedo bajo el chorro más tiempo de lo habitual, casi rogándole al agua que me despierte. Mientras me enjabono el pelo con

champú, me doy cuenta de otra cosa.

Me duelen los pechos.

Qué raro. No es el dolor leve habitual que acompaña a mi periodo. Este es diferente, más agudo, casi como moretones que florecen bajo la piel. Hago una mueca de dolor cuando el agua me golpea, frotándome el dolor con el dorso de la mano.

Una nueva oleada de náuseas me recorre el cuerpo, persistente y molesta, y me veo obligada a agarrarme al borde de los azulejos para mantener el equilibrio.

—Genial —murmuro para mí misma—. Justo lo que necesitaba. Una misteriosa plaga estomacal y dolores corporales —Suelto una risa sin humor y luego toso cuando me invade otra oleada de náuseas.

Pero incluso mientras bromeo, la inquietud se apodera de mí. Pechos sensibles. Náuseas. Fatiga. Un recuerdo me viene a la mente: todos los artículos que he leído por encima, todas las historias que me han contado en voz baja las mujeres que conozco.

Mi mente no quiere llegar a eso todavía, pero la posibilidad se instala firmemente de todos modos. Me muerdo el labio y parpadeo para quitarme el agua de los ojos.

Embarazada. Quizás. Posiblemente.

Presiono mi frente contra el azulejo frío, respirando a través del remolino en mi estómago, tratando de no entrar en espiral. Es demasiado pronto para saberlo con certeza. Tal vez sea estrés. Tal vez sea solo un virus. Pero el pensamiento no me deja en paz.

Empiezo a contar, repasando mentalmente las semanas, los días, los fragmentos de memoria. *¿Cuándo fue mi última menstruación?*

He estado tan ocupada con la escuela, con Petyr, con mantenerme a flote, que no he llevado la cuenta. Darme cuenta de ello hace que mi pulso se acelere y mi estómago vuelva a revolverse.

Cierro la ducha, me envuelvo en una toalla y voy descalza al dormitorio. Me tiemblan las manos cuando cojo el teléfono de la mesita de noche y abro la aplicación del calendario. Desplazo la pantalla hacia atrás, buscando la última marca roja que hice.

Cuando la veo, se me revuelve el estómago.

Tengo un retraso. No solo unos días. Dos *semanas* de retraso.

De repente, la toalla me queda demasiado ajustada y la habitación demasiado pequeña. ¿De verdad podría estar embarazada? La idea me marea, atrapada entre el pánico y algo peligrosamente parecido a la esperanza.

Después de recomponerme, me visto rápidamente: unos vaqueros y un jersey holgado, algo que me haga sentir segura. Estoy tan nerviosa que no puedo mantener las manos quietas. No paro de perder el hilo de lo que estoy haciendo, reviso mi bolso dos veces y luego olvido lo que quería coger.

Cuando bajo las escaleras, Luka me espera junto a la puerta, como siempre. Levanta una ceja, claramente dándose cuenta de lo pálida que estoy. Evito su mirada.

—¿Puedes llevarme a la farmacia más cercana? —le pregunto, tratando de parecer despreocupada—. Necesito comprar algunas cosas. —Mi voz tiembla al final y me odio.

Me estudia un momento y luego asiente. —Por supuesto —Puedo sentir su sospecha. Por suerte, su úlcera provocada por el estrés debe de haber vuelto a ganar, porque no insiste.

El trayecto es corto. Mantengo la mirada fija en la ventana, rezando para que su estómago esté demasiado ocupado auto digiriéndose como para molestarse en preguntarme qué es exactamente lo que voy a comprar. Mi pierna no deja de moverse inquieta durante todo el trayecto.

Dentro de la tienda, camino rápido, con la cabeza gacha, hasta llegar al pasillo que necesito. Mi mano se cierne sobre las filas de cajas rosas y azules antes de coger una, luego otra, más vale prevenir que lamentar, y las llevo a la caja con dedos temblorosos. El cajero apenas me mira, gracias a Dios, pero sigo sintiéndome expuesta, como si todo el mundo pudiera ver a través de mí.

De vuelta en el ático, cierro la puerta del baño con llave y abro la caja. La prueba me parece increíblemente pequeña en la mano para ser algo que podría cambiarlo todo.

Sigo las instrucciones con manos torpes, luego la dejo sobre la encimera y empiezo a dar vueltas mientras los segundos pasan lentamente, como si fueran horas. Tengo la garganta seca. Observo cómo avanza el temporizador.

Cuando aparece el resultado, me quedo paralizada.

Positivo.

Las dos líneas rosas podrían estar grabadas en piedra. Me agarro al lavabo y miro fijamente la varita como si se burlara de mí. Tengo la garganta seca y el pulso acelerado. Me tiemblan las rodillas.

Estoy embarazada.

Curiosamente, tengo sentimientos encontrados. Una parte de mí está emocionada, incluso eufórica, ante la idea de tener un hijo, de formar por fin una familia propia, sin estar controlada por las reglas de nadie más. Me imagino sosteniendo a un bebé. Un futuro que no consiste solo en huir y esconderse.

Pero la emoción se convierte en un dolor vacío casi al instante. Porque ahora, Petyr y yo no tenemos motivos para seguir con esto. Nuestro trato era un heredero. Una vez que esté embarazada de su hijo, nuestro tiempo se acabará.

Y no quiero que eso suceda.

El pensamiento me vacía tanto que tengo que sentarme en el borde de la bañera. Siento el pecho oprimido, las manos frías, y aprieto la varita contra la palma de la mano como si necesitara una prueba de que es real.

De repente, recuerdo lo jodida que estoy.

Maksim me encontró. Me vio. Eso significa que, tarde o temprano, todo lo que he estado ocultando se derrumbará. Tendré que confesarle a Petyr quién soy realmente. Sobre la familia que dejé atrás. Sobre la sangre en sus manos y en las mías, por asociación. De repente, la prueba que tengo en la mano me parece más pesada de lo que debería, como si estuviera encadenada a todos esos secretos.

Cierro los ojos y me presiono las palmas de las manos contra la cara. —Tengo que decírselo, ¿verdad?

Ni siquiera sé a quién me dirijo. Quizás a una diminuta formación celular con forma de frijol dentro de mí. A mi futuro bebé, que aún no sabe lo desastrosa que es su madre.

Pero es por el bien de ese pequeño frijolito que tengo que afrontar las consecuencias. No puedo seguir huyendo eternamente. El tiempo también se ha acabado para eso.

Solo rezo para que Petyr me escuche lo suficiente como para poder explicarle todo.

48

PETYR

El coche vibra debajo de nosotros mientras la ciudad se difumina por las ventanas. Los faros se reflejan en el cristal tintado.

Lev está sentado a mi lado en el asiento trasero, mirando su teléfono como si no tuviera ninguna preocupación en el mundo. El brillo de la pantalla ilumina su rostro en el oscuro interior, pero él no levanta la vista. Yo miro fijamente las luces que pasan. Tengo la mandíbula tan apretada que me duele.

—Ni siquiera debería estar aquí —murmuro—. Boris debería venir a mí. Suplicándome. No arrastrándome a su restaurante carísimo como si fuera uno de sus clientes de mierda.

Lev sonríe sin levantar la vista de la pantalla. —Al menos la comida estará buena.

Le lanzo una mirada fulminante. —No voy allí por la comida.

—Eso está muy claro —dice él—. Teniendo en cuenta que te perdiste tu propio almuerzo de boda, deduje que las comidas no son una de tus prioridades.

—No creía que te importara tanto el día de mi boda.

—No me importa —responde Lev encogiéndose de hombros—. Solo digo que probablemente deberíamos comer mientras podamos. Tal y como van las cosas, ninguno de nosotros va a tener apetito por mucho más tiempo.

No estoy en desacuerdo con él. Con los Danilos acercándose cada día más, pronto estaremos sentados en un consejo de guerra en lugar de en una mesa vestida con manteles blancos.

Aun así, la idea de comer me revuelve el estómago. La cara de Sima aparece en mi mente, pálida y cansada cuando la dejé esta mañana, y mi apetito desaparece por completo. Es su sonrisa la que me afecta, lo falsa que es, lo incorrecta que es. No me gusta que me dejen fuera.

Tampoco me gusta que ella sienta la *necesidad* de excluirme.

Ella todavía dormía cuando me fui a almorzar. Me quedé al borde de la cama, acariciándole el pelo, tentado de cancelar toda la reunión y quedarme con ella. Por un momento, casi cedo. Pero luego me obligué a salir por la puerta.

Tenía que recordarme a mí mismo que todo esto también era por su bien. Mantenerla a salvo significa desempeñar mi papel en esta guerra, incluso cuando lo único que quiero es quedarme a su lado como el tonto enamorado en que me he convertido.

Lev vuelve a guardar el teléfono en el bolsillo y me mira de reojo. —Bueno, ¿qué tal la vida de casado? ¿Vale la pena casarse con una mujer a la que no conocías de nada?

—De todas las novias que me presentaron ese día, tuve suerte con la que elegí.

Él asiente lentamente, pero hay algo en su rostro que me pone nervioso. —¿De verdad no te preocupa no haber sabido nada de ella antes de llevarla a casa?

Me pongo tenso. ¿Podría Lev haber averiguado algo sobre Sima? ¿Sabe más de lo que deja entrever?

—Si tienes algo que preguntar, ve al grano.

Lev levanta ambas manos y retrocede rápidamente. —Tranquilo, hombre. Solo quería decir que espero que ella te dé todo lo que necesitas.

Pero esa respuesta no me satisface. Es demasiado vaga y críptica. ¿Está indagando sobre si Sima ya está embarazada? ¿Él y los demás hablan de nosotros a mis espaldas, especulando como si fuera asunto suyo? No me gusta. En absoluto.

Me inclino hacia delante para captar toda su atención. —Solo voy a decir esto una vez: no hables de mi mujer. Ni así, ni delante de mí, ni en ningún sitio. Si vuelves a especular sobre ella, tendremos un problema. ¿Queda claro?

Sus ojos se abren un poco antes de asentir. Todo rastro de sonrisa ha desaparecido de su rostro. Mantengo su mirada un momento más antes de recostarme.

El coche reduce la velocidad a medida que nos acercamos al restaurante. El letrero de neón del local de Sidorov brilla en la oscuridad como un faro. Me recuesto, muevo los hombros y me preparo. Complacer a Boris no está en mi lista de placeres, pero esta noche es necesario.

En el interior, el aire huele ligeramente a desinfectante y humo viejo. Las mesas están cubiertas con manteles blancos, pero el local está vacío: no hay clientes, solo el zumbido lejano de un frigorífico. Una camarera está de pie junto a la pared, y un camarero pule vasos que no necesitan pulirse. Todo el local parece un escenario, como un teatro en el que todo el mundo espera a que se levante el telón.

Iván y Mikhael ya están sentados en la mesa central. Ambos levantan la vista cuando entro, con Lev justo detrás de mí.

El silencio se hace demasiado pesado. Ominoso. Mis botas resuenan contra las baldosas al acercarme. Observo los detalles, siempre escaneando, siempre midiendo. El tintineo de los vasos en la barra. El arrastrar de pies del personal de cocina escondido en la parte de atrás. Cada sonido catalogado.

Mikhael esboza su habitual sonrisa torcida mientras se recuesta en su silla como si fuera el dueño del lugar. —Ya era hora —anuncia—. Pensé que tal vez te habías perdido en el camino.

Entrecierro los ojos. —Ten cuidado, primo. No estoy de humor.

Iván suspira. —Ya basta. Estamos aquí para hablar de negocios, no para intercambiar insultos.

Mikhael se ríe entre dientes, pero lo deja pasar, aunque el brillo de sus ojos me dice que aún no ha terminado. Lev permanece en silencio a mi lado.

Me dejo caer en una de las sillas vacías. Entonces se abre la puerta del fondo y Boris Sidorov entra arrastrando los pies.

Lo recuerdo como un hombre corpulento, con las mejillas enrojecidas por el vodka y la barriga tensando los botones de su traje. Pero el hombre que entra ahora apenas se le parece. Se ha encogido, con la piel pálida y estirada sobre los huesos que sobresalen por el cuello de la camisa. Su rostro parece hundido, las mejillas demacradas y los ojos apagados como cáscaras. El estrés lo ha devorado vivo. Parece más un esqueleto que un hombre, como si no hubiera dormido en semanas.

Esto es lo que hace el miedo. Así se ve la pérdida de control.

Esto es lo que no puedo permitir que me pase.

Boris se hace a un lado cuando otro hombre entra detrás. Alguien a quien no reconozco.

Entonces, un destello de acero me llama la atención.

Una pistola. Se me encoge el estómago. *Tiene una pistola.*

Va a matar a Sidorov.

La adrenalina recorre mi cuerpo, los músculos se tensan y se preparan. Pero antes de que pueda intentar salvar la vida de mi inútil aliado, el desconocido empuja a Boris fuera del camino y levanta el arma.

Hacia mí.

49

PETYR

El cristal estalla a mi alrededor cuando las primeras balas lo atraviesan.

Las lámparas explotan. Los platos de la mesa se rompen. Una lluvia de fragmentos afilados cae sobre nosotros, haciendo sangre cada vez que tocan la piel desnuda.

La pared de yeso detrás de nosotros se astilla y esparce polvo en el aire. Mis oídos zumban con el estruendo de los disparos. El mundo se reduce a destellos de luz y al acre olor de la pólvora.

El instinto toma el control. Desenvaino mi arma con un movimiento fluido. Con la mano libre, agarro a Lev por el cuello y lo arrastro conmigo. Él golpea el suelo con fuerza y gruñe, pero no le doy oportunidad de protestar. Mejor magullado que muerto.

Mis ojos atraviesan el caos y se fijan en el tirador.

El tiempo se ralentiza. La adrenalina agudiza todo: la forma en que su brazo se sacude con el retroceso, el sudor que le perla en la sien.

Su mandíbula se contrae mientras se abalanza sobre nosotros. Está demasiado cerca. Es imprudente.

Aprieto el gatillo, solo una vez. La bala le atraviesa el estómago. Se dobla con un grito agudo.

Disparo de nuevo. El segundo disparo le da en la cabeza. Lo hace retroceder y se derrumba como un muñeco de trapo sobre el suelo pulido. La sangre se extiende oscura bajo él.

Durante un instante, el restaurante queda en silencio, salvo por el zumbido en mis oídos y los latidos de mi pulso.

Luego, la vida se reanuda.

Iván empuja la silla hacia atrás y se pone de pie. Se sacude las astillas de cristal del traje con movimientos firmes y deliberados.

Lev también se ha levantado ya. Se inclina sobre el cuerpo del tirador, aleja la pistola de una patada y empuja al hombre con la bota para asegurarse de que no se levanta.

Diría que es poco probable. Es difícil mantenerse en pie cuando tienes medio cráneo destrozado.

Mikhael se dirige hacia la parte delantera. Comprueba qué hay más allá de la puerta y regresa un momento después con el rostro sombrío. —Los hombres de Boris están muertos. Afuera. Disparados limpiamente.

Vuelvo a escudriñar la habitación. Mi mirada se detiene en una silueta cerca de la entrada.

Maldición.

Boris yace desplomado en el suelo. La sangre se acumula bajo su cabeza y se extiende rápidamente por las baldosas.

La imagen me empuja hacia delante. Me arrodillo junto al hombre que casi fue mi suegro, aunque esa palabra ya no significa nada.

Tiene la parte posterior de la cabeza destrozada. Como en una ejecución. El pobre desgraciado no tuvo ninguna oportunidad.

—El hombre de Nikolai Danilo estaba esperando —digo—. Acabó con los guardias de Boris que estaban fuera y lo arrastró delante como cobertura. Luego le metió una bala en la nuca.

Boris había sido patético, pero seguía siendo un *pakhan* por derecho propio. Ahora ya no. Ahora solo es un cadáver demacrado y con los ojos apagados que se desangra en el suelo de su propio restaurante.

Vuelvo a mirar el cuerpo de Boris. Tiene las manos encogidas y las uñas rotas, como si hubiera luchado para evitar que lo arrastraran hasta aquí. Hay quemaduras de pólvora en el borde de la herida. A quemarropa. Brutal, impersonal.

Perfectamente en línea con el modus operandi de Danilo.

Ha sido un golpe calculado. No ha sido casualidad, ni destino. Alguien sabía que nos íbamos a reunir aquí esta noche y quería acabar con todos de un solo golpe.

Me enderezo. —Lev —le ordeno—, comprueba las salidas. Todas. Ahora mismo.

Él obedece inmediatamente. Sin preguntas, sin vacilar.

Doy una vuelta lenta y examino cada sombra del restaurante, cada cristal roto y cada agujero de bala. Una inquietud recorre mi espina dorsal.

¿Cómo demonios sabía ese mudak *que nos reuniríamos aquí esta noche?*

¿Nos tendió una trampa Boris, cambiando su vida por la esperanza de llevarme con él? ¿O fue alguien más cercano?

Mi mirada se detiene en Mikhael, que sigue sacudiéndose el polvo de yeso de la chaqueta con exagerado cuidado. Pero su sonrisa burlona ha desaparecido, su expresión es impenetrable.

¿Podría ser él? ¿Me odia tanto como para apuñalarme por la espalda? ¿Mi propia sangre, mi propio primo?

No lo sé. No puedo saberlo. Todos son sospechosos y ninguno lo es. Es el peor resultado posible, salvo que cada uno de nosotros muerda el polvo, y me revuelve el estómago.

Entonces, me doy cuenta de que alguien más lo sabía.

Sima.

No. Niego con la cabeza casi imperceptiblemente. Es la paranoia hablando.

Y, sin embargo, la pregunta persiste. Esto no fue casualidad. El hombre de Danilo no se topó por casualidad con el lugar adecuado en el momento adecuado. Alguien filtró esta reunión. Y odio no poder estar seguro de que no fuera alguien de mi propia gente.

O mi propia maldita esposa.

Ya traicionó a su familia una vez, ¿no? Si puede hacerlo, ¿por qué no volvería a hacerlo?

¿Por qué no iba a hacértelo a ti?

Lev regresa un momento después, jadeando. —Todo despejado —dice—. No hay más tiradores dentro.

Iván saca su teléfono. Ya está buscando entre sus contactos. —Llamaré a mi equipo. Cierra bien este lugar antes de que la policía llegue aquí.

Por una vez, Mikhael no hace ningún comentario sarcástico. Solo me mira con atención y me pregunta—: ¿Estás bien, primo?

—Estoy bien —respondo secamente. Mis sospechas no disminuyen ni un ápice. De todos los que están aquí, Mikhael es el que tiene más motivos para querer matarme.

A partir de ahora, tendré que vigilar mis espaldas el doble de atentamente cuando esté cerca de él.

—Consigan respuestas —les gruño a mis hombres—. Quiero saber cuál de los *mudaki* de Danilo ordenó esto. Les arrancaré la cabeza y se la enviaré a casa en una caja de regalo.

—Sí, *pakhan* —responden todos al unísono. Por una vez, no parece haber desacuerdos.

Pero no consigo sentirme aliviado. Porque alguien aquí ha hablado. Alguien en quien confiaba. Alguien a quien consideraba un amigo.

Alguien a quien consideraba...

Sacudo la cabeza con fuerza. Sima no tiene nada que ver con esto. No tiene sentido. Está enferma y lleva años sin tener contacto con ninguno de los Danilo. Más que eso, es mi esposa. Está intentando quedarse embarazada de mí.

No tiene sentido que quiera matarme. Si muero, nuestro trato muere conmigo.

¿Cómo sabes que eso no es lo que ella quiere? Ella no necesita tu dinero. No si tiene el de Nikolai.

Aprieto los dientes y expulso ese horrible pensamiento de mi mente.

Mientras salgo del restaurante, miro a mi alrededor y veo los restos. El cadáver enfriándose en un charco de sangre, los rostros de hombres en los que debería confiar. Esa confianza en la que creía poder confiar ha demostrado ser menos valiosa que los cristales rotos bajo mis botas.

Alguien filtró esta reunión. Aún no sé quién, pero lo averiguaré.

Y cuando lo haga, yo mismo le arrancaré la verdad de su carne.

50

PETYR

De vuelta en el coche, Iván se sienta en silencio frente a mí.

Las luces de la ciudad parpadean sobre su rostro demacrado mientras avanzamos. Sus manos no descansan sobre sus rodillas: los dedos tamborilean, luego se detienen, tamborilean, luego se detienen, una y otra vez.

Él rompe el silencio primero. —El equipo está limpiando —me dice después de echar un vistazo rápido a su teléfono—. Borrarán cualquier rastro de nosotros. Será como si nunca hubiéramos estado allí.

Asiento. —Bien.

Mi voz suena más dura de lo que pretendía, pero él no se inmuta. Nunca lo hace. En cambio, sus ojos se fijan en los míos, firmes. Me recuerdan sin palabras que no estoy solo en esto.

Baja la voz. —Boris ha muerto, Petyr. Su territorio está ahora totalmente abierto. Si no nos damos prisa, los Danilo lo harán.

Me paso la mano por la mandíbula. Me duelen los músculos de lo fuerte que los aprieto. —Su cuerpo aún no se ha enfriado. ¿Quieres

que plante mi bandera antes de que se seque la sangre del hombre?

—No quiero que lo hagas —Su mirada cruza la mía—. Tu Bratva lo necesita.

Aprieto el puño sobre el cuero del asiento trasero. Me parece mal pisotear el cadáver de un hombre con el que se suponía que estábamos aliados.

Pero, al mismo tiempo, sé que mi tío tiene razón. Nuestro mundo no es misericordioso. Nunca lo ha sido y nunca lo será.

Iván se inclina ligeramente hacia delante. La luz del techo refleja el gris de su cabello. —Te quiero vivo, sobrino —dice simplemente—. Quiero que nuestra gente esté a salvo. Eso significa que no dejamos huecos. Si tú no lo coges, lo hará Anatoli. Lo sabes.

Exhalo con fuerza por la nariz y me recuesto en el asiento de cuero.

Odio que tenga razón. Siempre lo he odiado. Pero es una de las razones por las que confío en él. No me dice lo que quiero oír, me dice lo que *necesito* oír.

—Lo sé —admito en voz baja—. Pero eso no significa que tenga que gustarme.

Por un momento, la dureza desaparece de su expresión. Me estudia como lo ha hecho desde que era niño. Mitad soldado, mitad tío, todo familia—. No tiene por qué gustarte, Petyr. Solo tienes que sobrevivir. Eso es lo que importa.

Se me hace un nudo en la garganta, pero asiento. —Me has mantenido con vida hasta ahora.

—Y seguiré haciéndolo —responde sin dudar. Su boca esboza una leve sonrisa—. Pero ahora tú eres el *pakhan*. Mi trabajo es asegurarme de que nunca olvides lo que significa.

A pesar de la carnicería de la noche y de la sangre que aún brota de los cadáveres en algún lugar detrás de nosotros, siento una cálida

sensación en el pecho. Pase lo que pase en esta vida, Iván sigue aquí.

Por ahora. La idea del traidor persiste. ¿Qué intentará quitarme ahora?

Iván se detiene frente a su apartamento. —Ten cuidado, Petyr —me dice al despedirse—. Son tiempos desesperados. Los tiempos desesperados engendran gente desesperada. Y la gente desesperada...

—Es peligrosa —le interrumpo—. Lo sé. Descansa un poco, tío.

El resto del trayecto a casa es una nebulosa, pero mi cuerpo se niega a relajarse. La adrenalina sigue zumbando bajo mi piel como electricidad estática, dejándome nervioso, inquieto, ansioso por algún tipo de liberación. Debería estar agotado después de esta noche, pero mi mente no me deja parar.

Está obsesionada con un único y obvio punto: podría haber muerto esta noche. Si me hubiera movido un segundo más lento, si mi disparo de respuesta hubiera fallado, estaría tirado en un charco de mi propia sangre en lugar de Boris.

Y Sima estaría en casa. Sola, vulnerable. Desprotegida. Esa idea me hiela las venas más que los disparos.

El coche apenas se detiene antes de que yo salga. Subo los escalones de dos en dos, aprieto el botón del ascensor y subo rápidamente. Necesito verla. Necesito comprobar que está a salvo.

La sala de estar está en silencio, pero cuando empujo la puerta de nuestro dormitorio, me quedo paralizado.

Las luces están encendidas. La cama sigue hecha, sin tocar. *Vacía.*

Siento una oleada de pánico. Durante un salvaje latido, pienso que se ha ido. Que se la han llevado. Que el trato se ha roto y mi mundo se ha derrumbado.

Entonces oigo su voz.

—¿Petyr? ¿Estás bien?

Viene de la esquina de la habitación. Está acurrucada en uno de los sillones cerca de la chimenea, con las piernas recogidas y la mirada inquieta.

El alivio me golpea con tanta fuerza que casi me tambaleo. —Me has esperado despierta.

Sus dedos se retuercen en su regazo. —Tengo que hablar contigo.

—Más tarde —Atravieso la habitación a zancadas y me dirijo directamente hacia ella.

En cuanto estoy a su alcance, la levanto de la silla y la atraigo hacia mi pecho, abrazándola con tanta fuerza que le duele. Ahora mismo no quiero palabras. Solo necesito tenerla cerca.

Pero ni siquiera esto, tenerla en mis brazos, cálida y fragante, es suficiente. Necesito más pruebas de que sigue aquí conmigo.

Agarro el dobladillo de su camiseta con las manos, se la quito por la cabeza y dejo al descubierto su piel. Luego me agacho y le muerdo la parte inferior de un pecho.

Sima se arquea hacia mí con un grito de sorpresa. —¡Ah!

Sus pezones se endurecen bajo mi lengua mientras los chupo y muerdo, salvaje y desesperadamente. Unas tenues marcas rojas aparecen alrededor de un pezón antes de pasar al otro.

Su ropa interior se rompe fácilmente bajo mi agarre, un desgarro brusco que la hace jadear mientras mi boca sigue sobre sus pechos.

Más cerca, más cerca. Más, más. No puedo saciarme. Esa es la maldita verdad. El cuerpo de Sima es una droga, y estoy cansado de fingir que no me he vuelto adicto. Que no estoy a punto de volverme loco cada vez que me veo obligado a separarme de ella.

Deslizo mi boca desde sus pechos y dejo un rastro hambriento de besos por sus costillas, su estómago, cada vez más abajo. Marco cada centímetro, y luego me detengo entre sus muslos.

Antes de que pueda decir una palabra, mi boca está en su centro.

La empujo contra el colchón y entierro mi cara entre sus muslos. La lamo hasta que tiembla, hasta que sus dedos se aferran a las sábanas, hasta que grita mi nombre como si fuera el único que conoce.

Incluso entonces, no la dejo. Mi lengua se desliza lentamente sobre su clítoris hinchado, luego se sumerge más abajo. Saboreo cada delicioso sonido que ella hace. Ella se retuerce y jadea. Sus piernas se aprietan alrededor de mi cabeza hasta que tengo que agarrar sus caderas para mantenerla quieta, para mantenerla abierta para mí.

Chupo su clítoris con mi boca y ella se estremece con un grito ahogado.

—Dios, no pares —suplica con un gemido agudo. Levanto la vista para encontrar sus ojos. Cuando gruño contra ella, otro estremecimiento recorre su cuerpo.

Es entonces cuando se corre, mientras yo exhalo dentro de ella, gruñendo de alivio al ver que está ilesa, con nuestras miradas entrelazadas.

Su pecho se agita. Todo su cuerpo tiembla mientras oleada tras oleada la atraviesa.

—¿Parar? —La miro. Su mirada está nublada, confusa—. No tengo intención de hacerlo, *lisichka.*

Mis dedos se deslizan dentro de ella mientras hablo. Con dos profundas embestidas, encuentro ese punto que la hace retorcerse. La trabajo con mi mano mientras mi boca permanece en su clítoris, bombeándola hasta que se retuerce impotente, suplicando más en voz alta.

—Por favor, Petyr, hazme correrme —gime.

Respondo con un gruñido y la chupo con más fuerza. —Sabes tan jodidamente bien.

—¡Petyr...!

—Córrete —le ordeno—. Sé una buena chica y córrete para mí.

Su grito se rompe en un agudo, arqueando la espalda mientras se desmorona contra mi lengua. Su orgasmo la atraviesa mientras la sujeto y disfruto de cada espasmo que me da.

—Buena chica —Beso su coño entre las oleadas de su orgasmo—. Eso es. Dámelo.

Cuando ella jadea, exhausta y temblando, me levanto y me bajo la cremallera.

No me molesto con el resto. Basta con bajarme los pantalones hasta las rodillas.

Me alineo y la penetro con una fuerte embestida. Su calor me envuelve con fuerza y gimo. Mis ojos casi se vuelven hacia atrás al sentirla. Caliente. Húmeda. *Perfecta*.

—Maldición, zorrita —siseo entre dientes mientras la penetro con fuerza—. Qué estrecha estás para mí. Eres mía. ¿Me oyes? Dilo.

—Sí —gime ella, echando la cabeza hacia atrás—. Tuya.

La penetro más fuerte, más rápido, con la respiración entrecortada, sin control. Sus uñas arañan mi espalda mientras sus gritos se vuelven más fuertes y necesitados.

—Te encanta cuando te tomo así, ¿verdad? —le gruño al oído—. Me lo suplicas. Nunca querrás a nadie más.

Ella solloza un "sí" entrecortado y siento cómo sus paredes se aprietan más.

La cama cruje bajo nuestro ritmo, nuestros cuerpos resbaladizos por el sudor. Por dentro, me estoy desmoronando, medio salvaje al ver cómo se derrumba debajo de mí. Su necesidad me despoja de todo control. Me convierte en un maldito animal.

Gruño bajo y le muerdo la oreja. —Dilo —le ordeno con dureza—. Di que nunca querrás a nadie más.

Ella jadea y se aferra con más fuerza. —Yo... nunca querré a nadie más. Soy tuya. Soy tuya, soy tuya, soy tuya...

Mi polla está golpeando ahora su punto dulce. El cuerpo de Sima se estremece bajo mí con cada embestida.

—Voy a... —jadea, demasiado cerca para hablar—. Voy a...

—Córrete para mí —Engancho su pierna alrededor de mi hombro y empujo mi polla más profundamente dentro de ella—. Déjame sentir cómo te aprietas para mí.

Ella grita mientras se corre, y el sonido de su orgasmo me arrastra con ella. Mi liberación me atraviesa mientras me hundo profundamente en ella y me derramo en su interior con un rugido gutural. Veo estrellas. La imagen de mi semilla llenándola me hace dar vueltas la cabeza.

Mía. Toda mía.

Me derrumbo sobre ella, con el pecho agitado, la boca presionada contra su cuello. Incluso ahora, completamente agotado, no puedo dejar de tocarla, no puedo dejar de abrazarla como si fuera a desaparecer si la soltara.

Después de que la última réplica me haya estremecido, me aparto de ella. Ambos estamos tumbados boca arriba. Nuestros pechos suben y bajan con fuerza. El sudor se enfría en nuestra piel.

La miro. —Eres jodidamente increíble.

—Sí —responde con una risa incómoda—. Además, estoy embarazada.

51

SIMA

Han pasado diez segundos y Petyr aún no ha dicho nada.

Quince segundos.

Veinte segundos.

Demasiados segundos.

Trago saliva. Petyr me mira de arriba abajo, con una expresión indescifrable. Durante una pequeña eternidad, me siento como una animadora adolescente que acaba de decirle al delantero que, después de todo, no va a poder follarse a todas las chicas de la universidad, porque estoy embarazada de él y mi padre tiene una trituradora de madera.

Maldición.

Petyr abre y cierra la boca, como un pez dorado con tatuajes de Bratva. En cualquier otro momento, esto habría sido lo más destacado de mi día. Lo más divertido de toda la semana, la verdad.

Pero este no es cualquier otro momento. Acabo de decirle a mi papá mafioso que estoy embarazada. En mi limitada experiencia como esposa de mafioso, eso tiende a quitarle la diversión a las cosas.

De nuevo: *Maldición.*

Los nervios me retuercen las entrañas como si alguien estuviera escurriendo un trapo mojado. Siento que todo mi mundo se tambalea.

Estoy embarazada de un hombre que odia a mi familia, y tiene todas las razones para hacerlo. Mi hermano, Anatoli, probablemente siguiendo las órdenes de mi padre, mató al padre de Petyr y dejó a su hermano en coma. Eso no es algo que se supere con unas cuantas sesiones de terapia de pareja.

Ahora, el hijo de Petyr está dentro de mí. El heredero del imperio Gubarev, el futuro del mundo clandestino de Nueva York, vive gratis en mi útero. La ironía es tan espesa que podría untarla en una tostada.

Aquí estoy, sintiendo algo real por el hombre que me obligó a casarme con él. Un hombre que dejó muy claro desde el primer día que yo no era más que un medio para alcanzar un fin. Y ahora que ese fin ha llegado, ahora que su heredero está oficialmente a bordo del Expreso Locura, más me vale pegarme una pegatina de *"Misión cumplida"* en la frente y retirarme.

La idea me da ganas de llorar. Esta podría ser la última vez que tengamos sexo. La última vez que duerma a mi lado, me deje acurrucarme junto a él o me acaricie la espalda con su mano áspera como si fuera preciosa para él.

Y lo odio.

Así que me siento allí y lo observo mientras él me observa, ambos en silencio en una habitación que de repente se siente demasiado pequeña. Esperando a ver cuál de los dos se derrumba primero.

Finalmente, él se aclara la garganta. Su voz es más suave de lo que esperaba. —¿Estás segura?

Sus ojos buscan los míos y, por una vez, no sé si está encantado o aterrorizado. Quizás ambas cosas.

—Me hice una prueba —digo—. Suelen ser bastante precisas. Estoy... probablemente de cinco, quizá seis semanas, como mucho. Pediré cita con mi médico para estar segura, pero... probablemente deberíamos mantenerlo en secreto hasta que termine el primer trimestre.

Digo todo esto tal y como lo había ensayado, pero la verdad es que mi corazón late tan fuerte que apenas puedo pensar. Esta es la parte en la que espero que él asienta educadamente, me dé *las gracias por mi servicio* y me eche a la calle.

En cambio, aprieta la mandíbula. Cierra los puños a los lados, como si estuviera listo para subir al cuadrilátero y lanzar golpes.

Y entonces, su rostro se suaviza.

—Es una noticia... increíble —murmura, casi para sí mismo. Luego, se inclina y me besa.

Estoy sorprendida. Demasiado sorprendida como para devolverle el beso de inmediato. Por una vez, sus labios no son ásperos ni exigentes. En cambio, son... ligeros. Cariñosos. Es un beso que parece como si estuviera tratando de memorizarme.

Lo cual, por supuesto, hace que el pecho vuelva a dolerme.

Pero esta vez, el dolor no es tan intenso.

Le devuelvo el beso un poco. No puedo evitarlo. Es Petyr. Siempre querré devolverle el beso.

Cuando se aparta, las preguntas brotan de mi boca antes de que pueda detenerlas. —¿Qué significa esto? ¿Para... para nosotros?

Al instante me arrepiento de haber hablado. Mis manos buscan a tientas la distracción más cercana y se posan en un hilo suelto de la

funda nórdica. Lo pellizco como si de repente fuera la cosa más fascinante del universo.

—Quiero decir... —murmuro, con la mirada fija en ese estúpido hilo —, teníamos un acuerdo, así que entiendo si... si quieres que me vaya, o...

Tengo la garganta seca y las mejillas en llamas. No puedo mirarlo. Porque si levanto la vista y veo el rechazo escrito en su rostro, no creo que pueda sobrevivirlo.

Petyr me estudia en silencio durante un momento. —¿Es eso lo que quieres?

Podría mentir. *Debería* mentir. Lo que Petyr y yo tenemos es una bomba de relojería, lista para arrasar con todo lo que nos rodea. Sin previo aviso y, desde luego, sin supervivientes.

Y, sin embargo, por una vez, no quiero mentir.

—No —Me aclaro la garganta y me obligo a hablar más despacio. Cojo ese estúpido hilo del edredón y lo tiro con tanta fuerza como mis nervios—. Yo... no quiero que lo que tenemos termine.

Ya está. Lo he dicho. Ahora más vale hundirse en la tierra.

Pero Petyr no me deja esconderme. Su gran mano se eleva, me acaricia la mejilla y, con suavidad pero con firmeza, me inclina la cara hasta que me veo obligada a mirarle a los ojos. El peso de su mirada es casi insoportable.

—Yo tampoco quiero que termine.

Por un segundo, no puedo respirar. *¿De verdad acaba de decir eso?*

¿El *pakhan* de la Bratva Gubarev, que gruñe amenazas, lleva armas y dispara a la gente, acaba de confesar que no quiere que terminemos?

Me quedo allí sentada, atónita. Porque, en contra de toda lógica, creo que realmente lo dice en serio.

Y el hecho de que le crea, de que *quiera* creerle, me asusta más que cualquier otra cosa.

Su boca vuelve a tocar la mía, rozándola suavemente, casi con reverencia. La pesadez en mi pecho se desvanece como la niebla matinal cuando sale el sol.

Esta vez, no lo dudo: le devuelvo el beso con entusiasmo. Lo abrazo como si fuera lo único sólido en la habitación.

Su pulgar acaricia mi mandíbula y luego se desliza hasta mi garganta. Presiona lo suficiente como para hacerme estremecer. Mis manos se aferran a su camisa y lo atraen hacia mí hasta que su pecho queda pegado al mío.

Él gime en mi boca, con un sonido áspero y crudo. Su mano libre se desliza alrededor de mi cintura y me atrae hacia su regazo. El calor se enrosca en lo más profundo de mi estómago cuando sus dedos se deslizan bajo el dobladillo de mi camisa. Rozando mi piel desnuda, me hacen temblar por completo. Cada caricia se siente como una promesa que nunca pensé que él haría.

Cuando nos separamos, otra pregunta estúpida se me escapa. —¿Y si es una niña?

—Es poco probable.

Claro. Su familia es miembro del Club de las Salchichas. El esperma Gubarev es tan masculino que físicamente no puede producir cromosomas XX. Es un hecho. Probablemente haya un documental sobre ello en alguna parte.

Pero insisto de todos modos, porque los nervios me están consumiendo. Esta duda me ha estado atormentando desde que empezamos y, en este momento, no quiero dejar nada sin decir. No quiero lanzarme a los brazos de este hombre sin ponerlo todo sobre la mesa.

—Los niños se convierten en herederos —susurro—. Las niñas... las niñas se venden a los socios comerciales de sus padres.

Al principio, Petyr no dice nada. Luego apoya la palma de la mano sobre mi vientre, con firmeza y protección. Su voz se convierte en un juramento. —Nuestra hija no. No mientras yo viva para impedirlo.

52

SIMA

Hay algo increíblemente tierno en los ojos de Petyr mientras me guía hacia la ducha.

Me toma la mano con ternura y me lleva desde las sábanas enredadas hasta el baño. Mientras caminamos, sus dedos trazan las líneas del corazón en mi palma. Mi corazón da un vuelco y luego se precipita. Los nervios zumban bajo mi piel. Porque incluso algo tan simple como esto se siente ahora cargado de significado, y no me siento preparada para desentrañarlo.

—¿Huelo tan mal? —intento bromear, pero me sale débil, quebradizo. El nudo en mi garganta es evidente.

—Nunca —Se inclina hacia mí, con una ligera curva en los labios. Entierra la cara en mi cuello e inhala—. Amo cómo hueles.

Amor. Tiemblo. Esa no es una palabra que haya oído decir a Petyr. No me parece el tipo de hombre que la diría a la ligera. En ningún contexto.

No es un anillo de diamantes, pero supongo que ya hemos pasado esa etapa.

Mientras intento desesperadamente evitar que mi mente se desboque hacia un mundo de fantasía en el que *"amo tu olor"* significa *"te amo",* Petyr abre el grifo.

La habitación se llena de vapor en un instante, cortesía de las lujosas tuberías de Billionaire's Row. Nunca pensé que Cenicienta pudiera sentirse fuera de lugar en la bañera del príncipe, pero ahora sí lo creo. ¿Hay algún protocolo para esta situación? ¿Las mujeres de suficiente calibre como para acostarse con hombres como Petyr se duchan de alguna manera en particular? ¿Qué error garrafal y poco sexy estoy cometiendo ahora mismo? ¿Estoy...?

—Estás pensando —me acusa con una sonrisa.

Me sonrojo, pillada in fraganti. —¿Te desanima eso?

—Si no me atrajera tu mente, nunca habríamos llegado hasta aquí —Me empuja bajo el chorro. El agua nos empapa—. Pero no creo que debas hacer eso ahora mismo.

—Cierto. No es bueno para el bebé. Consumir toda esa glucosa con mi estúpido cerebrito.

Me aparta un mechón mojado detrás de la oreja. —Lo que estoy diciendo no tiene nada que ver con el bebé.

Lo sé. Sé que no es en el bebé en lo que está pensando. Sé que estoy haciendo lo que Jemma llama *"desviar la atención con chistes de Tumblr"* porque me aterra que mi corazón no sea capaz de soportar la emoción de este momento si le presto toda mi atención.

Sus labios se detienen en la comisura de los míos. Exhalo suavemente. —Claro.

Entonces dejo que me bese y todos los pensamientos se desvanecen.

Petyr empieza despacio. Sus manos se demoran en todas partes mientras me enjabona con gel de baño. Reverente, como si

limpiarme fuera tan íntimo como tener sexo conmigo. Y tal vez, para él, lo sea.

Me aplica champú en el pelo. Sus dedos masajean lentamente mi cuero cabelludo con movimientos circulares hasta que cierro los ojos. Me inclino hacia su tacto sin querer.

Cuando me aclara, sus palmas bajan. Por mis hombros, por mis pechos. Empieza a acariciar mis pezones, doloridos y sensibles.

Dejo escapar un suave gemido. —Petyr...

—Me pareció que se veían más grandes —Los lame con la lengua, los chupa ligeramente con la boca por turnos—. Ahora sé por qué.

Me agarro a sus hombros para mantener el equilibrio, demasiado sensible para soportar siquiera esto. —Por favor —susurro, aunque no estoy segura de lo que estoy pidiendo.

Pero Petyr parece saberlo, porque sus manos siguen bajando. Por mis costados, alrededor del contorno de mis caderas. Está tan hambriento de cada centímetro de mí, y cada caricia me lo recuerda.

No debería desconectar mi cerebro de esta manera. En cambio, debería estar pensando en las miles de minas terrestres sobre las que estamos caminando.

Mis secretos. Mi padre y mi hermano. Un embarazo que seguramente enfadará mucho a mucha gente peligrosa si alguna vez descubren qué dos árboles genealógicos se están fusionando. El hecho de que nada de lo que nos rodea tiene sentido, porque somos las dos últimas personas en la Tierra que deberían haberse enamorado.

Pero lo único que puedo hacer es desintegrarme bajo su tacto.

Me levanta la barbilla y me besa de nuevo. Esta vez, con más intensidad. Vierte todo su deseo en mí, como si necesitara que lo sintiera. Que lo sintiera por todas partes.

Mis rodillas se debilitan, pero Petyr me sostiene.

Antes de que pueda darme cuenta de lo que está pasando, mi espalda golpea la pared. El frío azulejo me arranca un grito ahogado.

Me levanta sin esfuerzo, como si no pesara nada. Me aferro a él, envuelvo mis piernas alrededor de su cintura y paso mis brazos por encima de sus hombros.

—*Blyat'* —Desliza una mano entre nuestros cuerpos. Me introduce dos dedos sin encontrar la más mínima resistencia—. Estás jodidamente mojada.

—Estoy... *ahh...* en la... ¡ducha...!

—No tan mojada, listilla.

Como para demostrar su punto, comienza a mover sus dedos dentro y fuera de mí. Mi respuesta enérgica muere en mi lengua, reemplazada por gemidos.

—¿Sientes lo preparada que estás para mí? Quieres que te llene, ¿verdad, *lisichka?*

—Sí —susurro, sin vergüenza. Mis manos arañan su espalda. Necesito que esté más cerca.

—¿Quieres que te haga otro bebé?

Es biológicamente imposible, pero sigo gimiendo. —Por favor —jadeo—. Fóllame, llénam*e... ¡*Ahh!

Los dedos de Petyr se separan de mí... Estoy a punto de quejarme, pero entonces la cabeza roma de su polla empuja hacia dentro, lenta y deliberadamente, y casi no puedo evitar gritar. Le clavo las uñas en la espalda, tan llena que podría llorar.

Él ahoga mis gemidos con otro beso, esta vez obsceno y descuidado.

—Eso es —murmura contra mis labios entre lametones—. Tómame. Tómame todo. Eres mía.

—Tuya —respondo impotente. Mis caderas se inclinan contra las suyas—. Toda tuya.

Él gime en el hueco de mi cuello, salvaje y animal. Su musculoso cuerpo me presiona contra la pared de la ducha, me levanta más alto, me folla más profundamente.

Me inmoviliza con sus caderas para que su mano pueda acunar la parte posterior de mi cabeza, protectora incluso en el calor del momento. Me impide golpearme contra los azulejos con la ferocidad de sus embestidas.

Quiero que vaya más rápido. Más fuerte. Quiero que me folle hasta que no pueda caminar, ni pensar, ni moverme.

Cuando abro los ojos, los suyos ya están fijos en los míos, muy abiertos y sorprendidos. Sus pupilas están dilatadas. Me doy cuenta, demasiado tarde, de que quizá acabo de decir todo eso en voz alta.

—Maldita sea —gruñe, y acelera el ritmo—. Vas a ser mi perdición, *lisichka*.

Las embestidas de Petyr se ralentizan. Gimo en señal de protesta, pero, de alguna manera, el ritmo superficial que empieza a seguir es casi peor que antes. Así, está rozando mi punto G cada dos segundos. Es una sensación demasiado buena para describirla con palabras.

Su respiración se entrecorta. —Mírate. Jodidamente perfecta.

Está alargando esto, el cruel bastardo. Esperar es una tortura, pero es la agonía más dulce.

Me acaricia la mejilla con el pulgar. Es un gesto tan tierno, tan diferente a todo lo que hemos hecho hasta ahora, que me hace sentir un dolor en el pecho más intenso que el placer.

Luego mueve las caderas, penetrándome más profundamente, y me pierdo.

—Dilo —gruñe contra mi boca. Su ritmo se vuelve salvaje—. Di que eres mía. Que nadie más te tocará jamás.

Inclino la cabeza hacia atrás contra las baldosas. —Soy tuya —repito una y otra vez, tantas veces como sea necesario para que él me crea —. Siempre. Tuya. De nadie más.

—Buena chica.

Eso es todo lo que hace falta.

Tiemblo con fuerza. Mi cuerpo se aprieta alrededor de él. Es demasiado, demasiado pronto, pero también siento como si hubiera esperado una eternidad para este momento exacto. Me corro, y me corro, y me corro, pero de alguna manera, mi próximo orgasmo ya se está apretando dentro de mí.

—Eso es —gime Petyr—. Córrete para mí. Déjame sentir cómo aprietas mi polla mientras te follo hasta el fondo.

No es una declaración de rodillas ni un anillo de diamantes, y Hallmark nunca pondrá este momento en el tráiler de la película, pero mi pecho sigue hinchándose con algo que no puedo nombrar. Algo que me da miedo nombrar. Porque la forma en que me abraza dice más que mil palabras.

Por primera vez desde aquel absurdo día en el altar, me siento realmente como su esposa. No solo sobre el papel, sino en todos los aspectos que importan.

Y eso es peligroso, porque me hace querer creerle. Creer en *esto*. En nosotros. Aunque solo sea por el espacio de un latido que se alarga demasiado.

Sus embestidas se vuelven más fuertes. Sonidos húmedos resuenan entre nosotros. Puedo sentir cómo vuelvo a caer en picado rápidamente.

La boca de Petyr vuelve a la mía, caliente y exigente. —Más fuerte —exige—. Déjame oír cómo te derrumbas por mí.

—¡Petyr! —grito.

Mis uñas arañan su espalda, mis paredes se aprietan con fuerza y el mundo se reduce a nada más que él. Sus dedos en mi clítoris, su polla bombeando dentro de mí.

Él gime al sentir cómo lo aprieto. —Eso es. Exprímeme hasta dejarme seco. Mierda, parece que estuvieras hecha para mí.

Durante un segundo delirante, estoy de acuerdo.

Entonces, otra ola de placer me invade y mi visión se vuelve blanca.

Petyr me folla sin parar. Me penetra profundamente una vez, dos veces. Luego se queda quieto con un gruñido gutural y se derrama dentro de mí mientras todo su cuerpo tiembla, en sincronía con el mío.

Su semilla caliente me inunda. Creo que me voy a volver loca de lo bien que se siente.

Cuando se agota, su frente se apoya contra la mía. Ambos estamos temblando. La ducha sigue cayendo como si intentara lavar lo que ha pasado entre nosotros, esta vez y todas las demás.

Pero nada podría borrarlo jamás.

La prueba ya está creciendo dentro de mí.

Después, dejo que me lleve en brazos y me seque. Me acuesta en la cama, se tumba a mi lado y me atrae hacia el cálido espacio de su pecho. Poco a poco, su respiración se va estabilizando hasta que puedo reconocer el ritmo de su sueño.

Es entonces cuando mi cerebro vuelve a dar vueltas.

Esto parece tan real. Sé que no debería dejarme llevar, pero después de lo que me dijo Petyr, no puedo evitarlo. Porque, ¿cómo sería si fuera real? ¿Sin acuerdo, sin fecha límite, solo *nosotros*? ¿Si fuera realmente su esposa en todos los sentidos y estuviéramos planeando nuestra vida juntos? ¿Planeando tener un hijo?

Nos imagino discutiendo sobre nombres para el bebé. Probablemente él querría algo fuerte, feroz, algo que sonara como si pudiera dominar una sala.

¿Y yo? Yo querría algo más suave. Algo que se sintiera como un niño. Un nombre que no fuera una imposición ni un destino. Lo ideal sería un nombre que no hiciera que las maestras de jardín de infancia se estremecieran al pronunciarlo.

Sonrío estúpidamente contra su pecho al pensarlo. Nosotros discutiendo sobre sílabas mientras, en secreto, disfrutamos cada segundo.

Sí. Podría acostumbrarme a eso.

Pero no puedes tenerlo, mi conciencia no deja de atormentarme.

Por una vez, me encuentro respondiendo: *¿Y si pudiera?*

La promesa de Petyr sigue resonando en mi cabeza: *No a nuestra hija.* Como si fuera capaz de doblegar y romper el mundo para protegerla.

Lo peor es que le creo. En contra de toda lógica, en contra de todo lo que sé sobre hombres como él, le creo.

Sé que debería poner distancia entre nosotros. Recordarme a mí misma que esto no es para siempre. Él es Bratva, y tarde o temprano, los hombres como él se aburren. Y luego están las amantes, los acuerdos paralelos, las citas y las aventuras y las feas infidelidades que se exhiben ante las amargadas esposas atrapadas en jaulas doradas.

Lo he visto. He vivido rodeada de ello. Ese destino no va a ser el mío, pase lo que pase. Si llegara el caso, huiría.

Pero cuando lo miro, las duras líneas de su rostro se suavizan con el sueño, la forma en que su mandíbula se relaja solo cuando está inconsciente, odio la idea de dejarlo. Lo odio con una intensidad que me hace curvar una mano sobre mi vientre.

Nuestro bebé. Mi pecho se oprime con la contradicción de todo ello. Sé que debería huir, y sin embargo, cada centímetro de mi ser quiere quedarse.

—Petyr —susurro. No se mueve, así que definitivamente está dormido.

Probablemente sea lo mejor. Porque si me respondiera, podría preguntarle algo que no podría retirar. Como si alguna vez piensa en nosotros de la misma manera que yo estoy empezando a hacerlo. Como si alguna vez se pregunta cómo sería si esto no fuera fingido.

Debería decirle la verdad. La idea me pilla tan desprevenida que se me va todo el sueño. *Sobre mi familia, sobre quién soy realmente.*

Tiene sentido. Es lo lógico. Mi secreto pesa más que nunca ahora que Maksim sabe que estoy viva y en algún lugar de la ciudad. Solo de pensarlo se me acelera el pulso.

Maks no es tonto. Debe de estar preguntándose, reflexionando, sopesando los pros y los contras de contárselo a alguien. A Anatoli, muy probablemente. Pero, por lo que yo sé, lo único que tiene es la sorpresa de verme respirar cuando pensaba que hacía tiempo que había muerto.

Si aún no se ha dado cuenta de que estoy casada con Petyr, no tiene motivos para suponerlo.

A menos que haya visto a Luka.

A menos que haya atado cabos.

Se me revuelve el estómago. Aun así, tal vez si mantengo un perfil bajo, él asumirá que volví a desaparecer. Que no quiero que me encuentren. Lo cual, técnicamente, no es del todo incorrecto.

Podría quedarme escondida en la casa de la familia de Petyr, rodeada de sus muros, sus guardias y sus ridículamente altas puertas de hierro, como un fantasma para el mundo exterior.

Quizá eso bastaría. Lo haría si eso significara poder mantener mi secreto un poco más.

Pero al final tendría que decírselo.

Porque cada hora que no se lo digo, cada minuto que me escondo, corro el riesgo de que la verdad salga a la luz de una forma que no podré controlar.

Y, sin embargo, no soy capaz de hablar. No cuando estoy envuelta en sus brazos y casi puedo fingir que somos algo real. La más mínima chispa de esperanza ya está echando raíces en mi interior, frágil y peligrosa.

Pero sé, en mi corazón, que no estoy siendo realista. Ni justa con Petyr. Él se merece la verdad, aunque destruya lo poco que hemos construido juntos. Aunque esa idea me destroce por dentro.

Si se va a enterar, mejor que sea por mí que por boca de otra persona. La sola idea me revuelve el estómago, pero me obligo a respirar. A comprometerme.

Porque, si fuera yo, querría saberlo. Querría que *me lo dijera él.*

Lo perdonaría.

¿Pero él me perdonaría a mí?

No me permito agonizar por ello ni un momento más. Peor aún, retirarme emocionalmente.

Ahora hay un bebé. Ya no se trata solo de mí. Se trata de "nosotros", un "nosotros" más grande que solo dos personas.

Mañana, me digo a mí misma mientras me doy la vuelta en los brazos de Petyr. *Antes de que se vaya por la noche a ocuparse de los asuntos de la Bratva, se lo diré. No más evasivas, no más mentiras. Solo la verdad.*

Es lo mínimo que se merece. Lo mínimo que puedo darle.

Y, tal vez, la única oportunidad que tengo de mantener intacta una pizca de lo que tenemos.

53

PETYR

La llamada llega mientras estoy en el coche. —Han encontrado el envío —informa Mikhael—. Acaban de entregarlo a los italianos. Todo atado con un lazo.

El nudo en mi pecho se afloja. —Ya era hora. ¿Dónde demonios estaba?

—En un almacén cerca del puerto. Los idiotas que lo custodiaban pensaban que nadie se daría cuenta —Su tono es más ligero de lo que esperaba. Casi como si volviéramos a ser primos, en lugar de rivales que se acechan con cuchillos—. Yo me encargué.

Suelto un gruñido, sin saber si reír o rugir. —¿Te has encargado tú?

—No te sorprendas tanto. Soy capaz de hacer cosas que no implican conspirar a tus espaldas —Hay un tono irónico, pero no lo suficientemente afilado como para herir. Me está provocando, pero de una manera familiar, no con el tono venenoso que ha tenido últimamente.

Es extraño este repentino retorno a la normalidad. Una parte de mí se pregunta si el atentado contra nuestras vidas lo despertó. Le recordó lo frágil que es nuestro linaje.

O tal vez él sea el topo y todo esto sea una farsa. Odio que esa idea se me pase por la cabeza, pero la paranoia es el aire que respiro ahora. Ya se ha derramado demasiada sangre Gubarev.

—Te concedo esto —digo lentamente—. Hoy no pareces un asesino que persigue mi puesto.

—Quizá estoy cansado de perseguir —responde con voz más tranquila—. Quizá estoy cansado de ver morir a mis primos.

Por un momento, me permito creerle.

—Nos vemos luego —murmuro y cuelgo.

La ciudad gris se desliza por la ventana. Por primera vez en semanas, algo parecido a la esperanza se agita en mi pecho.

Pero la esperanza es frágil, y sé que no debo dejar que me lleve demasiado lejos. Puede que Mikhael vuelva a parecer parte de la familia, pero no puedo ignorar la posibilidad de que solo esté fingiendo lealtad mientras le pasa información a Anatoli. Si alguien nos tendió una trampa en ese restaurante, tuvo que ser alguien cercano. Alguien con acceso.

Me froto la sien. Hay una pequeña cicatriz allí, justo en la línea del cabello. Cada vez que me siento así, la toco para recordarme quién soy. Para quién me criaron.

No me la hice de una forma especialmente dura. Cuando era más joven, me levanté demasiado rápido en el gimnasio y me golpeé la cabeza con un aparato que no había visto. Me hice un corte horrible. Aún no estaba acostumbrado al dolor, y me pareció jodidamente cegador.

Pero mi padre me obligó a seguir trabajando a pesar del dolor. Me dijo que la confianza se ganaba con sangre y que la sangre nunca dejaba de ponerse a prueba. Hoy en día, todavía recuerdo lo mucho que me dolía seguir haciendo repeticiones con sangre en los ojos.

Al menos el envío está gestionado. Eso me da un respiro con los italianos, y lo voy a aprovechar.

Pero una victoria no borra la guerra que se avecina. Anatoli es lo suficientemente audaz como para tener hombres dentro de las propias murallas de Boris, lo suficientemente audaz como para dispararnos a mí y a los míos a plena luz del día. Ese tipo de confianza no se desvanece con un pistolero muerto. En todo caso, presionará más.

Y cuando lo haga, tendré que presionar el doble.

Por el bien de Sima, también.

Sima. Ahora está en clase, según las actualizaciones cada hora de Luka. Me fui temprano esta mañana, no quería despertarla. No quería romper el hechizo que nos envuelve desde anoche.

Dijo que ya no quiere huir. Que me quiere a mí. Que quiere quedarse conmigo, formar una familia de verdad.

Es una sensación extraña. Antes, nunca me imaginaba como un hombre de familia. Las esposas y los hijos son, en el mejor de los casos, una distracción y, en el peor, un punto débil andante. No es el tipo de cosas por las que un *pakhan* puede permitirse preocuparse.

Pero ahora me importa. Ha sucedido por sí solo, sin mi permiso. Es la primera vez en mi vida desde que heredé el trono.

Y, sin embargo, no quiero volver a como era antes. No quiero acuerdos ni contratos.

La quiero a ella.

Y haré todo lo posible por protegerla. Pase lo que pase.

Con esos pensamientos abarrotando mi mente, aparco el coche delante del hospital y entro a zancadas.

Es hora de decirle a mi hermano que va a ser tío.

54

SIMA

Entro en clase con dos sentimientos muy diferentes.

¿El bebé en mi vientre? Un motivo de alegría. Pura y absoluta felicidad.

Mil mariposas llenan mi pecho cada vez que recuerdo que estoy embarazada. Yo, *embarazada*. Si la Sima de hace un par de años hubiera visto esas dos rayitas rosas en la prueba de embarazo, habría pasado la noche contando monedas. Intentando desesperadamente llegar a fin de mes para poder mantener la nueva vida que llevaba dentro.

¿Pero la Sima de hoy?

Feliz como una perdiz.

Es increíble cómo desaparece la ansiedad una vez que se elimina la inseguridad financiera. Puede que el dinero no compre la felicidad, pero sin duda contribuye en gran medida a la estabilidad emocional.

Luego está la otra ola. El otro paquete. Concretamente, el paquete de nervios que soy yo.

Porque puede que el dinero ya no sea un problema, pero mi pasado sí lo es.

Las dos olas se entrelazan mientras voy avanzando por la clase, hasta que es imposible distinguirlas. Las mariposas empiezan a saltar de mi pecho a mi estómago.

Por un lado, sigo recordándome lo que Petyr dijo anoche: que me quiere, que *nos* quiere.

Por otro lado...

Dios mío, ¿qué he hecho?

Mi embarazo nos une. Para siempre. Es decir, une nuestros linajes. Y aunque no me he permitido pensar en eso cuando el plan aún era separarnos con el dinero y no volver a poner un pie en esta ciudad, ahora sí que lo estoy pensando.

El maldito bebé de Gubarev y Danilo está creciendo dentro de mí, y ¿adivinen quién es la responsable de esa mezcla impía de genes? Pista: tiene dos pulgares, los pechos doloridos y un fuerte deseo de desaparecer en la naturaleza.

Esta noche tengo que hablar con él. Antes de que Petyr desaparezca en cualquier asunto de la Bratva que tenga planeado para esta noche. Torturar a sus enemigos, amenazar a los gatos de la bodega, robarle los caramelos a un bebé a punta de pistola o lo que sea.

Voy a tener que confesarlo todo.

Y no es por algún gasto impulsivo con su tarjeta de crédito por lo que me pone nerviosa confesarlo. Es toda mi maldita identidad. Es Julieta disfrazada de campesina sin nombre y que finalmente suelta en la noche de bodas: *Por cierto, me apellido Capuleto. Con C. Sí, esos. Es curioso cómo funciona el mundo, ¿verdad?*

Me clavo las uñas en las palmas de las manos. Solo pensar en la conversación de esta noche es suficiente para que se me revuelva el estómago.

La comunicación abierta entre cónyuges. Mucho más aterradora que los impuestos.

Con un suspiro, me dejo caer en mi asiento habitual, con el cuaderno abierto y el bolígrafo en la mano, decidida a apartar de mi mente todos los pensamientos relacionados con Petyr.

Pero es más fácil decirlo que hacerlo. Brittany aún no ha llegado, así que ni siquiera puedo distraerme con su taza diaria de té y sus comentarios sobre nuestros compañeros de clase. No es que estuviera deseando saber con quién va al baile de graduación la hermana de Kevin, que está en el instituto, pero cualquier cosa habría sido mejor que esto.

Es entonces cuando lo siento: una sensación fría y punzante en la nuca, como si me estuvieran observando.

Me giro en mi silla a la velocidad del rayo para pillar a quienquiera que sea. Le diré lo que pienso, o tal vez le haga un gesto con los dedos medios, lo que sea que le haga parar antes. Tengo las hormonas revolucionadas y no tengo miedo de usarlas.

Pero cuando me giro, no hay nadie. Solo un par de estudiantes universitarios con aspecto somnoliento dormitando sobre sus pupitres.

Sin embargo, el nudo en mi estómago no se alivia. Mi bolígrafo comienza a golpear el margen como un pequeño mazo.

Solo estoy siendo paranoica. ¿Verdad? No hay nadie ahí, así que ¿quién podría estar mirándome? ¿Desde dentro de mi propia clase, a kilómetros de casa, con Luka justo fuera?

Quizás *sea* el embarazo. Las hormonas son muy traicioneras. Ya estoy bastante ansiosa. Ahora mi ansiedad está tomando forma física y me hace ver fantasmas donde no los hay.

Aun así, la sensación de hormigueo en la nuca persiste. Como si alguien me estuviera mirando fijamente.

Me muevo en mi asiento y finjo estirar el cuello hacia el reloj, como si estuviera aburrida con esta clase que ni siquiera ha comenzado. Mientras lo hago, echo otro vistazo a mi alrededor.

Pero, de nuevo, no hay nadie sospechoso.

Todo está en mi cabeza. Me obligo a respirar profundamente. El embarazo, el estrés escolar y vivir con una versión joven y atractiva de Vito Corleone... Es una combinación perfecta para la paranoia, si es que alguna vez ha existido.

Sin embargo, la sensación persiste, y se hace más intensa cuanto más tiempo estoy allí sentada.

Llega el profesor. Empieza la clase.

Brittany entra quince minutos más tarde con el proverbial café con leche de Starbucks y se sienta al fondo. Me saluda con la mano, luego se encoge cuando el profesor la mira con severidad y abre diligentemente su ordenador portátil.

Me obligo a prestar atención y a tomar notas como suelo hacer. Pero mi letra es irregular, desigual. No puedo concentrarme. Soy demasiado consciente de cómo late mi corazón sin motivo aparente.

Necesito un descanso. De verdad. No creo que este estado sea bueno para el bebé, y desde luego no lo es para mí.

Por suerte, el semestre está a punto de terminar. Pronto podré encerrarme en casa y esconderme bajo las sábanas con un buen libro. Sin compañeros de clase, sin miradas fantasmagóricas que me queman la espalda. Solo yo, Petyr y nuestro bebé creciendo dentro de mí.

A menos que él me eche esta noche.

Niego con la cabeza. No. Tengo que confiar en él. He decidido creer en él, y eso supone dar este salto de fe. Tengo que hacerlo. De lo contrario, esto no puede acabar bien.

Quizás, una vez que le cuente la verdad sobre mi familia, mi ansiedad desaparezca. Tiene que hacerlo. Ahora mismo, el peso de mis secretos me está aplastando.

Una vez que se lo cuente todo a Petyr, ese peso desaparecerá. Y si él lo acepta bien... si decide que todavía me quiere...

Entonces no tendré que volver a preocuparme nunca más.

Cuando por fin termina la clase, meto mis cosas en la mochila y salgo corriendo por el pasillo, desesperada por respirar. Sigo muy nerviosa mientras me dirijo a la cafetería cerca del vestíbulo principal, donde me espera Luka. La multitud de estudiantes se agolpa a mi alrededor y las voces rebotan en las paredes.

Entonces, una mano me agarra del brazo.

—Vaya, vaya. Mira quién ha venido.

El corazón se me encoge en la garganta. Conozco esa voz. Durante los últimos doce años, la he oído en mis pesadillas.

Me giro tan lentamente que podría estar muerta.

Una sonrisa cruel. Ojos crueles. Una cicatriz irregular a lo largo de la mandíbula, el mismo corte de pelo militar.

—¿Y bien? —Anatoli sonríe—. ¿No tienes nada que decirle a tu hermano mayor?

55

PETYR

Mientras recorro los sinuosos pasillos del hospital, paso por la sala de maternidad.

Concretamente, la sala de neonatos.

Normalmente no me detengo de camino a la habitación de mi hermano. Nunca. Pero esta noche, algo me empuja hacia esos bebés envueltos en mantas. Tan frágiles, tan pequeños.

Mi mente se traslada a Sima. A la forma en que se le abrieron los ojos cuando me dijo que estaba embarazada, con miedo y esperanza entremezclados en un mismo suspiro.

No esperaba sentir esa emoción. Como si algo dentro de mí se hubiera abierto y entrara la luz.

Ella lleva a mi hijo. Mi heredero. Y por primera vez desde que ocupé el asiento del *pakhan*, siento que hay alguien a mi lado.

Me paso la mano por la cara y veo mi reflejo en el cristal. Ojos duros. Boca apretada, sin comisuras hacia arriba.

No parezco un hombre a punto de sentir alegría, aunque eso es exactamente lo que soy. Me parezco a mi padre, ese miserable

bastardo que nunca confió en nadie, ni siquiera en su propia sangre.

Quizá ese sea también mi destino. Pero cuando pienso en Sima, calentita en mi cama, susurrando bromas ingeniosas envuelta solo en sábanas y mi aroma, quiero creer que puedo ser más que eso.

Cuando finalmente me alejo y entro en la habitación del hospital de Dimitri, el olor a antiséptico me golpea en la cara. Las máquinas pitan, constantes e implacables, mientras mantienen a mi hermano atado a este mundo.

No se ha movido. No ha abierto los ojos. Los médicos dicen que no lo hará.

Aun así, lo visito. Le hablo, porque es mi hermano, y si hay aunque sea una pequeña posibilidad de que me oiga, sabrá que no está solo.

Me acerco a la cama de Dimitri, acerco la silla, desgastada por tantas visitas, y me siento.

—Por fin las cosas están mejorando, Mitya —le susurro. Mis dedos tamborilean en el reposabrazos antes de que los detenga—. El envío está listo. Y... —Hago una pausa. Mis labios se curvan en una sonrisa antes de que pueda evitarlo—. Sima está embarazada. Vas a ser tío.

Las palabras suenan extrañas en mi boca, pero bien. Sólidas.

Me froto la mandíbula con la mano y exhalo. —Probablemente te reirías si pudieras oírme. Yo, hablando de la familia como si fuera algo ajeno a todo esto —Hago un breve gesto hacia nosotros, dos hermanos Bratva encadenados por el deber—. Pero con ella es diferente.

Miro las máquinas, los tubos. Está tan pálido que casi ya no parece él mismo. Odio verlo así.

Pero aún así me obligo a continuar.

—Sé que es una tontería. Ninguno de nosotros sale nunca de verdad. Pero cuando estoy con ella...

Casi puedo fingir.

Casi lo digo, pero luego no lo hago. No es lo que hacemos mi hermano y yo. Incluso este pequeño discurso que le acabo de dar solo fue posible porque él no podía decirme que me callara.

Aun así, si estuviera aquí, se alegraría por mí. Sé que lo haría. Me daría una palmada en el hombro y me felicitaría a su manera brusca. Quizás se reiría y diría que ya era hora.

Estoy perdido en esos pensamientos cuando salgo a tomar un café. No es que el agua de alcantarilla que sirve la máquina automática se pueda llamar así, pero lo aceptaré. Sin duda, ya es bastante tarde.

Cuando vuelvo y abro la puerta, la luz sobre la cama de Dimitri proyecta largas sombras por toda la habitación. Y allí, junto a su cama, hay un hombre vestido con bata quirúrgica, con una jeringuilla sobre la vía intravenosa de mi hermano.

Por medio segundo, pienso que es un enfermero. Tiene el aspecto adecuado. La bata, los guantes.

Pero entonces veo sus ojos.

Abiertos. Aterrorizados. Como si supiera quién soy y tuviera motivos para temer.

Sus manos tiemblan tanto que la jeringa se tambalea. No hay profesionalidad firme, ni concentración tranquila. Nada de la precisión distante que se espera de alguien acostumbrado a las agujas y las vías intravenosas. Solo pánico puro y duro.

Entonces me doy cuenta.

Que no es enfermero.

—¡Aléjate de mi maldito hermano!

56

SIMA

Mi hermano me agarra con fuerza del brazo.

Intento soltarme, pero él solo aprieta más fuerte y se inclina hacia mí hasta que su sombra me cubre. —No te alegras de verme después de tanto tiempo, ¿eh?

La voz de Anatoli es una burla en voz baja, como si compartiéramos una broma privada que solo él encuentra divertida. Inclina la cabeza y entrecierra los ojos.

Cuando no le respondo, su sonrisa se hace más profunda. —¿Qué pasa, hermanita? ¿Se te ha comido la lengua el gato?

—Suéltame —le susurro—. Estás montando una escena.

—No querrás armar un escándalo, ¿verdad? ¿Llamar la atención? No te vendría bien aquí, con todos tus simpáticos compañeros mirando —Su risa es suave y cruel—. Llevas tanto tiempo fingiendo llevar una vida normal... No querrás que sepan cómo eres en realidad.

Miro a los estudiantes que pasan indiferentes y obligo a mi voz a sonar baja y firme. Perder prestigio es lo que menos me preocupa,

pero si alguien se involucra, no se sabe lo que mi hermano podría hacer. A quién podría hacer daño.

—He dicho que me sueltes.

Anatoli solo se ríe. Se mueve lo justo para levantar el borde de su chaqueta y deja al descubierto la empuñadura negra de una pistola que lleva escondida en el costado.

—No querrás complicar las cosas. Pero yo podría hacerlo. Solo tengo que sacar esto y, de repente, la mitad de estos chicos caerán al suelo.

Abro mucho los ojos. —No lo hagas —susurro, presa del pánico—. Por favor. No los metas en esto. No tienen nada que ver con nosotros.

Él inclina la cabeza con cruel diversión. —Si no me escuchas, ¿qué otra opción me queda?

—¡Te escucharé! —balbuceo rápidamente—. Lo haré. Solo... por favor.

Se inclina hacia mí con una sonrisa afilada como una navaja. —Siempre pensaste que podrías huir, ¿verdad? Que si te escondías el tiempo suficiente, el pasado no te alcanzaría —Sus dedos se clavan más profundamente en mi brazo—. Pero aquí estoy.

—Anatoli... —empiezo a decir, pero él me interrumpe con un silbido.

—Nuestros padres estarán muy, muy *emocionados* al saber que estás viva. Imagina sus caras cuando cruces la puerta después de todo este tiempo.

Va a enviarme de vuelta. De vuelta con *él*.

De repente, no puedo respirar.

Me pica la mano por presionar mi vientre, pero no puedo arriesgarme. No aquí. No con él mirándome como un halcón.

—No quiero formar parte de esa vida —logro decir entre dientes.

Anatoli se ríe con frialdad. —¿Ah, no? Entonces explícame lo de tu nuevo marido. Explícame ese anillo. No mientas. Nuestros padres se sentirán muy dolidos cuando se enteren de que te casaste sin ellos. ¿Ni siquiera invitaste a tus hermanos al gran día? —Niega con la cabeza fingiendo decepción—. Ingrata.

Siento un nudo en el estómago. *Lo sabe*. De alguna manera, lo sabe.

—No me he casado —miento.

—¿Crees que puedes ocultármelo? —dice Anatoli—. Había cientos de invitados en esa boda. Sidorov estaba allí. Hizo que su fotógrafo tomara fotos. Pensó que sería su hija vestida de blanco. Estaba tan feliz que me las entregó cuando le presioné —Se encoge de hombros —. Bueno, feliz bajo el cañón de una pistola.

No tiene sentido negarlo. Él lo sabe. Ha visto las pruebas.

Me planto y entrecierro los ojos. —Si sabes quién es mi marido, entonces sabes lo que te hará si no me dejas ir.

Por un instante, su sonrisa se desvanece.

Luego, la furia endurece su rostro.

Me empuja contra la pared. El impacto me sacude los huesos. Un par de estudiantes miran, fruncen el ceño, pero siguen caminando. Nadie quiere involucrarse. Rezo para que nadie se involucre.

—Petyr no puede tocarme —gruñe Anatoli—. Lo mataré. Y tú vas a ayudarme.

—¿Qué? —Niego con la cabeza antes de poder evitarlo—. No. Nunca.

—Sí. —Su aliento es cálido y agrio contra mi mejilla—. Serás leal a tu familia. Le dirás a Petyr que te he encontrado, que quiero una tregua. Lo atraerás. Entonces le meteré una bala en la cabeza.

Se me hiela la sangre. Petyr no puede morir. No lo permitiré. La sola idea de traicionarlo me revuelve el estómago.

Aquí está mi hermano, exigiéndome que cambie lo único bueno que he encontrado en años por la aprobación de la familia que me destrozó.

La rabia se mezcla con el terror hasta que casi no puedo respirar. No puedo hacerlo. No lo haré. No importa qué amenazas me haga, no voy a entregar a Petyr.

Es mi marido. El padre de mi hijo.

Es...

El hombre que amo.

No puedo creer que me haya costado tanto tiempo admitirlo. Que haya tenido que venir el maldito Anatoli a apuntarme con una pistola para darme cuenta de que estoy enamorada de Petyr Gubarev.

Pero lo estoy. Lo amo.

Y que Dios ayude a cualquiera que quiera quitármelo.

—No te ayudaré —susurro con voz temblorosa pero firme.

—Oh, sí que lo harás —Su agarre me deja moretones en el brazo mientras se inclina hacia mí—. Porque ya tengo a su aliado más cercano.

Sus palabras me dejan clavada en el sitio. —¿Su... aliado?

—Así es —su sonrisa se vuelve más burlona—. Lev ahora trabaja conmigo. En la reunión, se pasará a nuestro bando. Petyr no lo verá venir. Y cuando todo haya terminado, cuando Petyr haya desaparecido, tú te irás. Nuestro padre nunca sabrá lo que has estado tramando.

Mi pulso late tan fuerte que no puedo oír nada más. ¿Lev? ¿Traicionar a Petyr? Es imposible. No lo conozco desde hace mucho

tiempo, pero es prácticamente la sombra de Petyr. Su mano derecha.

Y, sin embargo, la sonrisa burlona de Anatoli me dice que él lo cree. O que quiere que *yo* lo crea.

No le quito los ojos de encima y me niego a pestañear.

Por dentro, sin embargo, mi temor se intensifica cada vez más.

—Camina, princesa. —Me agarra por el hombro y me empuja bruscamente hacia delante—. O te obligaré.

Mis ojos se mueven rápidamente. La multitud es tan densa que nadie nos presta atención. Probablemente ni siquiera pueden ver lo que Anatoli está haciendo. Para un transeúnte, podría parecer un abrazo.

Pero no hay nada cálido ni familiar en su abrazo. Nada humano en el frío de sus ojos. Solo una crueldad oscura y sin fondo.

—Vuelve con tu guardaespaldas —me ordena—. Actúa como si nada pasara. Si no lo haces, lo sabré.

Por fin me suelta. Me libero y me froto la muñeca, luego busco a Luka por toda la cafetería.

Lo veo cerca del fondo. No me ha visto, gracias a Dios.

—Recuerda —gruñe Anatoli—, nosotros somos tu familia. No Petyr Gubarev.

No han sido mi familia en doce años, quiero espetarle, pero me guardo la respuesta. En este momento, estoy en desventaja. Estoy en un lugar lleno de gente inocente, y Anatoli nunca ha tenido reparos en involucrarlos.

Tengo que hacerle creer que se saldrá con la suya. Para que se retire y me deje ir a casa con Luka.

Así que pongo un pie delante del otro y hago lo que he hecho hasta ahora: *sobrevivir.*

Porque, si no aviso a Petyr, nadie lo hará.

57

PETYR

—¡Aléjate de mi maldito hermano!

Me abalanzo como un animal salvaje, con la mirada fija en el *mudak* vestido con bata y la jeringuilla que se agita en su mano. Lo empujo contra la pared con fuerza. Él se retuerce, me da codazos, intenta alejarse de mí a zarpazos.

Ni de coña voy a dejarlo.

Empezamos a forcejear. Intenta clavarme la jeringuilla, pero la esquivo por los pelos. No tengo ni idea de lo que hay en esa cosa y no quiero averiguarlo.

Si intentaba inyectársela a Dimitri, no puede ser nada bueno.

Lo empujo. Su espalda se estrella contra la barandilla de la cama. La vía intravenosa traquetea con el impacto. En cuanto se recupera, vuelve a apuñalarme. De nuevo, lo esquivo.

La aguja se queda a un centímetro de mi cuello antes de que le inmovilice la muñeca contra la pared con tanta fuerza que se suelta. Rebota una vez y cae ruidosamente sobre el suelo de baldosas.

Luego le agarro los dedos y los retuerzo hasta que grita.

—¿Ya has tenido suficiente? —gruño y aprieto más fuerte.

Su brazo hace un *crujido* repugnante que resuena en las paredes.

—¿Ya has tenido suficiente, maldito cobarde?

Le doy un rodillazo en el estómago y le dejo sin aliento. Luego le aplasto la cara contra la pared hasta que su nariz hace el mismo sonido que su brazo.

Él gorgotea y se desploma, dejando un rastro de sangre, pero lo mantengo clavado contra la pared hasta que la puerta se abre de golpe.

El sonido de botas y voces apresuradas llena el pasillo antes de que la puerta se abra de golpe.

Los dos hombres que había apostado fuera entran empujando, con las armas desenfundadas y los ojos escaneando. Kira está justo detrás de ellos, con el rostro pálido y asustado.

—¿Qué está pasando? —exclama, con los ojos muy abiertos mientras observa la escena que tiene delante—. ¿Petyr...?

No pierdo el tiempo con explicaciones.

Agarro al intruso por la espalda con el puño. Lo levanto como si no pesara nada. Le tiemblan las piernas, pero lo empujo hacia delante. —Lo que pasa es que tenemos una maldita rata.

Mis hombres lo agarran. Uno le sujeta el hombro y el otro le retuerce el brazo a la espalda.

Estoy hirviendo de furia. He estado enfadado muchas veces desde el comienzo de mi reinado, pero nunca así. Nunca como si pudiera matar con solo mirar.

Intentó hacer daño a mi hermano.

Intentó asesinarlo.

Va a pagarlo.

Me acerco, le doy un puñetazo en el estómago y luego le abofeteo en la mandíbula. Su cabeza se inclina hacia un lado.

—¿Qué hacías aquí? —le gruño—. ¿Quién coño te ha enviado?

Jadea y niega con la cabeza. Le agarro por la bata y lo empujo contra la pared otra vez.

—¡Contéstame o te sacaré la respuesta a la fuerza!

Su única respuesta es una tos ahogada. La sangre le gotea por el labio partido y la nariz destrozada. Mantiene la mirada apartada, la mandíbula apretada y se niega a hablar.

Mi paciencia se agota. Rechino los dientes.

Ya basta.

—Llévenlo al almacén —ordeno—. Yo mismo le sacaré las respuestas.

Los hombres asienten y arrastran al intruso por las axilas. Él gime, tropieza con sus propios pies, pero ellos no se detienen.

El sonido de sus botas se desvanece por el pasillo. Cuando se han ido, Kira se lleva una mano al pecho y me mira con los ojos muy abiertos. —Petyr, ¿qué...?

—Ahora no. —Mi tono no admite réplica. Sigo mirando fijamente el lugar donde la jeringuilla cayó al suelo, el pequeño destello metálico bajo la luz fluorescente. Tengo la mandíbula tan apretada que me duele.

No ha sido un acto fortuito. Lo han enviado. Y si tuviera que apostar, lo haría todo por los Danilo.

La sangre me hierve al pensarlo. Los Danilo ya me quitaron a mi padre. Han intentado quitarme a Dimitri dos veces.

Pero le sacaré la verdad a ese asesino. De una forma u otra.

Kira se hunde en la silla más cercana, temblorosa, con el rostro ceniciento. —Podría haber matado a Dimitri —susurra débilmente.

Tiene razón. Mi hermano estuvo a segundos de la muerte. Debería sentir alivio por que esté bien, pero lo único que siento es la punzada del fracaso por haber dejado que llegara tan cerca.

Se supone que soy yo quien debe mantenerlo a salvo. Y esta noche, casi lo pierdo de nuevo.

—¿Cómo ha conseguido pasar tan lejos de tus hombres? —pregunta Kira, desconcertada—. Es como si supiera exactamente a dónde ir. ¿Y por qué ahora, después de todas estas semanas? ¿Por qué de repente esta noche?

Me quedo en silencio, pero la semilla de la duda echa raíces y se niega a desaparecer.

La misma semilla debe de estar creciendo en la cabeza de Kira, porque me mira de repente. —La única diferencia es que tú trajiste a Sima aquí —dice, entrecerrando los ojos—. Nunca lo habías hecho antes.

—Ten cuidado con lo que dices, Kira —digo, haciendo crujir los nudillos—. No hables de mi esposa como si fuera una traidora.

Se levanta temblorosa de la silla, pero no se echa atrás, con la barbilla alta. —Solo digo lo que cualquiera vería. La traes aquí y, de repente, pasa esto. No puedes ignorarlo.

—Kira...

—¡Ese es mi marido en esa cama! —Sus ojos se llenan de lágrimas mientras señala el cadáver de Dimitri—. ¡*Mi* marido! ¿Y me estás diciendo que deje en paz a tu novia adolescente cuando ella podría ser la culpable de todo esto?

Me acerco a ella con los puños apretados a los costados. —No me gusta tu tono.

—Y a mí no me gusta lo ciego que estás —espeta, con una mezcla de miedo y rebeldía en los ojos—. También es tu hermano. ¿De verdad vas a ignorar las señales de la culpabilidad de tu esposa? ¿Tan poco te importa?

—No sabes lo mucho que me importa.

—Entonces demuéstramelo —exige—. ¿Dónde está Sima ahora mismo?

En clase, quiero responder, pero me doy cuenta de que no lo sé. No con certeza. Solo tengo la palabra de Luka, y ya tengo motivos suficientes para sospechar que alguien de mis filas no es de fiar. Por lo que a mí respecta, podría ser él.

Cuanto más intento alejar la insinuación de Kira, más se extiende mi duda.

Maldición, ¿y si tiene razón?

¿Y si alguien de mi círculo *está* pasando información? ¿Y si esa persona es precisamente la mujer a la que he dejado entrar en mi vida? ¿En mi cama?

Vuelvo a sentirla, la misma sensación inquietante que sentí aquella noche en el restaurante de Boris: el escalofrío de no saber en quién puedo confiar.

Desde el día en que me casé con Sima, han salido mal demasiadas cosas. El envío perdido. El tiroteo. Y ahora, este ataque a mi hermano. Todo ello después de que ella entrara en mi vida.

¿Podría Kira estar en lo cierto? ¿Ha estado Sima pasando información a su familia todo este tiempo?

Nunca volvió a intentar huir después de aquella primera noche. Pensé que eso significaba que lo entendía, que estaba dispuesta a

seguirme el juego, pero quizá no fuera eso.

Quizá no fue por nuestro acuerdo. Quizá decidió quedarse para poder acercarse lo suficiente como para destrozarme por dentro.

Y cuando dijo que no quería que lo nuestro terminara...

¿Y si eso también formaba parte de un plan?

Necesito estar seguro. ¿La mujer que está en mi cama es mi salvación o la que me apunta con un cuchillo a la garganta?

Solo hay una forma de averiguarlo.

58

SIMA

Estoy dando vueltas por la habitación, con los brazos cruzados sobre el pecho, cuando oigo que se abre la puerta principal en la planta baja.

Petyr.

Mi corazón se detiene. Ha llegado el momento. El momento en el que nos arreglo o nos pierdo.

El murmullo grave de su voz llega desde el ascensor. Un breve intercambio. Probablemente sea alguien del personal del edificio. En el peor de los casos, está hablando con Kira, aunque hasta ahora no he visto la sombra de sus cuernos ni he oído el chasquido de su cola puntiaguda en ningún lugar cerca del ático.

Las pesadas botas de Petyr resuenan en el largo pasillo exterior.

Respiro hondo. Tengo el estómago tan revuelto que es un milagro que no me doble por la mitad. Tengo la boca seca y las palmas sudorosas. Cada vez que doy un paso más por el dormitorio, mi pulso se acelera como si hubiera olvidado cómo funciona.

Aquí estamos. Me obligo a respirar profundamente. Es un buen entrenamiento para el parto, si no hay nada más. *No más evasivas. No más excusas.*

No.

Más.

Mentiras.

Pero los viejos hábitos son difíciles de romper. Cada célula de mi cuerpo me grita que huya. Que pruebe lo resistentes que pueden ser esas sábanas de algodón egipcio cuando se atan para formar una cuerda, que vuelva a intentar descender por la fachada de la mansión.

Pero no tiene sentido. Esto no es como todas las otras veces que he escapado. Esta vez, no hay ningún lugar adonde ir. ¿Y sinceramente? No estoy tan segura de querer huir.

Por primera vez en mi vida, creo que quiero quedarme.

Además, prefiero caminar hacia el infierno que vivir un día más con este peso aplastándome los pulmones.

La tarjeta magnética pita. La puerta principal se abre. Unos pasos más y Petyr estará aquí, en el dormitorio.

En esos pocos segundos, mi mente vuelve a dar vueltas.

Tienes que avisarle. Eso se ha vuelto más urgente incluso que mis secretos. Después de la emboscada de Anatoli, no tengo otra opción. Si no hablo, Petyr correrá un peligro mortal. Podría caer en una trampa la próxima vez que salga de casa. Solo imaginarlo rodeado, atacado por sorpresa por alguien en quien confía, es suficiente para que se me revuelva el estómago.

No puedo permitir que lo maten porque yo tenía demasiado miedo para hablar. El silencio siempre ha sido mi escudo, destinado a protegerme. Pero si eso hace daño al hombre que amo...

Entonces no vale la pena. Ya no.

Todavía no puedo creer que Anatoli tuviera la audacia de mirarme a los ojos y exigirme que lo traicionara. ¿Cómo pudo pensar que me pondría de su lado, que lo ayudaría a derribar al hombre que me ha dado más libertad y seguridad que cualquiera de los hombres de mi familia?

Está delirando.

Y sigue sin tener ni idea de quién soy.

Porque por fin he encontrado a alguien de quien no quiero escapar, y que me condenen si dejo que alguien me lo quite. Especialmente mi maldita familia.

Puede que Petyr no sea perfecto, Dios sabe que no lo es, pero es mío. Y yo soy suya. Esa es la única verdad que importa aquí. No voy a dar la espalda a eso, sin importar lo que mi hermano psicópata crea que tiene sobre mí.

Los pasos llegan a la puerta del dormitorio. Froto las palmas de las manos contra los costados de mis muslos y dejo de caminar, luego me quedo parada en el centro de la habitación como si estuviera a punto de enfrentar al pelotón de fusilamiento.

Cuando se abre la puerta, me giro.

Mi marido siempre es todo un espectáculo. Hombros anchos, trajes perfectos, rasgos esculpidos. Pero esta noche hay algo diferente. Su rostro es una máscara inexpresiva, su mirada mucho más oscura de lo habitual.

Cierra la puerta con una tranquila determinación. El sonido me hace estremecer.

—¿Has llegado temprano, eh? —Consigo esbozar una débil sonrisa, pero mi voz suena más débil de lo que me gustaría. Entrelazo los dedos. Para alguien que ha mantenido una identidad secreta durante

doce años, esta noche estoy actuando como la peor mentirosa del universo.

Petyr me estudia durante un instante, con la mirada fija e indescifrable. —No pareces contenta de verme.

Se me hace un nudo en la garganta. Normalmente, estaría encantada de verlo, pero esta noche no hay nada normal.

Intento hablar, pero mi mente está demasiado dispersa.

Cálmate. Puedes hacerlo. No, tienes que hacerlo.

No hay forma de salvarlo si no lo haces.

Me obligo a respirar y a mirarlo a los ojos. —Tenemos que hablar.

Petyr me mira sin expresión alguna. Esa inexpresividad en su rostro me inquieta, pero me digo a mí misma que debe de ser mi imaginación. Él nunca es tan neutral, no dentro de las cuatro paredes de nuestro dormitorio.

Eh. ¿Desde cuándo empecé a pensar en este dormitorio como "nuestro"?

Niego con la cabeza y me obligo a concentrarme.

—El día que nos conocimos, no te dije la verdad —confieso—. O mejor dicho, te dije la verdad, pero no fue mi intención. Y, de todos modos, no fue toda la verdad. Yo... —*Mierda.* Resisto el impulso de esconder la cara entre las manos por lo mal que estoy jodiendo esto —. Mi nombre no es Sammi Banks. Tú lo sabes, por supuesto.

Petyr me lanza una mirada que solo puede traducirse como: *No me jodas, Sherlock.*

Hago todo lo posible por ignorar la vergüenza que se apodera de mis mejillas y continúo. —Pero lo que no sabes es que mi nombre no es solo Sima. Es...

Respiro hondo.

Ahora o nunca.

—Es Sima Danilo.

Aprieto los ojos y espero su respuesta. Que me insulte y me grite. Quizás que dé un puñetazo a la pared.

En cambio, se produce un silencio. Un silencio denso, pesado y horrible.

Vuelvo a abrir los ojos. Petyr tiene la mandíbula apretada, pero por lo demás no se mueve. Ni habla. Se limita a mirarme fijamente, y eso me hace sentir expuesta de una forma que no me gusta.

Trago saliva y decido seguir adelante. Si voy a dar explicaciones, más vale hacerlo bien.

Ya he cruzado el borde de este precipicio. No sirve de nada intentar volver a subir ahora.

Lo único que puedo hacer es rezar para que él me atrape. Como prometió que haría.

—Cuando tenía doce años —comienzo, con voz temblorosa—, me escapé de casa. Acababa de ver cómo mi hermana mayor se casaba con un hombre viejo y desagradable al que mi padre le debía un favor. Sabía que a mí me esperaba el mismo destino. No podía permitir que eso sucediera. Perder a Lara ya había sido bastante duro, así que escapé.

Como Petyr sigue sin decir nada, me obligo a mirarlo a los ojos y continúo.

—Sobreviví como pude. Pequeños trabajos, un carné falso para que me creyeran mayor de dieciocho años, un nuevo nombre para mantenerme oculta. Durante los últimos doce años, he estado muerta para mi familia.

Retuerzo el dobladillo de mi jersey, tratando de aliviar el dolor en mi pecho al recordar todo eso. No importa cuánto tiempo haya pasado,

el dolor de perder el único hogar que había conocido sigue tan fresco como aquella primera noche que pasé en la calle.

—Era un plan desesperado, pero... de alguna manera, funcionó. Hasta la boda.

La mandíbula de Petyr se tensa de nuevo. Es la única reacción que tengo para guiarme, y no parece buena.

En todo caso, la falta de expresión duele más que la ira. Al menos la ira es algo que puedo entender. Pero esta quietud me duele de una manera que no puedo nombrar. Se parece demasiado a la indiferencia.

Pero ¿qué otra cosa puedo hacer en este momento, salvo terminar mi historia?

—Tenía miedo de que lo descubrieras —Sale como poco más que un susurro—. Miedo de que me hicieras algo. Pero entonces Maksim me encontró. Cuando estaba fuera con Jemma, me vio en la cafetería. Se dio cuenta de quién era. Y pensé que era solo cuestión de tiempo hasta que... —Me detengo abruptamente—. No, eso no está bien. Debería habértelo contado de todos modos. Quería decírtelo tantas veces. Tantas... Bueno. Pero al final, fue la supervivencia lo que me empujó. Como siempre.

Petyr sigue sin reaccionar. Ni un destello en sus ojos, ni un tic en la boca. Solo esa mirada fija e indescifrable.

El silencio me revuelve el estómago, pero sigo adelante de todos modos.

Ya casi he terminado.

—Maksim se lo contó a Anatoli —digo—. Y Anatoli me encontró. Hoy, en la escuela. Dijo que quería que organizara una reunión entre ustedes dos. Que te dijera que quería una tregua —Me muerdo el labio, tratando de no temblar—. Pero es mentira. Planea matarte. Me lo dijo abiertamente. Dijo... —La garganta se me cierra al pronunciar

las palabras, demasiado horribles para decirlas, pero las expulso de todos modos—. Dijo que tiene a alguien trabajando en el interior. A Lev. Y que te traicionaría en la reunión.

Por fin, *por fin*, algo brilla en la mirada de Petyr. Un destello agudo y peligroso.

Pero sigue sin tener nada que decirme.

—No sé si es cierto —sigo apresuradamente—. No quiero creerlo, pero deberías... deberías investigarlo —Mis dedos se enredan en la cachemira de mi jersey—. Independientemente de lo que puedas sentir ahora por mí, solo... ten cuidado. Por favor.

Ya está. Lo he dicho. Mi historia, mi verdad. Todo sobre la mesa.

Pero Petyr sigue sin hablar.

—Di algo —susurro—. Por favor.

Y finalmente, lo hace.

Solo que no son palabras.

Es una risa.

La risa sin humor de Petyr me deja paralizada en medio de la habitación. Nunca le había oído reír así. Su risa es algo raro y precioso. Es cierto que a veces puede ser un poco sarcástica, pero nunca es así. Nunca tan *cruel*.

—¿Qué te da tanta gracia? —me oigo preguntar.

Pero Petyr simplemente niega con la cabeza, como si todo esto fuera una mala película de comedia. Una broma de mal gusto del universo. —Me preguntaba cuánto tiempo tardarías. En admitir lo que eres.

Su elección de palabras me pone los pelos de punta. No "quién", sino *"qué".* Como si fuera una cosa en lugar de una persona.

—No me sorprende que sea hoy —añade, hastiado, con los ojos entrecerrados y una mirada que se parece demasiado al desprecio—. Después de que tu ataque contra mi hermano fracasara tan estrepitosamente. ¿Qué es esto, el plan B? ¿Controlar los daños mientras esperas para apuñalarme por la espalda otra vez?

La confusión se mezcla con el pánico. Mis labios se abren antes de que pueda detenerlos. —¿Tu... hermano? —susurro—. ¿Qué... qué le pasó a Dimitri?

Su cabeza se gira bruscamente hacia mí. —Deja de fingir, Sima. No soy idiota.

Doy un paso atrás. El rechazo duele más que una bofetada. —Yo... nunca he dicho que lo fueras —Se me oprime el pecho hasta que apenas puedo respirar—. ¿De qué estás hablando? ¿Qué le pasa a Dimitri?

¿Qué crees que le hice?

Algo debe de haber pasado mientras Petyr estaba fuera. Algo malo. Dios, ¿y si Dimitri está muerto?

Pero ¿qué tiene eso que ver conmigo si lo está?

Es un pensamiento horrible y egoísta, pero se me pasa por la cabeza de todos modos. Porque está claro que Petyr no está atacando al azar, me está atacando a *mí.*

Y, por una vez, no tengo ni idea de qué he hecho.

Le he contado todos mis secretos. Le he confesado mis peores miedos, mi parte más oscura.

Y, sin embargo, me mira con puro disgusto. Como si *yo fuera* el enemigo.

—No finjas que no lo sabes. —Su mirada es despiadada mientras me recorre de arriba abajo—. Dime, ¿qué tiene exactamente tu asesino contra ti? ¿Tan grave puede ser, si me estás revelando tu verdadero

nombre ahora, después de todo este tiempo, en lugar de dejar que me lo diga él?

—¿Asesino? —repito atontada—. ¿Qué estás...?

—¡DEJA DE MENTIR!

El puño de Petyr golpea la pared. Se oye un estruendo y el yeso se hunde.

Empiezo a temblar. Por primera vez en semanas, le tengo miedo.

Mi garganta funciona, pero no me salen las palabras. Al menos, no las adecuadas, y en este momento no tengo ni idea de cuáles podrían ser. Busco desesperadamente algo, cualquier cosa que me permita llegar a él.

—No sé de qué estás hablando —susurro, con la voz ronca por el miedo—. Anatoli quiere matarte. Tiene a Lev bajo su control. Eso es lo que vine a decirte. Por eso te lo conté todo.

—Eso también es una puta mentira.

—¡No lo es! Yo...

—Te diré lo que pienso —me interrumpe bruscamente—. Creo que tengo a un hombre encadenado que puede identificarte. Por eso estás cantando. No hay otra maldita razón —Sus labios se curvan en una línea cruel—. Tal y como dijiste: supervivencia.

Las rodillas me tiemblan.

Acabo de desnudarme ante este hombre. Cada pequeño secreto, cada parte de mí que he intentado desesperadamente enterrar durante más de una década.

Y esto es lo que él hace con ello. Lo retuerce, lo convierte en sospecha. En otra arma para controlarme.

El dolor arde más que la ira. Porque *estoy* enfadada, estoy malditamente furiosa, pero ahora mismo siento que mi corazón se

ha partido en dos, y eso es mucho peor.

El dolor me araña el pecho, crudo e insoportable, un agudo recordatorio de todo aquello de lo que me protegía. Todas las razones por las que escapé en primer lugar.

Por eso no se puede confiar en los hombres Bratva.

Pero eso es exactamente lo que hice. A pesar de todo lo que sabía sobre ellos, todo lo que sabía sobre él, por un instante, me permití creer que él podría entenderlo. Que tal vez, solo tal vez, éramos algo más que este ciclo interminable de mentiras y desconfianza.

Pero resultó que no era así.

Eso es lo que finalmente me hace perder los estribos.

—¿Me estás tomando el pelo? —Mi voz se quiebra de forma desagradable, pero no me importa cómo suene—. Te lo he contado todo. He puesto todas las cartas sobre la mesa, ¿y *esto* es lo que me respondes? ¿Una teoría conspirativa?

Petyr entrecierra los ojos, pero no me detengo. Aún no he terminado con él.

—¿Crees que te he estado engañando? ¿Que me he acostado contigo, me he quedado embarazada de tu maldito hijo, todo para ayudar a mi hermano a matar al tuyo*? ¿*A matarte a *ti?* —Mi pecho se agita—. ¿Te estás escuchando?

No puedo dejar de temblar. Creía que conocía a este hombre. Ahora me pregunto qué demonios me ha pasado todo este tiempo.

De repente, la habitación se vuelve borrosa. El ático desaparece. En su lugar, estoy de vuelta en mi casa, en la mesa del comedor con mi padre maltratador y mi madre moribunda. Solo que, esta vez, su rostro se superpone al mío.

Hice un gran trabajo huyendo de allí, solo para acabar aquí.

Dejé todo atrás para ser libre. Pero acabé en otra jaula. Las mismas rejas, pero de otro tono dorado.

Entonces, de repente, horriblemente, me doy cuenta de algo.

—Te lo conté todo —repito, incrédula—. Pero no te sorprendió. Ni lo más mínimo.

Su rostro no cambia, y una sensación de desánimo se extiende por mi cuerpo al verlo.

—¿Por qué no te sorprendió, Petyr?

Por primera vez desde que lo conocí, su boca se tuerce en una mueca desagradable. —¿De verdad creías que no lo sabía?

—¿Qué quieres decir? —Sin embargo, incluso mientras hablo, no estoy segura de querer una respuesta.

Petyr da un paso hacia mí. Es el primero que da hacia mí desde que comenzó esta conversación, y la primera vez que no quiero que lo haga.

—Siempre he sabido quién eras, Sima. La sangre de los Danilo no desaparece sin más. Apesta a lo grande. Pude olerla en el momento en que nos conocimos.

No. Quiero negarlo todo, pero ahora las piezas encajan.

Y dibujan la única imagen que tiene sentido.

—¿Por qué si no —dice, pronunciando cada palabra deliberadamente —, crees que me casé contigo?

El aire se me escapa de los pulmones.

Él lo sabía.

La conmoción paraliza mi cuerpo, pero mi mente va a toda velocidad.

Todo este tiempo, él lo sabía.

Mi estómago se retuerce violentamente. Tengo que abrazarme a mí misma para no doblarme por la mitad.

Los besos que nos dimos, las noches que pasamos enredados en los brazos del otro... todos los recuerdos vuelven mancillados.

Nada de eso fue casualidad. No fue el destino, ni el frágil milagro en el que me permití creer. Fue una estrategia. Un movimiento calculado en un juego Bratva.

Nada de eso fue *real*.

Me siento traicionada. Vacía.

Le di todo a Petyr. Mi cuerpo y mi alma. Mi felicidad, mi risa, incluso las estúpidas manías que nunca compartí con nadie porque nunca dejé que la gente se acercara lo suficiente como para verlas.

Me atormentaban las mentiras que le contaba cada día. Me sentía como si fuera la villana. Y todo ese tiempo, él estaba dispuesto a utilizar la verdad en mi contra.

Quiero enfadarme con él y preguntarle por qué se molestó en fingir. Pero lo único que sale de mi garganta es silencio.

Mi pulso late con fuerza en mis oídos. Cada segundo que pasa me hace sentir más pequeña, más tonta, más expuesta.

Y finalmente me doy cuenta de lo estúpida que he sido.

59

PETYR

Debería haberlo sabido.

No, lo sabía.

Sabía que era una Danilo. Que era una mentirosa, en la que no se podía confiar. Y aun así dejé que su mirada tierna y su risita dulce me calaran hondo hasta que empecé a *creerme* su actuación.

Como un maldito idiota.

Ahora me mira fijamente, con sus ojos de cierva muy abiertos y su voz débil. —¿Tú... lo sabías?

—Por supuesto que lo sabía —Esbozo una sonrisa forzada, con unos bordes irregulares que me resultan desconocidos. Algo afilado y cruel.

Pero Sima nunca creerá que la odio a menos que se lo haga creer, y ella ya ha demostrado ser mucho mejor actriz que yo. Si quiero que me crea, tengo que hacer una actuación de primera.

Tengo que convertirme en un monstruo.

—¿Por qué crees que te llamé por tu nombre en el altar? —le pregunto, burlándome—. Podría haber esperado a que algún primo inútil me trajera a la hija de Sidorov de vuelta, pataleando y gritando. Podría haber conseguido una esposa de esa manera. Sin mover un dedo. Pero tú caíste en mis manos y eras mucho más útil que Polina —Muestro los dientes—. Entonces te llamé y ni siquiera tuve que arrastrarte. Caminaste. Por tu propio pie. Directamente hacia mí. Tal y como yo quería.

Sus labios se separan como si le hubiera dado una bofetada. Por un segundo, algo se me encoge en el pecho, pero lo reprimo con fuerza. Ahora no puedo permitirme la debilidad. La debilidad es lo que me ha metido en esto.

Y solo la crueldad me sacará de ella.

Mi padre lo sabía. Por eso me enseñó tan bien. Es hora de poner en práctica sus enseñanzas.

—¿Qué? ¿No respondes? —Doy otro paso y la veo retroceder lentamente. Debería sentirme poderoso, pero, por alguna razón, lo único que siento es asco por mí mismo—. Supongo que, después de todo, no eres tan buena cuando no sigues el guion.

Cuando Sima finalmente recupera la voz, es temblorosa. —No puedes hablar en serio.

—¿No?

—Me ofreciste un trato —Aprieta los puños a los lados, pequeños e inútiles—. ¿Por qué harías eso si planeabas...?

La interrumpo con una risa seca y brusca. —¿De verdad te creíste esa mierda? Por Dios, *lisichka* —El apodo se me escapa sin querer, me traiciona—. Nunca hubo trato.

Ella se echa hacia atrás, con el dolor reflejado en su rostro.

Pero sigo adelante. Voy a por todas. Dios sabe que es la única manera. Esto que hay entre nosotros tiene que morir.

Y tengo que ser yo quien lo haga.

Porque, de lo contrario, Sima me matará. Matará a Dimitri, a Kira y a todos los demás, y luego me clavará el cuchillo directamente en el corazón.

Ya he visto esta película antes. Sé cómo termina. He visto cómo mi padre sufría este tipo de traición. No voy a permitir que me pase a mí.

—Nunca tuve intención de cumplir ese trato. Ni por un maldito segundo.

En cierto modo, ni siquiera es una mentira.

Al principio, no sabía si realmente iba a dejarla ir. Y luego, cuando las cosas se calentaron, supe que no iba a ser capaz. Que querría mantenerla aquí para siempre.

Lo único que nunca planeé hacer fue devolverla a los Danilo, pero ella no necesita saberlo. No le debo la verdad. Ni nada más.

Ya no.

—¿De verdad creías que me casaría con una Danilo y luego la dejaría ir? —insisto—. ¿Que te permitiría irte sin más? *Mierda,* Sima, no soy tan estúpido. Y tú tampoco.

—No te creo —susurra Sima finalmente.

—Deberías creerme —Doy otro paso y entonces nos encontramos cara a cara, su pequeño cuerpo engullido por mi sombra—. Siempre planeé quedarme contigo. Dejarte embarazada, tener a mi heredero y luego usarte como moneda de cambio con tu familia.

—Mientes.

—Y si eso no funcionaba —continúo—, me quedaría con el heredero y te devolvería cuando hubiera terminado.

—¡Estás mintiendo!

Todo su cuerpo tiembla. He matado a hombres con mis propias manos, pero nunca me he sentido tan villano como ahora, al quebrantar el espíritu de la mujer a la que una vez pensé que podría amar.

—No puedes decir eso. No puedes.

Tienes razón. Quiero decirlo, pero me contengo.

Desde el día en que hicimos nuestro trato, supe que no haría nada de eso. Pero ella no lo sabe. No puede saberlo.

He sido un tonto al traer a esta mujer a mi vida y no pensar ni una sola vez que me traicionaría por su propia carne y sangre.

Esa idea me duele más que cualquier bala que me hayan disparado. Porque una parte de mí sabe que, si me lo pidiera ahora, si me lo suplicara, cedería. La perdonaría.

Y eso me enfurece aún más. Que me haya reducido a esto.

—Ya veremos —me alejo de ella—. Porque ese plan vuelve a estar sobre la mesa. No me interesa dar cobijo a traidores. Esperaré a que me des un heredero y luego te enviaré de vuelta con tu familia arruinada.

Las lágrimas caen por sus mejillas. Se las seca con las manos impacientes y me mira con ira, como si aún se negara a creerme.

—Deberías estar agradecida —añado—. Has conseguido lo que querías. Al menos ahora tu padre nunca podrá casarte. Eres mercancía dañada.

Por fin, puedo ver en sus ojos que la duda se está apoderando de ella.

—¿Cómo puedes hacerme esto? —dice con voz entrecortada—. Después de todo lo que hemos pasado, ¿cómo... cómo puedes?

—¿Cómo puedo? ¿Cómo coño puedes *tú*, Sima? ¿Cómo puedes quedarte ahí parada y fingir que no sabes nada del ataque a mi

hermano? ¿Cómo puedes contárselo a tu familia mientras estás tumbada en mi puta cama? ¿Haciendo de puta mientras me destrozas?

Sima se estremece ante la dureza de mis palabras, pero levanta la barbilla con obstinación y parpadea entre lágrimas. —Yo nunca...

—No te atrevas a mentirme otra maldita vez. O te juro que tu familia te recuperará en pedazos.

Me odio por lo que le estoy diciendo y haciendo. Y aún más por lo cerca que estoy de abrazarla justo después. El impulso de atraerla hacia mí, hundir su cara en mi cuello y consolarla... está demasiado arraigado.

Pero no puedo. Si la toco, estoy perdido.

Así que me doy la vuelta. Salgo furioso. Antes de que pueda retractarme de todo lo que he dicho, deshacer todo el trabajo que he hecho para separarme de ella, cierro la puerta y la dejo atrás.

Para siempre.

60

SIMA

En cuanto se cierra la puerta, mis piernas se doblan.

Me desplomo en el borde de la cama. Mis manos se aferran al edredón. Tiemblan, tiemblan tan fuerte que se difuminan ante mis ojos.

O tal vez sea culpa de las lágrimas. En este momento, ni siquiera puedo distinguirlo.

Él lo sabía. Lo sabía desde el principio. Todas las confesiones que me arranqué a mí misma no sirvieron de nada. Porque Petyr tenía la verdad en el bolsillo todo el tiempo.

Y me la ocultó. Para su propio beneficio. Para poder utilizarme como moneda de cambio cuando llegara el momento.

—Mierda —Me presiono las palmas de las manos contra los ojos con tanta fuerza que veo estrellas—. Mierda, maldita sea.

Soy tan estúpida. Pensé que importaría que viniera de mí. Quería que supiera que confiaba en él con la verdad. Se suponía que iba a ser nuestro gran momento: yo confesándolo todo, tomando por fin el control de mi propia historia.

Pero todo ese tiempo, Petyr solo estaba esperando a que yo cogiera el hilo. Lo estaba fingiendo, todo. Ofreciendo una actuación digna de un Oscar mientras me convertía en su bufón personal.

Tengo la garganta irritada. Todas las cosas que me permití creer resultaron ser mentiras, y no sé qué hacer al respecto.

Soy una maldita idiota.

Me permití quererlo. Esperaba que fuera diferente. Y todo ese tiempo, solo era otro peón en su tablero, esperando ser sacrificado.

No dejo de ver su cara cuando lo dijo. Tranquila. Impasible. Casi presumida.

¿Por qué crees que me casé contigo?

Las palabras se repiten una y otra vez. Me invade la vergüenza. ¿Cómo pude ser tan ingenua? ¿Dejarme engañar así?

¿Después de todo lo que he vivido?

—Estúpida —Me seco los ojos con furia—. Estúpida, estúpida, estúpida.

Siento como si todo lo que había construido se hubiera desmoronado en un instante. Mi trabajo, mi nombre, la frágil y pequeña vida por la que luché con uñas y dientes.

Y debajo de todos esos escombros está la verdad de la que he estado huyendo desde que tenía doce años: nunca escapé realmente. Pensé que lo había hecho, pero aquí estoy, de vuelta al punto de partida.

Enjaulada.

Las lágrimas calientes me pican en los ojos, pero sigo secándomelas aunque eso no me haga sentir menos patética.

Pero no puedo permitirme llorar por Petyr. No cuando el hombre al que creía amar nunca existió realmente.

Me prometí a mí misma que nunca volvería a derramar otra lágrima por hombres como él, y ya estoy harta de romper las promesas que me hago a mí misma. Porque, claramente, son las únicas que importan.

Me engañó. No se merece mi dolor ni nada de mí.

Y mucho menos un hijo.

Me dejo caer hacia atrás. Durante mucho tiempo, me quedo tumbada en la cama. El silencio me oprime por todos lados, hasta que siento que mis oídos van a estallar.

Mis uñas se clavan en mis muslos. Las afiladas medias lunas muerden la tela de mis vaqueros. Y por mucho que mire fijamente la oscuridad detrás de mis párpados, siempre se transforma en él.

Petyr, diciéndome cosas crueles. Sonriendo con esa sonrisa maliciosa que no parecía propia de él. Dejándome atrás.

Es la imagen de su espalda la que más perdura. Se marchó sin siquiera mirarme. Como si yo no fuera nada.

Todo este tiempo, solo estaba soñando despierta. Me permití creer en una versión de nosotros que nunca existió. Seguí imaginando cómo sería estar casados de verdad, cuando él nunca quiso eso para nosotros.

Nos imaginaba como una familia. Él, yo, nuestro bebé... los tres contra el mundo. Tontas rutinas matutinas y discusiones por los calcetines tirados en el suelo, robándonos las mantas el uno al otro en plena noche. Pensé que tal vez, por fin, había encontrado un lugar seguro donde caer.

Pero la caída nunca es segura. La caída te mata.

Petyr Gubarev me enseñó eso.

Porque, mientras yo estaba ocupada soñando, él estaba ocupado mintiéndome. Estuvo planeando a mis espaldas todo el tiempo y

tramando cómo utilizarme mejor.

¿Cuánto de lo que compartimos fue solo otra jugada en su juego?

Demasiado, responde mi mente. La parte racional, la parte que ignoré rotundamente. Era mi única aliada, y ni siquiera me molesté en escucharla.

Me enamoré de Petyr. De sus mentiras. Dios, me enamoré perdidamente.

Es imperdonable. No porque no *pareciera* real, sino porque yo sabía que no lo era.

He visto lo que los hombres Bratva les hacen a las mujeres de sus vidas. Crecí viendo cómo mi madre se convertía en una sombra de sí misma y cómo mi hermana era vendida como si fuera una propiedad. Vi cómo me arrebataban mi propia libertad antes incluso de tener la oportunidad de reclamarla. Alas cortadas y jaulas doradas.

Me juré a mí misma que nunca acabaría así. Mantendría la guardia alta, pasara lo que pasara.

Hasta ahora lo he hecho fatal, pero quizá aún pueda cumplir esa promesa.

Me levanto de un salto. No puedo permitirme quedarme aquí sentada llorando. No cuando hay más en juego que nunca.

Si me quedo, Petyr me quitará al bebé. Él mismo lo ha dicho. Solo pensar en ello me resulta insoportable.

¿Y qué será de mí entonces? Solo Dios sabe lo que hará. Una hija Danilo casada con un *pakhan* Gubarev... Hay mil formas en que esa historia puede terminar, y ninguna de ellas es buena.

No. Una era buena. Pero no era real.

Me detengo ante el espejo y veo mi rostro pálido y mis ojos hinchados. Por un segundo, me parezco exactamente a mi madre.

—Recomponte, Sima —Me obligo a hablar. Me recuerdo a mí misma que sigo luchando—. Ya lo has hecho antes. Puedes volver a hacerlo.

Ya sobreviví una vez. Desaparecí sin dejar rastro y reconstruí mi vida desde cero. Todos pensaron que me había ido para siempre.

Si lo hice entonces, cuando tenía doce años y no tenía un centavo, seguro que puedo hacerlo ahora.

Y esta vez, no solo huiré por mí. Huiré por *nosotros.* Por la pequeña vida que hay dentro de mí y que se merece algo mejor que este legado manchado de sangre.

—Necesito dinero —Mi mente da vueltas—. Efectivo.

Empiezo a rebuscar en mis cajones en busca de cosas que vender. Joyas, ropa de diseño, cualquier cosa que pueda darme un dólar en una casa de empeños.

También tendré que decir adiós a Sammi Banks. Tengo que buscarme un nuevo nombre.

Se me encoge el corazón al pensarlo. Todo lo que he construido, perdido. Mi vida, mis amigos, mi trabajo. Cada pedazo de libertad que he conseguido a duras penas.

Pero esa es la belleza de la libertad. Siempre puedes reunir más.

Solo hay que encontrar la fuerza para despegar.

Empiezo a hacer las maletas y pienso en lugares a los que ir. Otro estado, mejor aún, otro país. Quizás algún lugar cálido, concurrido, donde pueda perderme entre una multitud y no me hagan demasiadas preguntas.

Me paso una mano temblorosa por el pelo. Intento calmar el pánico que me oprime la garganta. —Paso uno, dinero. Paso dos, papeles. Paso tres... Desaparecer.

Decirlo en voz alta hace que parezca casi posible. Como si pudiera encadenar estos pequeños pasos y, de alguna manera, construir una vía de escape para salir de este lío.

El ático está en silencio. Me recuerda que Petyr se ha ido hace tiempo.

Probablemente Luka siga fuera, pero las paredes son insonorizadas. Puede que no sepa que Petyr me considera una traidora y que se supone que no debe dejarme pasar.

De cualquier manera, tengo que intentarlo. Antes de que mi marido regrese.

No puede descubrir lo que estoy haciendo. Si sospecha algo, todo habrá terminado antes de empezar.

Aprieto una mano contra mi vientre. Mi bebé está ahí, pequeño e indefenso. Una pieza más que no dejaré que Petyr utilice para sus juegos enfermizos.

—No dejaré que te lleve —le susurro a la diminuta vida que crece dentro de mí—. Te mantendré a salvo, pase lo que pase.

Y juro que mantendré esta promesa.

61

PETYR

No miro atrás.

Paso junto a Luka con la única intención de salir, sin intercambiar ni una sola palabra con él sobre ella. Recorro largos pasillos vacíos que parecen aún más largos y vacíos porque los recorro solo.

Pero no importa. Ella es en lo único en lo que puedo pensar.

Sus ojos muy abiertos. Su boca temblorosa. Todavía puedo saborear el miedo en su voz, cruda y quebrada, cuando me preguntó si lo sabía.

Dolor, algo dentro de mí me corrige. *No era miedo. Era dolor.*

Rechazo esa voz. Porque si ahora me permito volver a creer sus mentiras, nunca saldré de su hechizo.

Me daré la vuelta y volveré allí como si nada importara. La volveré a atraer hacia mí y nunca la soltaré.

Pero tengo que soltarla. Es la única forma de sobrevivir.

No puedo arriesgar la vida de Dimitri otra vez por mi egoísmo.

—*Blyat'* —Me paso la mano por el pelo. Necesito romper algo con mis propias manos. Tengo que golpear algo. Destruir a alguien, arruinarlo. A alguien que no sea Sima. A pesar de las amenazas que le hice de enviarla de vuelta a su familia en pedazos, sé en lo más profundo de mi ser que nunca le haría daño. Aunque se lo merezca.

Así que necesito hacer daño a otra persona. Dar rienda suelta a esta furia antes de que me consuma por dentro.

Salgo del edificio con paso firme. Uno de los guardias de seguridad levanta la vista cuando paso, pero lo que ve en mi rostro le hace apartar la mirada rápidamente.

Bien. Ahora mismo no tengo paciencia para tratar con gente.

El trayecto hasta el almacén se me hace interminable, a pesar de que tomo todas las curvas demasiado rápido. Tengo las manos agarradas al volante, con los nudillos arañados y sangrando.

Es un error dejarla sola. La parte racional de mí sabe que debería haberle dicho algo a Luka. Mejor aún, debería haberme quedado yo mismo. Asegurarme de que mi prisionera no tuviera adónde ir.

Pero si me hubiera quedado, habría cedido. No soy tan estúpido como para no reconocer la debilidad cuando la veo, ni siquiera en mí mismo. Y Sima no solo ha explotado mi debilidad, sino que se ha convertido en ella.

Si sabe lo que le conviene, se quedará exactamente donde está. Porque puede que sea blando con ella, pero sé cómo seguir un rastro si es necesario. Soltaré a todos mis sabuesos tras ella y la traeré de vuelta por cualquier medio necesario.

Y no le gustará lo que le pase a su libertad después de eso.

Basta. No lo harás.

—Cállate —le gruño a esa voz molesta dentro de mí. Normalmente suena como mi padre, pero hoy es Dimitri a quien oigo. Su voz

grave, tranquila y tranquilizadora, llamándome la atención por mis tonterías—. Lo hago por ti.

No hay respuesta a eso.

Me muerdo la lengua hasta saborear la sangre. La cara de Sima... no se me va de la cabeza. Sus ojos llorosos, su expresión destrozada. Me miraba como si la hubiera destripado.

¿Tú... lo sabías?

Me invade la culpa, aunque no tengo nada de qué sentirme culpable. Ella es la culpable.

Y ni siquiera tuvo las agallas de reconocerlo delante de mí.

Aun así, su rostro sigue flotando en mi mente. El dolor en sus ojos me golpea más fuerte de lo que quiero admitir.

Golpeo el volante con la palma de la mano. —¡Maldita sea! —Los cortes superficiales en los nudillos se vuelven a abrir. El escozor me ayuda a centrarme. El dolor es útil. Fácil de controlar.

A diferencia del dolor punzante que siento en el pecho cada vez que cierro los ojos y veo los suyos. Ese es otro tipo de dolor, uno que no puedo permitirme sentir, porque me hace jodidamente débil.

Y no puedo permitírmelo.

Mi Bratva confía en mí. Y lo que es más importante, mi hermano también. No tiene a nadie más. O doy un paso al frente o lo pierdo.

Y no voy a perder otra parte de mi alma. No esta noche.

—Idiota —me gruño a mí mismo y golpeo el salpicadero con la palma de la mano—. Jodido idiota.

Ella es una Danilo. Siempre lo ha sido y siempre lo será. No es una parte de mí, es una pieza en mi juego, nada más. No importa qué dulces mentiras me susurre al oído, o lo suave que se vea

acurrucada desnuda en mi cama, esa verdad fundamental no cambia.

Ha estado pasando información a su familia. Eso significa que me ha estado engañando desde el principio.

Nada entre nosotros fue real.

Lo único que importa ahora mismo es obtener respuestas. Y como Sima no me las va a dar, se las sacaré a su asesino favorito. Aunque tenga que pelarlo como a una maldita naranja, lo conseguiré todo.

Entonces veremos quién miente.

No sé de qué estás hablando.

Anatoli quiere matarte. Tiene a Lev bajo su control. Eso es lo que vine a decirte. Por eso te lo conté todo.

¿Qué... qué le ha pasado a tu hermano?

Odio que haya conseguido parecer sincera en ese momento. Como si le importara un comino el bienestar de mi hermano.

Por un momento, casi le creí.

La forma en que juró que no tenía nada que ver con el ataque a Dimitri... sonaba real. Demasiado real.

Lo peor es que una parte de mí todavía quiere creerla.

Por eso es tan peligrosa.

La voz de mi padre resuena en mi cabeza. Siempre me advertía sobre la gente. Decía que no tenía el cerebro suficiente para distinguir la verdad de la mentira, así que no debía molestarme en intentarlo.

En aquel entonces no me gustaba esa insinuación. Pero está claro que tenía razón.

Dejo que mi parte fría tome el control. El *pakhan,* no el idiota al que engañó la zorra en su cama.

Juré que lideraría esta Bratva y protegería el legado de mi hermano, y eso es lo que voy a hacer.

Dimitri es lo primero, siempre. Y si me dejo engañar de nuevo por la actuación de Sima, no se sabe qué le pasará.

Su vida vale más que mi debilidad. Lo que sea que sienta cuando la miro, no importa una mierda. Si es culpable, sacaré la verdad a la luz.

¿Y si es inocente?

—No lo es —Digo esas palabras en voz alta. Me convenzo a mí mismo como sea necesario.

No es imposible. Que Sima dijera la verdad y todo esto sea un gran malentendido. Puede que alguien más esté moviendo los hilos, aunque Dios sabe que no es Lev.

Pero no puedo arriesgar la vida de mi hermano por una posibilidad. No lo haré. Necesito mantener mi concentración al máximo. No más distracciones.

Por fin, la ciudad se va despoblando. Las luces de la calle se desvanecen a mi espalda. Los almacenes se alzan en la oscuridad, con las ventanas negras y los tejados irregulares contra el cielo.

Aspiro aire por la nariz, lo expulso lentamente, cierro de un portazo la puerta del coche y entro. Para obtener mis respuestas, de una forma u otra.

Pero en cuanto entro, sé que algo va mal. Puedo olerlo, literalmente. El aire está cargado con el hedor del cobre y la pólvora, y alguien está dando órdenes a gritos, presa del pánico.

Me doy cuenta de que ese alguien es Mikhael.

—Límpienlo rápido —les espeta a sus reclutas—. No queremos que la policía husmee por aquí. O peor aún, que lo haga el maldito Anatoli.

Sus hombres se callan, y es entonces cuando se da cuenta de que he llegado.

—Petyr —dice. Nada de "primo", ni una versión burlona de *"pakhan"*. Solo mi nombre, como cuando éramos niños.

Eso es lo que me dice que debe estar pasando algo malo.

El resto de la escena no tiene mucho más sentido. Iván está agachado junto a una silla plegable, susurrando palabras de consuelo a alguien cuyos hombros tiemblan. Sea quien sea, está llorando.

Doblo la esquina y la veo.

Kira.

Su silla está cerca de la pared del fondo. Tiene las manos flácidas en el regazo, los ojos vacíos y llenos de lágrimas. Parece una muñeca que alguien dejó caer y se olvidó de recoger.

—Kira, mírame —le dice Iván con suavidad, arrodillándose frente a ella—. Solo respira, ¿vale?

Ella no responde. Ni siquiera parpadea.

Me vuelvo hacia Mikhael. —¿Qué coño ha pasado aquí?

Él duda. Se mueve incómodo. —Míralo tú mismo —dice finalmente, y se aleja del cadáver en el suelo.

Entonces, veo quién es.

No.

El asesino al que derribé en la habitación del hospital de Dimitri yace tendido en el suelo de cemento, con un agujero ennegrecido

atravesándole el cerebro. Sus ojos vidriosos miran fijamente al techo. La sangre se acumula bajo su cabeza y se filtra por las grietas del suelo.

El rugido en mi cabeza se intensifica.

Vine aquí para acabar con este cabrón yo mismo. Necesitaba arrancarle la verdad poco a poco.

En cambio, aquí estoy, mirando su cadáver, con la información aún encerrada tras sus ojos muertos.

Llegué demasiado tarde.

Estoy furioso. Quienquiera que haya apretado el gatillo me ha costado más de lo que puede imaginar.

Y a juzgar por la escena que tengo ante mis ojos, creo que sé quién es.

Me acerco al culpable. Me paro frente a él con una calma que no siento.

Entonces hablo.

—¿Fuiste tú?

El culpable no habla. Pero finalmente inclina la cabeza una vez, en una silenciosa admisión de culpa.

—Lo siento —susurra Kira al final, con la voz quebrada. Sus ojos se desvían hacia la pistola que hay a sus pies—. Tenía que hacerlo.

62

PETYR

—¿Por qué?

Kira no habla. Solo sigue mirando fijamente a sus pies, como si ni siquiera estuviera allí.

Me giro bruscamente hacia Mikhael. —Explica lo que ha pasado aquí.

Mikhael aprieta la mandíbula. Su mirada frustrada se desplaza rápidamente de Kira al cadáver. —Nos siguió —admite—. Desde el hospital.

—¿Y *la dejaron?*

—No nos dimos cuenta hasta que ya estaba aquí —interviene Iván —. Estábamos concentrados en el asesino. No pensamos...

Que teníamos que vigilar nuestras espaldas de uno de los nuestros, dice su rostro, pero se calla esa parte. Por el bien de Kira, supongo. Debe de pensar que ya está lo suficientemente conmocionada.

—¿Qué pasó entonces? —le pregunto a Mikhael.

—Tenía un arma —dice, señalando con la cabeza el arma que yace en el suelo, junto a los pies de Kira—. No pudimos detenerla a

tiempo.

Vuelvo a mirarla. Sigue encogida en su silla, con las mejillas surcadas por las lágrimas y los ojos hinchados. Por un segundo, la cara de Sima se superpone a la de ella en mi mente.

Alejo ese pensamiento y me acerco a Kira. —¿Estás herida?

Ella niega con la cabeza una vez.

—Bien. Ahora dime por qué lo hiciste.

Desde que entré en el almacén, no ha mirado a nadie a los ojos. Ni a Mikhael, que está limpiando su desastre, ni a Iván, que le susurra palabras de consuelo al oído. Ni siquiera me miró cuando entré.

Pero ahora, levanta la mirada hacia mí.

—Tenía que hacerlo —sisea. Sus manos se retuercen en su regazo, con los nudillos blancos, pero levanta la barbilla con obstinación—. Intentó matar a mi marido.

—Sí. —Pongo toda mi paciencia en mi voz. Si hubiera sido cualquier otra persona, ahora estaría sangrando—. Por eso quería que siguiera vivo.

—¿Y si no hubieras podido retenerlo? —dice ella—. Los médicos hablaron conmigo ayer, Petyr. Dijeron que Dimitri se está fortaleciendo, que responde mejor al tratamiento. No podía arriesgarme a que lo mataran. No ahora que por fin está luchando.

—¿De verdad crees que quería arriesgar la vida de mi hermano? —casi grito—. Tenía un plan, Kira. Lo teníamos. No iba a ir a ninguna parte.

—No puedes prometer eso.

—¡Podría haberlo hecho, si hubieras confiado en mí!

Ella lo mató. El asesino, mi única pista. Era el último hombre que podía darme respuestas y ahora está muerto.

Kira traga saliva, pero no aparta la mirada. —Casi lo atrapa, Petyr. ¿Por qué debería haber confiado en ti para proteger a mi marido cuando ya habías fallado una vez? ¡Dejaste que un sicario estuviera a punto de matarlo!

—Lo *salvé*. Estuve allí para él.

—No, no lo estabas. Fue pura suerte. Cuando no estás trabajando, te pasas el día pavoneándote con Sima, jugando a las casitas como...

—Tranquila —advierte Iván, pero Kira no cede.

—¡Ella es la razón por la que Dimitri casi muere! —su grito desgarrador resuena en las paredes—. ¡Todos lo sabemos! ¡Lo visitó una vez y entonces ocurrió *eso*!

—Ahora mismo no estás pensando con claridad —le frota los hombros Iván—. Estás en estado de shock, Kira.

—Sé lo que digo —su tono se vuelve defensivo—. Y él también lo sabe —añade, con la mirada fija en mí.

Maldita sea. Quiero sacudirla por los hombros hasta que despierte de una puta vez. Tiene que comprender el daño que ha causado. No debería haber estado aquí. Y desde luego no debería haber cogido esa pistola. No había ninguna razón para que se involucrara.

Pero no puedo ignorar lo mucho que le tiemblan los hombros.

Ni el hecho de que está diciendo la verdad.

He estado distraído. Sima me ha manipulado de formas que no pensé que fueran posibles.

Todo este tiempo, ella ha estado moviendo los hilos y yo no tenía ni idea. Creía que *yo* era el titiritero, cuando en realidad solo bailaba al son que ella tocaba.

Al menos Kira se dio cuenta. Yo no.

¿Es realmente tan jodidamente sorprendente que no confiara en mí después de eso?

La frustración me inunda. Se mezcla con la rabia que he estado reprimiendo desde que salí del ático. Tengo los nudillos blancos y me cuesta respirar.

Iván es el primero en darse cuenta. De lo cerca que estoy de perder los estribos por completo.

—Petyr... —murmura mientras se pone de pie—. Ella la cagó. Ninguno de nosotros lo duda. Pero no es momento de buscar culpables. Lo hecho, hecho está.

Me paso la mano por la cara. Maldita sea, tiene razón. No sirve de nada discutir sobre esto. El hombre está muerto y mis respuestas murieron con él.

¿Y si Sima era inocente? Una parte de mí se lo pregunta a pesar mío. *¿Y si ahora nunca lo sabremos?*

Pero lo reprimo. Sima es culpable. Me engañaron. No hay otra forma de que esto tenga sentido.

Me vuelvo hacia Kira. Su mirada me clava en el sitio, dura y aterradora al mismo tiempo. —Tenía que hacerlo —susurra de nuevo —. Por él.

Por una vez, no tengo nada que responderle.

Qué jodido lío.

Me doy la vuelta y vuelvo donde Mikhael espera mi siguiente orden. Todos contienen la respiración.

—Limpia esto —ordeno—. Que no quede nada que la delate. ¿Entendido?

Él asiente y luego se vuelve para dar más órdenes a sus hombres.

Se despliegan láminas de plástico. Se golpean cubos contra el suelo. La habitación se llena del rápido arrastrar de botas por el suelo. Eficaz. Controlado. Exactamente como debe ser.

Entonces, me vuelvo hacia Iván.

—Llévala de vuelta a la casa —le digo con tono seco—. Directamente allí. Que Anya la cuide hasta que yo regrese. Nadie entra ni sale, ¿entendido?

Iván asiente inmediatamente. —Lo haré.

Luego ayuda a Kira a ponerse en pie. Ella se tambalea, con las manos en su brazo, los ojos aún rojos y vidriosos. Su mirada se cruza con la mía una vez más, una mirada rápida llena de algo agudo.

Entonces Iván la lleva fuera. La puerta del almacén se cierra con un chirrido detrás de ellos. Solo el hedor de la sangre y el ajetreo de los limpiadores permanecen detrás de ellos.

Aparte de eso, silencio.

Me quedo allí un momento más. Mis manos se cierran en puños.

Esto nunca debería haber pasado. Debería haber estado aquí. Si hubiera venido directamente aquí desde el hospital con ellos, si hubiera empezado a sacarle las respuestas a golpes a ese tipo antes de que Kira apareciera para terminar el trabajo, podría haberlo evitado.

Pero no lo hice. Estaba demasiado absorto en Sima. Ella me ha estado trastornando desde el día en que entró en mi maldita vida.

Ahora la esposa de mi hermano está sentada en casa en estado de shock porque no estuve ahí para ella. Dimitri ya no puede protegerla, esa responsabilidad recae sobre mí.

Esta noche le he fallado.

Nunca más.

—Petyr.

Apenas doy dos pasos hacia la puerta cuando Lev me aparta. Ni siquiera me había fijado en él en medio del caos.

Me agarra del brazo con fuerza. Sus ojos son penetrantes, su boca está apretada en una línea recta. —Anatoli quiere verte.

Me quedo paralizado. —¿Qué?

—Solo ustedes dos. Dice que está listo para hablar de una tregua.

Durante un instante, me quedo mirándolo.

De repente, las palabras de Sima vuelven a mi mente.

Anatoli quiere matarte. Tiene a Lev bajo su control.

Aprieto los puños sin que se note. Lo que Lev acaba de decirme, la forma en que lo ha dicho... es exactamente lo que Sima me advirtió que pasaría. Hasta el último puto detalle.

Entrecierro los ojos, procurando mantener un tono de voz tranquilo. —¿Una tregua? ¿Desde cuándo negocia Anatoli?

Lev se encoge de hombros y afloja el agarre de mi brazo. —Quizás esté cansado de derramar sangre. Dios sabe que nosotros también lo estamos.

Su explicación tiene sentido. Anatoli no se echa atrás, y mucho menos juega limpio, pero su padre podría haberle presionado fácilmente para que aceptara un alto el fuego. Si Sima no me hubiera advertido, lo habría creído sin dudarlo.

Pero ella me advirtió. Y no me creo esta tregua. Ni por un puto segundo.

Aun así, no puedo mostrar sospechas. Si Lev es lo que Sima dice que es, entonces no puede saber que estoy tras él.

—¿Cómo se puso en contacto? —pregunto, con cuidado de parecer neutral—. Dudo que Anatoli haya cogido el teléfono él mismo.

Lev mira por encima del hombro y baja la voz. —Uno de sus hombres vino a verme. Dijo que su jefe quería que yo te pasara el mensaje. Me pidió que te buscara.

Inclino la cabeza y estudio a Lev. Es mi segundo al mando. Mi mano derecha. Si no tuviera que actuar con inteligencia en este momento, le partiría la cara.

—¿Y estás seguro de que se puede creer a este mensajero?

Lev me mira fijamente a los ojos. —Confía en mí. Es verdad.

Confía en mí.

Aprieto los dientes mientras lo pienso. Es demasiado fácil. Mantengo su mirada, con el rostro impasible. Pero por dentro, mi mente va a mil por hora. Si Sima decía la verdad, entonces Anatoli está actuando exactamente como ella dijo. Y si no es así, entonces Lev está comprometido o ya le han engañado.

En cualquier caso, no puedo permitirme que note ninguna vacilación.

Asiento una vez. Lento, mesurado. —Bien. Déjame terminar esto y te acompaño.

—No tardes mucho —advierte Lev—. Ofertas como estas no se presentan todos los días. No queremos poner a prueba la paciencia de Anatoli.

No digo nada.

En cuanto Lev se aleja, vuelvo al almacén. Mikhael sigue dirigiendo la limpieza. La escena ya parece mucho menos sangrienta que hace cinco minutos.

—Mikh.

Mi primo levanta la vista. Debe de notar que algo pasa, porque se acerca enseguida. —¿Qué pasa?

—Algo pasa.

Mantengo la voz baja para que solo él pueda oírme. En apariencia, hago como si le estuviera dando más instrucciones sobre la crisis de esta noche. Pero mis palabras son solo para él.

—Anatoli se está moviendo. Trae a nuestros mejores tiradores y síguenos discretamente.

Los ojos de Mikhael vuelven a los míos, con una mirada de comprensión. —¿Debería decirles de qué se trata?

—No. No se lo digas a nadie.

—Entendido —Asiente levemente con la cabeza y vuelve a dar más órdenes, como si acabara de recibirlas de mí.

Me enderezo, aprieto la mandíbula y vuelvo a mirar la mancha oscura de sangre en el cemento.

Al parecer, no todas las respuestas han muerto aquí esta noche, después de todo.

Me doy la vuelta y salgo del almacén. Sea cual sea el juego que Anatoli cree que está jugando, estaré preparado. No voy a caer en sus trampas.

Y si la participación de Sima en este lío resulta ser mayor de lo que ella admitió, pronto lo sabré.

63

PETYR

Los muelles están tranquilos a esta hora.

Lev conduce con las manos firmes sobre el volante, pero puedo ver la tensión en su mandíbula apretada. No me mira a los ojos. Su postura es rígida, la columna recta, los músculos tan tensos que parecen a punto de romperse. Demasiado controlado.

Esa imagen me irrita. No es propio de él. Lo conozco desde hace una década. El tiempo suficiente para darme cuenta cuando oculta algo.

O eso creía.

La duda me carcome el cerebro. Sobre Lev, pero también sobre Sima. Los dos no dejan de dar vueltas en mi cabeza, y eso me inquieta.

El comportamiento sospechoso de Lev podría no significar nada. Podría estar preocupado por sus propios asuntos, o incluso solo por la reunión.

Pero si realmente está comprometido, eso significa que Sima no me mintió. Me dijo la verdad sobre los planes de Anatoli y la participación de Lev en ellos.

Lo que significa que podría haber dicho la verdad sobre todo.

Juró que no sabía nada sobre el ataque a Dimitri. Que no tenía ni idea de lo que estaba hablando. Dijo que no había estado en contacto con su familia desde el día en que huyó, excepto por su encuentro casual con dos de sus hermanos.

La traté como a una mentirosa, pero la verdad es que no lo sé. Todo lo que tengo son mis sospechas y el extraño momento en que se produjo el atentado contra la vida de mi hermano.

Pero si realmente no tuvo nada que ver con ello...

No quiero pensar en las implicaciones de esa posibilidad. Las cosas que le dije aún están frescas en mi mente. También la expresión de su rostro cuando le dije que siempre había sabido quién era. Hice de villano para que no tuviera la satisfacción de pensar que había ganado.

Pero si ella nunca me traicionó, entonces nunca estuvo interpretando ningún papel.

Empujo esas dudas tan lejos como puedo. Hice lo que tenía que hacer; estoy en lo cierto. Proteger a Dimitri es lo primero, siempre.

Si existe la más mínima posibilidad de que Sima esté confabulada con su familia, entonces tengo que actuar en consecuencia.

Por el bien de mi hermano.

Pero eso se desvanece con cada segundo que pasa.

Finalmente, Lev aparca en un lugar al final del muelle. Apaga el motor y se vuelve hacia mí.

—Aquí es donde Anatoli quiere reunirse —dice, como si hubiera ensayado las palabras mil veces—. Territorio neutral.

Me recuesto en el asiento durante un largo momento, con la mirada fija en el agua oscura. Luego me vuelvo hacia él. —Repíteme cómo te localizó exactamente el hombre de Anatoli.

Lev parpadea. El resplandor del salpicadero ilumina su rostro lo suficiente como para que vea cómo se le desvanece. —¿Qué quieres decir?

—No nos hablamos con los hombres de Danilo. Si uno de ellos se hubiera acercado a ti, habrías disparado primero y preguntado después. Esa es nuestra política —Lo miro fijamente—. Déjate de tonterías, Lev. No estoy de humor para más mentiras.

—Yo no...

—¿Cuánto tiempo llevas trabajando para Anatoli?

Abre la boca y la cierra. Aprieta el volante con más fuerza. —No es eso.

—Entonces, dime qué es. Porque, desde mi punto de vista, Anatoli de repente confía en ti lo suficiente como para enviarte a su mensajero, y tú confiaste en él lo suficiente como para dejarle hablar. Eso significa que me has traicionado.

Lev traga saliva con dificultad. —Te equivocas.

—¿Ah, sí? —Me inclino hacia él—. Ni siquiera eres capaz de mirarme a los ojos.

—Eso no es justo.

—Lo que no es justo es que hayas estado comprometido durante Dios sabe cuánto tiempo y ni siquiera hayas tenido la cortesía de traicionarme a la cara —Mi tono se vuelve más agudo—. Es cierto. Lo sé.

—No entiendes...

—Lo *sé,* Lev.

Por una vez, no se molesta en negarlo.

Bien. Ya he tenido suficiente con los insultos esta noche.

—Has estado pasando información a los Danilo —Incluso con la luz tenue, puedo ver cómo palidece su rostro mientras hablo—. Quizás solo migajas, quizás más. Pero has estado colaborando con ellos. Quiero saber desde cuándo.

Los labios de Lev se aprietan formando una línea fina. Finalmente, suelta una risa amarga, pero también se apaga rápidamente. —Mierda. No lo pones fácil, ¿verdad?

—Me conoces desde hace una década. Deberías saber que nunca lo pongo fácil.

—Cierto —murmura con una media sonrisa—. No debería haberlo olvidado.

Se mueve en el asiento del conductor. Sus dedos tamborilean contra el volante, cada vez más rápido. Pero su mirada permanece fija en el agua negra que tiene delante.

—Nunca tuve la intención de traicionarte, Petyr. Nunca. Solo... me vi superado por las circunstancias.

Sus palabras apestan a excusas. Trago saliva para contener las ganas de vomitar. —¿En qué te metiste?

—El juego —Suena avergonzado al decirlo—. Cartas, dados, cualquier cosa que tuviera a mano. Cada vez, pensaba que podría recuperarlo todo. Pero... —se queda callado.

—Pero no lo conseguiste.

Él asiente. —Cuando me di cuenta de lo hundido que estaba, ya me estaba ahogando.

Me recuesto, con la mandíbula apretada. Lev, precisamente él, se volvió contra mí por *la* maldita *pasta*. Si alguien me hubiera dicho eso, le habría clavado la cabeza en una estaca.

Pero alguien te lo dijo, me susurra esa parte fea de mí. *Sima lo hizo.*

¿Y cómo le pagaste?

Me sacudo ese pensamiento con fuerza. Ahora mismo no puedo permitirme distraerme. Tengo que centrarme en lo que importa.

—¿Cuánto?

Los labios de Lev se curvan hacia abajo. —Medio millón. No es imposible de pagar, pero la gente con la que me metí no estaba dispuesta a esperar. Si no pagaba, me habrían vendido por partes.

Aprieto los puños sobre mis muslos. Medio millón... eso no es nada para mí. Los hombres como nosotros ganamos diez veces más con una sola entrega.

Pero si Lev ya estaba muy endeudado y seguía gastando de más, incluso esa suma podría convertirse en un problema.

Podría haber acudido a mí. ¿Por qué no acudió a mí?

—Anatoli se enteró —continúa—. Lo pagó todo. Dijo que lo único que necesitaba a cambio era un nombre.

—Un nombre —repito.

—Sí. Solo uno. Uno de nuestros proveedores de armas.

Mierda, claro. Así que él fue quien vendió nuestro envío a los italianos. Les dijo a los Danilo dónde interceptarlo, cómo hacerse con él y desaparecer.

He estado buscando una filtración, pero todo este tiempo la rata ha estado justo a mi lado.

—Pensé que eso sería el final —Lev parece ahora más asustado, menos controlado—. Una sola información y saldría limpio. Pensé que no importaría mucho en el gran esquema de las cosas. No se había hecho ningún daño real.

Excepto por el conductor que maté, pienso con ira.

—Pero entonces Anatoli volvió. Una y otra vez. Cada vez quería algo más. Si no le daba lo que pedía, te iba a contar lo que había hecho

— El tono de Lev se vuelve suplicante—. Estaba atrapado, Petyr. Cuanto más le daba, más me arrastraba. Ya no podía volver atrás. Simplemente no podía.

Lo estudio a la luz del salpicadero. Tiene las mejillas pálidas y la voz ronca, pero no sé si es la culpa o el miedo lo que le oprime la garganta. Quizá ambas cosas.

—Cuando me di cuenta del lío en el que me había metido, ya era demasiado tarde —Por fin me mira, con los ojos vacíos y desesperados—. Tienes que creerme. Nunca quise que pasara nada de esto.

—¿Nada de qué?

—Nada.

La palabra se posa pesadamente entre nosotros. De alguna manera, la confesión de Lev no calma el martilleo en mis oídos. Al contrario, lo alimenta, hasta que lo único que puedo hacer es no destrozarlo allí mismo.

—La mayor parte eran cosas sin importancia —añade—. Formas de instalar a su gente aquí. Dónde los policías hacen la vista gorda, a qué negocios presionar, nombres que no se echarían en falta si desaparecieran. Pero entonces me pidió una ubicación.

—¿Una ubicación?

Se pasa la mano por la cara. —Anatoli... Preguntó dónde estaría tu padre. En un día concreto.

La implicación se asimila lentamente, y luego rápidamente. —Le dijiste dónde estaría mi padre el día que murió.

Lev se estremece con fuerza. —No sabía lo que estaba planeando. Te lo juro, Petyr. Pensé...

—¿Qué pensaste? —le espeto—. ¿Que Anatoli quería enviarle flores? ¿Escribirle una maldita carta? —Mis manos golpean el salpicadero—.

¿Por qué coño iba Anatoli Danilo a querer saber dónde estaba mi padre, si no era para matarlo?

Lev aprieta los ojos. Puedo leer el dolor en su rostro, pero ahora mismo me importa una mierda. —No pensé...

—No, no lo hiciste. Solo pensaste en ti mismo.

—Eso no es...

—¡Se suponía que debías estar con ellos ese día! —le grito—. Con mi padre y Dimitri. Se suponía que debías velar por ellos, protegerlos. En cambio, le diste a Anatoli la bala que necesitaba y los dejaste completamente indefensos.

Su rostro se descompone. —No tenía ni idea de que llegaría tan lejos. Te lo juro, Petyr.

—Pues deberías haberlo sabido —gruño—. Porque ahora mi padre está muerto. Mi hermano está en coma. Y todo es culpa tuya.

—Yo...

—Los pusiste en la mira de Anatoli. Encendiste la mecha. Fuiste tú, Lev. *Tú* los mataste.

El coche se llena de silencio. Me doy cuenta de que, por primera vez, he admitido en voz alta algo que nunca quise admitir: que Dimitri podría estar muerto. Que podría no volver a despertar nunca.

Mi pecho se agita. La rabia y la traición me atenazan hasta que mi visión se vuelve borrosa y roja por los bordes.

Lev no puede mirarme a los ojos. Maldito cobarde. Se queda ahí sentado, destrozado, esperando mi veredicto. Como si su confesión pudiera comprarle la misericordia.

Pero no puede.

Porque él no era solo un soldado cualquiera. Era familia. Lev debía proteger a Dimitri cuando yo no podía hacerlo.

Y en cambio, lo traicionó.

Debería haberlo visto. Aprieto los puños contra mis muslos, siento el pinchazo de mis uñas clavándose en mis palmas.

Todas esas noches en las que me decía a mí mismo que estaba vigilando a todos los hombres, me estaba mintiendo a mí mismo. Porque pasé por alto al que estaba más cerca de mí. La podredumbre se había estado extendiendo bajo mi nariz durante meses, y yo era demasiado arrogante para verlo.

Y luego la culpé a ella de todo.

A Sima.

La miré a los ojos, la escuché jurarme que no tenía nada que ver con el ataque a Dimitri en el hospital y me convencí de que era una sirena que me cantaba mentiras al oído. Pensé que era una traidora. Que estaba dejando que me distrajera.

Pero ella ni siquiera estaba presente cuando ocurrió la peor traición. El día en que mi hermano y mi padre sufrieron una emboscada, Sima estaba fuera planeando bodas. Vivía su vida, ajena al caos que asolaba la mía.

En cambio, fue Lev. Todo fue culpa de Lev.

Sima nunca me costó nada.

Me esfuerzo por mantener la calma en mi voz. Aunque no la siento. —Acabemos con esta reunión —le digo. Mi tono es plano, no delata nada—. Anatoli está esperando. Lo demás lo resolveremos más tarde.

Lev asiente con alivio. —Gracias —susurra—. Gracias, Petyr.

Agarra la manilla y me da la espalda para salir del coche.

Es entonces cuando actúo.

La hoja brilla en la penumbra. Solo por un segundo. Demasiado breve para que Lev se dé cuenta.

Antes de que pueda siquiera emitir un sonido, se la paso limpiamente por el cuello.

Su respiración se detiene en un ahogo húmedo. Sus manos se apresuran hacia arriba, arañando la herida mientras la sangre le chorrea por el pecho.

—Shh —Lo mantengo allí, con los brazos apoyados en el asiento, y veo cómo se apaga la vida del hombre al que una vez llamé mi mejor amigo—. Ahora estamos en paz.

Siento náuseas, pero sigo sin soltarlo. Esto es lo que debe hacer un *pakhan*. Es mi deber.

Sus ojos se encuentran con los míos por un segundo, abiertos, suplicantes. Sé, al verlo, que llevaré esa mirada conmigo por el resto de mi vida.

Luego se vuelven vidriosos. El cuerpo de Lev se desploma, un peso muerto contra el asiento.

Solo entonces lo suelto.

El dolor se extiende por mi interior. Es más agudo de lo que esperaba. Matarlo... fue como arrancarme un pedazo de mí mismo.

Pero ese pedazo estaba podrido. Si no lo hubiera extirpado, lo habría envenenado todo. A todos.

Y no voy a perder a nadie más.

Limpio la hoja con su camisa, la vuelvo a guardar en su funda y me obligo a respirar profundamente. Tranquilo. Calmado. Vacío.

Este es el precio de la traición. El precio que hay que pagar para convertirse en un verdadero *pakhan.*

Y lo pagaré, sin importar cuánto me destruya.

64

PETYR

Cuando salgo del coche, la sangre de Lev aún está fresca en mis manos.

Si me giro, veré su cuerpo sin vida desplomado en el asiento del conductor. Pero no lo hago. Ahora mismo no puedo permitirme distraerme.

Veo a Mikhael entre las sombras. Como era de esperar, ya está aquí, esperando con un puñado de nuestros hombres.

Sus ojos se posan un instante en el coche y luego vuelven a mí. Si se pregunta por qué Lev no camina a mi lado o por qué me limpio las manos con el pañuelo, no lo pregunta.

Buen primo. Sabe cuándo el silencio vale más que las palabras.

Intercambiamos un sutil gesto con la cabeza. Hablar ahora sería peligroso. No sabemos quién podría oírnos. Una palabra equivocada y todo podría venirse abajo.

Pero ese simple gesto con la cabeza es todo lo que hace falta. Mikhael se da la vuelta, se funde con la oscuridad, y lo mismo hacen los hombres que le acompañan. Saben cuál es su trabajo: cazar a

los cazadores. Hacerles lamentar el día en que eligieron el bando equivocado.

Los hombres de Anatoli están aquí, en algún lugar, al acecho, pensando que pueden tenderme una emboscada. No se dan cuenta de que son ellos los que están siendo emboscados.

Avanzo solo. Cada paso resuena contra el metal y el agua que me rodean. Mi mano descansa ligeramente sobre la pistola que llevo en la cadera, pero mis ojos están fijos en el frente.

No tengo que caminar mucho antes de encontrarlo.

Anatoli está de pie cerca del borde del muelle, flanqueado por dos guardaespaldas, el brillo de su cigarrillo es un punto luminoso en la oscuridad. Veo de refilón su corte de pelo militar, la cicatriz irregular que le cruza la cara. Parece demasiado tranquilo. Demasiado seguro de sí mismo. Cree que Lev me ha entregado a ciegas.

Me dedica una sonrisa, encantado de verme. —Petyr Gubarev. En carne y hueso.

No por mucho tiempo.

Como si fuera una señal, las sombras se agitan con un movimiento amortiguado, pero Anatoli no se da cuenta. No cree que tenga que estar en guardia, así que no lo está.

Pero mis hombres ya lo tienen rodeado. Se acercan uno a uno y silenciosamente neutralizan a sus tropas. El silbido de una hoja aquí, el suave golpe de un cuerpo arrastrado fuera de la vista allá. Silencioso, rápido, eficiente. El mejor trabajo de Mikhael.

Sigo avanzando. La arena y el cristal crujen bajo mis pies, hasta que no queda nada entre Anatoli y yo salvo el aire nocturno y el persistente olor de la sangre de Lev en mis manos.

Él sonríe burlonamente y tira el cigarrillo al suelo. —Me preguntaba si realmente tendrías las pelotas para venir —se burla mientras aplasta la colilla con el talón.

No respondo de inmediato. Detrás de él, otro cuerpo cae silenciosamente en la noche. Todavía no se ha dado cuenta.

—Me llamaste —respondo secamente—. No podía quedarme en casa viendo la televisión sin saber qué querías.

—Buena elección —Su sonrisa de Cheshire es maliciosa—. La curiosidad te habría matado.

Él cree que está siendo gracioso. Como si supiera algo que yo no sé, pero que pronto sabré. No tiene ni idea de que voy diez pasos por delante de él.

Pero entonces su mirada se desvía de mí, escudriña las sombras y su sonrisa se desvanece al no ver al otro hombre que esperaba encontrar esta noche: Lev.

Su boca se tuerce. —¿Dónde está tu perro guardián?

Me detengo a unos metros de él. Mi mano se aferra con firmeza al arma, con el dedo ya en el gatillo.

—Lo maté —digo—. No me sirven los perros que muerden la mano que les da de comer.

Los ojos de Anatoli parpadean mientras asimila el significado.

Solo tarda una fracción de segundo en cambiarle toda la expresión del rostro. Su sonrisa burlona ha desaparecido. Sus fosas nasales se dilatan; su mano se mueve nerviosamente hacia su chaqueta.

Pero, como he dicho, voy diez pasos por delante.

Aprieto la mandíbula. Echo los hombros hacia atrás. En esa fracción de segundo, levanto mi propia pistola.

Luego aprieto el gatillo. Una vez, dos veces. Los disparos resuenan en la noche. Los dos guardias de Anatoli se estremecen. El rojo se extiende por sus pechos y caen al suelo.

Los ojos de Anatoli se abren como platos. Nunca lo había notado antes, pero tiene los mismos ojos que Sima. El mismo tono oscuro, el mismo corte. Solo que en él parecen mucho más crueles.

Él intenta alcanzar su arma, pero yo ya estoy en movimiento. Disparo de nuevo. La bala le atraviesa la rodilla.

Se derrumba con un rugido desgarrador y se agarra la pierna. El arma se le escapa de las manos y cae al suelo con estrépito.

No me detengo ahí.

Otra bala le atraviesa el hombro y lo derriba de lado. Grita y se retuerce en el suelo. La sangre ya empapa su ropa.

Extiende una mano hacia la pistola caída. Doy un paso rápido hacia delante y la empujo con el pie hasta el agua, luego le doy un pisotón en la palma de la mano. El crujido de los huesos rotos resuena en la noche.

—¡PUTO! —grita—. ¡Ayuda! Que alguien...

Mi otra bota se abalanza con fuerza sobre su pecho. Él jadea. Sus costillas se doblan bajo mi peso mientras araña inútilmente mi pierna.

—No hay nadie que pueda ayudarte —digo, frío y definitivo—. Mis hombres ya se han encargado de los tuyos. Se acabó, *mudak*. Has perdido.

—¡Y una mierda se ha acabado! —Pero una mirada alrededor del muelle lo deja claro: está solo. Quienquiera que haya traído consigo ya no está allí.

Levanto el cañón y lo apunto entre sus ojos. Aprieto el gatillo, pero no disparo. Todavía no.

—¿Quieres adivinar qué voy a hacer ahora? —Le aplasto con fuerza el pecho destrozado y manchado de sangre con el pie—. Voy a borrar el nombre de los Danilo. Empezando por ti.

—Tú... —jadea, tosiendo a mitad de la frase—. No vas a hacer una mierda. Tengo dos hermanos y un padre que todavía está vivo. Si me matas aquí, te perseguirán durante el resto de tu miserable vida.

—¿Se supone que debo tener miedo? —Mi talón se clava con más fuerza. Anatoli lanza un grito espeluznante cuando una de sus costillas cede bajo la presión—. Mírame. ¿Te parezco jodidamente asustado?

Debe de verlo en mis ojos: no miento.

—Entonces eres tan tonto como dicen —murmura, pero puedo ver el miedo grabado en su rostro. Ahora ya no puede ocultarlo. Sabe que va a morir.

Pero los psicópatas como Anatoli Danilo no temen a la muerte como deberían. Su último pensamiento siempre es la venganza. Incluso ahora, está pensando en cómo fastidiarme con su último aliento.

Piénsalo de nuevo, hijo de puta.

—Deja que vengan tus hermanos —susurro—. Los mataré primero. Disfrutaré escuchándolos gritar.

—Jodido cabrón...

—Luego iré a por tu padre. Lo mataré al final. Le haré saber que no ha dejado ningún legado en este mundo, que su linaje termina con él —Le presiono la boca del arma contra la frente con fuerza—. Hasta el último rastro del nombre Danilo morirá a mis manos.

—No lo harías... —gime—. No te atreverías.

—¿No lo haría? —le respondo con un gruñido—. Me quitaste a mi familia. Ahora, quemaré la tuya hasta convertirla en cenizas.

El rostro de Anatoli se contrae, con sangre en los labios. Luego suelta una risa ronca y entrecortada. Desquiciada, como él. —Me gustaría verte intentarlo. Somos los Danilo. No nos quebrantamos tan fácilmente como ustedes, los cabrones de los Gubarev —Escupe

un chorro de sangre al suelo—. ¿Te he contado alguna vez cómo gritó tu padre cuando lo capturamos? ¿Te lo ha contado Dimitri? Oh, espera. Es verdad, no puede. Su cerebro es sopa de verduras.

—Cierra la puta boca.

—Deberías haber sido tú quien estuviera en ese coche —jadea, sin dejar de reír con su risa de loco—. Tu hermano era más inteligente. Él no habría hecho esto. No habría sido tan jodidamente estúpido, *¡blyat'!*

Crack. Otra costilla se rompe bajo mi talón.

—¿Quieres hablar de hermanos? —Ya puedo saborear la fealdad de las palabras que están a punto de salir de mi boca. Pero estoy viendo rojo y, en este momento, la moderación ni siquiera entra en escena—. Dime, ¿cómo estaba tu hermana la última vez que la viste? ¿No dirías que estaba radiante?

Sus ojos se agrandan. —¿De qué coño estás hablando?

—Te diré de qué estoy hablando —Me inclino hacia él—. Está embarazada de mi heredero, Anatoli. Está embarazada de mí.

La furia se refleja en su rostro. —Mentiroso.

—No necesito mentir. Ahora es mía. En todos los sentidos. Me la follé hasta que me lo suplicó, la llené hasta que se hinchó con mi hijo. —Suelto una risa cruel y desagradable—. Dime, ¿cómo te sientes? ¿Al ver cómo la última esperanza de tu linaje ha sido contaminada por mí?

—Te mataré —Ahora está echando espuma por la boca, pero puede forcejear todo lo que quiera. No va a escapar de mí—. ¡Te mataré, maldito puto!

Me revuelve el estómago hablar así de Sima. Como si fuera un objeto, una pieza en un juego. Hace mucho tiempo que dejó de serlo.

Pero Anatoli no lo sabe. Y dejarlo morir en paz no es mi estilo. No después de todo lo que me ha quitado.

Sus ojos arden de odio, pero debajo de él, finalmente lo veo. Ese destello de terror profundo que me dice que me cree.

—Adiós, pedazo de mierda.

Aprieto el gatillo. El disparo le arranca la mitad del cráneo y hace que lo que queda de su cabeza se hunda en la grava.

La sangre salpica, se retuerce una vez y luego se queda quieto, con el cuerpo flácido bajo mi talón.

Durante un momento, me quedo allí de pie, mirando el cadáver del hombre que me lo quitó todo.

Luego doy un paso atrás, limpio el cañón con la manga y me dirijo hacia las sombras.

Mikhael sale de ellas, con mis hombres a su lado. —¿Ya está?

—Hecho —Levanto la cara destrozada de Anatoli con el zapato—. Dejen el cadáver aquí. Que lo encuentren los suyos. Así verán lo que pasa cuando se cruzan en nuestro camino.

Mikhael se acerca. Tiene las manos ensangrentadas, pero su rostro está sereno. Por primera vez desde que llegué al poder, inclina la cabeza ante mí. —Sí, *pakhan*.

Por un momento, nuestras miradas se cruzan. Hay algo nuevo en la suya: un fuego reavivado, una lealtad más brillante.

Todo este tiempo, me ha preocupado qué camino tomaría si esta lucha por la sucesión se prolongaba.

Pero esta noche, cuando llegó la hora de la verdad, Mikhael se puso de mi lado. Me apoyó. Demostró su valía en todos los sentidos. Ahora que lo pienso, parece una persona completamente diferente. Se mantiene más erguido, con la mirada clara, fija en mí, como si finalmente volviera a verme. Como si me respetara. Todas las dudas,

la tensión entre nosotros estas últimas semanas... todo eso se rompe aquí, en la tumba de Anatoli.

Mikh ha elegido su bando y, por primera vez desde que empezó todo este lío, me alegro de poder llamarle mi primo.

Le doy una palmada en el hombro y luego me dirijo a los hombres. —Se abre la temporada de caza contra la Bratva Danilo —anuncio—. Sin vacilaciones. Atacaremos rápido, atacaremos fuerte y no dejaremos supervivientes. Esta noche somos vikingos. Y vamos a quemar a esos hijos de puta hasta que no quede ni un solo Danilo para contar la historia.

Ahora lo están asimilando: Anatoli Danilo está muerto.

Puedo ver cómo esa constatación los cambia desde dentro. La lealtad de Mikhael no era la única en juego. Mucha gente no creía que yo fuera capaz de liderarlos. La mayoría solo esperaba a ver cómo caían las fichas.

Pero ahora, las fichas han caído, justo en mi maldito regazo.

La expresión de sus rostros me dice que cualquier duda que pudieran tener acaba de morir con Anatoli. Esta lucha me ha consolidado. Soy su *pakhan* y me seguirán hasta la muerte.

Me vuelvo hacia Anatoli. Dos hombres lo están colgando de las vigas. No los detengo. Durante un largo momento, me quedo mirando.

Y entonces la verdad me golpea como un puñetazo en el estómago: Sima me advirtió. Me dijo lo que él estaba planeando. Si no la hubiera escuchado, sería yo quien se estuviera desangrando en este muelle.

Ella me salvó.

Y yo ni siquiera quería escucharla.

Sigo sin saber si ha estado en contacto con su familia o no. Pero hay una cosa que sí sé: tengo que pedirle perdón.

Tengo que arreglar esto.

65

SIMA

Tengo que salir de aquí.

Una parte de mí odia esa idea, pero ¿qué otra opción tengo? Ni siquiera soy yo quien decide irse. Petyr ya tomó la decisión por mí.

Echo un vistazo al ático. Siento un dolor punzante en el pecho. Hasta ayer, pensaba que podríamos construir un hogar aquí. Que este sería nuestro lienzo en blanco, el lugar donde pintaríamos nuestro futuro.

Pero Petyr también había decidido eso. Un futuro cruel conmigo como su prisionera. Eso era lo que estaba pintando.

Se me hace un nudo en la garganta mientras meto las últimas cosas en mi bolsa de viaje, pero me armo de valor y termino de hacer las maletas. No me permito pensar. Si empiezo a compadecerme, nunca saldré de aquí, y eso no es una opción. Ni para mí ni para mi hijo.

Solo hay un pequeño inconveniente: Luka. El candado humano con problemas de ansiedad y los bolsillos llenos de antiácidos.

Y armas. No te olvides de las armas.

Camino de un lado a otro por el dormitorio. Los nervios me devoran mientras repaso diferentes escenarios como si estuviera improvisando malos sketches para mí misma.

Oye, Luka. ¿Quieres ver un truco de magia? Si te das la vuelta y cierras los ojos durante treinta segundos, te prometo que puedo hacer desaparecer tu trabajo. Y tu vida también, si a Petyr le da por ahí.

Mm, no.

Tengo que salir un rato. No te preocupes por la bolsa, solo voy a llevar la ropa sucia a otro estado.

Tampoco.

Acaban de llamar. Dicen que has ganado unas vacaciones con todo pagado a Aruba, pero tienes que irte ahora mismo. Ahora mismo.

Jódanse todos.

Me froto las sienes. No puedo forzar esto. Necesito una distracción. Algo brillante que lanzarle a Luka a la cara mientras me meto en el ascensor como el mago menos elegante del mundo.

Dejo de dar vueltas y apoyo las manos en la cómoda. Luego me inclino hacia delante hasta que mi frente casi toca el espejo. Mi reflejo me devuelve la mirada, pálido y con los ojos cerrados, pero aún respirando.

—Ya lo conseguiste una vez —murmuro—. Puedes volver a hacerlo.

Quedarme aquí no es una opción. Lo perdería todo. Petyr ganaría. Se quedaría con mi bebé.

Y eso no es una opción.

Así que, paso uno: distraer a Luka. Ese es el primer obstáculo que tengo que superar. El quid de la operación: Salvar mi propio pellejo.

Me acerco a la puerta principal. Mi mano está sudorosa sobre el pomo. Tengo que limpiarla en mis vaqueros antes de volver a intentarlo.

—Vamos —me digo a mí misma—. Hazlo. Papá daba más miedo.

Abro la puerta.

Luka está exactamente donde siempre. Tiene los brazos cruzados y los ojos fijos en el pasillo, inquietos. Probablemente esté volviendo a auto digerirse. Si Petyr le ha contado algo sobre mí, su rostro no lo refleja. Cuando su mirada se dirige hacia mí, no hay más alarma de lo habitual en ella. No me mira como si fuera el enemigo.

Bien. Eso me viene bien.

Mi pulso late con fuerza en mis oídos. Esbozo lo que espero que sea una sonrisa casual y me acerco. —Hola —logro decir, con una voz más chillona de lo que me gustaría—. ¿Puedes ayudarme con algo?

Levanta una ceja. —¿Con qué?

Solo con mi atrevida huida. Nada del otro mundo. —Hay... Eh... Un par de zapatos que no alcanzo. En el estante superior del armario.

Arruga la frente. No es buena señal. —¿Vamos a salir?

—No —respondo, demasiado rápido—. Solo quería probármelos. Para... ya sabes. Más tarde —Como su rostro sigue sin mostrar ningún signo de comprensión, añado—: A Petyr le gustan. Los tacones. Verme con ellos puestos. Especialmente, eh... en casa.

Por fin, las mejillas de Luka se tiñen del color de los pimientos maduros. —Ah.

—Sí —Mi estómago da vueltas, pero de alguna manera consigo no demostrarlo—. Entonces, ¿puedes...?

—Sí. Por supuesto —Luka se levanta de la pared tan rápido que me sorprende que no haya un efecto de sonido de dibujos animados—. ¿Qué armario?

Señalo demasiado rápido hacia el dormitorio. —Ese. El estante superior, esquina izquierda. Petyr empujó la caja allí y yo... —Hago una pausa, me obligo a seguir respirando. *Mantén la calma. No des demasiadas explicaciones*—. Es que no puedo alcanzarla.

Luka no hace más preguntas. Probablemente porque ya he llenado sus pesadillas con respuestas que no quería oír.

Cierro los ojos y le envío una disculpa silenciosa a su terapeuta.

Se inclina hacia el vestidor. Encoje los hombros mientras se estira y mira hacia el estante superior.

Ahora. Esta es mi oportunidad.

Mis pies enfundados en calcetines se deslizan silenciosamente por la alfombra. Me deslizo hacia atrás lentamente. Mi corazón late con fuerza contra mis costillas mientras cierro la puerta detrás de mí.

Entonces agarro el cinturón que había escondido en mi cintura.

Me tiemblan tanto las manos que casi se me cae. Pero finalmente consigo sujetarlo con firmeza y lo paso por las dos asas.

Tanteo y tiro hasta que el cuero se clava en mis palmas. Luego lo aprieto con fuerza, lo ato dos veces y doy un paso atrás.

Es entonces cuando empiezo a oír movimiento dentro. —¿Sima?

Mi pecho se agita. Mis ojos no se apartan de las manijas atadas. Lo hice lo mejor que pude, pero no parece muy resistente. No aguantará para siempre.

Pero no tiene por qué hacerlo. No si salgo de aquí ahora mismo.

Solo necesito una ventaja.

—¿Sima? —repite la voz amortiguada de Luka, con más urgencia.

—Lo siento —susurro entre dientes, luego doy media vuelta y salgo corriendo por el pasillo.

Corro por el pasillo y entro en el ascensor. Todos mis nervios me gritan que siga adelante, que no mire atrás.

Así que no miro atrás.

Me pongo las zapatillas en el ascensor. Mis dedos no dejan de temblar durante todo el trayecto. Cuando llega a la planta baja, salgo tan rápido como puedo sin correr. Dios sabe que no necesito que la seguridad del vestíbulo me detenga.

Pero nadie me presta la más mínima atención.

Salgo y el aire fresco me llena los pulmones.

Es entonces cuando por fin empiezo a correr. Rápido, rápido, más rápido, hasta que el edificio de apartamentos de Petyr es un pequeño punto en la distancia detrás de mí.

Es hora del segundo paso.

Mi primera parada es un cajero automático. No es precisamente glamuroso, pero la supervivencia rara vez lo es.

Me meto en el vestíbulo, me bajo la capucha e introduzco la tarjeta negra de Petyr en la máquina. Me tiemblan tanto los dedos que tecleo dos veces el PIN equivocado.

Concéntrate, me digo a mí misma mientras respiro profundamente. *Lo tienes controlado. Lo difícil ya ha pasado.*

Pero sé, en lo más profundo de mi corazón, que no es así. Porque Petyr podría notar mi ausencia en cualquier momento. Luka podría llamarlo, probablemente ya lo esté haciendo, y una vez que eso suceda, mi marido pondrá la ciudad en estado de alerta.

Para entonces, tengo que haber desaparecido.

Cuando por fin introduzco el PIN correcto, la máquina escupe billetes en montones ordenados. Cojo el máximo, meto el dinero en mi bolso y repito el proceso con mi propia tarjeta. Cuenta bancaria, línea de crédito... Todo lo que puedo vaciar rápidamente, lo hago.

Mi pecho se llena de una mezcla de urgencia y arrepentimiento. Pasé años ahorrando para poder montar mi negocio. Para que Jemma y yo pudiéramos vivir nuestro sueño.

Ahora voy a tener que gastarlo todo solo para poder desaparecer una vez más.

Los números en la pantalla me revuelven el estómago.

Parte de ese dinero, gran parte, también es suyo. Una pequeña parte de mí, culpable, quiere detener esto. Porque es un robo, y por muy mal que me fuera cuando era más joven, esa es la única línea que nunca crucé.

Si fuera solo por mí, tal vez lo detendría. Me iría sin nada y lo consideraría justo.

Pero ya no se trata solo de mí. Hay un corazón dentro de mí que no tendrá una segunda oportunidad si no hago lo que sea necesario.

La integridad no alimenta a un bebé. Los sentimientos no pagan los nuevos papeles ni el billete de autobús para salir del estado. Y el amor, desde luego, no lo conquista todo.

Ahora lo sé. No soy tan estúpida como para volver a caer en esa mentira.

La máquina escupe otro montón de dinero. Lo cojo, lo meto en mi bolso y miro por encima del hombro. Cada segundo que paso en el territorio de Petyr me parece una apuesta arriesgada.

Trago saliva y me recuerdo a mí misma que yo no soy la traidora aquí. Es Petyr. Él me mintió. Me tendió una trampa y amenazó con arruinarme.

Si me quedara después de eso, no podría volver a mirarme al espejo. Al menos, así, todavía tendré un alma que recomponer.

Cada vez que pienso en cómo me miró o en las cosas crueles que me dijo, me fortalece para lo que tengo que hacer. Si Petyr nunca

confió realmente en mí, entonces yo tampoco le debo mi confianza.

De hecho, no le debo absolutamente nada.

Cojo el último recibo, lo arrugo en mi puño y salgo de nuevo a la noche.

Una parada menos. Mil más por delante.



La siguiente parada es la casa de Ángel.

Cojo la línea Q hasta Coney Island. Siento un fuerte impulso de levantarme cada vez que entra un pasajero vestido con traje negro, pero lo combato. En su lugar, me obligo a concentrarme en lo que tengo que hacer.

No he visto a Ángel en años. Doce años, para ser exactos. Pero estoy tan desesperada que voy a visitarla, y ella es la única persona en la que puedo pensar.

Si tienes un problema como el mío, ella es a quien acudes. Especialmente si eres mujer y no te sientes cómoda diciéndole a un tipo raro en un sótano que estás sola en el mundo, que ya te dan por muerta y que nadie te buscará si desapareces.

Ángel no es exactamente una amiga, pero es segura. Lo suficientemente segura como para saber que lo peor que puede hacerme es rechazarme. Y con suficiente dinero sobre la mesa, puede cambiar el mundo para hacer sitio a una nueva yo. Mierda, probablemente podría piratear el Pentágono si se molestara en salir de su apartamento.

En aquel entonces, me dio todo lo que necesitaba: documentos falsos, un nombre que no era el mío. Incluso consejos sobre cómo sobrevivir en soledad. Cómo mantenerme oculta.

Sin ella, ni siquiera sé si seguiría viva.

El edificio es exactamente como lo recuerdo: persianas torcidas, ventanas cubiertas de mugre y capas de pintura descascarillada por todas partes. La única señal de vida es el tenue resplandor que se filtra a través de las persianas.

Siento un nudo en el estómago mientras camino hacia la puerta trasera. Me detengo, respiro temblorosamente y llamo tres veces.

Se produce una pausa en los ruidos que provienen del interior. Luego, una voz, monótona y apagada—: Contraseña.

Mi mente se queda en blanco. —¿Rainbow Six? —intento.

—Esa es antigua. Incorrecta.

—Eh... ¿Blue Phoenix?

—Sigues en la década equivocada, amiga.

Gimo. Apoyo la frente contra la puerta.

—Ángel, soy yo, Sima. Ábreme, por favor —Mi voz suena más desesperada de lo que me gustaría.

El silencio se prolonga tanto que me pregunto si ya se habrá marchado. Las lágrimas se acumulan en el rabillo de mis ojos. Sin los nuevos papeles, estoy acabada. Perdida.

Entonces, por fin, oigo el chirrido de los cerrojos metálicos deslizándose uno tras otro.

La puerta se abre un poco.

Ella está igual. Doce años más vieja, pero por lo demás no ha cambiado. Gafas gruesas y redondas, rizos desordenados recogidos en un moño que desafía la gravedad. Su sudadera con capucha negra sigue cubierta de migas, aunque espero que no sean las mismas que la última vez.

Su expresión tampoco ha cambiado ni un ápice. Sigue aburrida, indiferente, como si el mundo fuera una molestia que apenas tolera.

—¿Y bien? —pregunta, con las manos en las caderas—. ¿Estás esperando una invitación electrónica?

Entro rápidamente antes de que tenga oportunidad de cambiar de opinión. El aire rancio de la pizza me golpea de inmediato, pero de alguna manera es reconfortante. Un pedazo de mi pasado que no sabía que recordaba.

Aquí es donde nació Sammi Banks.

—Necesito tu ayuda —Saco un grueso fajo de billetes y lo pongo sobre la mesa—. Para hacerme desaparecer. Otra vez.

Ángel me mira con recelo. —¿Entiendo que Sammi Banks ha llegado al final de su carrera?

Parpadeo. —¿Te... acuerdas?

Su boca se tuerce, sin llegar a ser una sonrisa. —Tenías doce años, pequeña. Es difícil de olvidar. Y también eras muy terca. No parabas de decir que no volverías por nada del mundo.

La tristeza me hace un nudo en el estómago. Esa niña parece de otra vida. Ahora mismo me vendría bien algo de su determinación. Recordar lo que se siente al no tener nada que perder.

—Sí —Me obligo a asentir—. Sammi ha terminado.

Ángel no discute. Solo enciende su portátil y empieza a escribir.

Me quedo cerca, con los brazos fuertemente cruzados alrededor de mí misma.

Finalmente, después de lo que parece una eternidad, pero que probablemente sean unos diez minutos, desliza una tarjeta plastificada por su escritorio. —Toma.

La recojo con dedos temblorosos. —¿Felicity Bennet?

—Pensé que te vendría bien un nombre alegre.

Se encoge de hombros como si no fuera nada. Pero para mí no es nada.

Me quedo mirando el nombre. Mi pecho se llena de calidez. *Felicity.* Felicidad. Lo único que no pude tener como Sammi.

Quizás la señorita Bennet tenga más suerte.

Por primera vez en toda la noche, siento un destello de esperanza.

Siguen más papeles. Todo lo que necesito para empezar mi nueva vida. —Prepararé un rastro —explica Ángel—. Pero me llevará unos días. No abras cuentas bancarias hasta entonces.

—Gracias —digo con voz entrecortada.

Cuando el aire nocturno vuelve a acariciar mi rostro, lo siento más dulce. Más ligero. Ya puedo saborearlo: mi libertad.

La estación de autobuses más cercana está a solo diez minutos. Decido ir andando, no tentar a la suerte en el transporte público. A estas alturas, Petyr ya se habrá dado cuenta de que me he ido.

Ese pensamiento me llena de un dolor que no quiero nombrar.

Después de lo que parecen años, la estación de autobuses finalmente aparece ante mí. Las luces zumban; la gente entra y sale con equipaje y mochilas. Ya no parezco fuera de lugar con mi gran bolsa de viaje y mis ojos cansados.

Encuentro el mostrador. —Un billete, por favor. El primer autobús que salga.

El empleado apenas me mira. Solo pulsa unas teclas, imprime el resguardo y me lo entrega.

Doblo el billete en la palma de mi mano. Los bordes se clavan en mi piel. Por primera vez desde que comenzó esta horrible noche, siento que tengo algo a lo que aferrarme.

Mientras espero el autobús, me acerco a la barandilla. El río se agita a unos metros de distancia, tranquilo y silencioso. Cuando estoy segura de que nadie me mira, levanto mi vieja identificación a la luz de la luna.

—Adiós, Sammi Banks —susurro, con un sabor agridulce en la boca —. Adiós, Sima Danilo. Que ambas encuentren en la muerte la paz que nunca hallaron en vida.

Luego la arrojo al agua.

66

PETYR

El trayecto de vuelta al ático es confuso. Agarro el volante con fuerza. La sangre me late caliente en la mano.

Debería estar pensando en lo que vendrá después de Anatoli, pero ella es lo único en lo que puedo concentrarme.

Cierro de un portazo la puerta del coche y subo en el ascensor. Tengo la mandíbula apretada y el pulso acelerado. No sé si es por los restos de ira, la adrenalina o algo más. No me importa.

Ahora mismo, lo único que importa es hablar con ella.

Pero cuando por fin llego a mi piso, noto que algo no va bien. Echo un vistazo a la puerta. Entonces lo veo: está abierta. Tampoco está Luka fuera.

Por reflejo, saco mi pistola.

Al entrar, un ruido sordo me hace girar la cabeza hacia el dormitorio. Alguien está golpeando la puerta del vestidor desde dentro.

Me acerco y veo el cinturón enganchado en las manijas. El cuero está desgastado, pero lo reconozco. Sé exactamente a quién pertenece.

—¿Sima? —grito.

Como si fuera una señal, la puerta del vestidor se abre de golpe. Pero no es Sima quien sale disparada.

Es Luka, con la cara roja y sin aliento. —Jefe.

El tono de disculpa en su voz es lo que hace saltar las alarmas en mi cabeza.

Lo miro fijamente. —Dime dónde está mi mujer.

Mira a su alrededor, presa del pánico. Cuando Sima no aparece por arte de magia, baja la mirada al suelo.

—Lo siento —dice—. Me engañó. Me pidió ayuda con algo y luego me encerró.

La ira se apodera de mí. —Repite eso.

—Ella...

—Es una mujer menuda —gruño—. No mide ni metro y medio. Desarmada. *Embarazada.* ¿Y de alguna manera te encerró en un maldito armario?

—Ella... Me pidió que le cogiera los zapatos. Del estante de arriba. Dijo que no podía alcanzarlos. Cuando fui a mirar, ella... cerró la puerta y la ató, y yo...

—Eres el doble de grande que ella —le interrumpo—. Estás entrenado. Armado. ¿Y ella te burla con un cinturón? ¿En serio?

—Te lo juro, pensé...

—¿Pensaste qué? —le espeto—. ¿Que se quedaría sentada tranquilamente mientras tú le dabas todas las oportunidades que necesitaba?

—No pensé que escaparía —suelta—. Parecía... feliz. Contigo.

Veo rojo.

Antes de darme cuenta, mi puño vuela directamente hacia la nariz de Luka.

Él cae hacia atrás. Se agarra la cara con las manos. La sangre salpica toda la alfombra.

Mientras Luka se retuerce en el suelo, registro el ático. Todo, cada habitación.

Pero Sima no está por ninguna parte.

Sin embargo, el ático sigue oliendo a ella. Su perfume está por todas partes. No puede haber ido muy lejos.

Pero se ha ido.

Aprieto los puños a los lados. Apenas puedo ver con claridad. Al mismo tiempo, el miedo se apodera de mí en cuanto pienso en ella ahí fuera, desprotegida. La ciudad no es amable con nadie, y mucho menos con una joven sola, y embarazada además. Cada escenario que se me pasa por la cabeza es peor que el anterior.

Aprieto la mandíbula hasta que me duelen los dientes. No puedo quitarme de la cabeza la imagen de ella, pequeña y vulnerable, tratando de desaparecer en una ciudad que fácilmente podría tragársela por completo.

Huyó de ti. Es esa voz otra vez, baja y acusadora en el fondo de mi cabeza. *Huyó por tu culpa.*

—Jefe...

Me giro hacia Luka. Después de todo lo que ha pasado esta noche, no tengo espacio en mí para otra traición. Ni siquiera para el fracaso.

Mis manos se crispan a los lados. Estoy deseando volver a coger mi pistola. Juraría que podría matarlo allí mismo.

Me imagino matándolo aquí mismo, sobre la alfombra que ya está manchada de sangre, y descargando así mi ira. Una deuda más pagada.

Pero matarlo no traerá de vuelta a Sima, y ya he perdido bastante esta noche. Después de Lev, la lealtad significa ahora más que nunca. Incluso cuando viene envuelta en una gruesa capa de incompetencia.

Así que dejo mi pistola donde está y vuelvo a golpear a Luka.

Mi puño le golpea la cara una vez, dos veces. Tres veces.

El ático se llena con el eco de los huesos crujiendo bajo mis puños. El sonido es desagradable, húmedo y agudo, y no ayuda en nada al caos que hay dentro de mí.

La cabeza de Luka se mueve de lado una y otra vez. Tropieza hacia atrás, golpea el suelo con fuerza, aturdido y sangrando. Pero no se defiende. Solo me mira parpadeando y me suplica en silencio clemencia.

Me quedo de pie junto a él, con el pulso latiéndome con fuerza en los oídos.

—¿Quieres arreglar esto? —le gruño—. Entonces levántate. Encuéntrala y tráemela de vuelta.

Luka asiente rápidamente. Le sale más sangre, pero no parece importarle mucho en este momento. Debe de estar contento de que le perdone la vida, no muchos en mi posición harían eso. No después de algo así.

—Sí, *pakhan* —susurra con voz ronca.

No digo nada más. Se pone en pie a toda prisa y se marcha.

Mi mirada se fija en la puerta del armario. El cinturón roto sigue colgando de las manijas. El perfume de Sima impregna el aire.

Ella huyó. De *mí*.

Por fin, la rabia que he estado conteniendo estalla.

Agarro el borde de la mesa de centro y la vuelco. La madera se estrella contra el suelo con un crujido. Los cristales se rompen en mil pedazos. Mis puños siguen en carne viva, con los nudillos abiertos, pero me da igual.

Atravieso el salón, derribo sillas, rompo todas las lámparas contra la pared. Empujo al suelo todo lo que tengo a mi alcance. El sonido de los objetos rompiéndose llena el ático, pero no me produce ningún alivio.

—Maldición —rujo—. ¡MALDITA SEA!

Me ha dejado. Me ha dejado de verdad. Después de todo lo que hemos pasado, simplemente se ha marchado. Como si pudiera deshacerse de mí. Como si pudiera liberarse de mí.

Pero no puede. No la dejaré libre.

Es mi mujer. Mía. Lleva *mi* hijo.

Golpeo la pared con el puño. El yeso se agrieta por el impacto. El dolor me recorre el brazo, pero lo agradezco. Es mejor sentir eso que el vacío que me corroe por dentro.

Ella cree que puede huir como lo hizo antes. Que puede empezar de nuevo y vivir una vida en la que yo no forme parte.

Está muy equivocada.

Quemaré esta ciudad hasta los cimientos si es necesario. Destrozaré cada calle, cada escondite. Lo que sea necesario.

Porque ella pertenece aquí, conmigo.

Si aún no sabe que la perseguiré hasta los confines de la Tierra, es que no sabe nada del hombre con el que se casó. Pero está a punto de descubrir exactamente quién es. La encontraré. La traeré de vuelta, le guste o no.

Y entonces nunca volverá a librarse de mí.

~

CONTINUARÁ

La historia continúa en el libro 2, CRUEL JULIETA.
Sigue leyendo AQUÍ.
